

**EVANGELIZAR LA
GRAN CIUDAD
UN DESAFÍO PRIORITARIO**



CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

**EVANGELIZAR LA
GRAN CIUDAD
UN DESAFÍO PRIORITARIO**

Documento CELAM No. 159

© Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM
Derechos Reservados
Carrera 5 N° 118-31
Apartado Aéreo 51086
Email: celam@celam.org
Tels: (571) 6121620, 6714789
Fax: (571) 6121929
Santafé de Bogotá, 2000
ISBN: 958-625-488-7

Diagramación y Diseño Carátula:
Diseño CELAM
Carolina Salazar N.

Impresión:
JAVERGRAF
Calle 40 N° 5-23
Tels: 3208320, 4161600

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

PRESENTACIÓN

El Sínodo de América ha confirmado la prioridad pas-
toral que ha ocupado al CELAM desde hace más
de treinta años: evangelizar la Ciudad.

Para algunos la ciudad representa un peligro; para otros un territorio inhóspito. Para el CELAM la Gran Ciudad es una oportunidad extraordinaria para anunciar el Evangelio, que exige de nosotros gran creatividad.

En palabras del Papa Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*:

«Evangelizar la cultura es un desafío apremiante para la Iglesia, que así como supo evangelizar la cultura rural durante siglos, esta hoy llamada a llevar a cabo una evangelización urbana metódica y capilar mediante la catequesis, la liturgia y las propias estructuras pastorales» (IA 21).

Movidos por este imperativo el Secretariado General del CELAM organizó un encuentro con Arzobispos de grandes ciudades de América Latina y algunos invitados de

América del Norte, de Europa y Asia. De ese encuentro entregamos las ponencias principales. A ellas hemos agregado otras, antiguas y nuevas, que permiten ver el proceso que ha tenido la reflexión pastoral sobre la Pastoral de la Megápolis.

Me es muy grato presentar estos trabajos, esperando nos ayuden a anunciar a Cristo Vivo en las grandes urbes de América Latina y el Caribe.

*+Mons. Jorge Enrique Jiménez Carvajal
Obispo de Zipaquirá - Colombia
Presidente del CELAM*

I.

LA PASTORAL URBANA COMO DESAFÍO EVANGELIZADOR

Francisco Niño Súa, Pbro.*

* Presbítero de la Arquidiócesis de Bogotá y párroco de Nuestra Señora de Copacabana. Licenciado en Educación y Magister en Psicología Comunitaria (Universidad Javeriana, Bogotá), Doctor en Teología (Universidad Gregoriana, Roma), Doctor en Derecho Canónico (Universidad Santo Tomás, Roma). Profesor en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana y en el Seminario Mayor de Bogotá. Entre sus publicaciones se destaca *La Iglesia en la ciudad*, Roma 1996, 492 p.

Proclamar a todos los hombres la salvación querida por el Padre y posibilitada en Jesucristo e invitar y vivir la conversión por la fuerza del Espíritu, para que el Reino de Dios se haga visible en cada lugar del universo, constituye el ser y la misión eclesial. En ese empeño evangelizador, la historia testimonia y evidencia el papel protagónico de las urbes, ya desde los tiempos apostólicos, como lo testimonian los escritos neotestamentarios y patrísticos, y la prescripción nicena de constituir una Iglesia en cada *polis*. Iglesia y mundo urbano no solo no se oponen, ni tampoco se yuxtaponen, sino que, dentro del marco de la pedagogía divina, se integran sin perder su identidad, en un proceso en el que la relación se torna vocación: la Iglesia está llamada a encarnarse en las culturas, y el entramado urbano está llamado a hacerse cada día más comunidad, más *ekklesia*.

En términos sociológicos, sin embargo, la orientación hacia la ciudad moderna ha sido bastante negativa, sobre todo por la influencia de la dicotomía rural-urbano y a veces, por una cierta desconfianza frente a todo lo que se vincule a la ciudad; por cuanto la cohesión social suele ser vista como una característica de la pequeña comunidad agraria tradicional —y de ello se sigue casi necesariamente que la realidad urbana carece de cohesión social—, los análisis del mundo urbano y las proyecciones de su futuro suelen ser bastante pesimistas. Casi se puede leer lo mismo en muchos acercamientos pastorales.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

El fenómeno urbano, que en cuanto expresión civilizadora hunde sus raíces en la historia de la América precolombina, es desarrollado por la fuerza fundacional hispano-lusitana, y antecede los procesos de consolidación urbana y de estructuración eclesial vividos durante la época colonial y el inicio del período republicano. Pero el crecimiento desmesurado de las ciudades en América Latina, comenzado a finales del siglo pasado, alimentado después de la Primera Guerra Mundial, fortalecido después de la Segunda y acrecentado inmisericordemente en la década de los años sesenta en razón de problemas internos de los países, continúa avanzando implacablemente. Y con ello se radicalizó la especificidad del fenómeno urbano en el subcontinente en relación con otros procesos de industrialización, de crecimiento demográfico y de constitución morfológica, y se configuró una nueva y singular realidad cultural y religiosa, que se evidencia con particular fuerza en las grandes metrópolis del continente.

Estadísticamente, el promedio de la población urbana en relación con la población total en 1950 era el 39%, en 1960 el 46%, en 1970 el 57.5%, en 1980 el 65.7%, en 1990 el 72.6% y en 1995 el 76%; en países como Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela, la población urbana es superior al 85%; 13 ciudades latinoamericanas se encuentran entre las 100 áreas metropolitanas más pobladas del mundo; de las 15 ciudades más populosas del planeta, 4 son latinoamericanas, con población superior a los 10 millones de habitantes¹.

¹ Cfr. CELAM, *Iglesia y América Latina: cifras*, Bogotá, 1978, p. 64; CELAM, *América Latina, realidad y perspectivas*, p. 650; CEPAL, *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, 1991.1996; J. C. ELIZAGA, *Migraciones a las áreas metropolitanas de América Latina*, p. 12; ONU, *Demographic yearbook 1974*, New York, 1974; ONU, *Estadísticas sobre la Infancia y la juventud en América Latina*, Santiago de Chile, 1975.

Ciertamente, el drama humano no se puede medir sólo en términos cuantitativos, y en este campo, la misma percepción del fenómeno manifiesta una progresiva evolución: de la inicial constatación del veloz crecimiento poblacional de las ciudades, se pasa a la toma de conciencia de un nuevo estilo de vida que se impone, de una mentalidad urbana que traspasa los límites de las ciudades y que se difunde por doquier. Numerosas investigaciones y publicaciones realizados por las distintas áreas de las ciencias sociales evidencian las implicaciones de una compleja realidad que parece escapar a cualquier esfuerzo de comprensión global.

En el campo pastoral, los primeros estudios estadísticos dejaron constancia de la disminución de la práctica religiosa en las ciudades, del escaso influjo de la parroquia, tradicional baluarte eclesial, y de la creciente insuficiencia del número de sacerdotes y vocaciones; el análisis, en consecuencia, tendió a estigmatizar la ciudad como «fuente de secularización», y como elemento despersonalizador, y deshumanizante que aleja de Dios, en una actitud negativista que no desaparece del todo; el eclipse de una sociedad tradicional, patriarcal y agraria, y el fortalecimiento de un modo de vida urbano, funcional y pluralista, manifestaron el notorio desajuste de las estructuras y acciones eclesiales; la carencia de una adecuada y oportuna reflexión teológica al respecto, y la ausencia de renovación en las respuestas pastorales, hicieron aún más dramática la situación.

De manera paulatina, sin embargo, se fue gestando un cambio de actitud, en el que se supera la visión cuantitativa y «problemática» del fenómeno y se lo asume como el desafío de evangelizar una nueva cultura. Ante este nuevo «signo de los tiempos» generado con peculiares características en el subcontinente, la Iglesia latinoamericana vive en el umbral del tercer milenio, un difícil proceso de reflexión y de búsqueda de nuevos caminos pastorales;

en esta dinámica, en la que interactúan pastores y pastoralistas, ministros y comunidades vivas, enseñanzas doctrinales y praxis diversificadas, la Iglesia latinoamericana descubre la singularidad de su llamado a la conversión, en orden a reencontrar su originaria y originante vocación evangelizadora.

UNA PROGRESIVA TOMA DE CONCIENCIA A NIVEL UNIVERSAL

A mediados del presente siglo se constata una gran cercanía entre los análisis de las ciencias sociales y los cuestionamientos que en el contexto urbano comienzan a hacerse a la pastoral; coincidiendo con el surgimiento del Consejo Episcopal Latinoamericano como fruto de su Primera Conferencia General (Río de Janeiro, 1955), la Acción Católica vive un momento de esplendor, mientras se va consolidando la pastoral de conjunto, bajo la influencia de estudios sociológico y pastorales franco-belgas. La senda de este camino que se va iniciando, fue señalada por los primeros albores de la renovación conciliar y por la exhortación que el papa Pablo VI dirigió el 23 de noviembre de 1965 a los obispos latinoamericanos, con ocasión del décimo aniversario de la creación del CELAM, y con la cual marcó la pauta de acción que iba a caracterizar los años sucesivos, el caminar de esta Iglesia subcontinental².

El redescubrimiento teológico de la noción de Iglesia particular, del compromiso misionero y apostólico del laico y de la autonomía de las realidades terrenas, permitieron abrir caminos para la explícita reflexión sobre la misión de

² Cfr. PABLO VI, «Esortazione Pastorale per il lavoro apostolico nell'America Latina», en *Insegnamenti di Paolo VI*, Vaticano 1966, III, 653-669.

la Iglesia en las ciudades. En efecto, el Concilio Vaticano II en su Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, además de dedicar un novedoso y significativo capítulo a los laicos, afirma que «ha de reconocerse que la ciudad terrena, justamente entregada a las preocupaciones del siglo, se rige por principios propios» (LG 36). Esta justa autonomía de la realidad terrena es ratificada en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, cuando al referirse a los cambios en el orden social, observa que con «el aumento de las ciudades y de su población», «la urbanización se extiende a las zonas rurales» (GS 6); y «crea nuevas formas de cultura, de las que nacen nuevos modos de sentir, actuar y descansar» (GS 54).

Además, bien como preparación, bien como fruto directo del Vaticano II, diversas publicaciones empiezan a abrir los horizontes de la teología a las realidades seculares, dentro de las cuales la ciudad aparece como un signo de los tiempos que interpela y exige un discernimiento de la Iglesia —y de cada Iglesia particular en concreto—, en orden a la realización de su misión evangelizadora, que exige redescubrir la vocación del laico y que urge un trabajo mancomunado con las ciencias sociales y humanas. Este cambio de perspectiva se hace evidente en la Carta Apostólica *Octogesima Adveniens* de Pablo VI (14 de mayo de 1971), en la que el fenómeno urbano es caracterizado como uno de los «nuevos problemas sociales» (nn. 8-12). En el mismo contexto universal, otros valiosos elementos son brindados por diversos organismos de la Santa Sede (cfr. *Ecclesiae Imago* 161-162.175), y por ricas reflexiones y sabias orientaciones episcopales, fruto de experiencias pastorales concretas.

UNA PROGRESIVA TOMA DE CONCIENCIA A NIVEL LOCAL

Los aportes de las ciencias sociales (CIAS, FERES y otros), han seguido acompañado el camino de la Iglesia

latinoamericana en búsqueda de una pastoral urbana, y continúan brindando valiosos aportes para el siempre inacabado esfuerzo de la Iglesia por conocer la realidad en la que está llamada a encarnarse (cfr. GS 44). Los esfuerzos ordenados a la realización de un trabajo verdaderamente interdisciplinar, permiten tomar conciencia que una Iglesia vinculada a un contexto tradicional y agrario, necesita brindar nuevas respuestas frente a la urbanización acelerada experimentada en América Latina durante este siglo, que tiene su expresión más evidente en las ciudades, en las que se modifica profundamente la situación religiosa del creyente; en los núcleos urbanos se genera un nuevo estilo de vida que permea todos los ámbitos de la existencia y que a su vez se extiende progresivamente transformando a su vez los contextos agrarios.

El *Encuentro sobre la pastoral de las grandes ciudades* (São Paulo 1965), reconoce que «el reciente fenómeno de las megálópolis» en América Latina, de las grandes concentraciones humanas, y de las inmensas barriadas «que tienen características de subciudades» y que no se explican tan sólo por la industrialización, constituye una realidad que «ha trastornado y obligado a una seria reflexión a los responsables de la Iglesia en este continente»³. Los participantes en el evento, representantes de las Iglesias particulares que cubren algunas de las grandes ciudades del subcontinente no sólo admiten la existencia del fenómeno, sino que lo asumen como un problema para la pastoral, amplían sus implicaciones y consecuencias, y finalmente, intentan anticipar y cualificar el futuro. No se pretende, sin embargo sacar «grandes conclusiones» para la «la pastoral de la gran ciudad», sino tomar conciencia de «la inseguridad pastoral en que nos ha arrojado lo urbano»⁴.

³ Cfr. R. CARAMURÚ, *La Iglesia al servicio de la ciudad*, 7.

⁴ Cfr. R. CARAMURÚ, *La Iglesia al servicio de la ciudad*, 108.

Al reconocer la radicalidad de las transformaciones urbanas, se observa que la ciudad ha creado una nueva mentalidad en el campo de lo religioso, y a la vez que se constituye en un problema pastoral y en un desafío a la misión evangelizadora de la Iglesia, exige de ésta un profundo examen de conciencia y una nueva forma de presencia; si «la pastoral urbana actual está superada por la situación de las metrópolis», y además, «es difícil creer que todo se solucionaría sólo por una organización más perfecta de la que existe»⁵, corresponde a la Iglesia un esfuerzo de conversión que le permita a su vez interrogarse y auscultarse, crecer en su propia autocomprensión y realizar los cambios necesarios en orden a servir a la ciudad, manteniendo una actitud de diálogo con ella y posibilitando su conversión a Dios, que se expresa en la realización comunitaria de sus miembros.

El enriquecedor intercambio de experiencias, y la reflexión sobre los problemas globales y sobre los diversos desafíos que debe afrontar la Iglesia en las grandes urbes, permitió marcar pautas de acción y continuar alimentando la reflexión al respecto, concentrándose en temas como la pastoral de conjunto, el apostolado seglar y la sociología de la religión. De otra parte, el mencionado encuentro evidenció la necesidad de una mayor profundización en el campo teológico y bíblico, por cuanto la notoria y abundante mención de la ciudad en la Sagrada Escritura, en distintos contextos y con diversísimas tonalidades, permite observar que la vida urbana, como experiencia de vida social en un cierto tipo de civilización, no podía dejar de estar en contacto con la revelación; múltiples son los esfuerzos que evidencian los diccionarios teológicos y bíblicos por sistematizar el dato de la Escritura en lo referente a la ciudad, significativas las reflexiones que en el continente se han suscitado, y con frecuencia

⁵ Cfr. R. CARAMURÚ, *La Iglesia al servicio de la ciudad*, 136.

paradójicas las conclusiones teológicas que con base en dicho dato se han hecho⁶.

En el contexto del inmediato postconcilio, y como fruto madurado de la ponencia que, sobre el mismo tema, presentara J. Comblin tres años antes en el encuentro sobre la pastoral de las grandes ciudades, es publicada en 1968 la *Teología de la ciudad*, obra que se convertirá en un texto clásico para el tratamiento de la problemática, y sobre cuyo tema, el autor cuidará posteriormente de tornar de manera periódica, si bien en forma mucho más sintética. La *Teología de la ciudad*, constituye un valioso primer intento de sistematización y un original esfuerzo de acercamiento a la realidad urbana concebida como un signo de los tiempos que la Iglesia está llamada a discernir; si bien la forma en que el autor asume los principios de método teológico, el presupuesto de una continuidad procesual en la evolución de la ciudad, y el marcado optimismo que se hace evidente en los múltiples acercamientos al fenómeno urbano y a su historia y en la hermenéutica bíblica que desarrolla, son algunos de los elementos más discutibles, la publicación ha sido no sólo un punto de referencia obligado para quien profundiza en el designio de Dios sobre lo urbano, sino que muchos de los planteamientos del autor han marcado y acompañado la reflexión teológica y la praxis pastoral de la Iglesia en América Latina, que abre los ojos al fenómeno urbano, y descubre en él, en sus posibilidades y en sus dramas, el llamado de Dios a la propia conversión, la exigencia de un testimonio profético con-

⁶ Aunque el asunto requiere una ulterior profundización, baste decir simplemente aquí, que la discusión se hizo candente a partir de la publicación de tres interpretaciones distintas del dato bíblico sobre la ciudad: J. ELLUL, *Sans Feu ni lieu*; J.COMBLIN, *Théologie de la ville*; H. COX, *The Secular City y The seduction of the Spirit*. Una serena presentación de la polémica se encuentra en A. MORIN, «La ciudad en la Biblia», en CELAM, *Cultura urbana, reto a la evangelización*, Bogotá 1989, 55-94.

tra los males de la urbe, y la necesidad del testimonio concreto de experiencias de comunidad, que permitan realizar la innata vocación comunitaria de la ciudad.

AVANCES EN LA REFLEXIÓN. EL PROTAGONISMO DEL CELAM

También en 1968, se celebró la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín, Colombia), inaugurando una nueva etapa, difícil y conflictiva, pero enriquecedora y fértil en reflexiones y experiencias, dentro del caminar de la Iglesia que busca una pastoral adecuada para sus ciudades; numerosos artículos reflejan cómo se cuestionan las estructuras y se examinan nuevos caminos, como fruto de una praxis que va madurando y de una reflexión sistemática que se va consolidando vinculada con temáticas tan complejas como dinamizadoras (p. e., CEBs, ministerios, liberación, comunión y participación, opción por los pobres, compromiso político, etc.). Las iniciativas eclesiales en las ciudades, animadas por la renovada doctrina conciliar y pontificia, y por las exigencias mismas de su peculiar realidad, se concretan en el esfuerzo por lograr una pastoral de conjunto, por favorecer la vivencia de la fe en pequeñas comunidades y por comprometerse radicalmente con la causa de los pobres, dentro del marco de un intento de respuesta eclesial eficaz frente a la magnitud, anonimato y marginalidad de las ciudades.

Así, la crisis vivida al interior de la Iglesia latinoamericana en este período, confrontada con un incontenible crecimiento del fenómeno urbano, le plantea como exigencia impostergable la asunción de un empeño evangelizador que encuentra en la cultura urbana su mayor y más importante desafío. La Conferencia de Medellín, la pastoral de conjunto, y la nueva comprensión de la Iglesia y de su misión en la ciudad, evidencian un cambio en la actitud y valoración del laicado, en el desempeño del ministerio

presbiteral y episcopal y en el nivel de inserción y compromiso de los religiosos; las reiteradas críticas a la parroquia, la implementación de nuevas estructuras pastorales y la multiplicación de las Comunidades Eclesiales de Base, favorecen y estimulan el desarrollo de los ministerios, la vivencia de la opción por los pobres y el compromiso en favor de la justicia, dentro de un proceso que tiene su principal escenario en las ciudades, y que desafía la vocación eclesial que proclamará en 1976 la *Evangelii Nuntiandi*.

De cara a la evangelización de un contexto cultural diverso «la ciudad se convierte en motor de la nueva civilización» tal como lo reconoce en 1979 la Tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano (DP 429). Como fruto de la Asamblea Ordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano, celebrada en Los Teques (Venezuela) en 1979, surgió la recomendación de estudiar más detenidamente el problema de la pastoral urbana; en consecuencia, el Secretariado General convocó a algunos miembros del Equipo de Reflexión y a otros expertos, para un Encuentro cuyo resultado son las páginas del texto *Pastoral y parroquia en la ciudad*⁷; la publicación, sin mayores pretensiones, busca ofrecer algunos elementos para la reflexión, y señalar muy en general, ciertas líneas de acción, que deberán ser dialogados, ampliados, profundizados y concretados en y por las Iglesias locales; todo ello quería también ayudar a preparar un encuentro a realizarse en 1982, con los Pastores de las capitales nacionales y de las

⁷ Cfr. CELAM, *Pastoral y parroquia en la ciudad*, Bogotá 1982. Tras una breve presentación del texto, por parte de Monseñor Antonio Quarracino, la obra se articula en tres capítulos —no se dan a conocer los autores— que tocan problemáticas diversas. El primero se titula «Una Iglesia evangelizadora de la nueva ciudad latinoamericana» (pp. 5-24); el segundo capítulo toca las dificultades de «la parroquia en la ciudad» (pp. 25-57), y el último capítulo, trata de brindar «algunas líneas para una pastoral de la parroquia urbana» (pp. 59-94).

arquidiócesis o diócesis cuyas sedes episcopales cuentan con más de un millón de habitantes, con el fin de estudiar diversos aspectos pastorales de las grandes ciudades. Efectivamente, entre el 6 y el 12 de septiembre de 1982 se celebró en Lima el mencionado encuentro episcopal, cuyo fruto se plasma en la obra *Pastoral de la metrópoli* (1983)⁸.

Los Obispos de las grandes ciudades latinoamericanas, comienzan sus «consideraciones pastorales», reconociendo que la ciudad, «uno de los fenómenos más importantes en nuestro mundo moderno y especialmente en América Latina», constituye una compleja realidad humana, que refleja a la vez, aspectos positivos y negativos: «entre los primeros podemos anotar que la ciudad posibilita una convivencia humana más rica y libre, desarrolla nuevos horizontes culturales y se convierte en motor de una nueva civilización (cfr. Puebla 429). Entre los segundos recordamos el peligro de un proceso deshumanizante que puede derivarse de muchos factores y expresarse de diferentes maneras (cfr. Puebla 430)»⁹; los obispos reconocen además, que muchos emigran de zonas rurales y de otros ambientes buscando en las urbes soluciones para su pobreza y terminan sin empleo, sin vivienda y desarrai-

⁸ CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, Bogotá 1983. El libro inicia con unas «Consideraciones pastorales» (pp. 1-12), que son calificadas por Monseñor Antonio Quarracino en la presentación, como «el verdadero fruto del encuentro», y luego de las cuales están publicadas las tres principales ponencias: A. QUARRACINO, «Criterios teológico-pastorales para la pastoral urbana, a la luz de Puebla» (pp. 13-24). A. GONZÁLEZ, «Una Iglesia más evangelizadora en las grandes ciudades de América Latina» (pp. 25-68 —esta segunda ponencia constituye fundamentalmente una segunda versión del artículo publicado un año antes de manera anónima en CELAM, *Pastoral y parroquia en la ciudad*, y simultáneamente A. GONZÁLEZ, «Una Iglesia más evangelizadora en las grandes ciudades de América Latina»—). Finalmente, J. JIMÉNEZ, «Pastoral planificada: posibilidades y exigencias en las grandes ciudades» (pp. 69-96).

⁹ CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 1.

gados en zonas marginales; además, sin que los fenómenos se manifiesten sólo en la ciudad, en ella de manera concreta, y en sus sectores marginales en forma particular, se constata la difusión de campañas antinatalistas, la invasión de las sectas y la ausencia de una presencia pastoral viva de la Iglesia; dicha problemática puede dar lugar a dos peligrosas realidades: la pérdida sensible de la fe y la aparición de graves enfrentamientos sociales que pueden evolucionar hacia formas violentas¹⁰.

Los efectos demográficos son evidentes: el desmesurado y continuo crecimiento de las ciudades, sus elevados porcentajes de niñez y juventud, y sus desbordantes sectores marginados; pero por cuanto la problemática no se limita al aspecto cuantitativo, sino que implica cambios en las formas culturales y en la mentalidad de una realidad tan diversificada, la problemática de las ciudades constituye uno de los desafíos pastorales más serios y difíciles, que exige una respuesta pastoral orgánica, en la que la unidad de la Iglesia local urbana, promovida y animada, permita brindar una auténtica y eficaz acción evangelizadora; ello exige el empeño en favor de la unificación de criterios de acción pastoral, y la conveniente formación doctrinal y espiritual de los laicos en general y de los catequistas en particular.

En este contexto, la vida litúrgica debe ser un espacio de convergencia para la Iglesia de la metrópoli: es importante propiciar la unidad de las grandes líneas de la predicación dominical y «dar relieve en función de la unidad, a ciertas celebraciones litúrgicas durante el año y a otras manifestaciones masivas de la fe en las que se exprese visiblemente y ante la ciudad la comunión de la Iglesia local»¹¹; igualmente, el servicio a los pobres debe ser motivo de unidad en la Iglesia local, pues no sólo requiere de

¹⁰ Cfr. CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 2-3.

¹¹ *Ibid* 4.

instrumentos (p. e., un secretariado diocesano) que detecte los problemas sociales, cree conciencia sobre ellos, favorezca la formación en la doctrina de la Iglesia y oriente acciones de promoción, sino que exige «una permanente toma de conciencia entre obispos, sacerdotes y laicos sobre la realidad de la pobreza y sus causas en los distintos sectores de la ciudad»¹².

El Directorio para el ministerio de los obispos *Ecclesiae Imago* había planteado en 1973 posibilidad de dividir las «megalópolis» en múltiples diócesis; ante dicha perspectiva, propuesta como real alternativa pastoral para las grandes ciudades latinoamericanas, los Obispos toman posición: «La naturaleza misma de la ciudad, con su unidad urbana y política, parece postular que para lograr la unidad y la mayor eficacia pastoral constituya una sola diócesis. De otra manera es muy posible que la pastoral quede debilitada en su acción sobre el conjunto de la ciudad y puede crearse la confusión de los fieles ante la diversidad de criterios pastorales dentro de la misma urbe»¹³. Así, la organización de una única Iglesia local urbana encuentra en la planificación pastoral un instrumento que le permite responder con cierta prospectiva a los desafíos de la ciudad, dar unidad a la acción pastoral, desencadenar procesos de participación en el interior de la Iglesia y aprovechar racionalmente los recursos humanos y materiales de que dispone. Para una adecuada presencia de la Iglesia en la ciudad, la planificación integral requiere contar con estructuras pastorales aptas y con una adecuada zonificación de áreas comunes¹⁴, para poder aplicar las orientaciones generales de la Diócesis en las realidades particulares, de manera específica, consciente e intencional¹⁵. Los vicariatos pastorales serán funcionales y/o zonales,

¹² Ibid 5.

¹³ Ibid 5.

¹⁴ Ibid 84-85

¹⁵ Ibid 231

según las necesidades propias de cada ciudad; los consejos diocesanos de pastoral, presbiteral, de laicos, de religiosos, etc., favorecerán la corresponsabilidad y tendrán organismos correspondientes en los diversos niveles de organización eclesial.

La validez de la parroquia, «centro de promoción y de servicios que las comunidades menores no pueden asegurar» (DP 650), es reafirmada por los Obispos, si bien consideran necesaria su renovación buscando formas apropiadas para hacer llegar su acción a los distintos grupos humanos y pastorales de las metrópolis y haciendo un esfuerzo de integración con organismos y actividades suparroquiales, y prestando atención constante a las necesidades de creación de nuevas parroquias tanto territoriales como personales; a ellas es que deben estar íntimamente vinculadas las CEBs; finalmente, resalta el servicio particularmente importante que en orden a la evangelización de la ciudad, están llamados a prestar los movimientos apostólicos adecuadamente coordinados¹⁶.

También los sacerdotes, religiosos y laicos requieren unas actitudes y una preparación específica para desempeñarse como agentes de la pastoral urbana: el sacerdote en la ciudad «a imagen de Cristo-cabeza, debe ser centro de unidad que promueva las iniciativas en orden a la construcción de las comunidades cristianas que tienen como raíz y quicio la Palabra y la Eucaristía; ha de unir íntimamente en su persona el ministerio sacerdotal con el servicio preferente a los más necesitados; será capaz de integrar a los laicos en la pastoral urbana tanto en el nivel de la acción misionera como en el de su compromiso en la construcción de la ciudad; sabrá integrar su ministerio a la pastoral diocesana y estará abierto a las actividades pastorales de carácter funcional. Algunos de los medios propuestos para el trabajo con los sacerdotes, además de

¹⁶ Cfr. CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 5-7.

la exigente cualificación de su proceso de formación, son «la organización de la formación permanente, tanto en lo doctrinal como en lo pastoral y espiritual; crear comisiones de teología o comisiones doctrinales que preserven la ortodoxia de la fe en los fieles y orienten y animen la actualización del clero que trabaja en la ciudad»¹⁷.

Respecto a los religiosos, los Obispos expresan su gratitud por el aporte que brindan en la pastoral parroquial y a la vez el deseo «de que estén presentes en los distintos organismos pastorales», teniendo en cuenta su carisma y su preparación específica. Finalmente, se acentúa la importancia del laicado en la construcción de la Iglesia en la gran ciudad, por su participación en los movimientos apostólicos, por el ejercicio de ministerios específicamente encomendados y fundamentalmente, por su presencia comprometida en las realidades temporales. Una adecuada pastoral vocacional presbiteral y religiosa, la promoción de la vida espiritual y fraternal del clero, y el ejercicio frecuente del magisterio del Obispo, constituyen verdaderos servicios a la respuesta evangelizadora de la Iglesia en la ciudad¹⁸.

En relación con los medios de comunicación social, no sólo se reconoce su calidad de instrumentos privilegiados para una pastoral urbana que pretenda llegar a sectores vitales de las grandes urbes, sino que se recomienda «según las circunstancias y posibilidades», favorecer la especialización de sacerdotes y laicos en el campo de la comunicación, y poseer los propios medios. Por otra parte, la pastoral urbana debe prestar especial atención a la «población flotante» de que a veces sólo se acercan a la Catedral y a los templos del centro de las ciudades; además, se requiere implementar «una pastoral específica de santuarios. Ellos han de ser centros de evangelización popu-

¹⁷ CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 7.

¹⁸ Cfr. CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 4.7-8.

lar y prestarán una atención sacramental permanente, especialmente para la reconciliación»¹⁹. En relación con la importancia y vigencia de la educación católica, los Obispos invitan a las organizaciones propias de la Iglesia a ser fieles a su identidad, y se manifiestan presurosos por la urgencia «de una seria catequesis en todos los centros educativos de nuestras ciudades, impartida por catequistas debidamente formados»²⁰.

LA CULTURA URBANA Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

El Consejo Episcopal Latinoamericano, a través de su Sección de Cultura, organizó un seminario en Buenos Aires (Argentina, 30 de noviembre- 4 de diciembre de 1988), cuyas ponencias y conclusiones se publicaron en *Cultura urbana, reto a la evangelización*²¹; allí, asumiendo la ciudad como un «desafío para la Iglesia», se pretende brindar un «primer intento de diseño de pastoral urbana»,

¹⁹ CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 10-11.

²⁰ Cfr. CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 10-12.

²¹ CELAM, *Cultura urbana, reto a la evangelización*, Bogotá 1989. Tras la presentación de Don Antonio do Carmo Cheuiche (pp. 7-9), en encuentran ocho ponencias: L. VIGNOLO, «El fenómeno urbano» (pp. 11-54); A. Morin, «La ciudad en la Biblia» (pp. 55-94); P. GALIMBERTI, «Dios en la ciudad: sensibilidad religiosa del hombre de la ciudad» (pp. 95-119); A. RINCÓN, «La ciudad y las mediaciones: naturaleza y técnica» (pp. 121-147); J. SEMILLAN, «Algunas perspectivas acerca de la problemática del trabajo en las grandes urbes» (pp. 149-158); A. DO CARMO CHEUICHE, «Evangelización de la cultura urbana» (pp. 159-187); O. POL, «Situación urbana y espiritualidad» (pp. 189-204); E. PEÑA, «Estructuras urbanas, pastoral urbana y plan de pastoral urbana» (pp. 205-237). Concluye la publicación con una «Reflexión final» (pp. 239-246), en la que más que conclusiones, se brinda la síntesis de las impresiones más significativas que se suscitaron en el curso del seminario: lo que la ciudad es, lo que la ciudad produce, lo que de la ciudad preocupa, los desafíos para la evangelización, y las necesidades de reflexión.

destinado a los Señores Obispos, a los agentes de Pastoral y a los laicos que quieran acompañar a la Iglesia en su tarea de evangelización de la cultura urbana; como lo señala su título y como lo indican sus contenidos, esta publicación se inserta dentro de la reflexión latinoamericana sobre la nueva evangelización de la cultura urbana y la inculturación del evangelio en la ciudad, en sintonía con las nociones que el magisterio de Juan Pablo II va clarificando paulatinamente, y en orden a la preparación de la ya cercana Cuarta Conferencia General del Episcopado.

Esta Asamblea, reunida en Santo Domingo (1992) para conmemorar el V Centenario del anuncio del Evangelio en el continente, asumió el llamado del Papa a una *Nueva Evangelización*, que se concreta de manera privilegiada en la promoción humana, que busca generar una nueva cultura fundamentada en los valores cristianos, y que encuentra en la evangelización de la cultura urbana, un desafío fundamental. En efecto, los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla, ya habían reconocido las «proporciones alarmantes» (DP 429) que adquiere ese fenómeno urbano en el subcontinente, y afirmaron que «la Iglesia no alienta la creación de megápolis que se tornan irremediablemente inhumanas» (DP 430). Trece años más tarde, a pesar de los cálculos contrarios, la multiplicación y crecimiento de las urbes continúa inexorable, y hace que los Obispos reunidos en Santo Domingo se manifiesten «interpelados» por «las grandes ciudades de América Latina y el Caribe, con sus múltiples problemas» (DSD 298) y que enfatizen: «lugares privilegiados de la misión deberían ser las grandes ciudades, donde surgen nuevas formas de cultura y comunicación» (DSD 257); se pone así de manifiesto la necesidad de una acción eclesial decisiva: «la estructura de la ciudad exige una pastoral especialmente pensada para esa realidad» (DSD 257), y en consecuencia, se invita de manera explícita, a estudiar los nuevos caminos para la evangelización de «las grandes metrópolis» (DSD 262).

Atendiendo a dicha solicitud, el CELAM convocó a un Seminario sobre la *Promoción Humana en la Gran Ciudad*, que tuvo lugar en Brasilia, del 17 al 19 de mayo de 1993, con la participación de diversos expertos y pastoralistas, quienes, en un esfuerzo interdisciplinario, intentaron profundizar en los alcances y desafíos planteados por el incesante desarrollo y crecimiento de los grandes centros urbanos del continente, a la vez que elaborar un conjunto de orientaciones teológico-pastorales; en la parte conclusiva, se presenta un valiosísimo documento de trabajo que describe la situación, perfila los desafíos, enuncia los principios orientadores y traza las líneas de acción para la pastoral urbana en los siguientes campos: familia, niños urbanos, ecología, la tierra, pobreza y solidaridad, nuevo orden económico, población urbana y movilidad, derechos humanos, orden democrático, y finalmente, integración latinoamericana²².

²² CELAM, *El hombre y la ciudad*, Santafé de Bogotá, 1994. El texto publicado presenta, tras la introducción del Secretario General del Celam, ocho densas páginas de Jaime Vélez Correa, con una síntesis de la reflexión que en las publicaciones del Celam se ha hecho sobre el fenómeno urbano y su evangelización (pp. 23-30). A continuación se encuentran, separadas en once capítulos, las siguientes ponencias: L. ORTIZ, «La promoción humana en Santo Domingo» (pp. 33-59); H. PENEGO, «La realidad de la familia en las grandes ciudades» (pp. 61-94); A. DA COSTA, «Infância, juventude e política social no Brasil» (pp. 95-130); P. NOGUEIRA NETO, «Os problemas ambientais das áreas urbanas e suas causas sociais» (pp. 131-138); L. MENDES DE ALMEIDA, «O problema da terra nas grandes cidades» (pp. 139-153); F. LÓPEZ, «Pobreza y solidaridad en las grandes ciudades de América Latina: realidades y desafíos» (pp. 155-186); J. RUIZ, «Nuevo orden económico» (pp. 187-220); C. AMBROZIO, «População urbana e mobilidade» (pp. 221-236); E. ALAYZA, «La gran ciudad y los derechos humanos» (pp. 237-255); G. ESCOBAR, «El orden democrático» (pp. 257-282); G. RIOFRIO, «Las megápolis y la integración de Latinoamérica» (pp. 283-297). Las *Conclusiones* (pp. 299-330); habían sido publicadas unos meses antes en *Boletín CELAM*, «La promoción humana en la Megápolis»

Además de estas publicaciones, fundamentalmente impulsadas por el Consejo Episcopal Latinoamericano, es notoria la reflexión sobre la pastoral urbana a nivel latinoamericano, tanto en obras de difusión, como en diversos artículos y publicaciones que —incluso a partir de experiencias concretas—, profundizan en el acercamiento y comprensión del fenómeno urbano desde una perspectiva general, o bien desde horizontes más específicos; también es necesario resaltar la reflexión de otras Iglesias cristianas, en torno a la realidad urbana. A nivel nacional, sobresalen el encuentro realizado y las directrices trazadas por la Conferencia Episcopal de Colombia y el largo camino de reflexión recorrido por la Iglesia brasileña; por lo que se refiere a las experiencias pastorales, el sector «estructuras de Iglesia» de la Línea 1 de la Conferencia Episcopal Brasileña, con la participación del Instituto Nacional de Pastoral, consciente de la necesidad de repensar la presencia y la organización de la Iglesia en lo urbano, promovió un encuentro de estudio (São Paulo, Brasil, 15-17 de septiembre de 1992), en el que se dio la oportunidad de dar una mirada retrospectiva a diversos procesos pastorales vividos como fruto y a la vez como estímulo de esta larga búsqueda latinoamericana²³; la experiencia fue tan fructí-

²³ Cfr. A. ANTONIAZZI – C. CALIMAN, *Presença da Igreja na cidade*, Petrópolis 1994. La intención de los organizadores, al convocar este grupo limitado, era dar el paso inicial de un caminar más amplio, que partiendo de experiencias concretas ya en desarrollo, iluminadas por abordajes teóricos pertinentes, pudiera progresivamente irradiar una reflexión para que la Iglesia en el Brasil pudiera organizar y desarrollar una pastoral propia de la ciudad. El primer momento del Seminario, estuvo dedicado a la aproximación a la realidad pastoral de São Paulo (presentada por Monseñor Sergio Conrado y Ruth M. de Carvalho), de Belo Horizonte (presentada por el Carlos Fragoso Filho y Rosinha Borges Dias), y de Campinas (publicada en *Arquidiocese de Campinas, Uma Igreja respondendo aos novos desafios*), de la que los Padres José de Nadai y Claudio Menegazzi expusieron el resultado de la revisión ampliada. El segundo momento fue de profundización teórica de la ciudad; buscó básicamente responder a dos preguntas:1)

fera, que hizo que el encuentro con los representantes de las ciudades con población mayor de un millón de habitantes asumiera una periodicidad anual²⁴. Los espacios de reflexión se multiplican²⁵, pero son fundamentalmente las experiencias concretas de las Iglesias particulares de las grandes ciudades, los testimonios más significativos – si bien, muchas veces desconocidos- del camino de búsqueda y de discernimiento de los elementos teológico-

¿Cómo se organiza la ciudad hoy en sus varios niveles? La reflexión fue desarrollada por el Dr. Luiz E. Wanderley (cfr. *Id.*, «Pastoral urbana, sujeitos e estruturas»); 2) ¿Cómo es vivida y cómo se organiza la religión en la ciudad? Esa reflexión se encuentre en el texto del Luiz R. Benedetti (cfr. *Id.*, «A religião na cidade»). El tercer momento constó de dos abordajes práctico-pastorales: «Princípios teológico-pastorais para uma nova presença da Igreja na cidade», de Alberto Antonazzi; «A Evangelização na cidade hoje. Algumas reflexões pedagógico-pastorais», de Cleto Calimán.

²⁴ Cfr. J. COBO FERNANDEZ, *Presença da Igreja na cidade II. Novos desafios novas abordagens*. Este segundo volumen, publicado en Petrópolis 1997, recoge los resultados de los seminarios de 1993 (Belo Horizonte) y 1994 (Campinas); el primero, tuvo como tema central «la misión de la Iglesia en la gran ciudad», mientras que el segundo se centró en compartir experiencias sobre la pastoral de los excluidos y la organización de las «redes de comunidades». La publicación se articula en cuatro partes: I — La visión de los sociólogos, que trae dos artículos «De la modernidad triunfante a la modernidad excluyente: las nuevas formas de vida en la ciudad», por Rogério Valle (pp. 13-19), e «Iglesia y mundo urbano», por Luiz Roberto Benedetti (pp. 19-34). II — La aproximación teológico-pastoral presenta un artículo de João Batista Libanio: «Misión de la Iglesia en la ciudad» (pp. 37-72). III — Pistas pastorales, contiene un artículo de Alberto Antonazzi «Nuevas reflexiones sobre la pastoral urbana», (pp. 75-86), y la síntesis de los debates (pp. 86-95). IV — Experiencias pastorales de São Paulo, Goiania, Belo Horizonte, y las conclusiones de los grupos de trabajo (pp. 97-110).

²⁵ Cfr. CNBB-REGIONAL SUL I, *O fenômeno urbano: desafio para a pastoral*; *Id.*, *A coodenação pastoral nos centros urbanos*, publicados en 1995 y 1997, respectivamente por la editorial Vozes. Igualmente significativos son los trabajos y las publicaciones del “Espacio de pastoral urbana” que en México animan fundamentalmente los padres Benjamín Bravo y Abel Fernández: *La urbe reta a la Iglesia*, y *La Iglesia en la ciudad*, publicados en 1998 y 1999 respectivamente.

pastorales, que la Iglesia está llamada a vivir y a testimoniar en el cumplimiento de su misión evangelizadora de la ciudad latinoamericana²⁶.

PERSPECTIVA TEOLÓGICA

En realidad, tanto en el campo de las ciencias sociales, como en el de la pastoral, se constata la existencia de juicios y valoraciones, radicalmente contradictorios, cargados de subjetividad condenatoria o laudatoria frente a lo urbano, lo que se refleja en las reflexiones que se hacen y en las actitudes que se asumen. Incluso en el campo de la teología el tema ha sido de un interés creciente, de manera evidente en el campo bíblico, por cuanto múltiples textos pueden dar lugar a interpretaciones radicalmente distintas o pueden servir para justificar previos posicionamientos teológicos, tal como ha sido observado en los textos y artículos citados. Aunque de ninguna manera se puede decir que la Biblia presente de manera explícita una triple caracterización dialéctica que articula J. Comblin, sí es fácil constatar la presencia de elementos valorativos positivos, negativos y sintéticos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, acentuados por la propia subjetividad de quien analiza el tema; ello trae como consecuencia, un resultado divergente y en ocasiones contradictorio, en el que el teólogo puede terminar traicionando al exégeta y el pastor corre el peligro de manipular la Palabra.

No se trata de poner en juego el sentido de la exégesis y de la teología bíblica, sino de responder fundamental-

²⁶ Una presentación sistemática de algunos de los procesos pastorales más significativos de las diócesis de las grandes ciudades se encuentra en el último capítulo de mi libro: F. NIÑO, *La Iglesia en la ciudad*, 373-422.

mente a la cuestión de si existe una doctrina bíblica sobre la ciudad, y si existe, de clarificar cómo se puede aplicar a un fenómeno específico y concreto, como por ejemplo la realidad de las grandes ciudades en América Latina, en orden a la elaboración de una teología de la ciudad. En realidad, puede decirse que sí existe esta doctrina bíblica sobre la ciudad, pero que está mediatizada y concretada en fenómenos y perspectivas específicos de la revelación judeo-cristiana; en consecuencia, no se puede aplicar a otros fenómenos urbanos, sino sólo de manera analógica, y además, y esto es fundamental, sólo dentro del marco de una reflexión teológica estructurada²⁷.

Es por tanto, en el contexto de una eclesiología sistemática, que la reflexión teológica sobre la ciudad y la doctrina bíblica sobre ella, cobran su sentido más pleno; la visión eclesiológica del Vaticano II permite enmarcar la realidad de la ciudad y del fenómeno urbano dentro del

²⁷ Como lo ha expresado la Pontificia Comisión Bíblica, «la Palabra de Dios se expresa en la obra de autores humanos. Pensamiento y palabra son al mismo tiempo de Dios y del hombre, de modo que todo en la Biblia viene a la vez de Dios y del autor inspirado. No se sigue de ello, sin embargo, que Dios haya dado un valor absoluto al condicionamiento histórico de su mensaje. Éste es susceptible de ser interpretado y actualizado, es decir, de ser separado, al menos parcialmente, de su condicionamiento histórico presente» (PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 101). El documento no sólo es una excelente síntesis de la situación actual de las ciencias bíblicas, sino que constituye un verdadero derrotero de acción para el teólogo, para el pastor y para el creyente. Para el presente estudio, vale la pena resaltar también la siguiente indicación del texto citado: «al esfuerzo de actualización, que permite a la Biblia continuar siendo fecunda a través de los tiempos, corresponde el esfuerzo de inculturación, para la diversidad de lugares, que asegura el enraizamiento del mensaje bíblico en los más diversos terrenos. Esta diversidad no es, por lo demás, jamás completa. Toda cultura auténtica, en efecto, es portadora, a su modo, de valores universales establecidos por Dios» (*Ibidem*, 110).

contexto de la pedagogía de Dios y de su designio salvífico. La Iglesia como *Cuerpo de Cristo*, se ordena a la construcción de una unidad, animada por el Espíritu; en cuanto *pueblo de Dios*, pueblo peregrino, la Iglesia se inserta en la historia, acampa en las urbes, en búsqueda de la ciudad eterna, que es su meta final: una Iglesia *en función de servicio a la causa del Reino y sacramento del Reino*, permite superar el eclesiocentrismo y la concentración intraeclesial, y descubre en la realidad urbana un elemento tipológico y una exigencia de compromiso testimonial; la Iglesia *abierta al mundo y al servicio del mundo*, invita a superar el paralelismo o la autosuficiencia frente a «lo terreno» y descubre su misión evangelizadora como ministerio; una *Iglesia misionera*, llamada a anunciar la vida nueva de la Salvación en Cristo, puede asumir la realidad urbana como un rico y exigente desafío; finalmente, el *misterio de comunión*, como característica eclesial y como proceso escatológico, ofrece una nueva clave hermenéutica particularmente valiosa para la comprensión de la cultura urbana.

El anterior panorama permite observar, que el estudio de la vinculación entre la Iglesia y la ciudad, está presente en el pensamiento teológico latinoamericano, y que son variadas y enriquecedoras las diversas experiencias de pastoral urbana que se han vivido, fructíferos y multiplicadores los encuentros y seminarios que sobre el tema se han realizado, y numerosos los libros —y numerosísimos los artículos—, que al respecto han sido publicados. Pero es necesario continuar caminando: la necesidad de un conocimiento interdisciplinar impone un conocimiento de la compleja y singular realidad urbana latinoamericana, a partir de las ciencias sociales, para posibilitar así el acercamiento al proceso dialógico que ha cuestionado, enriquecido y redimensionado la mutua realidad de la Iglesia y la ciudad en el continente durante la segunda mitad del presente siglo; si bien sería imposible agotar la riqueza que brindan las publicaciones de las ciencias

humanas, un sencillo acercamiento a la comprensión de la realidad, origen y desarrollo del fenómeno urbano, evidencia que el fenómeno urbano latinoamericano presenta procesos, características y exigencias peculiares, cuyo conocimiento permitirá cualificar la encarnación de la Iglesia en ellas (CD 16).

En este nuevo contexto cultural, la nueva evangelización en cuanto proyecto misionero, la promoción integral del hombre en cuanto compromiso fundamental de la Iglesia y la inculturación en cuanto categoría teológica complexiva, constituyen y concretan el empeño de encarnación y la responsabilidad fundamental de la Iglesia en la ciudad. El magisterio del Papa Juan Pablo II, particularmente con la reciente Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, así como las orientaciones de los Obispos latinoamericanos en las Conferencias de Puebla y Santo Domingo, brindan el marco de comprensión y los caminos para una nueva actitud relacional, según la cual, la Iglesia está llamada a insertarse en lo más profundo de la cultura urbana, para anunciar el Evangelio: la buena noticia de la salvación querida por el Padre, realizada en Jesucristo con la fuerza del Espíritu, descubre en el hombre concreto y en modo particular, en el pobre y el marginado, el destinatario fundamental de una evangelización nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión.

La asunción teológica del concepto de inculturación, confluirá en la Conferencia de Santo Domingo con la propuesta de la nueva evangelización como empeño misionero y con la promoción humana como concreción de la opción preferencial y evangélica por los más pobres; la urbanización no es percibida sólo como el irrefrenable crecimiento de las grandes ciudades sino, fundamentalmente, como el proceso generador de una nueva cultura, por cuanto la urbanización mental sobrepasa los límites físicos de la ciudad y alcanza dimensiones de totalidad en

nuestro subcontinente²⁸; esta nueva cosmovisión y este nuevo tipo de hombre²⁹ que se hace más evidente en las grandes urbes, constituye a la vez un desafío y un estímulo³⁰. Si bien se escucha decir que la pastoral urbana está en crisis o «en pañales» y que la mayoría de los ensayos de renovación proceden de los sectores campesinos e indígenas, transplantando en el mejor de los casos las experiencias que han tenido éxito en el campo³¹, la cultura urbana constituye un reto e implica un riesgo que hay que saber asumir, con la conciencia de que es necesario caminar hacia un modelo evangelizador que sepa aunar la necesaria fidelidad a la Iglesia del presente y del pasado con la no menos necesaria fidelidad a la Iglesia del futuro, es decir, al proyecto de Iglesia que el Evangelio y los tiempos reclaman.

Así, los desafíos que surgen de la cultura urbana son complejos, la misión evangelizadora apremiante, la cura pastoral impostergable, y en consecuencia, la Iglesia está obligada a encontrar los medios más adecuados para rea-

²⁸ Cfr. A. DO CARMO CHEUICHE, «Para una pastoral orgánica de la cultura en América Latina», 13, en *Boletín CELAM* 216 (1987).

²⁹ Cfr. A. SÁNDALO BERNARDINO, «Cultura urbana emergente e evangelização», 878, en *REB* 196 (1989).

³⁰ «La Iglesia se pone en movimiento en su pastoral agraria con gusto, pero tiene serias dificultades para evangelizar la ciudad y queda aturdida delante de la Metrópoli. Nuestras propuestas pastorales, leyes, contemplan, en gran parte, la ciudad pequeña, la zona rural; jamás la metrópoli, el hombre en la era moderna (límites jurídicos de las parroquias, diócesis, días de precepto, liturgia...). Frecuentemente, aplicamos soluciones del siglo IV o VI para la problemática del siglo XX [...]. De manera especial, la Iglesia necesita despojarse de cosas que fueron óptimas en el pasado y que dieron respuestas al hombre rural, para comprometerse con el Hombre-Urbano, con la ciudad, aceptando el desafío de lo nuevo con nuevas y aún no experimentadas formas pastorales» (A. SÁNDALO BERNARDINO, «Cultura urbana emergente e evangelização», 878, 881).

³¹ Cfr. A. SALVATIERRA, «La nueva evangelización en ambientes secularizados», 114.

lizar su ser y su misión; en el contexto de las megalópolis latinoamericanas, la renovación de la organización y de la estructuración eclesial es indispensable y las formas para realizarlo son variadas y deben adaptarse a las circunstancias peculiares, con la conciencia de que la forma en que la Iglesia organice sus estructuras, afectará grandemente su capacidad de comunicación, su posibilidad de actuar coordinadamente y de percibir las necesidades de la comunidad. Pero si bien las estructuras son importantes, la pastoral urbana no se limita a su implementación, por cuanto ellas son sólo un instrumento que sirve a la naturaleza sacramental de la Iglesia y al anuncio del Evangelio; en efecto, la Iglesia, como signo-sacramento de la comunión de Dios con los hombres, debe procurar anunciar el Evangelio en todos los lugares de la tierra, lo que exige un proceso de inculturación que tomará necesariamente diferentes formas y procesos, de acuerdo con las necesidades de la comunidad y con las exigencias del camino de fe; la Iglesia está llamada a ponerse en camino, siempre, y de manera concreta, en las grandes ciudades latinoamericanas; el primer paso es el acercamiento a la realidad ambivalente del mundo urbano, para poder tomar conciencia de sus múltiples posibilidades y de sus innumerables limitaciones.

La presencia de la Iglesia en la nueva cultura debe adoptar la modalidad del *diálogo* como categoría teológica, espiritual y pastoral fundamental, el *servicio* como actitud constante y la *encarnación* como criterio salvífico: «La Iglesia necesita dejarse poseer por el fenómeno de la urbanización. Dejarse penetrar, en su globalidad, por la realidad de la modernidad. Es urgente, en ese sentido, la máxima de san Ireneo: "lo que no es asumido, no es redimido". Ella necesita armar su tienda en medio de la vida de la ciudad: "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14). Las memorables palabras del Vaticano II, en la *Gaudium et Spes*, requieren ser vividas en la vida de la Iglesia, en la pastoral urbana: "las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy,

sobre todo de los pobres y de todos los que surgen, son también las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo"»³².

La experiencia pastoral de algunas de las Iglesias particulares de las grandes ciudades latinoamericanas, permite observar que la búsqueda de estructuras participativas, la promoción del protagonismo laical y la opción real y radical por el pobre, dentro del marco de una constante reflexión teológica y de una profunda vida de fe, constituyen algunas de las pistas más claras para el camino que cada Iglesia particular está llamada a recorrer, en el esfuerzo por anunciar el Evangelio, por favorecer su vivencia en comunidad y por hacer cada día más visible el Reino de Dios en las ciudades latinoamericanas.

Finalmente, se puede constatar que la rica institución del sínodo diocesano no es siempre bien conocida ni entendida, y que sus múltiples posibilidades permanecen aún inexploradas. Una adecuada comprensión, por el contrario, no sólo permite una polifacética praxis del sínodo, sino que descubre y profundiza la actitud sinodal como elemento inherente de la realidad eclesial y como un criterio de renovación pastoral, de vivencia de la *koinonía* en la Iglesia particular, y de fuerza para la esencial e incesante misión de anunciar y hacer visible el Reino de Dios³³. En este espacio eclesial, la actitud dialogal va unida al discernimiento de la llamada y de la voluntad de Dios dentro de un marco de creciente participación, y al fortalecimiento constante de la dimensión comunitaria de la Iglesia. El carácter

³² A. SÁNDALO BERNARDINO, «O bispo na pastoral urbana», 15, en *Vida Pastoral* 153 (1990).

³³ Cfr. NIÑO, F., *El sínodo diocesano como evento ordinario en la vida de la Iglesia particular*, Roma 1997; en esta misma insistencia coincide la *Instrucción sobre los sínodos diocesanos*, emanada en 1998 por la Congregación para los Obispos y la Congregación para la evangelización de los pueblos.

sinodal, como dimensión constitutiva de la realidad eclesial en todos sus niveles, puede y debe ser desarrollado *en* las diócesis y *desde* las diócesis, para «poner a caminar» a la Iglesia en las grandes ciudades de América Latina; el *caminar juntos* en actitud sinodal construyendo comunidad en la ciudad, gracias a la participación y colaboración de todos, permitirá a la Iglesia urbana, avanzar en el esfuerzo por hacer visible el Reino de Dios, bajo el impulso del Espíritu Santo; desde una perspectiva de *koinonía*, la actitud sinodal, concebida como un exigencia permanente de la vida de la iglesia local, puede hacer surgir elementos posibilitadores y orientadores para la praxis pastoral, constituyéndose en un elemento de renovación eclesial y en un medio de inculturación urbana del Evangelio y de la Iglesia³⁴.

PROSPECTIVA

Desde Pentecostés, la vocación de la Iglesia de Cristo ha sido hablar cada lenguaje y evangelizar todas las culturas de la humanidad. Actualmente, en la cultura urbana latinoamericana, la Iglesia tiene que concretar sus esfuerzos, colaborando a la acción del Espíritu, para que el creyente pueda conocer y aceptar el mensaje salvífico del Señor y para que pueda vivir su fe en el esfuerzo por construir la comunión. La Iglesia no se puede aislar ante los complejos problemas de la nueva cultura, sino que debe hacerse parte, encarnarse en el mundo urbano, para hacer presente allí, la salvación de Jesucristo. El desafío evangelizador implica testimoniar la comunión como posibilidad salvífica, y ello constituye un arduo y largo camino que cada Iglesia debe recorrer, y en el que cada uno de sus miembros deben participar, de acuerdo con su propia capacidad, y animados por la oración, la liturgia y la escucha, vivencia y celebración de la Palabra de Dios.

³⁴ Cfr. ARQUIDIÓCESIS DE MÉXICO, *Documento conclusivo de las Asambleas sinodales*, 268.

Las experiencias pastorales de numerosas Iglesias particulares, señalan algunos caminos recorridos en el esfuerzo por afrontar el reto teológico y el desafío pastoral significado en la especificidad del fenómeno urbano latinoamericano, es necesario conocerlas y difundirlas, por cuanto también han ayudado a la comunidad creyente a reecontrarse con su original vocación evangelizadora; pero ciertamente se requiere profundizar mucho más en la reflexión y avanzar y arriesgar más en la praxis, porque la novedad del fenómeno sociológico y de la realidad cultural, desbordan las categorías teóricas, los marcos jurídicos y los esquemas tradicionales de la pastoral eclesial.

Se hace evidente, en conclusión, que la búsqueda de una pastoral urbana no consiste en la aplicación de fórmulas ya hechas o de respuestas preestablecidas, ni en la estricta aplicación de normas canónicas frente a los nuevos problemas eclesiológicos, y mucho menos se reduce a la simple planificación o a la adecuada administración de los recursos, sino en la revitalización de la misión evangelizadora de cara a una nueva cultura, y en el nuevo anuncio de la Buena Noticia al nuevo hombre que en ella surge y que si bien puede estar bautizado, no suele ser consciente del don recibido ni de la grandeza de la vocación a la que ha sido llamado. En este esfuerzo por ofrecer al hombre urbano latinoamericano la gracia de la salvación, cada una de las Iglesias particulares tiene que recorrer su camino, reflexionando sobre los textos de los pastores que se ofrecen en el anexo 1, y buscando los medios más adecuados para su encarnación en la ciudad, para «confirmar en los cristianos de hoy la fe en el Dios revelado en Cristo, sostener la esperanza prolongada en la espera de la vida eterna, y vivificar la caridad comprometida activamente en el servicio a los hermanos» (TMA 31).

ANEXO: TEXTO DE LOS PASTORES

1. *Del Concilio Vaticano II*

“El tipo de sociedad industrial se extiende paulatinamente, llevando a algunos países a una economía de opulencia y transformando profundamente concepciones milenarias de la vida social. La *civilización urbana* tiende a un predominio análogo por el aumento de las ciudades y de su población y por la tendencia a la urbanización que se extiende a zonas rurales” (GS 6).

“Las circunstancias de vida del hombre moderno en el aspecto social y cultural han cambiado profundamente, tanto que se puede hablar con razón de una nueva época de la historia humana (cfr. GS 4-10). Por ello, nuevos caminos se han abierto para perfeccionar la cultura y darle un a mayor expansión. Caminos que han sido preparados por el ingente progreso de las ciencias naturales y de las humanas, incluidas las sociales; por el desarrollo de la técnica, y también por los avances en el uso y recta organización de los medios que ponen al hombre en comunicación con los demás. De aquí provienen ciertas notas características de la cultura actual: Las ciencias exactas cultivan al máximo el juicio crítico; los más recientes estudios de la Psicología explican con mayor profundidad la actividad humana; las ciencias históricas contribuyen mucho a que las cosas se vean bajo el aspecto de su mutabilidad y evolución; los hábitos de vida y las costumbres tienden a uniformarse más y más; la industrialización, la urbanización y los demás agentes que promueven la vida comunitaria crean nuevas formas de cultura (cultura de masas), de las que nacen nuevos modos de sentir, actuar y descansar; al mismo tiempo, el creciente intercambio entre las naciones y grupos sociales

descubre a todos y a cada uno con creciente amplitud los tesoros de las diferentes formas de cultura y así poco a poco se va gestando una forma más universal de cultura, que tanto más promueve y expresa la unidad del género humano cuanto mejor sabe respetar las particularidades de las diversas culturas" (GS 54).

2. De la Conferencia de Medellín

Esta segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano quiere expresar su preocupación pastoral por el amplio sector campesino, que si bien está comprendido en lo anteriormente dicho, requiere, por sus especiales características, una atención urgente. Si bien se deberán contemplar la diversidad de situaciones y recursos de las distintas naciones, no cabe duda que hay un denominador común en todas ellas; la de las poblaciones campesinas e indígenas. Esta promoción, no será viable si no se lleva a cabo una auténtica y urgente reforma de las estructuras y de las políticas agrarias. Este cambio de estructuras y sus políticas correspondientes no se limitan a una simple distribución de tierras. Es indispensable hacer una adjudicación de las mismas bajo determinadas condiciones que legitimen su ocupación y aseguren su rendimiento, tanto en beneficio de las familias campesinas, cuanto de la economía del país. Es exigirá, además de aspectos jurídicos y técnicos, cuya determinación no es competencia nuestra, la organización de los campesinos en estructuras intermedias eficaces, principalmente en formas cooperativas; y estímulo hacia la creación de centros urbanos en los medios rurales, que permitan el acceso de la población campesina a los bienes de la cultura, de la salud, de un sano esparcimiento de su desarrollo espiritual y de una participación en las decisiones locales y en aquellas que inciden en la economía y política nacional. Esta eleva-

ción del medio rural contribuirá al necesario proceso de industrialización y a la participación en las ventajas de la civilización *urbana*" (MED I, 14).

"La familia sufre en América Latina, como también en otras partes del mundo la influencia de cuatro fenómenos fundamentales:

1. El paso de una sociedad rural a una sociedad *urbana*, que conduce a la familia de tipo patriarcal hacia un nuevo tipo de familia, de mayor intimidad, con mejor distribución de responsabilidades y mayor dependencia de otras microsociedades.
2. El proceso de desarrollo lleva consigo abundantes riquezas para algunas familias y seguridad para otras y marginalidad social para las restantes.
3. El rápido crecimiento demográfico, que si bien no debe ser tomado como la única variable demográfica y mucho menos como la causa de todos los males de América latina si engendra varios problemas tanto de orden socio-económico como de orden ético y religioso.
4. El proceso de socialización que resta a la familia algunos aspectos de su importancia social y de sus zonas de influencia, pero que deja intactos sus valores esenciales y su condición de institución básica de la sociedad global" (MED III, 2).

"Por otra parte, la modernización reflejo de los sectores más dinámicos de la sociedad latinoamericana, acompañada por la creciente tecnificación y aglomeración *urbana*, se manifiestan en fenómenos de movilidad, socialización y división de trabajo. Tales fenómenos tienen por efecto la importancia creciente de los grupos y ambientes funcionales -fundados

sobre el trabajo, la profesión o función-, frente a las comunidades tradicionales de carácter vecinal o territorial.

Dichos medios funcionales constituyen en nuestros días los centros más importantes de decisión en el proceso del cambio social, y los focos donde se condensa al máximo la conciencia de la comunidad.

Estas nuevas condiciones de vida obligan a los movimientos de laicos en América Latina a aceptar el desafío de un compromiso y presencia, adaptación permanente y creatividad." (MED X, 3)

3. Octogesima Adveniens de Pablo VI

La urbanización

"Un fenómeno mayor atrae en nosotros nuestra atención, tanto en los países industrializados como en las naciones en vía de desarrollo: la *urbanización*.

Después de largos siglos la civilización agraria se está debilitando. Por otra parte ¿se presta suficiente atención al acondicionamiento y mejora de la vida de la gente rural, cuya condición económica inferior y hasta miserable a veces provoca el éxodo hacia los tristes amontonamientos de los suburbios donde no les espera empleo ni alojamiento?

Este éxodo rural permanente, el crecimiento industrial, el aumento demográfico continuo, el atractivo de los centros urbanos conducen a concentramientos de población cuya amplitud apenas se puede imaginar puesto que ya se habla de megápolis que agrupan varias decenas de millones de habitantes. Ciertamente, existen ciudades cuya dimensión asegura un mejor equilibrio de la población. Susceptibles de ofrecer un empleo a aquellos a quienes el progreso

de la agricultura habría dejado disponibles, permiten un acondicionamiento del ambiente humano capaz de evitar la proliferación del proletariado y el amontonamiento de las grandes aglomeraciones.

El crecimiento desmedido de estas ciudades acompaña la expansión industrial, sin confundirse con ella.

Basada en la búsqueda tecnológica y en la transformación de la naturaleza, la industrialización prosigue siempre su camino, dando prueba de una incesante creatividad. Mientras unas empresas se desarrollan y se concentran, otras mueren o se trasladan, creando nuevos problemas sociales: paro profesional o regional, cambios de empleo y movilidad de personas, adaptación permanente de los trabajadores, disparidad de condiciones en los diversos ramos industriales. Una competencia desmedida, utilizando los medios modernos de la publicidad, lanza continuamente nuevos productos y trata de atraer al consumidor, mientras las viejas instalaciones industriales todavía en funcionamiento van haciéndose inútiles. Mientras amplísimos estratos de población no pueden satisfacer sus necesidades primarias, se intenta crear necesidades de lo superfluo. Se puede uno preguntar entonces con todo derecho, si a pesar de todas sus conquistas, el hombre no está volviendo contra sí mismo los frutos de su actividad. Después de haberse asegurado un dominio necesario sobre la naturaleza (cfr. PP 25); ¿no se está convirtiendo ahora en esclavo de los objetos que fabrica?

Los cristianos en la ciudad

El surgir de una civilización *urbana* que acompaña el incremento de la civilización industrial, ¿no es en efecto un verdadero desafío lanzado a la sabiduría del hombre, a su capacidad de organización a su

imaginación prospectiva? En el seno de la sociedad industrial, la *urbanización* trastorna los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, el marco mismo de la comunidad cristiana. El hombre prueba una nueva soledad, no ya de cara a una naturaleza hostil que le ha costado siglos dominar, sino en medio de una muchedumbre anónima que le rodea y donde él se siente como extraño. Etapa sin duda irreversible en el desarrollo de las sociedades humanas, la urbanización plantea al hombre difíciles problemas: ¿cómo dominar su crecimiento, regular su organización, lograr su animación por el bien de todos?

En este crecimiento desordenado, nacen nuevos proletariados. Se instalan en el centro de las *ciudades* que los ricos a veces abandonan; acampan en los suburbios, cinturón de miseria que llega a asediar, mediante una protesta silenciosa aún, el lujo demasiado estridente de las ciudades del consumo y del despilfarro. En lugar de favorecer el encuentro fraternal y la ayuda mutua, la ciudad desarrolla las discriminaciones y también las indiferencias; se presta a nuevas formas de explotación y de dominio, de las que algunos, especulando sobre las necesidades de los demás, sacan provechos inadmisibles. Detrás de las fachadas, se esconden muchas miserias, ignoradas aún por los vecinos más cercanos; otras aparecen allí donde la dignidad del hombre zozobra: delincuencia, criminalidad, droga, erotismo.

Son el efecto los más débiles las víctimas de las condiciones de vida inhumana, degradantes para las conciencias y dañosas para la institución familiar: la promiscuidad de los alojamientos populares hace imposible un mínimo de intimidad; los jóvenes hogares, en la vana esperanza de una alojamientos decente y a un precio accesible, se desmoralizan y hasta

su misma unidad puede quedar comprometida; los jóvenes abandonan un hogar demasiado reducido y buscan en la calle compensaciones y compañías incontrolables. Es un deber grave de los responsables tratar de dominar y orientar este proceso.

Urge reconstruir a escala de calle de barrio o de gran conglomerado, el tejido social en que el hombre pueda desarrollar las necesidades de su personalidad. Hay que crear y fomentar centros de interés y de cultura a nivel de comunidades y de parroquias, en sus diversas formas de asociación, círculos recreativos, lugares de reunión, encuentros espirituales, comunitarios, donde, escapando al aislamiento de las multitudes modernas, cada uno podrá crearse nuevamente relaciones fraternales.

Construir la ciudad, lugar de existencia de los hombres y de sus extensas comunidades, crear nuevos modos de proximidad y de relaciones, percibir una aplicación original de la justicia social, tomar a cargo este futuro colectivo que se anuncia difícil, es una tarea en la cual deben participar los cristianos. A estos hombres amontonados en una promiscuidad urbana que se hace intolerable, hay que darles un mensaje de esperanza por medio de una fraternidad vivida y de una justicia concreta. Los cristianos, conscientes de esta responsabilidad nueva, no pierden el ánimo en la inmensidad amorfa de la ciudad, sino que se acuerdan de Jonás que por mucho tiempo recorre Nínive, la gran ciudad, para anunciar en ella la Buena Nueva de la misericordia divina, sostenido en su debilidad por la sola fuerza de la palabra de Dios todopoderoso. En la Biblia, la ciudad es frecuentemente, en efecto, el lugar del pecado y del orgullo de un hombre que se siente suficientemente seguro para construir su vida sin Dios y también para afirmar su poder contra El. Pero existe también Jerusalén, la ciudad santa, el lugar de encuentro con

Dios, la promesa de la ciudad que viene de lo alto” (OA 10-12).

4. De la Conferencia de Puebla

La evangelización en el futuro “dará importancia a la pastoral urbana con la *creación de nuevas estructuras eclesiales* que, sin desconocer la validez de la parroquia renovada, permitan afrontar la problemática que presentan las enormes concentraciones humanas de hoy...” (DP 152).

“En el tránsito de la cultura agraria a la urbano-industrial, *la ciudad se convierte en motor de la nueva civilización universal*. Este hecho requiere un nuevo discernimiento por parte de la Iglesia. Globalmente debe inspirarse en la visión de la Biblia, la cual a la vez que comprueba positivamente la tendencia de los hombres a la creación de ciudades donde convivir de un modo más asociado y humano, es crítica de la dimensión inhumana y del pecado que se origina en ellas” (DP 429).

“Por lo mismo, en las actuales circunstancias, *la Iglesia no alienta el ideal de la creación de megápolis* que se tornan irremediablemente inhumanas, como tampoco de una industrialización excesivamente acelerada que las actuales generaciones tengan que pagar a costa de su misma felicidad, con sacrificios desproporcionados” (DP 430).

“Por otra parte, reconoce que la vida urbana y el cambio industrial ponen al descubierto problemas hasta ahora no conocidos. En su seno se trastornan los medios de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad la organización del trabajo. Se trastornan, por lo mismo, las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles y de la comunidad cristiana (cfr. OA 10). Las anteriores características constituyen rasgos

del llamado 'Proceso de Secularización', ligado evidentemente a la emergencia de la ciencia y de la técnica y a la urbanización creciente" (DP 431).

"No hay por qué pensar que las formas esenciales de la conciencia religiosa estén exclusivamente ligadas con la cultura agraria. *Es falso que el paso a la civilización urbano-industrial acarrea necesariamente la abolición de la religión. Sin embargo, constituye un evidente desafío, al condicionar con nuevas formas y estructuras de vida la conciencia religiosa y la vida cristiana*" (DP 432).

"La Iglesia se encuentra así ante el desafío de renovar su evangelización, de modo que pueda ayudar a los fieles a vivir su vida cristiana en el cuadro de *los nuevos condicionamientos que la sociedad urbano-industrial crea* para la vida de santidad; para la oración y la contemplación; para las relaciones entre los hombres, que se torna anónimas y arraigadas en lo meramente funcional; para una nueva vivencia del trabajo, de la producción y del consumo" (DP 433).

La necesidad de *trazar criterios y caminos, basados en la experiencia y la imaginación, para una pastoral de la ciudad*, donde se gestan los nuevos modos de cultura, a la vez que el aumento del esfuerzo evangelizador y promotor de los grupos indígenas y afroamericanos" (DP 441).

"Finalmente como ya se dijo, hay que tomar conciencia de los efectos devastadores de una industrialización descontrolada y de *una urbanización que va tomando proporciones alarmantes*. El agotamiento de los recursos naturales y la contaminación del ambiente constituirán un problema dramático. Afirmamos una vez más la necesidad de una profunda revisión de la tendencia consumista de las naciones

más desarrolladas; deben tenerse en cuenta las necesidades elementales de los pueblos pobres que forman la mayor parte del mundo.

La nueva evangelización tiene como finalidad formar hombres y comunidades maduras en la fe y dar respuesta a la nueva situación que vivimos, provocada por los cambios sociales y culturales de la modernidad. Ha de tener en cuenta la *urbanización*, la pobreza y la marginación. Nuestra situación está marcada por el materialismo, la cultura de la muerte, la invasión de las sectas y propuestas religiosas de distintos órdenes" (DP 496).

"La acción pastoral planificada es la respuesta específica, consciente e intencional a las necesidades de la evangelización. Deberá realizarse en un proceso de participación en todos los niveles de las comunidades y personas interesadas, educándolas en la metodología de análisis de la realidad, para la reflexión sobre dicha realidad a partir del Evangelio, la opción por los objetivos y los medios más aptos y su uso más racional para la acción evangelizadora" (DP 1307).

5. De la Conferencia de Santo Domingo

"Esta situación nueva trae consigo también nuevos valores, el ansia de solidaridad, de justicia, la búsqueda religiosa y la superación de ideologías totalizantes.

Destinatarios de la nueva evangelización son también las clases medias, los grupos, las poblaciones, los ambientes de vida y de trabajo, marcados por la ciencia, la técnica y los medios de comunicación social.

La nueva evangelización tienen la tarea de suscitar la adhesión personal a Jesucristo y a la Iglesia de tantos hombre y mujeres bautizados que viven sin

energía el cristianismo, que han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio (cfr. RM 33)" (DSD 26).

"Las grandes ciudades de América latina y el caribe, con sus múltiples problemas, nos han interpelado. Atenderemos a la evangelización de estos centros donde vive la mayor parte de nuestra población. Nuestra solicitud se dirigirá también a las áreas rurales; en ellas se siente ya el impacto de los cambios culturales" (DSD 298)

"América Latina y el Caribe se encuentran hoy en un proceso acelerado de urbanización. *La ciudad post-industrial* no representa sólo una variante del tradicional hábitat humano, sino que *constituye de hecho el paso de la cultura rural a la cultura urbana*, sede y motor de la nueva civilización universal (cfr. DP 429) *En ellas se altera la forma con la cuál en un grupo social, en un pueblo, en una nación, los hombres cultivan su relación consigo mismos, con nosotros con la naturaleza y con Dios.*

En la ciudad, las relaciones con la naturaleza se limitan casi siempre, y por el mismo ser de la ciudad el proceso de producción de bienes de consumo. Las relaciones entre las personas se tornan ampliamente funcionales y las relaciones con Dios pasan por una acentuada crisis, porque falta la mediación de la naturaleza tan importante en la religiosidad rural y porque la misma modernidad tiende a cerrar al hombre dentro de la inmanencia del mundo. Las relaciones del hombre humano consigo mismo también cambian, porque la cultura moderna hace que principalmente valore su libertad, su autonomía la racionalidad científico-tecnológica y, de modo general, su subjetividad, su dignidad humana y sus derechos. Efectiva-

mente, en la ciudad se encuentran los grandes centros generadores de ciencia y tecnología moderna.

Sin embargo, nuestras metrópolis Latinoamericanas tienen también como característica actual periferias de *pobreza y miseria*, que casi siempre constituyen la mayoría de la población, fruto de modelos económicos explotadores y excluyentes. *El mismo campo se urbaniza* por la multiplicación de las comunicaciones y transportes.

A su vez, *el hombre urbano actual presenta un tipo diverso del hombre rural*: confía en la ciencia y la tecnología; está influido por los grandes medios de comunicación social, es dinámico y proyectado hacia lo nuevo: consumista, audiovisual, anónimo en la masa y desarraigado" (DSD 255).

Líneas pastorales:

Realizar una pastoral urbanamente inculturada en relación a la catequesis, a la liturgia y a la organización de la Iglesia. La Iglesia deberá *inculturar el Evangelio en la ciudad* y en el hombre urbano. Discernir sus valores y antivalores, captar su lenguaje y sus símbolos. El proceso de inculturación abarca el anuncio, la asimilación y la re-expresión de la fe" (DSD 256).

"Reprogramar la parroquia urbana. La Iglesia en la ciudad debe reorganizar sus estructuras pastorales. La parroquia urbana debe ser más abierta, flexible y misionera, permitiendo una acción pastoral transparroquial y supraparroquial. Además, la estructura de la ciudad exige una pastoral especialmente pensada para esta realidad. Lugares privilegiados de la misión deberían ser las grandes ciudades, donde surgen nuevas formas de cultura y comunicación" (DSD 257).

“Promover la formación de laicos para la pastoral urbana con formación bíblica y espiritual; crear ministerios conferidos a los laicos para la evangelización de las grandes ciudades” (DSD 258).

“Multiplicar las pequeñas comunidades, los grupos y movimientos eclesiales y las comunidades de base. Iniciar la llamada “Pastoral de los edificios”, mediante la acción de laicos comprometidos que vivan en ellos” (DSD 259).

“Programar una pastoral ambiental y funcional, diferenciada según los espacios de la ciudad. Una pastoral de acogida, dado el fenómeno de migraciones, una pastoral para los grupos marginados. Asegurar la asistencia religiosa a los habitantes de las grandes ciudades durante los meses de verano y vacaciones; procurar una atención pastoral para quienes pasan habitualmente los fines de semana fuera de la ciudad, donde no tienen posibilidad de cumplir con el precepto dominical” (DSD 260).

“Incentivar la evangelización de los grupos de influencia y de los responsables de la ciudad, en el sentido de hacer de esta, principalmente en las barriadas, un hábitat digno del hombre” (DSD 261).

“Promover en ámbito continental (CELAM), nacional y regional encuentros y cursos sobre evangelización de las grandes metrópolis” (DSD 262).

6. De la Exhortación Apostólica Ecclesia in America

“El fenómeno de la urbanización continúa creciendo también en América. Desde hace algunos lustros el Continente está viviendo un éxodo constante del campo a la ciudad. Se trata de un fenómeno complejo, ya descrito por mi predecesor Pablo VI (cfr. OA 8-9). Las causas de este fenómeno son varias,

pero entre ellas sobresale principalmente la pobreza y el subdesarrollo de las zonas rurales, donde con frecuencia faltan los servicios, las comunicaciones, las estructuras educativas y sanitarias. La ciudad, además con las características de diversión y bienestar con que no pocas veces la presentan los medios de comunicación social, ejerce un atractivo especial para las gentes sencillas del campo.

La frecuente falta de planificación en este proceso acarrea muchos males. Como lo han señalado los Padres sinodales, "en ciertos casos, algunas partes de las ciudades son como islas en las que se acumula la violencia, la delincuencia juvenil y la atmósfera de desesperación". El fenómeno de la urbanización presenta así mismo grandes desafíos a la acción pastoral de la Iglesia, que ha de hacer frente al desarraigo cultural, la pérdida de costumbres familiares y al alejamiento de las propias tradiciones religiosas, que no pocas veces lleva al naufragio de la fe, privada de aquellas manifestaciones que contribuían a sostenerla.

Evangelizar la cultura urbana es, pues, un reto apremiante para la Iglesia, que así como supo evangelizar la cultura rural durante siglos, está hoy llamada a llevar a cabo una evangelización urbana metódica y capilar mediante la catequesis, la liturgia y las propias estructuras pastorales" (EA 21).

"Una atención especial merecen, por sus problemáticas específicas, *las parroquias en los grandes núcleos urbanos*, donde las dificultades son tan grandes que las estructuras pastorales normales resultan inadecuadas y las posibilidades de acción apostólica notablemente reducidas. No obstante, la institución parroquial conserva su importancia y se ha de mantener. Para lograr este objetivo, hay que continuar la búsqueda de medios con los que la parro-

quia y sus estructuras pastorales lleguen a ser más eficaces en los espacios urbanos. Una clave de renovación parroquial, especialmente urgente en las parroquias de las grandes ciudades, puede encontrarse quizás considerando la parroquia como comunidad de comunidades y movimientos (cfr. DSD 58). Parece por tanto oportuno la formación de comunidades y grupos eclesiales de tales dimensiones que favorezcan verdaderas relaciones humanas. Esto permitirá vivir más intensamente la comunión, procurando cultivarla no sólo ad intra, sino también con la comunidad parroquial a la que pertenecen estos grupos y con toda la Iglesia diocesana y universal. En este contexto humano será también más fácil escuchar la Palabra de Dios, para reflexionar a su luz sobre los diversos problemas humanos y madurar opciones responsables inspiradas en el amor universal de Cristo (cfr. RM 51). La institución parroquial así renovada puede suscitar una gran esperanza. Puede formar a la gente en comunidades, ofrecer auxilio a la vida de familia, superar el estado de anonimato, acoger y ayudar a que las personas se inserten en la vida de sus vecinos y en la sociedad. De este modo, cada parroquia hoy, y particularmente en el ámbito urbano, podrá fomentar una evangelización más personal, y al mismo tiempo acrecentar las relaciones positivas con los otros agentes sociales, educativos y comunitarios.

Además, este tipo de parroquia renovada supone la figura de un pastor que, en primer lugar, tenga una profunda experiencia de Cristo vivo, espíritu misional, corazón paterno, que sea animador de la vida espiritual y evangelizador capaz de promover la participación. La parroquia renovada requiere la cooperación de los laicos, un animador de la acción pastoral y la capacidad del pastor para trabajar con otros. Las parroquias en América deben señalarse por su impulso misional que haga que extiendan su acción a los alejados" (EA 41).

II.

OPORTUNIDADES DE LA GRAN CIUDAD EN LA ERA INFORMÁTICA

Prof. Manuel Castells*

Santa Fe de Bogotá, 1999

* Transcripción gentilmente autorizada por el autor. Es profesor de investigación de sociología del Consejo Superior de Investigaciones científicas en Barcelona y miembro de la Academia Europea y del Alto Comité de Expertos sobre la Sociedad de la Información nombrada por la Comisión Europea. Ha sido catedrático de sociología y planificación urbana de la Universidad de Berkeley, California. *Su obra más reciente es "La Era de la Información: economía, sociedad, cultura" (3 vols.) Alianza Editorial 1998.*

PRESENTACIÓN

Permítanme en primer lugar expresar hasta que punto me siento honrado por la invitación que me fue extendida por el CELAM, en particular por Monseñor Jiménez Carvajal, para estar aquí entre ustedes. Me siento honrado como profesional que lleva toda la vida trabajando sobre los problemas de las grandes ciudades, como católico responsable del mundo actual y también como persona profundamente preocupada por el estado del mundo y convencido de que hoy, más que nunca, una acción en profundidad de la Iglesia, es un factor esencial, para restablecer un equilibrio que creo seriamente alterado. Es lo que intentaré expresar en esta conferencia con los datos que tenemos en la mano. Por consiguiente, esto no es simplemente para mi una conferencia académica, sino un intento de proporcionar un material de reflexión a quienes pueden ser un elemento decisivo en mejorar el mundo en que vivimos.

El tema que Monseñor Jiménez Carvajal me sugirió es tratar las oportunidades y los problemas de las grandes ciudades en la era de la Informática. Insistió mucho en que subrayara las oportunidades. Creo que es una visión absolutamente acertada porque precisamente es en esa relación entre oportunidades y problemas donde la acción humana, con la ayuda divina, puede ser decisiva. Voy a ser sobre todo analítico. No quiere decir que no podamos discutir algunas políticas, algunas intervenciones, algunas

formas de acción para tratar los problemas; pero, en general, prefiero que las políticas y las formas de intervención correctoras de los desequilibrios surjan a partir de experiencias concretas y de problemas concretos. No se pueden dar soluciones genéricas. En cambio, sí se puede hacer un diagnóstico en general y ese diagnóstico es el que voy a tratar de presentarles.

TRES PARADOJAS DEL MUNDO EN QUE VIVIMOS

1. Vivimos en un mundo caracterizado por tres grandes paradojas. Por un lado, la tecnología de comunicación de base electrónica ha transformado la capacidad de relacionarse a distancia y, en principio, como algunos futurólogos generalmente poco informados anunciaban, se podría pensar que, puesto que la gente se puede comunicar a distancia, se puede hacer negocio a distancia, se puede enseñar a distancia, se puede hacer todo a distancia, esto llevaría al fin de las ciudades. Sin embargo, a lo que asistimos es al mayor desarrollo de la urbanización y la concentración metropolitana de la historia de la humanidad. Primera paradoja.

2. En el momento en que se produce un proceso de globalización económica y cultural, muy ligado por cierto a la tecnología de comunicación, pero debido también a otros factores propiamente económicos, los estados nacionales aparecen desbordados en su capacidad de intervención, por los flujos globales de riqueza, información y poder. Sin embargo, lo que está surgiendo en todo el mundo es una reacción y la gestión de los problemas se hace cada vez más local. No local en la pequeña aldea, pero local en la gran ciudad. Son los gobiernos locales, las comunidades locales, los que están intentando gestionar de alguna manera los impactos de los flujos globales. Es decir, la globalización de la economía lleva a la localización de la gestión.

3. La tercera paradoja es aún más preocupante: hemos entrado en un mundo extraordinariamente productivo y extraordinariamente creativo, por un lado. Las nuevas tecnologías de información, que no han hecho sino empezar (estamos en el principio y no en la madurez de la actual revolución) está permitiendo no sólo una enorme productividad económica, sino una creatividad cultural y de comunicación extraordinaria, en todos los ámbitos. Al mismo tiempo, estamos viviendo el proceso de desigualdad social, expansión de la pobreza y exclusión social más importante de los últimos cien años. Me permito llamar su atención al informe de desarrollo humano de la ONU que aparecerá en Junio de 1999, en el que están reunidos todos los datos de la situación actual de desigualdad y exclusión social en el mundo. Es un informe que se llama "Globalización y Desarrollo humano", que muestra sobre todo a que punto hemos llegado en este proceso de desigualdad.

Pero, como ejemplo, un dato ilustrativo: en este momento hay en el mundo 389 personas que son multimillonarios, a nivel de su fortuna personal (no de empresa). Poseen sobre los mil millones de dólares por persona. Sumando sus fortunas personales, tienen un patrimonio equivalente al del 45% de la población del planeta. ¡Trescientos ochenta y nueve individuos, 45% de la población del planeta!

EL ANÁLISIS DE LAS PARADOJAS

1. Procesos de Urbanización

Voy a intentar tratar estas paradojas empezando por el proceso de urbanización y la formación de las grandes regiones metropolitanas. Intentaré precisar qué tipo de ciudades estamos teniendo, (porque estamos ante un nuevo tipo de gran ciudad) y es este nuevo tipo de gran ciudad,

en la que ya vivimos, cuyos perfiles espaciales, sociales y técnicos conviene señalar.

Se ha producido una aceleración del proceso de urbanización en el mundo y este proceso de urbanización se caracteriza cada vez más por una concentración de la población urbana en las mayores urbes, en las grandes metrópoli, llámense megalópolis, megápolis o metrópolis. Yo las llamo *regiones metropolitanas*.

Para evitar perder demasiado tiempo citando datos adjuntamos unas estadísticas recién obtenidas del Banco Mundial que señalan los niveles de proceso de urbanización. Deseo simplemente subrayar un par de datos. El mundo en el año 70 era 37% urbano; en el año 96, era 46% urbano. La proyección mínima es que para el 2005, por primera vez, el mundo será más del 50% urbano y a partir de ahí se sigue acelerando la progresión. Obviamente este porcentaje está desigualmente distribuido y en estos momentos todavía Asia y África concentran una mayor parte de población rural. En cambio, los países desarrollados son totalmente urbanizados. Latinoamérica en el año 95, datos ya bastante antiguos, en América del Sur era 77% urbano, América Central 66% urbano, el Caribe 62% urbano. La proyección para Latinoamérica del año 2015, señala que 364 millones de personas vivirán en las ciudades. *Hacer pastoral urbana quiere decir en América Latina, tratar con 364 millones de personas y, por tanto, América Latina será en ese momento la región del mundo más urbanizada*. Y, en esa región, en el 2015, el 28% de la población total de América Latina vivirá en ciudades de más de un millón de habitantes.

Por otro lado, como lo señalaba, África y Asia tienen una tasa de urbanización inferior en estos momentos. Sin embargo, la tasa de urbanización más rápida del mundo se da en África y, como lo señala este dato, en el año 2020, el 63% de la población del África Subsahariana será

urbana. En Asia también el proceso se acelera considerablemente y en el sur de Asia, fundamentalmente el Continente Indico, más o menos estaba previsto hace un año o dos, que para el año 2000, o sea ya, el 50% de todos los residentes urbanos en la India, vivirán en asentamientos ilegales.... y esto se sigue acelerando. La tasa de urbanización de la India en estos momentos está creciendo al 2,9% anual, lo que aplicado a una enorme población pueden imaginar lo que representa.

Vivimos en un mundo de acelerada urbanización y acelerada metropolitanización. Y, por consiguiente, sin olvidar nunca lo que son las regiones rurales, cuando hablamos de los problemas de las grandes ciudades, hablamos de los problemas del mundo. Este es el contexto de la sociedad humana en este momento y sobre todo en el siglo XXI, sin lugar a dudas.

2. Las Regiones Metropolitanas

Lo que parece ser la forma específica de la nueva urbanización son sobre todo *grandes regiones metropolitanas* que se conectan entre ellas en redes globales de telecomunicación y transporte. Esto es muy importante. Estamos en una arquitectura de red, una arquitectura de red global en que Bombay y Bogotá, y San Francisco y París, están articuladas en tiempo real a través de las telecomunicaciones y los sistemas de procesamiento de información. Y además, con todo un sistema de transporte, no solo por avión, sino transporte computarizado de todo tipo, de pasajeros, de mercancías, de cualquier tipo de elementos. Por tanto, no son simplemente las ciudades en si, sino todas las grandes ciudades, (no las pequeñas), están conectadas en una red global de interacción.

Al mismo tiempo, cada una de estas grandes regiones metropolitanas absorben, todo lo que existe en su propio

país. Son como elementos magnéticos que absorben todo lo que ocurre en su proximidad y su proximidad puede ser enorme. Después se conectan con otros nodos semejantes del sistema. Esta es la geografía del mundo en el que estamos y la geografía que además tiene una dinámica expansiva.

¿Qué es esta megaregión metropolitana? Es una región que concentra actividades y población, pero no es solamente una cuestión de dimensión. A veces, se considera que las regiones metropolitanas se definen en términos de la masa de población que las habitan. Es cierto que estamos entrando en regiones que tienen más de 5 millones y hasta 10 millones de habitantes. Las dos más grandes del mundo, la ciudad de México y Sao Paulo, están por encima de los 20 millones de habitantes. Por tanto, una enorme dimensión, pero no es sólo el tamaño lo que las califica.

Cuando hablamos de gran ciudad o de la gran región metropolitana no deberíamos obnubilarnos simplemente con estas megaciudades, que pueden ser 10 ó 15 en el mundo. Lo más importante de estas regiones metropolitanas es que absorben población, absorben actividades y concentran la energía y dinamismo de un país. Es decir, todo lo que son las actividades productivas de mayor nivel y de mayor competitividad, las instituciones educativas más importantes, los servicios sanitarios y urbanos de mayor calidad, la concentración de la mayor parte del poder mediático, los medios de comunicación, todo esto acumulativamente se va centrando en la una, o dos, o tres, gran región metropolitana de cada país, dependiendo de la dimensión de los países.

Dentro de cada región, se está formando un nuevo tipo de estructura espacial que se caracteriza por una estructura extremadamente difusa y dispersa en el espacio, con puntos de concentración, es decir, que es una región multinodal. Algunos lo llaman, multinuclear, es decir, que hay

varios núcleos urbanos importantes, articulados entre ellos y luego una gran difusión de residencias y actividades de todo tipo conectadas tanto por medios de transporte como por telecomunicaciones. Es una estructura de red, de concentración y dispersión a nivel global, que se vuelve a reproducir en la gran región metropolitana como una estructura de concentración en núcleos.

Dos elementos son especialmente importantes, la red de transportes que estructura la región metropolitana y el acceso al suelo y a la vivienda para la mayoría de la población. Esta última se consigue extendiendo la región metropolitana. Es decir, cuando no es posible, localizarse en cierta área, con los medios económicos de que se dispone, simplemente se empieza a urbanizar una área más lejana y se cambia lo que llamo *tiempo de vida* por *tiempo de transporte*, por acceso a suelo y vivienda asequible.

a. El caso de Bogotá

Permítanme dar algunos ejemplos concretos para evitar que sigamos a un nivel de abstracción quizá excesiva. Puesto que estamos en *Bogotá*, podemos empezar simplemente por recordar algo de lo que está ocurriendo en esta ciudad. Como aquí se dijo anteriormente Bogotá es una región metropolitana que está llegando más, o menos hacia los 7 millones de habitantes, en el conjunto de su dinamismo; pueden ser 6 y medio ó 7 millones, depende de como se cuente. La disparidad de estadísticas depende de cuánta gente se calcula que está en el gran desarrollo ilegal urbano, periférico de Bogotá, Ciudad Bolívar que, como mínimo, tiene un millón de habitantes en este momento. Hay gente que lo estima en un millón cuatrocientos mil, pero es un asentamiento que realmente está en los cerros y que es en estos momentos la zona de Bogotá que crece más en términos cuantitativos.

Bogotá está experimentando varios procesos a la vez: por un lado hay el Distrito Financiero de negocios y políti-

cos de Bogotá. Efectivamente, como aquí se señaló, era el Distrito que tradicionalmente tenía una concentración de población y de actividades. Ahora hay un desplazamiento extraordinario del Distrito de Negocios hacia el norte de Bogotá, por tanto, lo que era una ciudad absolutamente concéntrica, se está convirtiendo en una ciudad con dos núcleos centrales como mínimo, y al generar las actividades más dinámicas y de más alto valor añadido, se han desplazado hacia la zona norte de Bogotá.

Por otro lado se está produciendo una expansión industrial bastante importante en dos ejes de Bogotá: en primer lugar, hay una expansión hacia el norte, en Zipaquirá, y por otro lado, una expansión más allá del aeropuerto en toda la carretera que va hacia Madrid (Bogotá) y más allá. Es otro eje de descentralización industrial extremadamente importante. El Distrito Comercial también está bajando del centro y yéndose hacia el norte y, por otro lado, se está produciendo una enorme expansión residencial de distinto tipo. Es importante señalar, siempre utilizando el ejemplo de Bogotá, otra característica sobre la que insistiré más adelante de la nueva región metropolitana, *extremada segregación social en el espacio residencial*. Los ricos y los pobres, sobre todos los ricos, han decidido no verse las caras; han decidido vivir de forma absolutamente separada y en estos momentos hay dos áreas de Bogotá que, a nivel residencial, tienen los mayores crecimientos: en el norte son las comunidades valladas en áreas tales como Cota, Chía, Cajicá y Sopó. Estos son los "guetos" para ricos. Y, por otro lado, está habiendo una enorme expansión residencial popular, en gran parte de origen informal, por un lado en el sur, en Soacha y por otro lado como en Ciudad Bolívar.

Entonces, *desconcentración de las actividades productivas y de gestión, ampliación extraordinaria de la región metropolitana, explosión residencial y extrema segregación social en el espacio de esta nueva residencia*. El pro-

ceso de Bogotá es absolutamente típico de lo que está ocurriendo en el mundo en general.

¿Cuál es la lógica de estas ciudades?

Podríamos citar los ejemplos de Lima, New Jersey, Barcelona, Hong Kong, etc. Al mismo tiempo que estas ciudades se constituyen como elementos dinámicos de absorción de población, de actividades, operan con una lógica bastante especial. A nivel global y a nivel intra metropolitano; ¿cuál es esta lógica? Las redes de comunicación y la flexibilidad de relación entre unidades económicas y de gestión, permiten conectar todo lo que vale y desconectar todo aquello que no tiene valor. En principio, en nuestra sociedad, desgraciadamente lo que tiene valor es todo lo que hace dinero, todo lo que crea ganancia; lo que no crea ganancia, no tiene valor. Por tanto, todas aquellas personas, empresas, ciudades, regiones, que no son altamente productivas porque no tienen información, educación, etc., son desconectadas de este sistema: demasiados problemas para lo que pueden aportar. Las mismas regiones al no ser capaces de generar riqueza, en ese sistema, no tienen capacidad de compra, no son mercados y, por tanto, tampoco interesan como mercados. *Entonces, estas redes globales están funcionando como mecanismos de integración y de exclusión simultáneamente.* Por esta razón, la mayor parte de África está desconectada de estas redes locales, no globales, pero, cualquier cosa que aún tenga valor en África también está conectado. E internamente, en las regiones metropolitanas ocurre lo mismo, todo aquello que tiene valor, tiene fibra óptica, tren de alta velocidad, autopistas; todo aquello que no, es apartado y que sobreviva como pueda. Por consiguiente la ciudad global es también una ciudad dual: *lo global y lo local*; quiere decir que lo que vale es global y lo que no vale es local, y eso es fundamental desde el punto de vista de la acción social.

b. California del Norte: Palo Alto

Les puedo dar el ejemplo más patente, tomado de otro estudio que estamos haciendo en California del Norte. Allí hay un pequeño municipio muy conocido, de 50 mil habitantes, llamado Palo Alto, sede de la Universidad de Stanford, centro original de Silicon Valley, uno de los municipios de más alto nivel de ingresos en el mundo. El que tiene más alto nivel de educación, de más alta creatividad. Lo que la gente no suele saber es que, al otro lado de la autopista, hay otro municipio que se llama East-Palo Alto y éste es un "gueto" negro y latino, de espantosas condiciones de vida y nulos niveles de educación. Originalmente formaba parte de Palo Alto pero fue sacado de allí para que no molestara. Estamos haciendo un estudio comparado de lo que pasa en Palo Alto y lo que pasa en East-Palo Alto. Son realmente dos planetas distintos, pero juntos en el mismo espacio. Esta es la dinámica espacial metropolitana que intento señalar.

LAS OPORTUNIDADES DE LA GRAN CIUDAD

Ahora, ¿por qué se produce esta enorme concentración de población y actividades? ¿Por qué tenemos este proceso de urbanización y de metropolitanización? La respuesta nos introduce al tema de las oportunidades de las grandes ciudades.

1. La migración a la ciudad

La gente no es tonta. Entonces, si a pesar de todos los problemas siguen yendo a las grandes ciudades, ¡por algo será! Si no, no irían. Recuerdo un estudio que hicimos hace años en Bombay. En un momento determinado el gobierno de Bombay decidió devolver al campo a los emigrantes tomando a los habitantes de los asentamientos populares para ponerlos en trenes y deportarlos a sus pueblos de origen. En China, en este momento, es obligatorio

el permiso de residencia interno. Sin embargo, se calcula que hay unos 100 millones de residentes ilegales chinos, fuera del lugar donde deberían estar. Entonces, de vez en cuando las autoridades chinas capturan unos cuantos miles en Shanghai y Cantón y los devuelven a sus lugares de origen. Como se ve, la única forma de enviar a la gente al campo es *deportarlos* al campo. Los únicos que realmente pueden vivir en el campo son los más ricos que viven en sus ranchos. El dueño de CNN vive en el campo en Montana con un rancho, un lago, caballos y su sistema de conexión artificial. Esta es la gente a la que le encanta vivir en el campo. Sin embargo, la gente normal quiere vivir en la ciudad, ¿Por qué?

En primer lugar, *las ciudades crecen en base a oportunidades de trabajo*. Esto es lo más importante: el empleo. En nuestro mundo y en nuestra sociedad, la base de todo lo demás, es el trabajo y, por tanto, el empleo y el puesto de trabajo. En la medida en que hay una concentración de la mejores oportunidades de empleo, en estas grandes áreas metropolitanas, la gente tiende a ir allí, porque a pesar de los pesares, tienen mayores oportunidades de trabajo que en las regiones deprimidas o que en el campo, donde se están acabando las posibilidades de tener un empleo estable.

En segundo lugar, hay *acceso a servicios urbanos*. En cualquier área de servicios urbanos que se mencione: salud, educación, cultura, entretenimiento; y desde luego, en ciudades del tercer mundo, son un desastre en lo que se refiere a los servicios urbanos básicos como el agua, la electricidad, pero simplemente no existen en el campo y no existen en muchas pequeñas ciudades. Entonces, en términos relativos es una mejora, pese a que, a veces sean condiciones espantosas.

Una cosa muy importante que revelan todas las encuestas que se hacen sobre los migrantes de cualquier

tipo y en cualquier condición, tanto en los países industrializados como en los países en vías de desarrollo, es que *la gente emigra sobre todo, por sus hijos*. La gente emigra a sabiendas de las enormes dificultades que van a tener en la gran ciudad, y que posiblemente tendrán que sobrevivir en ellas. Pero piensan que sus hijos tendrán educación, podrán integrarse en esa sociedad y llegar a donde ellos no han podido llegar en toda su vida. Este razonamiento, es curioso, se da incluso en personas que todavía no tienen hijos. Ellos piensan que si un día tienen familia, quieren que sea una familia que tenga posibilidades y donde viven no las tienen. Entonces, este mecanismo de concentración de oportunidades, al mismo tiempo concentra las personas en busca de esas oportunidades.

2. La concentración en la ciudad

Ahora, ¿por qué la gente va a las ciudades?

Está muy claro: para mejorar sus condiciones de vida y las de sus hijos. Pero, por qué se concentran estas oportunidades en la gran ciudad.

Un primer elemento: En la nueva economía, *lo más importante son los centros de negocios y de procesamiento de información*. Ahí es donde se crea el mayor valor añadido. Estamos en una economía centrada en la información; el conocimiento de la información es lo que vale. La producción material tiene en estos momentos muy poco valor añadido, comparado con la producción de valor. Por ejemplo, el "software" no tiene ninguna producción material; incluso el disco de plástico no vale nada. Pero, además, ahora ya el "software" está en la red: no hay siquiera que tener el disco. Eso para tomar un caso extremo. Pero, en general, la mayor parte de producción material, se hace, o por trabajo muy poco cualificado o por máquinas, y no es ahí donde se genera el valor añadido. El valor añadido está en los centros de negocio, centros financieros, cen-

tros de "marketing", centros de publicidad, centros de gestión, centros de enseñanza e investigación. Estos centros de negocios y de procesamiento de información se concentran en los distritos llamados financieros, que son mucho más que sólo centros financieros, en las grandes ciudades, ya sea en Nueva York o ya sea en Buenos Aires.

Pero, ¿por qué se concentran cada vez más? Precisamente por los sistemas poderosos de telecomunicaciones que permiten que, desde unos cuantos bloques de una ciudad, se pueda gestionar el conjunto del mundo y relacionarse con el conjunto del mundo. Hay siete grandes monopolios de medios de comunicación en este momento, siete megagrupos que controlan aproximadamente el 80% de la producción mediática internacional. De esos siete megagrupos, cinco están en 20 bloques de Manhattan, incluso los que no son estadounidenses. Westinghouse, por ejemplo, el gran monopolio alemán, también tiene su centro lo tiene en Manhattan.

La concentración en los grandes distritos de gestión, se debe a muchos elementos, pero fundamentalmente a tres.

a. En estos lugares se han constituido, una serie de *empresas auxiliares de información*, desde las de más bajo nivel como servicios de fotocopia, hasta oficinas de abogados, consultores, analistas financieros. Son como una serie de satélites en torno a estos centros. Por tanto, es muy difícil salir de allí y tener que reconstruir toda esa red de relaciones personales.

b. Hay también lo que se llama *la constitución de un medio de innovación*, es decir, un lugar en que, a través de la interacción entre los distintos personas, empresas, instituciones, se genera sinergia. *Y sinergia, como Uds. saben muy bien, es que dos y dos son cinco*; es decir, que justamente el valor añadido es la interacción. Hay que estar en Wall Street o en la City de Londres, para saber

cual es el último derivado financiero que es más aprovechable.

c. En la época de la transacción electrónica, ésta sirve para conectar el mercado con el mundo. Pero, en la Bolsa de Nueva York o en la Bolsa de Chicago, se siguen gritando y guiñando el ojo o levantando el dedo, para saber si se compra o no se compra, porque *el cerebro humano es todavía más rápido que la computadora*. Entonces, esa relación directa y personal, ese conocimiento personal, es esencial para los medios de negocios. Más allá de esto, todos saben que realmente se gana dinero cuando se hace un trato marginalmente ilegal. La noción de *marginalmente ilegal*, quiere decir que como todo el mundo tiene los mismos programas, los mismos modelos, la misma información, aquel que va un poquito más allá de la línea de legalidad, aunque sea por 5 ó 10 minutos, hace unos cuantos miles de millones de dólares. Este tipo de tratos no se hace por computadora ni por teléfono, porque ningún medio electrónico tiene privacidad. Eso está liquidado para siempre. Entonces, de ahí la necesidad de ver a la persona paseando por el Central Park o comiendo en uno de los malos restaurantes franceses de Nueva York, porque si son muy buenos, la gente no presta atención al negocio, sino a la comida. Entonces, el contacto personal resulta absolutamente insustituible.

Lo que ocurre en los centros de negocios ocurre también en la otra gran área de creación de valor en nuestro mundo que es el de la innovación tecnológica, la industria y los servicios de alta tecnología.

3. La innovación tecnológica

Hace 5 años junto a mi colega británico Peter Hall, nos paseamos por el mundo analizando lo que ocurría en cada lugar de innovación tecnológica importante. Lo que encontramos para ver qué es, dónde estaba localizada la

innovación tecnológica, la industria de la tecnología y por qué, fueron varias cosas:

a. Que todos los grandes centros de innovación tecnológica, *están en grandes regiones metropolitanas*. No hay ninguno que esté situado en todos estos parques tecnológicos, que existen en varios países. Esos son puros negocios especulativos, sin ninguna base de desarrollo tecnológico. ¿Y por qué están en grandes regiones metropolitanas? Porque es allí donde se concentra la mayor creatividad tecnológica, la mayor investigación científica y donde interactúan estos medios de innovación de forma que crean mayor valor añadido. Silicon Valley, por ejemplo, crea su fundamental valor añadido mediante el traspaso de ingenieros que trabajan en una empresa. Cuando ya saben algo, salen de esa empresa y organizan su propia empresa para ganar más dinero ellos. Pero siguen viviendo allí porque siguen en contacto con el medio de innovación. Hay muy pocos centros de innovación tecnológica de alto nivel en el mundo.

En América Latina los grandes centros de innovación tecnológica son San Pablo, Campinas, Buenos Aires, Ciudad de México y ahora en Guadalajara están intentando hacer lo que llaman el Silicon Jalisco, pero en realidad son empresas de producción en serie norteamericanas y japonesas. No hay ningún tipo de investigación avanzada. Todo ello está centrado en la ciudad de México, en torno a los institutos tecnológicos importantes, en torno a la capacidad de atraer profesionales de alto nivel, en torno a condiciones de vida que aún son mejores que en el resto de las ciudades.

b. Yo iría más lejos y señalaría que *las grandes ciudades, a través de la historia, han sido y son los medios de creatividad y de innovación*. Hay un libro muy importante que se acaba de publicar el mes pasado que les aconsejo, del gran geógrafo urbano británico Peter Hall, que se lla-

ma *Citys in Civilization*, (las ciudades en la civilización). Es un libro muy documentado que a lo largo de la historia va mostrando cómo se llevaron a cabo las grandes innovaciones artísticas, culturales, industriales, tecnológicas, desde Atenas hasta Silicon Valley y las tecnópolis japonesas, pasando por Florencia y por París. Este estudio demuestra empíricamente, con toda la documentación existente, que no es pensable la creatividad de nuestra civilización, sin esa concentración y sin esa relación a una cultura urbana.

Otros elementos del por qué hay oportunidades en las grandes ciudades, es uno que ya señalé y no repetiré, pero que es importante incluirlo en la lista: es la calidad de servicios urbanos y la esencial importancia de estos servicios urbanos en la calidad de vida en general. Sin salud, sin educación en particular, no hay calidad de vida. Entonces, la idea de vivir feliz en el campo, en la naturaleza, pero muriendo de malaria o no sabiendo leer, es algo que no prospera. Lo mismo sucede con las pequeñas ciudades.

c. Otro elemento que es muy importante, es *el multiculturalismo*. La gran ciudad, y sobre todo la región metropolitana a la que acabo de aludir, es extraordinariamente multicultural, porque no solamente atrae migraciones de todo un país, sino cada vez más atrae migraciones globales de todo el mundo. Y ¿por qué el multiculturalismo es una oportunidad? Porque para aquellas personas defensivas y prejuiciosas que ya están ya en la gran ciudad, o que han nacido en ella por generaciones, el *multiculturalismo* puede representar, en cierto modo, una amenaza, si lo entienden mal. Pero para la gente que quiere llegar a la gran ciudad, llegar de fuera a un sitio donde hay mucha gente de fuera, es una ventaja. Llegar de fuera a un lugar donde el mundo es de allí, es crearse un mecanismo de autoexclusión. Por tanto, desde el punto de vista del migrante, el multiculturalismo es una oportunidad, aunque a veces desde el punto de vista de los residentes de la gran ciudad esto sea fuente de tensiones.

d. Y en fin, otro tema que desgraciadamente tiene mucho atractivo para millones de personas, la Gran Ciudad se constituye como *un medio de seguridad personal*. Esto puede parecer paradójico, porque todos hablamos de la inseguridad ciudadana, de la violencia en las grandes ciudades. Pero, la inseguridad ciudadana existe dentro de un sistema en el que no hay masacres, por lo menos, no generalmente. Estoy hablando sobre todo de los desplazados que en el mundo son cada vez más numerosos, como los desplazados por guerras en Colombia, en los últimos 4 años cuya media anual, es de 250 mil personas. En África los desplazados son una buena parte de la migración producida por guerras civiles atroces y sin sentido, y el banditismo que impera en muchas regiones.

Es decir, en una buena parte del mundo, el desplazamiento por guerras, violencia, asaltos y epidemias, son formas de impulsar hacia esa oportunidad de supervivencia que con todos sus problemas ofrece todavía la gran ciudad.

PROBLEMAS DE LA GRAN CIUDAD

Pero las grandes ciudades, en particular las actuales, también tienen enormes problemas. ¿Cuáles serían los más importantes de estos problemas? Empezaré por los problemas tradicionales, que se están agravando, y luego me referiré a los problemas relativamente nuevos.

1. Problemas de suelo y de vivienda

La vivienda es la base de la organización de la vida cotidiana y una vivienda obviamente necesita suelo. Aunque no necesariamente. Si me permiten una anécdota. En una de mis investigaciones en la ciudad de México hace 20 años, después de revisar todas las estadísticas, faltaban 400.000 personas de los asentamientos populares ilegales. Primero demostramos que habían 71% en la Ciudad

de México a finales de los años 70; 71% vivían en asentamientos de tipo ilegal, tanto en la periferia, como en vecindades no contempladas por la ley en el centro de la ciudad; pero sobre todo en la periferia. Faltaban 400 mil personas y al final las encontramos. Habían hecho sus chabolas, como decimos en España, asentamientos ilegales autoconstruídos, en las azoteas de los grandes edificios de la ciudad de México, a partir de las empleadas domésticas. A ellas se les daba un cuartito en la azotea y, a partir de ahí, venía su marido, su hermano, su primo y luego la madre del primo y al final se constituían familias enteras. ¡Hasta 400 mil personas en asentamientos ilegales en los techos! Por eso digo, en principio la vivienda requiere suelo, pero la creatividad popular para sobrevivir es ilimitada.

Sin embargo, la vivienda no es el problema más serio en estos momentos en las grandes metrópolis en el mundo. ¿Por qué? Porque, por un lado se han regularizado en buena parte del mundo los asentamientos informales originales. Por tanto, se han consolidado y han empezado a desarrollar sus propios mecanismos de hábitat. El origen es ilegal e informal, pero ya no lo son, son menos precarias y han empezado a constituirse como ciudad.

Un caso paradigmático es el de la tercera mayor ciudad mexicana. La primera, lo sabemos, es el D.F.; la segunda, también sabemos, es Los Ángeles (USA) con 3 millones y medio de personas,... La tercera es Netzahualcoyotl que tiene en estos momentos 2 millones 700 mil habitantes. Este era un asentamiento informal en la Ciudad de México. Es lo primero que se ve al llegar al aeropuerto de Ciudad de México. Hoy es más grande que Guadalajara y que Monterrey. Cuando hice una investigación en Netzahualcoyotl en los años 70, ésta era una "callampa", como dicen en Chile; una *colonia* proletaria como decían en México en ese momento. Entonces, por un lado se ha regularizado, y por otro lado hay un extraordinario desarrollo de mecanismos informales que han permitido

la ampliación de suelo. Cuando la gente no encuentra sitio en la ciudad ya consolidada, urbanizan por su cuenta y luego, en relación con las empresas ilegales que operan en estos mercados, desarrollan mecanismos de adaptación.

También en Bogotá la proporción de asentamientos ilegales hoy día parece situarse en torno al 14% de la población. Pero si se analizan los asentamientos de origen ilegal, es 40% de la población de Bogotá. Lo que pasa es que ya está consolidada formando parte de la ciudad. Por tanto, las condiciones de vivienda son pésimas en muchas ciudades del mundo, pero existe y no es el problema de mayor urgencia para las ciudades ni para la gente.

2. Educación y salud

Mal que bien, y centrándome aquí sobre todo en los problemas del mundo en desarrollo, se ha incorporado la gente al sistema educativo. Es decir, la inmensa mayoría de niños en primera enseñanza están en las escuelas y, de la misma forma, existe un sistema de salud, aunque sea rudimentario, al que se puede referir la población. El problema sobre todo es de calidad: *calidad de la educación, calidad de la salud*. En lugar de la creación de mayores servicios, el punto está en la profundización en estos servicios. Sobre todo porque los gobiernos tienden a hacer estadísticas y a poner una cruz diciendo que ya lo han hecho, o sea, tenemos tantas aulas escolares, tantos niños en las escuelas, por lo tanto, se acabó. Pero no, se acabó; sólo empieza, porque el acierto está en saber que es lo que se hace en esa escuela, con ese niño. Cada vez por ejemplo que se les plantea el problema de la necesidad de innovación tecnológica y de introducir Internet en las escuelas, etc., algunos latinoamericanos siempre muestran una experiencia en una aldea rural perdida, telecomunicada por Internet, o a la que accede una comunidad indígena al Internet. Pero, no es eso. El problema no es que cada escuela tenga Internet, pues todo el mundo puede tener una línea de teléfono en la computadora. El asunto

está en que los maestros sepan qué hacer con el Internet y relacionarse con los niños en torno a ese Internet.

3. Agua, alcantarillado

En lo que, en cambio, se está produciendo *un deterioro dramático en la mayor parte de estas metrópolis* del mundo en desarrollo es en los servicios urbanos básicos, sobre todo agua y alcantarillado. Este es el gran problema que tienen a nivel de vida cotidiana las grandes ciudades del mundo en desarrollo. Está en la base del deterioro de la higiene pública, está en la base de una epidemiología cada vez más aguda y en la base de lo que, yo diría, es la posibilidad de una catástrofe ecológica de alto nivel.

Ligado a ello está la *contaminación y la destrucción del medio ambiente*. La contaminación del aire que respiramos, del agua que bebemos, en gran parte de las ciudades del mundo, es quizá, no solo una amenaza a corto plazo para la gente que vive allí, sino una amenaza a medio plazo para el planeta en su conjunto. La contaminación que se da en estos momentos en Santiago de Chile o en la Ciudad de México, son contaminaciones que han llegado a altísimos niveles de peligrosidad y que además están dañando el ecosistema de forma irreversible y las fórmulas aparentemente ingeniosas de control de la contaminación son simplemente irrisorias.

4. Los sistemas de transporte

El otro gran problema es el colapso total de los *sistemas de transporte* en las grandes regiones metropolitanas. Este es un colapso no solamente en los países en vías de desarrollo, sino en los países desarrollados. La región que inventó una política urbana más ligada al automóvil, como California, está desesperadamente intentando volver a inventar el tren, el tranvía y el tren eléctrico.

En los estudios que hicimos en Caracas hace 5, 6 años, vimos que para la población de medios y bajos ingresos

de Caracas, el tiempo medio de transporte por día es de 4 horas y media como mínimo. Quiere decir que 4 horas y media de vida por día, se pasa el tiempo de transporte. A la clase media le importa menos porque tienen unos magníficos estéreos en sus coches y pueden llamar por teléfono, leer libros, ya que nadie se mueve en el atasco. Pero, aquellas personas, como la mayoría, que tienen que cambiar 3 veces de autobús, andar arriba y abajo y luego tomar los jeeps, el problema es aún más grave.

5. El empleo precario

El gran problema, el que está en la base de todo lo demás, es el problema del empleo precario y de la pobreza asociada con este empleo precario. Y ¿qué ocurre? El problema no es el desempleo. En gran parte del mundo en desarrollo y en Estados Unidos, ese no es el problema fundamental. Hay muy poco desempleo. El problema de desempleo fundamentalmente es un problema de Europa Occidental, por razones muy concretas, y en los países en vías de desarrollo o en vías de subdesarrollo según como se mire.

En Europa el problema del desempleo es un lujo, porque quien tiene seguro de desempleo es un trabajador muy estructurado del sector formal que puede recibir derecho a desempleo. *El gran problema es lo que se llama subempleo que no es subempleo, sino empleo ocasional en el mercado de trabajo informal, que es la gran mayoría del empleo.*

Más de un 50%, en todas las grandes ciudades latinoamericanas, y en buena parte de otros países, lo que tienen ahí es, empleo informal. Es decir, aquel empleo no controlado por nadie, que no paga seguridad social, que no tiene contrato de trabajo, que depende de lo que sale. La gente está empleada, y solo sobrevive si trabaja, pero trabaja en tales condiciones, con tan bajos ingresos y tan poca seguridad, que de ahí se genera la pobreza.

En último término no hay política metropolitana de solución de los problemas urbanos, si no hay una fuente de creación de riqueza y de creación de empleo que integre al conjunto de la población. Y ahí es donde la globalización está teniendo un efecto pernicioso, por dos razones, relativamente nuevas, la globalización ha aumentado la precariedad y la desigualdad en la mayor parte de los países.

6. La Familia

Asociado al empleo y a la pobreza, tenemos una crisis familiar acentuada en base a todos los *indicadores de desintegración de la familia y sobre todo de desprotección de la infancia*. En el conjunto del mundo, el número de niños que están trabajando o siendo explotados en condiciones inhumanas, es absolutamente desmoralizador. Según la Oficina Internacional del Trabajo, hay como mínimo 250 millones de niños de menos de 14 años, trabajando en condiciones de explotación en una empresa fuera de su familia. Niños entre 6 y 14 años. Desde niños en las minas, niños haciendo alfombras, niños haciendo zapatos deportivos para otros niños. La empresa Nike emplea bastante de ellos. Por otro lado, tenemos un fenómeno masivo de niños en la calle.

Hay encuestas en Brasil bastante completas sobre este tema. La mayor parte de niños de la calle no viven solo en la calle, o sea, tienen familia y saben donde están sus padres. Lo que pasa es que entre el ambiente de desorganización familiar y el hecho de que la familia les prohíbe regresar a casa si no traen algo, entonces se quedan en la calle hasta que pueden traer algo a la casa. Y una vez que están en la calle, entran en otro tipo de cultura, en otro tipo de sociedad, y ahí van creándose las bandas de niños, los problemas de drogadicción y lo que yo he llamado *el despilfarro de los niños*.

En el libro que acabo de publicar hay toda una sección sobre lo que está ocurriendo con la infancia en el mundo.

Creo que es una de las catástrofes sociales más representativas del tipo de sociedad que estamos creando. *En el momento en que tenemos una creatividad y una productividad extraordinarias, tenemos un negocio mundial de comercio sexual de niños, que se estima en varios millones, organizado desde las grandes empresas de turismo alemanas, holandesas, japonesas y estadounidenses.* Sobre todo esto UNICEF tiene datos abundantes y recientes de no hace dos años, un congreso en Estocolmo el año pasado con una documentación absolutamente escafofriante sobre este tema.

7. La delincuencia y la violencia

Y en fin, en base a este conjunto de problemas, se plantea como reacción a todo ello, *la delincuencia y la violencia como forma de vida.* No voy a explayarme sobre el tema. Sólo quiero señalar dos cosas: delincuencia, en muchos casos, es una forma racional de supervivencia con respecto a la falta de alternativas; y, por otro lado, *la violencia es sobre todo una violencia ejercida con las personas más cercanas.* Los pobres matan a los pobres. Y en general, se desarrolla en base a un mecanismo en que, en un mundo salvaje de competencia y de supervivencia a cualquier costo, se desarrollan mecanismos de supervivencia que hace que cualquier signo de agresión sea respondido con una agresión aún mayor para evitar ser destruido.

PROBLEMAS RELATIVAMENTE NUEVOS

1. La dificultad de acción de los gobiernos nacionales

La globalización económica ha eliminado, en buena medida, *la capacidad de acción de los gobiernos nacionales.* ¿En qué sentido? Los flujos financieros globales no son controlados por nadie, ni tampoco por los especuladores. Los especuladores tratan de navegar en ellos, también

los gobiernos tratan de navegar, pero nadie los controla. *¡Hemos creado un autómeta!* Ese autómeta es el mercado financiero global que no obedece a mecanismos de mercado sino a turbulencias de información que son interpretadas y percibidas por los inversores a nivel mundial.

Esa globalización actúa sobre las economías nacionales, marcando los límites de lo que pueden ser o no las políticas aceptables para inversores anónimos. Estos inversores que utilizan modelos matemáticos en computadoras y, por tanto, no son personas que toman decisiones como personas, sino personas que ejecutan decisiones de maximación de ganancia. Y ese mercado global financiero determina los tipos de cambio de las monedas, los tipos de inversión, las políticas crediticias, les recuerdo simplemente sólo un dato para no cansarles: en el año 1998 se cambiaron diariamente en los mercados de divisas 1.5 billones de dólares. Y hablo de billones españoles, billones con 12 ceros, no billones americanos. Un billón y medio por día, equivale más o menos a 17 veces el producto bruto de Colombia, o un poco más que el producto bruto de Francia por día.

Ante esas condiciones, no hay forma de controlar los flujos financieros y entonces los gobiernos tienen que ajustar sus políticas a lo que esos mercados dictan o se arriesgan a perder inversión, perder tecnología, perder comercio internacional. La políticas de ajuste que de ahí se derivan, privilegian siempre el equilibrio macro económico, más que a la política social, y siempre se dice lo mismo: hay que hacer esto primero para poder invertir en política social, etc. Esta es una historia de nunca acabar, porque siempre hay algo más que hacer para ser más competitivo en la inversión de los mercados globales financieros. Por tanto, la globalización y las políticas de ajuste, disminuyen la capacidad de acción de los gobiernos, provocan una inestabilidad creciente y tienen y provocan aumentos y retrocesos bruscos de los recursos disponibles.

2. Segregación espacial de la población

Un, segundo problema relativamente nuevo, es la *extraordinaria acentuación de la segregación espacial para la población*. Los ricos de todo el mundo han decidido separarse, han decidido construir barrios de ricos y el mercado inmobiliario más dinámico está en la construcción de esos tipos de comunidades valladas. En Estados Unidos, acaba de salir un libro que les aconsejo, de un colega mío de la Universidad de California, Edward Pleyki, que se llama *Fortress América*, (la fortaleza de América), con datos empíricos completos sobre las comunidades valladas en Estados Unidos. Es un mercado en amplio desarrollo. En todas las grandes metrópolis del mundo, hay la constitución de comunidades separadas con rejas, guardias, perros, electrónica, telecomunicaciones, etc., rompiendo la solidaridad urbana. Por otro lado, el gran demógrafo americano Douglas Macey, ha proporcionado datos absolutamente incontrovertibles sobre la evolución en Estados Unidos y en el mundo en los últimos 30 años, hacia una separación creciente, medida estadísticamente, entre la residencia de la pobreza y la residencia de la riqueza. Vivimos en mundos cada vez más diametralmente separados.

3. La comunicación electrónica

Y, el tercer problema relativamente nuevo, *es el advenimiento de la comunicación electrónica*. Por un lado, omnipresencia de los medios de comunicación electrónicos y también cada vez más Internet. Internet no es como la gente piensa, un fenómeno exclusivamente minoritario. Internet tiene ya 120 millones de usuarios a nivel mundial y el número se dobla cada año. Por tanto, estamos entrando en un mundo de comunicación electrónica altamente diversificada. No es el mundo de los medios de comunicación de masa, esto es lo importante.

El mundo de los medios de comunicación de masa, la televisión tradicional, era un mensaje para decenas de mi-

llones de personas. Los nuevos medios de comunicación, son muchos *canales de televisión para muchas audiencias específicas o para muchos sectores concretos* en un momento del día o de la noche, cada vez más diversificados y más segmentados. Ya existe la capacidad de banda ancha para empezar a transmitir en cada región metropolitana más de 500 canales de distinto tipo. Entonces, no va haber 500 canales de televisión general; va haber 500 canales de culturas específicas y audiencias específicas y gustos específicos. Esto, por un lado, es muy interesante, por el grado de libertad que da poder seleccionar el tipo de programas, pero al mismo tiempo nos fragmenta en múltiples subculturas y subsistemas de información. Por tanto, *individualización de la comunicación, fragmentación de la solidaridad y paso a la comunicación electiva y selectiva.*

Pero, por otro lado, tampoco hay que pensar que Internet va a resolver los problemas, dada la creatividad humana para utilizar las cosas en otro sentido. Cuando venía en camino, pensaba en la segregación espacial que existía en estos momentos en Bogotá y como Internet tal vez podría restablecer la comunicación entre comunidades segregadas y separadas. Pero, la realidad siempre es más compleja de lo que uno piensa. En el avión en que aterrizaba en Bogotá, hace dos días, abro El Tiempo y veo un gran titular que hablaba sobre los usos de Internet en Bogotá. Pensé, tenía razón, hay nueva comunicación, nueva innovación. Claro, pero lo que decía es que se está utilizando Internet para hacer extorsiones automáticas, en serie, por parte de los barrios pobres a los barrios ricos. O sea, en lugar de hacerlo personalizado, hay una lista extensiva de direcciones Internet, a todos se les pide unos cuantos, miles de dólares o decenas de miles, según los casos, y después se actúa selectivamente, con lo cual el proceso es mucho más eficaz y mucho más racional. Entonces, quien piense que atrinchándose en Internet puede escapar a la violencia generada por la desigualdad y la explotación, creo que están viviendo una realidad virtual.

RECONSTRUCCIÓN DE LA GESTIÓN URBANA

Termino con una serie de consideraciones sobre los mecanismos que se observan de reconstitución de la capacidad de gestión urbana y de legitimidad social.

Hay un problema de base cual es *la crisis fundamental de las instituciones políticas en todo el mundo. Hay una crisis total del Estado*. Crisis de eficiencia, porque no concibe controlar nada de lo que es importante, y crisis de legitimidad. En las encuestas de opinión en todo el mundo, cuando se preguntan por los niveles de prestigio, los políticos ocupan el último lugar en todos los países. En Italia incluso añadieron, por si a caso, a los mafiosos y salen mejor parados que los políticos, porque dicen, por lo menos sabemos lo que hacen. Por esa crisis de los Estados, sobre todo a nivel de Estado nacional, se han ido desarrollando cada vez más alternativas de gobiernos locales. No que sean la panacea. Pero por estar más cerca de la gente, por ser más visibles y en algún modo controlables, los gobiernos locales en términos empíricos, aparecen como más confiables. O, digamos, menos desconfiables que los gobiernos nacionales.

Por otro lado, en aquellas metrópolis en que han empezado a funcionar mecanismos de reagregación social, estas han sido iniciativas de los gobiernos locales. Las ONG son y han sido cada vez más motivo de esperanza en muchos lugares del mundo, y cada vez más se observa en todo el mundo, como las comunidades, las asociaciones de jóvenes, asociaciones de mujeres e iglesias, son los mecanismos fundamentales de reconstrucción de la sociedad local.

El problema obviamente de todos estos mecanismos de reagregación social es que son muy locales y generalmente ligados a un municipio, perdido en una gran región metropolitana. Por ello, hay mecanismos muy interesan-

tes que se están desarrollando en varios países. En esto Barcelona es bastante pionera. *Son mecanismos de conexión entre gobiernos locales, para formar redes de gobiernos locales dentro de una región metropolitana.* No tanto un gobierno metropolitano, porque en un gobierno metropolitano rápidamente se concentra el poder y se burocratiza, sino redes de gobiernos locales articulados a nivel metropolitano y que forman consorcios con el Estado nacional, gobiernos regionales, empresas privadas y gobiernos locales, para tratar problemas específicos. Esta parece ser la fórmula más dinámica de gestión local.

El desarrollo de las *nuevas formas de participación tecnológica*, también están siendo utilizadas para incrementar la información y la participación ciudadana. Es decir, las nuevas tecnologías pueden servir también para reconstituir la relación entre gobiernos locales y sociedad, y para rearmar desde el punto de vista de información, a la sociedad local. Simplemente para citar dos ejemplos de distinto tipo y lugar: en *Amsterdam* hay una gran experiencia que se llama la *ciudad digital* de Amsterdam, en la que hay más de cien mil personas conectadas por Internet que tienen debates públicos sobre todo lo que ocurre, recibiendo información, construyendo formas de relación entre ellos. No depende del gobierno municipal, pero éste lo apoya y subvenciona. Es un mecanismo muy avanzado de participación.

Pero, quien crea que esto es solo para países desarrollados, eso no es cierto. En *Villa El Salvador*, en Lima, hay una enorme experiencia de participación ciudadana por Internet, donde se informa de todo lo que hace el municipio por Internet y se da información sobre servicios sociales por otro. Este programa surgió gracias a la iniciativa del Alcalde de Villa El Salvador que consiguió negociar con telefónica de España, cuando compró a Teléfonos de Perú. La convenció de que una operación de imagen buena para telefónica de España, sería crear un programa modelo de

desarrollo de telecomunicaciones en Villa El Salvador, que él entonces utilizó para construir el sistema participativo en Internet.

El gran problema es como desarrollar una creatividad suficiente para competir en lo global y convivir en lo local.

En Conclusión

La contradicción que estamos viviendo señala hasta que punto *hay un desfase entre la extraordinaria capacidad tecnológico cultural de nuestra sociedad, la creatividad que tenemos en estos momentos y la agravación de problemas sociales y medio ambientales*. Y esta contradicción se concentra y se profundiza en las grandes regiones metropolitanas, que son las más creativas, las más innovadoras, las más generadoras de nueva riqueza, y al mismo tiempo las más excluyentes, las que están conduciendo a mundos separados en que incluso se rompen la convivencia física en esa ciudad.

Hay además *una crisis de las instituciones públicas*, de las instituciones políticas en las que la gente simplemente no cree. Los científicos políticos señalan que la gente vota en contra, no a favor. La gente vota contra el que menos les gusta y no porque tenga esperanza en él. Además votan cada vez menos.

Al mismo tiempo, y en parte como reacción a la incapacidad de responder de las asociaciones tradicionales a las demandas de la gente que se siente perdida en un mundo sin control, se ha producido en todo el mundo, *una extraordinaria demanda de religiosidad*. Es una de las mayores de demandas religiosas en la historia, salvo en Europa Occidental y Noroccidental, pero es la excepción en el planeta.

Ahora bien, lo que ocurre es que, como de costumbre, cuando hay una demanda urgente como ésta, una deman-

da que no admite dilaciones, entran demagogos y fanatismos. Y no hablo de religiones o Iglesias absolutamente respetables: hablo realmente de los demagogos y los fanáticos que generan movimientos religiosos fundamentalistas, que generan sectas manipuladoras de la pobreza o sectas espiritualistas manipuladoras de los sentimientos. En California estamos llenos de estos fenómenos, que como Uds. bien saben, desvían esa enorme demanda religiosa hacia fuerzas oscuras. El fundamentalismo religioso intolerante está desarrollándose extraordinariamente en todo el mundo y, en mi opinión, representa uno de los problemas más serios que tienen las sociedades a nivel global.

De ahí que, si juntamos todo esto: *grandes oportunidades, grandes problemas, pero crisis de las instituciones, sociedad desmoralizada, ruptura de la solidaridad, social sobre todo en las grandes metrópolis, creo que hay una posibilidad y una necesidad de una acción de la Iglesia como acción responsable de remoralización, reconstrucción de la sociedad y reconstrucción de las instituciones*. En estos momentos, la utilización de todos los medios, incluido el Internet, y la solución concreta de los problemas sociales, pasa por una remoralización de la sociedad. Es decir, es muy difícil que nuestras sociedades metropolitanas salgan de la lógica dualista en la que estamos si no hay una esperanza y no hay una reconstrucción de las personas desde dentro. En ese sentido, creo que hoy más que nunca la Iglesia debería ser la Iglesia de los pobres, porque solo si los pobres tienen esperanza, podemos escapar a una futuro de metrópolis salvaje precisamente en la era de la información.

Vistazo a las regiones urbanas de América Latina y el Caribe¹

Estadísticas regionales urbanas y proyecciones

% POBLACIÓN QUE VIVE EN ÁREAS URBANAS (1995)	
América del Sur	77%
América Central	66%
El Caribe	62%

PROMEDIO DE CRECIMIENTO URBANO	1980-90	1990-95
América del Sur	3.1	2.7
América Central y el Caribe	3.2	3.4

¹Banco Mundial

PAÍSES CON MAYOR URBANIZACIÓN REGIONAL EN 1996 (%)	
Argentina	88.4
Venezuela	86.1
Chile	84.0
Brasil	78.9
Cuba	76.2
México	73.6
Colombia	73.1
Perú	71.3

Fuente: Proyecciones de las Naciones Unidas

AMÉRICA LATINA

PROYECCIONES PARA 2015

- * 364 Ciudades de más de 1 millón
- * Globalmente la región más altamente urbanizada
- * 4 Mega ciudades de más de 10 millones
- * 28% del total de la población en ciudades de 1 millón o más de habitantes

Características urbanas clave de la Región Latinoamericana

- Descentralización relativamente avanzada, gobiernos locales muy activos y políticamente visibles.
- Sector privado involucrado y financiando u operando en sectores de influencia.
- Mercados de crédito municipal relativamente desarrollados; ciudades con crédito potencial.
- Organizaciones No Gubernamentales y comunitarias muy activas y con experiencia.
- Cubrimiento relativamente bueno de servicios básicos en comparación con otras regiones.
- Altamente urbanizada (tasas de crecimiento constante), con muchas ciudades grandes y mega ciudades
- Distribución muy desigual de la riqueza.
- Pobreza está predominantemente urbanizada; muchas áreas marginales antiguas.
- La violencia y la desintegración social son comunes en las ciudades.
- El medio ambiente urbano deteriorado, especialmente por la polución del aire.

CONGLOMERADOS URBANOS MÁS NUMEROSOS ENTRE 1950 - 2000 (MILLONES DE HABITANTES)

Conglomerado	1950	1950	1960	1960	1970	1970	1980	1980	1990	1990	2000	2000
	Pob.	Lugar										
Beijing	—	—	6.3	9	8.1	9	9	9	—	—	14	8
Bombay	—	—	—	—	—	—	—	—	11.2	9	15.4	7
Buenos Aires	5	6	6.8	6	8.4	6	9.9	6	11.5	8	—	—
Calcuta	4.4	9	—	—	—	—	9	8	11.8	7	15.7	6
Chicago	4.9	7	6	10	—	—	—	—	—	—	—	—
Jakarta	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	13.7	10
Londres	8.7	2	9.1	3	8.6	5	—	—	—	—	—	—
Los Angeles	4	10	6.5	7	8.4	7	9.5	7	11.9	6	13.9	9
Ciudad de México	—	—	—	—	9.4	4	14.8	3	20.2	1	25.6	1
Moscú	4.8	8	6.3	8	—	—	—	—	—	—	—	—
New York	12.3	1	14.2	1	16.2	1	15.6	2	16.2	4	16.8	5
París	5.4	4	7.2	5	8.3	8	—	—	—	—	—	—
Río de Janeiro	—	—	—	—	—	—	8.8	10	—	—	—	—
Sao Paulo	—	—	—	—	8.1	10	12.1	4	17.4	3	22.1	2
Seúl	—	—	—	—	—	—	—	—	11	10	—	—
Shangai	8.3	5	8.8	4	11.2	3	11.7	5	13.4	5	17	4
Tokyo	6.7	3	10.7	2	14.9	2	16.9	1	18.1	2	19	3

III.

**LA EVANGELIZACIÓN EN LA
GRAN CIUDAD**

**Dom Antônio do Carmo Cheuiche, o.c.d.
Seminario, Santa Fe de Bogotá, 1999**

INTRODUCCIÓN

Antes de iniciar la exposición del tema que se me ha solicitado para este Seminario, es conveniente definir los límites impuestos por su formulación. Se trata de “La Evangelización en la Gran Ciudad”, y no de “La Evangelización de la Gran Ciudad”. En este último caso, la Evangelización tendría que versar sobre la ciudad como realidad material, en su categoría de asentamiento humano con sus objetivos específicos, estructura sociológica, en fin la morada del hombre, en cuyo ethos e instituciones deberían encarnarse los valores evangélicos, como resultado de la decisión de los responsables por la construcción de la urbe abierta a la verdad de Cristo. De esta manera, la Evangelización de la Gran Ciudad tendría como destinatarios a los responsables más directos de ella, las autoridades municipales, sus proyectistas, urbanistas, arquitectos, etc.

Sin embargo, cuando se trata de “Evangelización en la gran ciudad”, el anuncio de la salvación de Cristo se destina a todos los ciudadanos, hombres y mujeres, de todas las razas, clases, condiciones y funciones. De hecho, Cristo vino para salvar a todos los hombres y a todo el mundo. Pero como toda persona humana está condicionada por la cultura a la que pertenece, la Evangelización en la gran ciudad sólo podrá acontecer, conforme a la propuesta de Pablo VI³⁵, si el anuncio de la Buena Nueva sale al en-

³⁵ EN 20.

cuentro del hombre culturalmente urbanizado, marcado, por tanto, por la actual fase del proceso histórico y dinámico de urbanización.

Por lo tanto, si por un lado, la "Evangelización de la gran ciudad" viene a ser algo así como la tarea culminante, ya que sólo puede acontecer después que la verdad de Cristo, ya establecida en el nivel del pensar, juzgar y actuar de aquel que recibe el Evangelio, se proyecta en las estructuras e instituciones de la metrópolis³⁶, por otro lado, la "Evangelización en la gran ciudad" tiene como tarea inicial el conocimiento del estilo de vida común propio de la gran metrópolis, es decir, el modo peculiar de ver, sentir, pensar, actuar, relacionarse, trabajar, celebrar, vivir y esperar características del hombre urbano y que, una vez inculturadas, le dan al Evangelio la posibilidad de dialogar con la cultura urbana, ya sea para interpelarla o para dejarse interpelar por ella. A fin de cuentas, la ciudad son sus habitantes, como ya decía en el siglo XIII el Obispo de París, Guillaume D'Auvergne.

LA GRAN CIUDAD MODERNA

De acuerdo con las investigaciones arqueológicas, en las primeras ciudades de la historia de la humanidad ya se encuentra, más o menos consciente, un cierto proyecto al servicio de la convivencia humana, social y políticamente organizada. Ese proyecto puede verse en el trazado de las calles, en la localización de las plazas y los lugares de encuentro, en los edificios públicos, en los diferentes tipos de morada, pero sobre todo en la presencia de templos y de símbolos.

Hoy, la visión de conjunto de la gran ciudad moderna no resulta ya de la yuxtaposición o superposición de volúmenes y estilos, de partes sucesivas de un todo, que se fueron

³⁶ JUAN PABLO II, Discurso inaugural de Santo Domingo, 24 y 20.

acumulando en diferentes etapas de la historia, producto de la evolución de técnicas, necesidades y gustos, transformándola, finalmente, en una especie de archivo de la historia. La gran ciudad moderna es el resultado de un proyecto previamente pensado, trazado y ejecutado, en aras del cual se sacrificaron, hasta hace poco tiempo atrás, verdaderas joyas históricas y artísticas, auténticos monumentos de la humanidad. La gran ciudad moderna surge, pues, como resultado de la aplicación de pautas de racionalidad funcional a un nuevo modo posible del convivir humano. Los grandes asentamientos humanos son, pues, planeados y ejecutados al servicio de las funciones del habitar, trabajar, estudiar, divertirse, etc. Denso, extenso, heterogéneo y vertical, el habitat de las grandes ciudades modernas se estructura en forma de servicios en función de la habitación, el transporte, la educación, la salud, el tiempo libre y el ocio. Al convertirse, así en centro de servicios, el nuevo modelo urbano sectoriza el espacio de acuerdo con las diferentes funciones a cuyo servicio está.

Al sectorizar el espacio urbano, dividiéndolo en subespacios, más o menos cerrados en sí mismos, la estructura de las grandes ciudades atomiza la existencia humana, reduciéndola a una serie de funciones autónomas, carente de visión y de sentido profundo, cerrada a un proyecto vital más amplio. Coloca la vida urbana al servicio de la producción, del mercado del producto, de la propaganda del producto, de la necesidad de adquirirlo, del transporte de los que lo producen y de sus consumidores, de la venta del producto, para continuar produciendo, en una línea cada vez más perfecta y sofisticada.

Esta instantánea y parcial fotografía del panorama de la metrópolis moderna sería suficiente para justificar la tesis sobre la crisis que se cierne hoy sobre las grandes ciudades, y la de aquellos que preconizan otras alternativas para el futuro. En este sentido, dentro del moderno debate, se levantan varias alternativas tales como "Ciudad Jardín",

“Ciudad Cibernética”, Ciudad Efímera”, “Ciudad Histórica”, “Ciudad Eco-regional”. A pesar de todo, no hay ninguna previsión que dé pie para prever, hasta el momento presente, la disminución de las grandes ciudades, por lo menos a corto plazo. Al contrario, los cálculos de futuro resultan terroríficos. Se afirma que el total de las áreas que serán ocupadas por las metrópolis, en un futuro próximo, será inmensamente mayor que la suma de las áreas sobre las que se asentaban las ciudades de la era anterior a la Revolución Industrial. Se prevé un aumento del volumen cúbico total de los edificios y, todo induce a ello, la altura no será menor.

La relación entre densidad de población y el espacio vertical ocupado por los edificios da la antigua Roma, según la afirmación retórica de Aelius Arístides, del siglo II de nuestra era, ayuda a imaginar las dimensiones de las metrópolis del porvenir a partir de las previsiones sobre su crecimiento demográfico. Escribía entonces Arístides:

“Roma no se contenta con la extensión de su área edificada, a pesar de lo vasta que es... Roma lleva una pila concreta de Romas adicionadas, de igual extensión, que ha puesto una sobre otra... Si la ciudad tuviera que extenderse en forma horizontal, de manera que las Romas que están ahora arriba fueran depositadas al nivel de la tierra una al lado de la otra, supongo que el remanente de Italia, que aún no está cubierto por Roma, se llenaría por completo. Habría entonces una ciudad continuada extendiéndose desde el Mar Tirreno hasta el Adriático”³⁷.

De acuerdo a las fuentes que aseguran el aumento de la población de las grandes ciudades, a corto plazo, se destaca la explosión demográfica en los lugares más pobres y atrasados, y el éxodo rural en países de todo tipo.

³⁷ARNOLD TOYNBEE, Ciudades en marcha, Emecé, Buenos Aires 1970, p. 240.

Las previsiones de los demógrafos anuncian, para el año 2020, nada menos que nueve ciudades con más de 20 millones de habitantes: la mayor de ellas, México, que tendrá 35,5 millones, seguida de Shanghai (34,8), Pekín (30,7), São Paulo (28, 1), Bombay (25, 2). Llama la atención el hecho de que en esta lista no contenga ninguna ciudad europea ni norteamericana, a pesar de que, en 1950, Nueva York, Londres, París y las conurbaciones del Rhin y del Ruhr figuraban entre las diez ciudades más populosas del mundo³⁸.

En general, los estudiosos del proceso de urbanización, después de indicar los factores que aseguran el crecimiento de los asentamientos metropolitanos, pasan a tratar sus consecuencias. Entre ellas citan, y casi siempre en último lugar, la presión transformadora que el proceso ejerce sobre los habitantes de las grandes ciudades. Se trata, en palabras de Toynbee, de “un nuevo orden de relaciones de carácter colectivo, radicalmente diferentes de las que predominan en el mundo rural”³⁹.

Sin embargo, es precisamente a nivel de las relaciones interpersonales, condicionadas por las metrópolis modernas, que arranca el camino que lleva de la dimensión material y social, a la dimensión propiamente cultural del proceso de urbanización. Es a partir del nuevo estilo de vida común, donde la gran metrópolis se presenta como enorme desafío para la misión fundamental de la Iglesia. Y es precisamente desde aquí que se impone la tarea de trazar “caminos y criterios, fundados en la experiencia y en la imaginación”⁴⁰, idóneos para situar al Evangelio en diálogo con la cultura urbana, ya sea para interpelarla o para dejarse interpelar por ella⁴¹.

³⁸HARWEY COX, *Oltre la Città Scolare*, en “*Questa nostra benedetta maledetta Città*”, Gribaudi, Milano 1996.

³⁹A. TOYNBEE, o.c., p. 238.

⁴⁰ DP, 441.

⁴¹ SD, 24.

LA GRAN CIUDAD, NUEVO HORIZONTE MENTAL

En su estudio sobre las "Consecuencias humanas de la urbanización", Briand Berry habla de la acelerada "urbanización de los espíritus"⁴², y Jean Labasse, en su ensayo sobre *"L'homme et la révolution urbaine"*, considera a la ciudad moderna como un nuevo "horizonte mental"⁴³, desde el que la realidad comienza a ser vista de otra manera. Jean Ladrière diría que se trata de la manera de ver, sentir, pensar, actuar, reaccionar, relacionarse, trabajar, celebrar, vivir y esperar peculiares del habitante de la gran ciudad⁴⁴.

El moderno habitat del hombre altera las tres relaciones fundamentales propias de toda cultura, "su relación con la naturaleza, sus relaciones entre sí mismos y con Dios". No se puede negar que el contexto de las grandes ciudades condiciona estas tres relaciones fundamentales de la cultura, a tal punto que hoy nadie discute sobre la existencia de una verdadera cultura urbana. Si la cultura es la obra y la gloria del hombre, de la cual él viene a ser, al mismo tiempo, principio, medio y fin, y por lo tanto, un proyecto por él trazado y ejecutado, la cultura, por su parte, acaba por condicionarlo en la medida en que, al exteriorizarse, se objetiva fuera de él y se transmite de una generación a otra.

En la ciudad la relación del hombre con la naturaleza comienza a articularse bajo otro prisma. El entorno del mundo natural, cuyos productos el campesino disfruta con gratitud, cuya belleza contempla y a cuyo Creador reconoce y enaltece, pasa a ser visto como materia prima susceptible de ser transformada y alterada. Se modifican, de

⁴² BRIAND BERRY, Consecuencias humanas de la Urbanización, Pirámide, Madrid, p. 42.

⁴³ VV.AA., *Urbanization et Pastorale*, Fleurus, Paris 1967, p. 61.

⁴⁴ J. LADRIERE, o.c., p. 36.

igual manera, las relaciones de los hombres entre sí, que de primarias se transforman en secundarias, específicamente funcionales, ampliando considerablemente su círculo de contactos individuales. Finalmente, la relación del hombre con Dios se torna problemática. La autonomía de las realidades terrestres y la autonomía de la historia que el hombre urbano reconoce y asume, acaba, por un efecto de reverberación, proyectándose sobre sí mismo, deslumbrándolo hasta el punto de no reconocer ninguna ley ni poder más allá o por encima de sí mismo. En la ciudad, el problema de Dios acaba siendo confinado al ámbito de la conciencia personal, sin vigencia social. Como el misterio de Dios no pasa por la aduana de la racionalidad físico-matemática, no le está permitido al Creador entrar oficialmente en la ciudad de los hombres. Además de eso, la vida humana se desenvuelve a través de una experiencia cultural permanente, donde todo surge como si fuera producto de las manos del hombre, realidad autónoma, que amenaza con cerrarse a la trascendencia, dejando la persona humana anclada en sí misma, y transformando a la gran ciudad en templo votivo consagrado al hombre, a ejemplo del famoso mural de Siqueiros en la capital de México. La experiencia de la realidad urbana, vista como producto cultural, cuestiona el problema de la nueva mediación religiosa que, sin embargo, puede y debe encontrar en el Evangelio una respuesta adecuada.

La gran ciudad moderna es, pues, un desafío actual de igual dimensión a la razón histórica del ser de la Iglesia y a su misión fundamental en un mundo que se urbaniza cada vez más.

LA GRAN CIUDAD MODERNA, COMO SIGNO DE LOS TIEMPOS

Entre los seis principales signos de los tiempos enumerados y abordados de forma explícita por el Vaticano II, no figura el fenómeno de las grandes metrópolis moder-

nas. Sin embargo, el Concilio subraya la tendencia del hombre actual de encontrar formas culturales más humanas y universales, entre las cuales, sin sombra de duda, las grandes ciudades modernas se revelan como centro y motor. Posteriormente, en la *Octogessima Adveniens*, Pablo VI, entre las "cosas nuevas" que interpelan el pensamiento social cristiano, comienza tratando del gigantesco avance del proceso de urbanización; usa el término *megalópolis*, se refiere a la necesidad de la presencia comprometida del cristiano en la construcción de la ciudad, e invocando la misión de Jonás en Nínive, la relaciona con el plan de salvación mediante el anuncio de la Buena Nueva de la misericordia de Dios. Al referirse, entonces, a la Jerusalén Celeste, "la ciudad santa, el lugar del encuentro con Dios, la promesa de la ciudad que baja de lo alto", introduce el elemento escatológico que permite discernir en el fenómeno de las grandes ciudades modernas un verdadero signo de los tiempos⁴⁵.

La gran ciudad resume y expresa el mundo en que hoy vive la humanidad, sus expectativas, sus aspiraciones y su índole, donde es posible pre-escrutar, por su parte, los verdaderos signos del proyecto de Dios y del clamor del Espíritu, de que habla *Gaudium et Spes*⁴⁶. Se trata, en síntesis, de un evento histórico que, como tal, constituye la etapa culminante de una piedra millar en la marcha de la humanidad, que fue la construcción de las ciudades, sin la cual resultaría imposible obtener una plena comprensión de su actual fase. Por eso mismo, la gran ciudad se revela, también, como un modo de vida catalizador, de alcance universal que se expande por doquier, constituyéndose, así, en signo progresivo de la unidad hacia la que tiende, a favor de la promoción de la persona humana, a ejemplo de la forma interdependiente del convivir

⁴⁵ OA, 12.

⁴⁶ GS, 11.

urbano. Y, en fin, la historia de la salvación se inicia en el vergel y termina en una ciudad, la Ciudad de Dios, aunque esta historia pasa hoy, ineludiblemente, por la gran urbe moderna.

Examinando atentamente las tendencias y aspiraciones de la humanidad que afirman y aceleran la expansión del universo urbano en dimensión universal e irreversible, según el parecer de Pablo VI, al Pueblo de Dios no le queda otra alternativa que procurar nuevos caminos con repetido fervor, a fin de poder hacer incidir en la metrópolis moderna la fuerza provocativa y renovadora del Evangelio. Como signo de los tiempos, la urbe moderna constituye el mayor desafío que la Iglesia enfrenta hoy en su misión evangelizadora.

UNA EVANGELIZACIÓN INCULTURADA EN LA GRAN CIUDAD

Frente al desafío que las condiciones de la gran ciudad representan para la evangelización y para la práctica cristiana, la Iglesia no puede continuar ofreciendo respuestas y soluciones rurales a interrogantes y problemas urbanos. No se trata, sin embargo, de adaptar, acomodar ni mucho menos trasplantar o injertar el Evangelio y la praxis de la Iglesia encarnada en otros tiempos en la sociedad tradicional. Urge, pues, encarnarlo en la nueva cultura urbana, teniendo en cuenta que el proyecto divino sobre todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y países, pasa actualmente por la ciudad moderna, por sus plazas y calles, por sus sectores y ambientes, en esta época en que la mayor parte de los destinatarios de la Palabra de Dios vive en ciudades.

A las puertas del Tercer Milenio, de la noche a la mañana, la Iglesia se encuentra ante una nueva tierra de misión que es la gran ciudad del siglo XXI, organización fun-

cional, realidad dinámica, la metrópolis moderna se articula como espacio de libertad, abierta a ideas, actitudes, comportamientos y símbolos, cada cual más diverso, que lleva a sus habitantes a asumir su propia vida y, en esa empresa, a revisar sus creencias y seguridades simplemente heredadas. En tal contexto, el cristiano no será ya más producto de la inercia socio-religiosa, sino que sólo podrá sobrevivir como tal a base de una opción personal por Cristo. He aquí la urgencia de una evangelización inculturada que, consciente de las nuevas condiciones de la vida urbana y del nuevo tipo de relaciones humanas que dentro de ella se articulan, debe llevarse adelante a través de una pastoral programada y penetrante de todos los ritmos de la vida en la gran ciudad.

El proceso de inculturación urbana del Evangelio y de la Iglesia que, con la riqueza de su pensamiento y de su praxis, compete también a los agentes de pastoral de la gran ciudad, puede definirse como “un conjunto de medios, acciones y actitudes, aptos para poner el Evangelio en diálogo activo” con la metrópolis moderna, ya sea para interpelarla o para dejarse interpelar por ella.

EVANGELIZACIÓN INCULTURADA Y MEDIACIÓN HUMANA

Una de las mayores riquezas del convivir humano se manifiesta en la abundancia y variedad de contactos y encuentros individuales que la ciudad ofrece. La suma de todos ellos, tanto en cantidad como en calidad, contrasta con el reducido círculo que de ellos mismos proporciona la vida rural. Pero aquí como en todo, hay también un serio riesgo. La mera relación con el “otro” comporta una seria ambivalencia, pues puede cerrarse hacia el “Otro”, con mayúscula, aunque, según todos los indicios, dada la naturaleza esencialmente cultural de la gran ciudad, es en el propio hombre donde deberá darse la mediación hacia Dios. Bajo este punto de vista, el Evangelio goza de recursos inagotables al ser-

vicio de la inculturación urbana de la mediación religiosa, cuya raíz se encuentra en el gran mandamiento del amor.

En la historia de la experiencia humana de lo sagrado, la naturaleza representó a lo largo de los siglos y milenios el camino real hacia Dios, es decir, la mediación religiosa característica de la cultura tradicional, donde la contemplación de lo visible elevaba el pensamiento hasta lo invisible. En ese *"itinerarium mentis in Deum"*, el lenguaje de los místicos se presenta entretejido de metáforas recolectadas en la naturaleza, que los transporta a ellos mismos hasta lo alto. En el universo rural, el contacto permanente del hombre con la naturaleza y la conciencia de su ineludible dependencia en relación a ella, lo lleva a encontrar en ella la mediación sensible de su camino hacia Dios. Contemplando la grandiosa belleza de los Alpes austríacos, confiesa Goethe en su Diario que, si viviese allí probablemente sería más religioso. Pero aquel gran poeta vivía en la ciudad de Weimar.

La experiencia de la ciudad se desarrolla no en un medio natural, sino cultural. Y la cultura es la obra y la gloria del hombre. Para el habitante de la gran ciudad la vivencia de su habitat se reduce, en primera instancia, a una referencia al hombre que, a fin de cuentas es el autor de la ciudad, y en el cual, no obstante, puede permanecer anclado. Este es el argumento por el que el proceso de inculturación urbana del Evangelio debe ser articulado contando con tal mediación humana. Es un dato cierto que los macroproblemas de las grandes ciudades son los problemas del corazón humano: la soledad, el desamparo, las incertidumbres, la angustia, la falta de sentido de la vida, el problema de la muerte que la metrópolis moderna no consigue ocultar. Es indispensable, pues, una pastoral empeñada con los problemas que afligen al corazón humano, una pastoral de la acogida y retorno a la guía y dirección espiritual, hoy perdidas; una pastoral ambiental donde grupos humanos, ejerciendo la misma función, se debaten ante idénticos problemas; una pastoral, en fin, cons-

ciente del nuevo fenómeno de la "multiculturalidad", presente y actuante en la gran ciudad.

EVANGELIZACIÓN EN LA GRAN CIUDAD Y PROMOCIÓN DE LA PERSONA HUMANA

Si la promoción humana abarca, en palabras de la Conferencia de Santo Domingo, "desarrollo y liberación", es necesario reconocer, entonces, en la gran ciudad el enorme abanico de oportunidades para la autorrealización de la persona humana. La ciudad constituye, de hecho, un enorme espacio abierto a la libertad y la personalización, donde también el cristiano vive y trabaja en camino a la Ciudad de Dios. Como enseña el Concilio, "es propio de la persona humana no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano sino mediante la cultura".

Al contrario de lo que sucede en la vida rural, donde prevalece una cultura tradicional, circular, a semejanza de los trabajos del campo que todos los años repiten las mismas etapas, en la ciudad no queda otra alternativa que la de embarcarse en el ritmo dinámico que la creatividad cada vez más intensifica. De forma paralela, se desarticulan dentro de ella los mecanismos de control socio-cultural-religioso que la familia patriarcal ejercía sobre los miembros de su grupo. Y la familia nuclear que la sustituye no consigue transmitir a las nuevas generaciones ni tan siquiera los valores culturales. El ser humano desprotegido se ve forzado a asumir su propia síntesis vital, a ejecutar su proyecto y, en no pocas ocasiones, a redefinirse.

La evangelización en la gran ciudad postula, pues, una pastoral familiar orientada hacia la construcción de la iglesia doméstica, donde los padres asumen la educación en la fe de sus hijos, paralelamente al proceso de endoculturación del niño. La experiencia religiosa de la infancia penetra hasta dimensiones tan profundas de la

conciencia que, incluso bajo los escombros que en ella se acumulan durante la adolescencia y juventud, continúa allí latente y sube fácilmente a la superficie en los momentos en que el adulto se enfrenta con la necesidad de autodefinirse en asuntos de religión. La enseñanza religiosa en las escuelas, que, dígame de paso, no debe confundirse con catequesis, constituye la última oportunidad que resta, en la gran ciudad, para proseguir preparando al adolescente y al joven en su camino hacia Dios.

EVANGELIZACIÓN EN LA GRAN CIUDAD Y PRIMER ANUNCIO

La atmósfera intelectual de la metrópolis moderna, abierta a ideas, opiniones, actitudes y comportamientos diferentes, con el correspondiente choque que lo contrario y lo contradictorio fatalmente producen, cuestiona creencias religiosas heredadas y conservadas por inercia social. A esta perplejidad inicial se ha sumado, en los últimos años, la multiplicación de sectas y movimientos religiosos independientes, todos ellos de origen urbano. Tal ebullición religiosa está transformando las grandes ciudades de los países en vías de desarrollo en una especie de supermercado místico donde se encuentra producto religioso para todos los gustos y tendencias.

En contra de la profecía de los partidarios de la teología de la muerte de Dios y del conflicto interno entre religión y desarrollo urbano, en los años 60, aunque rebatido por eminentes culturalistas, este fin de siglo está atestiguando un retorno a lo sagrado y a lo religioso. Todos los indicios apuntarían a una variedad de causas sobresaliendo, entre ellas, el desencanto ocasionado por el fracaso de las ideologías, la saturación de la dictadura de la tecnología, la corriente milenarista, y mucho más profundo aún, el sentimiento de orfandad del hombre que, desamparado, anda en busca de su identidad profunda.

Ante este cuadro, la primera manifestación pública del Santo Padre, después de su elección, completada por documentos posteriores y por su programa para la celebración del Gran Jubileo, nos desafía a *retornar al "primer anuncio"*. Anunciar a Jesucristo a toda generación y, en ella, a cada persona.

Ya se han cumplido casi dos siglos de obstinación en una evangelización fundada en suposiciones, a base de estadísticas. Se da por supuesta una formación religiosa y una comprensión de la liturgia que la cultura estática del pasado conservó, pero que el estilo de vida de la gran ciudad redujo a vagas convicciones y a ritos sociales, en medio del creciente indiferentismo urbano. Se impone, por tanto, pasar de una evangelización de "conservación" a una evangelización de "conquista", tal y como se expresó el Episcopado Cubano en su documento con motivo del Primer Encuentro del Pueblo de Dios en el país.

Pablo VI, el primer Papa que abordó el moderno proceso de urbanización y el papel del cristiano que lo vive, se dio cuenta de que el primer anuncio, destinado hasta ahora a los niños y a los paganos, debería ser propuesto a tres tipos de los bautizados: los bautizados que viven al margen de la Iglesia; los bautizados que, aunque cultivan un tipo de piedad popular, no saben, sin embargo, dar razón de su esperanza; y, finalmente, a los intelectuales bautizados, para quienes es insuficiente la catequesis recibida en la infancia. En la gran ciudad, los adultos y jóvenes, hombres y mujeres, constituyen, al igual que en los comienzos de la predicación apostólica, la gran masa de los destinatarios del anuncio de la Palabra de Dios.

EVANGELIZACIÓN Y ESPIRITUALIDAD URBANA

La experiencia dinámica de la gran ciudad se despliega a través de hechos y acontecimientos vividos directa-

mente por sus habitantes o que llegan a su conocimiento por los medios de comunicación. Hechos y acontecimientos cuyo sentido se encuadra en el marco de una lectura estrictamente terrena, sin nunca ir más allá de las causas físicas, razones intelectuales o motivaciones psicológicas que los producen. En este caso, el cristiano puede quedarse limitado al acontecer de la vida de la ciudad de los hombres, sin llegar a ser un signo de la Ciudad de Dios. He aquí, pues, la importancia de una evangelización orientada hacia la visión de fe en la metrópolis moderna.

Dadas las condiciones impuestas por las estructuras urbanas, producto cultural como es, no resulta fácil descubrir la presencia de Cristo en el hoy de la ciudad, llevando al cristiano a convertirse en un prófugo interior de la ciudad en que vive. Se hace necesaria, entonces, una formación religiosa que lo integre en la vida de la ciudad y, al mismo tiempo, le posibilite trascenderla, llevándolo a descubrir el designio del plan de Dios en los hechos y acontecimientos, y a oír el clamor del Espíritu que lo interpela a través de los mismos.

A través de la visión de fe se abre el espacio para la oración en la gran ciudad. Sirva como magnífico ejemplo de ella, el sentido de la plegaria de Von Braun en el momento en que el Apolo XI desaparecía en el cielo de Cabo Cañaveral, rumbo a nuestro satélite más próximo. Volviéndose, hacia sus más íntimos colaboradores en el comando de la gran aventura espacial, el responsable del proyecto de la conquista de la luna, se limitó a decir: "Hicimos todo lo que teníamos que hacer, ¡ahora vamos a rezar!"

EVANGELIZACIÓN, GRAN CIUDAD Y TEMPLO

Pienso que vale igualmente para la gran ciudad, centro y motor de un nuevo estilo común de vida, la afirmación de Juan Pablo II de que "una fe que no crea cultura,

es una fe no completamente anunciada, no totalmente comprendida ni plenamente vivida". Una vez anunciada, acogida y vivida, los valores cristianos deben proyectarse en el "ethos" y estructuras urbanas en que viven los seguidores del Señor, pues, como dice el Santo Padre, los fieles deben vivir y expresar su fe de acuerdo a los recursos de su propia cultura.

La estructura urbana posibilita a los ciudadanos expresarse de manera colectiva, al tiempo que las diferentes situaciones que vive la ciudad contribuyen al dinamismo de sus expresiones. La metrópolis se convierte, así, en forja de renovadas expresiones, entre las cuales la imagen pasa a ser el vehículo más importante de comunicación. La importancia de los medios de comunicación al servicio de la evangelización exige, por su parte, la inculturación de los valores, de las expresiones y del imaginario urbano, compatibles con la verdad revelada.

Si la gran ciudad resulta ser hoy el espacio privilegiado para el diálogo entre fe y mundo moderno, el problema de la relación entre templo y metrópolis no puede ser olvidado a la hora de tratar de la evangelización en la gran ciudad. La gran ciudad moderna se ofrece como lugar abierto, dispersivo, extrovertido, un espacio funcional de circulación, de información, de máxima exterioridad, en fin, un espectáculo permanente. El templo, al contrario, es el espacio destinado al encuentro del hombre con el Señor, ámbito interiorizador, lugar de adoración y de alabanza, de súplica y de gratitud. Si, por un lado, urge adaptarlo a la sensibilidad moderna, por otro, es oportuno considerar que se trata del espacio sagrado. Su forma exterior debe ser el resultado de un movimiento que le viene de dentro y que tiene que traslucirse en ella. Aquí estriba la importancia del pórtico en el templo moderno, cuyas líneas estéticas, como decía el gran arquitecto sacro Rudolf Schwarz, deben demarcar la frontera, desde donde el exterior conduce a lo interior. En sus bellísimas páginas sobre la Igle-

sia de Cambray, Proust escribe que el exterior del templo aparecía como un convite a entrar, con la seguridad de que allá adentro “siempre hacía buen tiempo”.

En este fin de siglo, en los umbrales del Tercer Milenio, ya no se habla más de la tesis inicial de Harvey Cox sobre la contradicción interna entre proceso de urbanización y religión, y menos aún, de la “Iglesia túmulo de Dios” de Nietzsche. Cuando en 1969, poco antes de su muerte, le preguntaron a Mies van der Rohe sobre lo que más le habría gustado construir y que no había conseguido realizar, el genial arquitecto alemán, el arquitecto de la lucidez geométrica y de la funcionalidad, respondió: ¡una Catedral! La respuesta de van der Rohe recuerda la afirmación de Pierre, el constructor de iglesias, personaje de “L’Annonce fait a Marie”, de Paul Claudel: “malaventurado el hombre que al final de su camino no se encuentre con una Catedral”.

APÉNDICE A

PASTORAL Y PARROQUIA EN LA CIUDAD

**Grupo de expertos convocados por la
Secretaría General del CELAM, 1981**

INTRODUCCIÓN

Cuando Pablo VI, en su carta apostólica *"Octogésima Adveniens"*, se refiere a los "nuevos problemas sociales" comienza expresando: "un fenómeno mayor atrae nuestra atención, tanto en los países industrializados como en las naciones en vía de desarrollo: la urbanización. Después de largos siglos la civilización agraria se está debilitando".

No fue recién en 1971, año de la publicación de aquella Carta Apostólica, cuando se advirtió el fenómeno, ni tampoco apenas entonces surgió la preocupación pastoral en la Iglesia ante esa realidad que ciertamente había cobrado relieve mayor después de la Segunda Guerra Mundial.

Puebla, a su vez, en 1979 hablará de las "proporciones alarmantes" que adquiere ese fenómeno en América Latina. Piénsese en lo que ha significado -y significará- cuantitativamente el crecimiento de las ciudades como México, Bogotá, Lima, Caracas, San Pablo y la configuración del denominado Gran Buenos Aires. Solamente mencionamos con nombres mayores, pero ¿cuántas son las ciudades que en pocos años, de pequeños pueblos han pasado a ser ciudades de densa población?

Mucho se ha escrito sobre el tema destacando los aspectos y las consecuencias de carácter social, económi-

co, psicológico y moral; y cualquiera ve claramente que para la tarea pastoral de la iglesia constituye un desafío sumamente serio. ¿De qué manera hacer llegar el mensaje a esas amplias áreas humanas? ¿Cómo la iglesia puede estar presente en la cultura, en las costumbres, en la mentalidad del diversificado mundo urbano? ¿Con qué instrumentos cuenta la Iglesia para desarrollar en él la misión evangelizadora? Los interrogantes se pueden acumular fácilmente. Los mismos interrogantes que sin duda consumen prolongadas vigiliias de pastores que el Señor ha puesto para regir esos enormes rebaños.

La Asamblea Ordinaria del CELAM, celebrada en los *Teques (1979)*, recomendó estudiar ese problema, y el Secretariado General quiso concretar esa recomendación. Con tal fin convoco algunos miembros del equipo de reflexión y a otros expertos, para un encuentro cuyo resultado son las páginas de este texto. Nadie pensará encontrar en ella un enfoque exhaustivo e indiscutible del tema como tampoco respuestas – recetas a su frondosa problemática. Se trató de ofrecer algunos elementos para la reflexión y de señalar muy en general, ciertas líneas de acción. Todo ello deberá ser dialogado, ampliado, profundizado y concretado en las iglesias locales y por ellas mismas.

Este breve volumen pretende además prestar una ayuda para la preparación de un encuentro que este Secretariado desea realizar en 1982 con los pastores de las capitales nacionales y de arquidiócesis o diócesis cuyas sedes episcopales cuentan con más de un millón de habitantes. Dicho encuentro versaría sobre aspectos pastorales de las grandes ciudades.

Estas son las intenciones que motivaron la publicación del presente volumen. ¡Gracias a Dios si su lectura resulta provechosa!

+ *Antonio Quarracino*
Secretario General del CELAM, a 1982

UNA IGLESIA EVANGELIZADORA DE LA NUEVA CIUDAD LATINOAMERICANA

Esta reflexión intenta aclarar la misión de la iglesia en relación con las actuales ciudades latinoamericanas, teniendo en cuenta los nuevos factores que las dinamizan y determinan su futuro próximo.

Asentamos dos presupuestos fundamentales. El primero considera a la Iglesia como un *cuero orgánico*, dotado de una misión evangelizadora que se dirige no solo a los individuos sino principalmente a las comunidades y a las diferentes culturas. El segundo presupuesto entiende a la ciudad como *comunidad humana* específica, marcada por sus propias exigencias y responsabilidades.

Además es menester reconocer de antemano algunas dificultades propias del tema. En primer lugar su extraordinaria complejidad, que es fruto de la riqueza del fenómeno urbano, en la cual deben tenerse en cuenta la variedad de las urbes, cada una con su propia originalidad; la interdependencia de aquéllas con su respectiva zona de influencia; el juego de relaciones vigente entre unas y otras ciudades, lo mismo que entre éstas y los denominados "*centros inespaciales de poder*" que se han originado en el mundo a causa de los modernos sistemas de comunicación. De tal complejidad no es difícil inferir desde ya que si, por una parte, cada ciudad necesita un plan específico de acción pastoral, por otra, dicho plan debe estar en conexión con los planes nacionales e incluso de alguna manera con un proyecto pastoral continental.

Encontramos una segunda dificultad en la escasa disponibilidad de estudios realizados hasta el momento sobre pastoral urbana, principalmente en América Latina, y en la limitación de las experiencias que se conocen. Lo cual no sorprende, si se tiene en cuenta que es muy reciente el surgimiento de una conciencia pastoral que trate de enfrentar la ciudad como un todo.

1. La misión evangelizadora de la Iglesia

Para empezar es conveniente recordar la misión de la Iglesia, considerándola en tres niveles diferentes: el de la iglesia en general, el de la iglesia local –entendida en sentido teológico como la comunidad cristiana presidida por un obispo y ubicada en un espacio determinado, - y el nivel de la iglesia local urbana– entendida como la comunidad católica que vive y se organiza en una ciudad determinada.

a. Misión de la iglesia

La iglesia es el nuevo Pueblo de Dios que tiene la misión de Cristo: colaborar con la fuerza del Espíritu Santo en la salvación integral de la humanidad, mediante un método original y propio – el método del reino de Dios – que pretende alcanzar dicha salvación por la conversión interna de las personas, las culturas y de los pueblos. Por consiguiente, la iglesia ha de concebirse primariamente como un cuerpo de salvación, en el cuerpo de Cristo.

La salvación a la que aspira la iglesia es una salvación *integral* del hombre, es decir, bajo todos sus aspectos. En síntesis es una salvación que pretende simultáneamente la filiación divina del hombre en Cristo, su encuentro fraterno con los otros hombres y el señorío sobre la naturaleza.

Precisamente porque la iglesia es integral, el sujeto último al que la Iglesia evangeliza, buscando su conversión, es la *comunidad humana total*, los pueblos y las culturas, ya que sin la conversión del pueblo y de su cultura la salvación integral de hecho se hace prácticamente imposible.

En orden a la conversión de los pueblos y de las culturas, la iglesia, como Cristo, orienta su actividad inmediata a la conversión de personas que se incorporan al dinamis-

mo de su misión, y a la formación de ambientes que comienzan a vivir en una cultura conforme a las exigencias del Reino. Pero, al mismo tiempo, descubre aquellas personas, movimientos y ambientes que, sin ser cristianos, aparecen actuando con la dinámica del reino hacia los mismos objetivos, para colaborar con ellos en la instauración de un mundo nuevo (GS, 19)

Pero la iglesia, en este proyecto de salvación, actúa con un *método original y propio*, totalmente opuesto al método o a los métodos utilizados por los sistemas marcados por el pecado, ya que la transformación liberadora del mundo no pretende realizarla por caminos de fuerza e imposición, sino por la conversión interna y profunda que ha de originarse en el mismo corazón de los pueblos y de las culturas.

Siguiendo el pensamiento paulino, el mundo del pecado está dominado por el pecado, la muerte y la ley. Cuando dicha situación se transforma en dinamismo conformador del mundo y de la sociedad se articula con hombres endiosados, cuyo poder descansa en la fuerza temerosa de la muerte –que se transforma en homicidio–, y en la imposición de sus propios proyectos –el despotismo de la ley–, restaurando y regenerando continuamente el mismo esquema de señores y esclavos.

El dinamismo de la Iglesia se apoya en la subordinación a la soberanía de Dios (reino de Dios), que establece como fuerzas el amor –servicio a los hombres, el respeto a la vida y la promoción liberadora de la libertad. Por ese motivo, el instrumento del que dispone la iglesia para realizar su misión se reduce originalmente a la fe de la propia Iglesia, a la fuerza de la Palabra –que anuncia y denuncia– y a los signos, al testimonio del que ya es posible vivir conforme a las exigencias del reino, incluso en un mundo en el que externamente prevalece el pecado.

b. La Iglesia local

La Iglesia local es la iglesia que se realiza y vive bajo la dirección de un Obispo, en medio de un pueblo, ubicada en una geografía concreta. Sin perder la perspectiva universal de toda la iglesia su misión (que es la misión de la Iglesia) se orienta a la evangelización de dicho pueblo, aspirando a su salvación integral y comunitaria.

Por eso, entre otras características, la Iglesia local ha de ser una Iglesia inculturada e integra fundamentalmente por miembros del mismo pueblo en el que se realiza. Ha de ser una Iglesia abierta a la salvación *concreta* del pueblo en el que se encuentra enraizada, *adaptando* su mensaje a sus problemas concretos –aunque sin perder una perspectiva universal y planetaria– y *acompañando pedagógicamente* el proceso de conversión de todo el pueblo.

c. La Iglesia local urbana

Entendemos aquí por Iglesia local urbana, la Iglesia (comunidad total) enraizada, en la ciudad y que tiene como misión inmediata la evangelización, conversión y salvación integral y comunitaria de la ciudad.

Se trata, por tanto, de una iglesia cuya encarnación se concreta en *inculturización urbana* y *que*, conciente de los pecados concretos en los que vive la comunidad ciudadana, tiene como objetivo su conversión para que la ciudad terrena sea simultáneamente la ciudad de Dios, lo cual no coincide necesariamente –en una interpretación plural del reino de Dios mientras la humanidad marcha en la historia– con la ciudad cristiana.

2. Un acercamiento a la comprensión de la ciudad

De hecho es casi imposible dar una definición de ciudad. Detrás de dicha palabra se encuentran las imágenes y concreciones más diversas, según las diferentes culturas, momentos históricos, etc. en los que aparecen, evolucionan y viven las ciudades.

Pretendemos dar un acercamiento a la comprensión de la ciudad en general, de la ciudad actual y, más en concreto, de la ciudad latinoamericana, realidad esta última de nuestra preocupación pastoral.

a. La ciudad en general

La ciudad fundamentalmente es una concentración humana en determinado punto del espacio, que se reconoce con una función determinada: ser centro de ciertos servicios para las ciudades de segundo orden o de poblados ubicados en la región sobre la que ejerce su influencia.

La concentración humana en su propio emplazamiento se organiza y elabora su propio medio ecológico humano (la urbe) que simultáneamente ejerce sus funciones de hábitat e instrumento de trabajo para los ciudadanos.

La concentración urbana se constituye de esta manera en un tipo de comunidad específica, en la que se puede marcar entre otros los siguientes caracteres:

- Tiene una *conciencia colectiva*, por lo cual sus habitantes afirman que pertenecen a tal ciudad (es decir, a tal comunidad), considerando sus logros y fracasos colectivos como propios. Esta conciencia supone en el fondo que en la comunidad urbana existen unas responsabilidades comunes, una participación y cierta comunión, factores que posibilitan el desarrollo concreto de la ciudad.
- La comunidad urbana mantiene un tipo de organización compleja que viene determinada por las *“especializaciones complementarias”* de sus habitantes (maestros, médicos, comerciantes, responsables de centros de diversión, etc.,etc.), lo que exige un *sistema regulado de relaciones*, en la que tiene importancia decisiva el acuerdo en el tiempo medido por el reloj.

- La complejidad de la estructura de las relaciones urbanas origina la valoración prioritaria de una comunidad en la que prevalecen las relaciones objetivas sobre las relaciones subjetivas. Las relaciones con el banquero, el médico, el cartero, el mecánico, etc, son relaciones "objetivas" porque ellas constituyen el tejido de la existencia social y no dependen de factores subjetivos como la simpatía. Por razones de afinidad, por elección o preferencia, como el grupo de amigos, la tertulia, el club, la banda de música, la comunidad de base, etc.

Estos elementos característicos, apenas enunciados someramente, dan origen a un tipo de comportamiento y a una cultura peculiar ciudadana, es decir, a una forma concreta y específica de entrar en relación con la naturaleza, con los demás hombres y con Dios.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que este tipo de cultura (ciudadana) no se manifiesta como algo simplemente autónomo, sino como un modo particular de realización de la cultura propia de la nación o sociedad más amplia a la que pertenece la ciudad. En efecto ninguna ciudad es un ente totalmente autónomo, sino por el contrario está en relación y vive en función de la zona cuyo centro es. Hay pues una cultura común en cada sociedad que abarca dos dimensiones diferentes tradicionalmente llamada cultura rural (rústica) y cultura urbana.

Pero la ciudad establece una diferencia cultural con el campo, la cual se plasma en una jerarquía de valores que ha sido considerada como "progresista" frente a la tabla de valores de los habitantes del campo, reputada como tradicionalista y conservadora.

Más aún; las especializaciones y las marcadas diferencias sociales que la ciudad por su misma estructura establece, normalmente hace que dentro de una tabla de valores ciudadanos se genere un conjunto de subculturas, dando origen a un pluralismo cultural que contrasta fuertemente con el monolitismo de las culturas campesinas y rurales.

Simultáneamente, en la ciudad se incorporan los sistemas políticos, sociales y económicos imperantes, incluso el sistema religioso cuando la ciudad se encuentra en una sociedad de marcado sentido "monoteísta", como sucede en los actuales países musulmanes y en los antiguos regímenes de cristiandad. Estos sistemas, al incorporarse a la ciudad, la organizan y hasta estructuran urbanísticamente conforme a sus propios modelos, no siempre coinciden con las exigencias últimas de lo que denominaríamos un "humanismo urbano", es decir, un conjunto de exigencias que quedan postuladas automáticamente por el hecho de congregarse los hombres en la ciudad para que pueda realizarse una auténtica comunidad humana urbana. Dicho "humanismo urbano" vendría a dar los grandes principios de la política urbana: Este hecho ha originado y origina en muchos casos la convivencia en la ciudad de dos sistemas simultáneos, los ideológicos externos y los políticos urbanos", que suelen crear las contradicciones internas de la ciudad con perjuicio de la comunidad ciudadana.

Los sistemas imperantes y asumidos en la ciudad terminan configurando la organización y estableciendo los símbolos urbanísticos de la ciudad. La misma geografía urbana, para el lector avezado, se abre como una denuncia de los poderes deshumanizantes de la ciudad y es una pedagoga de las generaciones que incorpora a su sistema.

b. La ciudad actual

Dentro de las características generales de la ciudad, en nuestra sociedad moderna intervienen dos fenómenos que vienen a dar una nueva modalidad a las urbes. Estos nuevos factores son la aparición de la industria (superación de la tradicional artesanía) y los nuevos sistemas de comunicación (tanto en transporte como en información). Son factores que inciden en las ciudades convirtiéndolas de lo que tradicionalmente eran, en centros industriales, incrementando el intercambio comercial y haciendo aparecer sinnúmero de nuevos servicios.

Del mismo modo, por efectos de estos factores, la ciudad se convierte en un gran centro de comunicación humana, foco de conciencia colectiva que irradia a diversos niveles, y receptor-transmisor de todas las corrientes de pensamiento con sus problemas y planteamientos.

De donde se siguen varias consecuencias. La primera es que la ciudad, así transformada por la industrialización y los sistemas de comunicación, incrementa su poder sobre su zona de influencia y genera un movimiento en dos direcciones opuestas: movimiento centrípeto de inmigración de las masas campesinas que, "expulsadas del campo", buscan refugio en las ciudades; movimiento centrífugo de transmisión de patrones culturales urbanos hacia el campo. Este doble movimiento cambia las antiguas y claras relaciones entre ciudad y campo, que ya no se distinguen como antaño. El campo trae a la ciudad con los inmigrantes todos los problemas de la cultura agraria; la ciudad penetra el mundo campesino con sus patrones culturales.

Lógicamente, todos estos nuevos factores y consecuencias unidas, dan origen a una novísima cultura urbana, extraordinariamente compleja, que incide en todos los sectores de la vida (economía, política, familia, estética, pedagogía y religión) con un cúmulo de problemas inéditos que definitivamente vuelven abrir en un nuevo contexto las tres preguntas fundamentales: qué es el mundo; quién es el hombre; quién es Dios.

3. La Ciudad Latinoamericana

Si, como se indicaba al principio, es prácticamente imposible elaborar una imagen común de la ciudad, lo mismo sucede si se quiere presentar la de la ciudad latinoamericana. Pero no obstante sus marcadas diferencias (lo que exigiría al menos la presentación de una tipología fundamental desde distintas perspectivas), hay una serie de características por las que se define de alguna manera la ciudad latinoamericana. A grandes rasgos podríamos dis-

tinguir la tradicional, la actual y la que ya se adivina en el futuro inmediato.

a. La ciudad tradicional

De origen relativamente reciente, tiene estructura típicamente colonial, en la que se integra a niveles diferentes la cultura colonizadora con las culturas autóctonas del continente, originando la primitiva cultura latinoamericana, con una personalidad difícil de definir que se impone intuitivamente.

Las ciudades latinoamericanas nacen bajo el signo de la conquista. Los españoles al irrumpir en América “fundan” ciudades que la colonia habrá de consolidar y fortificar. Para los conquistadores las tierras descubiertas y subyugadas representan la “incultura”, la selva virgen, el atraso; los centros urbanos que van construyendo significan, simbolizan, la presencia de la “cultura” de la civilización y del adelanto. Además son plataforma de lanzamiento para la conquista y la transformación del campo. Y como esta conquista es simultáneamente evangelización, las ciudades son desde un principio parroquias, muy empujadas de espíritu misionero que animaba la acción pastoral dirigida a la conversión de los indios quienes –como en los antiguos tiempos del Imperio Romano– eran “paganos”, habitantes del campo (pagus) e ignorantes de la verdad evangélica. La tarea era pues, doble: sacarlos de la idolatría con la evangelización y sacarlos del estado salvaje (silvestre) con la civilización.

Toda la novedad del “experimento Brasilia” tuvo su precedente en la mayoría de las ciudades fundadas por los españoles.

Las ciudades eran, por ello, un puente indispensable entre “estos reinos”. No es raro por lo tanto que en ellas – “esos reinos”– hubiera quedado plasmado el espíritu barroco en las piedras, las calles, los templos y las artes visuales. Las ciudades fundadas por los españoles son ade-

más la estructura que promueve y facilita el mestizaje, así como en el norte las ciudades fundadas por los ingleses son el instrumento de la segregación. Este espíritu barroco y esta apertura al mestizaje es algo que caracteriza a las ciudades latinoamericanas y que sella su historia con un distintivo que no tienen las ciudades de Asia o de África.

Tras los complejos problemas de la Independencia, la expansión planetaria de los fenómenos de la industrialización y de los modernos medios de comunicación, simultáneamente con fuertes corrientes migratorias hacia América Latina, se estructura la *ciudad actual*.

La comunidad de estas ciudades es compleja: hay ciudades constituidas casi exclusivamente por inmigrantes (sea anteriores a la Independencia, sea posteriores a dicha Independencia); ciudades de población criolla, inmigrante, mestiza e indígena; ciudades a las que hay que añadir fuertes contingentes africanos incorporados durante la Colonia en condiciones sociales muy específicas.

La incorporación de la nueva industria (a excepción de las industrias más directamente conectadas con los productos agropecuarios), que en general es una industria importada, ha producido una fuerte dependencia frente a los centros de origen.

Los nuevos medios de comunicación social (principalmente los denominados "mass media") han reforzado la dependencia externa con información y transmisión de patrones y modelos de culturas foráneas. De esto siguen algunas consecuencias inmediatas.

La primera es que el nuevo equipamiento de las ciudades latinoamericanas ha originado, como en otros continentes, unas fuertes corrientes inmigratorias hacia las ciudades y ha contribuido al gigantismo urbano, con un predominio de la edificación extensiva sobre la intensiva.

En segundo lugar, las masas urbanas no encuentran empleo en el sector de la producción, ni siquiera en el comercio organizado y tienen que ir a engrosar el sector terciario, o de los servicios, que se desarrolla desproporcionalmente para disimular lo que en realidad es una situación de desempleo masivo: miles de personas deambulan por las calles prestando servicios ocasionales y ofreciendo productos "de estación" por un lapso breve, para luego encontrar otro "oficio", siempre temporal: Aparentemente están ocupadas, pero su real situación es de inestabilidad. Nada más aleatorio que el trabajo de estas grandes masas urbanas.

Otra consecuencia de esta urbanización acelerada es el modelo social que rige las relaciones en la ciudad actual latinoamericana, el cual es acusadamente asimétrico como puede apreciarse en la misma arquitectura y en el urbanismo que se reparte entre "zonas residenciales" y "zonas marginadas". Simultáneamente los agudos problemas sociales incrementan los conflictos y la conciencia que de ellos se va teniendo, debido al crecimiento demográfico y a la influencia de los medios de comunicación social.

b. El futuro de las ciudades latinoamericanas

Se prevé de alguna manera determinado por el desarrollo demográfico de la población y la prevalencia en los años próximos de una población joven que aspira a vivir una vida humana y conforme a los nuevos patrones y a las posibilidades de la sociedad moderna; con la urgencia -y la posibilidad- de una industrialización interna; con el desarrollo de la conciencia de las llamadas masas populares.

Todos estos factores, dentro de ciudades gigantes, pueden originar ciudades con una cultura cada vez más deshumanizada y consiguientemente con fuertes cargas explosivas en su interior.

4. La Iglesia local urbana y la ciudad latinoamericana

Las Iglesias locales urbanas de América Latina se han venido encontrando, y se encontrarán cada vez más en el futuro, con ciudades en las que la mayoría de la población se dice cristiana y se encuentra en general animada por una fuerte religiosidad que se expresa en manifestaciones variadas; a veces incluso ambiguas y discutibles. Pero simultáneamente esas Iglesias se ven enfrentadas con una serie de graves problemas: desproporción creciente entre el número de fieles y el número limitado de agentes de pastoral; profunda mutación cultural y acelerado cambio en la población de los cristianos; influencia profunda de valores no cristianos e incluso no humanos, que penetran a través de los medios de comunicación.

Entre esos problemas puede todavía mencionarse el desequilibrio o asimetría entre el cristianismo de las personas y de la deshumanización de las estructuras sociales y económicas que dominan la ciudad. Las ciudades, más centros de servicios de la zona de influencia, se constituyen en centros de poder parasitario determinando una expulsión del campo que concentra nuevas masas en la misma ciudad. Debido a sus sistemas, las ciudades se transforman en medios ecológicos inhumanos para amplios sectores de la población, rompiendo las exigencias de una estructura comunitaria urbana, que se hace tanto más viviente cuanto más cerca están de los beneficios de la ciudad los "privilegiados" y más lejos los "marginados". Lamentablemente, en una población cristiana en su mayoría, el medio mismo desarrolla la agresividad en sus diversas manifestaciones, que con frecuencia sólo es contenida por la represión. Téngase en cuenta, además, que simultáneamente el contraste entre la religiosidad popular y esquema ecológico-social inhumano, unido al os modelos de corte materialista con frecuencia presentados por los medios de comunicación social, puede generar un pro-

ceso de “ateización” que junto al proceso secularizador generado por los nuevos tipos de urbes, pueden desencadenar un secularismo marcadamente agresivo y violento.

Las iglesias locales-urbanas deben crear una *relación pastoral original* con la ciudad que, aunque se considere mayoritariamente cristiana, tiene necesidad primordial de ser evangelizada como comunidad urbana. Esta evangelización ha de realizarla desde lo característico de su propia misión. La Iglesia no es la dimensión temporal que ha de humanizar la comunidad urbana y la ciudad, pero a ella le corresponde la evangelización de dicha realidad y la debe evangelizar desde la originalidad del fenómeno urbano, atendiendo a las características propias de dicho fenómeno y de dicha cultura. Esa evangelización no podrá realizarse con modelos foráneos, sino con patrones y modelos que respondan al ser y a la manera de actuar, características del hombre y de la comunidad latinoamericana. Ha de ser una evangelización que al mismo tiempo que atienda al desarrollo de la fe, tiene presente la humanización de la comunidad ciudadana en cuanto tal, abordando con valentía, con creatividad y con humildad los problemas en que ésta se encuentra sumida y de cuya solución depende la posibilidad de llegar *a una salvación integral de la ciudad*. Este tipo de evangelización –sin abandonar una labor asistencial para los casos más necesitados–, mira más allá de la mera asistencia, aspira a una reforma por conversión interna de toda la comunidad urbana.

Para que pueda establecerse dicha relación nueva hacen falta dos elementos: el que llamaríamos “reevangelización urbana de las Iglesias locales” y su proyecto de evangelización.

5. Nueva Evangelización de la Iglesia local urbana

Entendemos fundamentalmente por “reevangelización urbana de las iglesias locales ciudadanas”, el proceso por

el que los agentes de pastoral de dichas Iglesias, a partir de una identificación con el misterio de la misión de Cristo, toman conciencia y se deciden –abandonando viejas mentalidades– a estructurarse como cuerpo unitario, orgánico y compacto de la evangelización, cuyos objetivos son asumidos por los cristianos y por los que acepten el mensaje de Cristo en un cuerpo de salvación evangelizadora, para hacer de la ciudad una comunidad humana y fraternal. Re-evangelizarse es, por tanto, hacerse cuerpo de Cristo para la conversión y salvación de la ciudad como comunidad humana con una cultura determinada y concreta, es decir, con una cultura urbana-latinoamericana.

Esto supone, entre otros aspectos, una Iglesia capaz de encarnarse en el proceso de urbanización y de asimilar internamente las características profundas de la cultura urbana, del ser-urbano, del profundo y característico humanismo urbano que aspira a la liberación por la fuerza de Cristo resucitado. Supone, así mismo, la asimilación de una nueva vivencia del tiempo y del espacio –el tiempo y el espacio urbano, que no coincide con el rural–; de un nuevo tipo de comunidad en todos sus niveles (comunidad urbana global, comunidades funcionales, comunidades integradas en servicios comunes, comunidad de intimidad y sintonía, comunidad familiar).

Implica, además, una actitud que, sin olvidar la tradición –una ciudad tiene su historia– se orienta fundamentalmente hacia el futuro, con una capacidad de adaptación a las nuevas situaciones y desafíos, y a nuevas formas de asimilar internamente la comunicación, la participación y la corresponsabilidad.

Supone una Iglesia que corporativamente mira a la ciudad “desde los pobres de la ciudad y de la zona de influencia de la ciudad”, como un lugar privilegiado para descubrir las incoherencias del sistema urbano por el que se rige la comunidad. Pero es una mirada cargada de esperanza, en la medida en que se aplique la metodología au-

ténticamente evangélica, que continuamente será mirada con burla por unos y con escándalo por otros.

Supone una Iglesia que sin perder los objetivos finales, modestamente se orienta en principio a la creación de nuevos ambientes que sean la levadura de una modificación de ambiente que lleve al cambio de sistemas y estructuras inhumanas de la ciudad.

Esta reevangelización supone que la iglesia entra en un diálogo continuo con la ciudad y todos sus sectores, los pobres especialmente, con las distintas agrupaciones y consigo misma para actuar con discernimiento tanto en general como en los casos particulares.

Se trata de una iglesia que, viviendo en un ambiente pecaminoso, es capaz ya de realizar en su interior “la ciudad de Dios” –similar a la que intentaban crear las primeras comunidades cristianas–, como modelo y testimonio de que es posible vivirla en la ciudad total. Pero es posible sólo por la fuerza de una fe profunda, porque en el seno de la iglesia se ha de instaurar ya una “ciudad de Dios” constituida por hombres que viven en otra ciudad con características muy diferentes.

6. La Evangelización de la ciudad latinoamericana

Sólo pretendemos señalar unas pistas que puedan ayudar al diálogo, que sirvan para profundizar un tema todavía demasiado novedoso para la mayoría de los agentes de pastoral urbana.

La evangelización de la ciudad supone en primer lugar que la Iglesia local urbana, desde la palabra de Dios y desde el “humanismo urbano latinoamericano”, elabore y descubra *la utopía de la ciudad*, que en último término ha de coincidir con el proyecto de Dios sobre la ciudad que quiere sea regida por el dinamismo del Reino. Sólo la

elaboración de dicha utopía permite orientar la labor evangelizadora de una iglesia local urbana, descubrir los auténticos pecados y las contradicciones de comunidad urbana que la alejan y le impiden vivir en la utopía.

Intentando unas líneas muy generales podríamos decir que la ciudad latinoamericana debería estar constituida por una comunidad humana y orgánicamente integrada, donde un fuerte contingente de sus miembros viven su cristianismo cargado de tradición pero con fuerza para colaborar en el mejoramiento evangelizador de la comunidad, capaz de desarrollar y desplegar armónicamente todo su potencial natural y humano; defensora y promotora de los derechos de todos los hombres y de todas sus instituciones; servidora y no dominadora de la zona que centraliza funcionalmente.

La marcha hacia esta utopía ha de ser autónoma y autóctona –como todo movimiento auténticamente vital y humano–, es decir, desde la interioridad de la propia comunidad urbana. Por eso, dicha marcha no debe ser dirigida desde fuera, ni dominada por intereses extraños a los de la propia comunidad ciudadana.

Ha de ser una marcha responsable, en la que se sientan orgánicamente integrados todos los ciudadanos y en la que la Iglesia ha de participar alentando y orientando con su palabra evangélica que invita a creer en los hombres y en su libertad, cuando estos se sienten movilizados por una empresa común que redundan en beneficios de todos.

La evangelización implica que la Iglesia sea simultáneamente muy consciente de *las dificultades* que impiden aproximarse a esta utopía y a iniciar dicha marcha.

Hay dos dificultades fundamentales. Una son los intereses exteriores y egoístas que procura manipular la ciudad desde fuera para el beneficio de entidades y personas extrañas. En la interioridad misma de la ciudad se en-

cuentran las grandes dificultades cuando la élite no se orienta al beneficio de toda la comunidad, surgiendo ciudades que hasta en su misma estructura urbana aparecen marcadas por la absoluta y bochornosa discriminación y por la injusticia.

Sólo el compromiso colectivo por la instauración de una justicia social urbana puede permitir el que se aunen todos sus hombres e instituciones fraternalmente en un proyecto común.

La evangelización supone que la Iglesia sepa descubrir los valores humanos profundos que tiene la ciudad como ciudad, en cuya profundización se encuentra ya el misterio de Cristo. Apuntemos algunos fundamentales:

- La interdependencia servicial interna para el bien de toda la comunidad.

Nadie es autosuficiente en la ciudad: todos necesitamos ser ayudados y a todos se pide su colaboración en alguna especialización. La ciudad manifiesta en su misma estructura que el hombre es esencialmente limitado y capaz de prestar servicios a los demás; servicios que los otros necesitan sencillamente para ser hombres y vivir la libertad.

- La importancia de la libertad. La interdependencia ciudadana se contrapone al respeto, a las opciones profundas y libres de cada uno. El hombre ciudadano, si por un servicio depende de los demás, es simultáneamente el hombre al que se le ofrecen las diversas especializaciones, los servicios, las corrientes del pensamiento, de información, para que él mismo determine personalmente sus propias opciones. Por ese motivo, la ciudad habla el lenguaje de la libertad en el respeto.

- La ciudad marca el protagonismo histórico del hombre y su responsabilidad. Las ciudades son hechas por el

hombre; la comunidad ciudadana es la responsable histórica de su propia ciudad. Ella crea una ecología humana y deshumanizada. Ella es la responsable del presente y del futuro de la ciudad.

- La ciudad descubre que una comunidad urbana sólo tiene sentido en cuanto que, saliendo de sí misma, se pone al servicio de otras comunidades exteriores. El funcionalismo de la ciudad marca su orientación de servicio a la zona que centraliza estableciendo relaciones fraternales entre las diversas comunidades que se integran de esa manera en una ciudad fraternal superior a la estrictamente ciudadana.

- La evangelización implica que la misma iglesia se sienta como un sector en la ciudad (el Cuerpo de Cristo en la ciudad), mirando fraternalmente otros sectores y funciones, ofreciendo diaconalmente su servicio a los demás y el ejercicio de su misión profética de anunciar el Mensaje y denunciar los pecados de la comunidad con el único objeto del bien de la comunidad urbana total según el proyecto de Dios.

Supone que la Iglesia viva la comunidad ciudadana (*koinonía*) como miembro de dicha comunidad; que viva especialmente la comunidad con los más pobres, en quienes se encuentra más claramente la ruptura de la auténtica comunidad urbana.

La evangelización en la ciudad es creadora de ambientes humanos y cristianos. No puede dejar de participar en la colaboración de un ambiente amplio, masivo, a través de los medios de comunicación social. Pero simultáneamente va creando pequeños ambientes donde los hombres evangelizados ya viven en su intimidad comunitaria el proyecto de la ciudad del futuro.

Evangelizar la ciudad supone el anuncio explícito del nombre de Cristo Salvador a los hombres, ofreciendo co-

munidades en las que el creyente pueda fraternalmente manifestar su fe. Entre todos los símbolos de la ciudad la Iglesia ubica y proclama el símbolo de la cruz como signo de compromiso cristiano que es amor crucificado, *resurrección y vida*.

LA PARROQUIA EN LA CIUDAD

1. La Parroquia Latinoamericana

Sin desconocer las dificultades de la colonización, hay que declarar sin ambages que las ciudades fundadas por los españoles no surgieron únicamente por los variados intereses de la metrópoli. Los españoles no estaban de paso en sus colonias: se asentaron, echaron raíces, fundaron ciudades y en ellas tuvieron hijos y estos hijos fueron muy frecuentemente mestizos; los que no fueron “criollos” que sentían la tierra americana como propia. Este mestizaje racial y cultural no se encuentra en las colonias europeas de Asia y de Africa, por ello hay que diferenciar no solamente entre las ciudades occidentales y las del Tercer mundo, sino también entre las del mundo colonizado por los españoles y el mundo colonizado por los otros países europeos.

Por esta razón las ciudades fundadas por los españoles en América gozaron desde muy temprano de los privilegios de la cultura. Es otro factor que debe tenerse en cuenta en el análisis del período colonial español y que repercute en las características de las ciudades latinoamericanas. Estas son verdaderos centros de estudio y no solo puertos de embarque de mercancías.

Durante cuatro siglos las ciudades latinoamericanas se fueron edificando a ritmo y con unas dimensiones muy controladas. Tuvieron “identidad” y gozaron de funcionalidad. Fueron también proporcionadas en cuanto al número de sus habitantes. Estuvieron –claro está– imbuídas de

la mentalidad colonial atemperada por el espíritu humanista que permitió el mestizaje. Las comunicaciones difíciles o prácticamente imposibles contribuyeron a hacer de cada ciudad un centro relativamente aislado y a reforzar un cierto carácter feudal que se conserva aún después de la Independencia. En general, las ciudades tuvieron la responsabilidad administrativa de una porción vasta de territorio rural y este carácter de cabeza de provincia facilitó las relaciones entre ciudad y campo. En este contexto cultural la parroquia se inserta naturalmente en las estructuras "urbanas" y cumple su función religiosa sin muchos contratiempos.

Pero los últimos cincuenta años de historia latinoamericana han transformado ese panorama provocando lo que Tonna llama

"un salto cualitativo que también depende de descubrimientos tecnológicos... que ya no están relacionados con la agricultura y la organización social, sino con la capacidad de disfrutar nuevas fuentes de energía y de crear nuevos medios de producción. El fenómeno se acentúa inicialmente en Occidente donde el sistema capitalista, desarrollado por la burguesía, actúa como catalizador" (Un Vangelo per le Città, Ed. EMI. Bologne).

Grandes masas de población campesina empiezan a desplazarse hacia los centros urbanos, en un movimiento de signo contrario y de proporciones geoméricamente superiores al que se había producido durante los siglos de la Colonia. Ahora el campo devuelve a las ciudades, multiplicada, la población que había llegado a través de ellas durante cuatrocientos años. En cinco décadas se forman enormes ciudades, verdaderas áreas metropolitanas.

El motor de este gigantesco proceso es la industrialización. Vale la pena citar una vez más el estudio de Tonna.

"El aspecto más dramático de la nueva fase es precisamente el rapidísimo desplazamiento de las poblacio-

nes del campo y su concentración en las ciudades, en donde se encuentran precisamente los nuevos medios de producción (las "fabricas"), aptos para explotar las nuevas fuentes de energía (los minerales carboníferos primero, el petróleo y la electricidad más tarde). Mientras en la ciudad antigua las concentraciones ocurrían a ritmo lento y el desplazamiento del campo a la ciudad era insignificante, e incluso alterno, ahora la ciudad explota bajo la presión del movimiento de las masas".

"Otro factor que acelera la expansión urbana es también el aumento demográfico excepcional, también ligado a los procesos científicos en el campo de la medicina... Estos progresos permiten controlar especialmente la mortalidad infantil, dando como resultado la progresión geométrica en el aumento de la población..."

La respuesta pastoral no se hizo esperar. Los problemas que plantea este movimiento son tan graves que no pueden pasar desapercibidos, pues constituyen grandes retos a la Iglesia. En un primer momento, sin embargo, se interpreta el proceso de urbanización como un fenómeno cuantitativo; la solución lógicamente será pensada en los mismos términos: multiplicar en lo posible el número de parroquias. Pero esto no basta y los síntomas de las crisis comienzan a aflorar. Se hace necesario replantear desde sus bases mismas todo el problema: la ciudad moderna no es la ciudad de antaño mucho más grande; es otra cosa. Un sistema nuevo y diferente de relaciones ha surgido, una nueva mentalidad, una nueva cultura, una nueva actitud ante la vida y ante los hechos de la historia, un nuevo modo de producción, una nueva concepción de los valores y por ende de la religión. La parroquia "rural" ya no es capaz de responder a los problemas del mundo urbano.

a. Parroquias abiertas

Los habitantes de América Latina poseen una tendencia innata para acoger a las personas, para compartir en caridad, para preocuparse por las angustias de los demás (Pue-

bla 17). Si la colonización del continente ha pasado por situaciones muy dolorosas, que no pueden juzgarse con la óptica subjetiva actual, ha habido también desde entonces hasta ahora una acogida sincera al resto del mundo. También ahora América Latina sigue recibiendo aportes extranjeros, especialmente de religiosos, aunque a veces se hayan preocupado más por trasladar las problemáticas de sus tierras que identificarse con sus anfitriones.

No negamos que la iglesia en nuestras latitudes haya debido cargar con elementos que son lastres de la situación colonial. Pero ¿qué historia y qué cultura no carga con esos lastres? Con realismo y optimismo a la vez, porque nos impulsa el Espíritu Santo, pensamos que pese a los errores de los siglos anteriores, la Iglesia en América Latina está incorporada a la vida del pueblo cristiano y permanece en sus valores culturales.

Las parroquias pueden haber pasado por muchas vicisitudes históricas; sus responsables pueden no haber estado a la altura de su misión, sobre todo entre los indígenas, pero el puro Evangelio que fue predicado quedó prendido en el alma de nuestros hermanos y hermanas. Como en un nuevo Pentecostés, hoy se mira a nuestros continentes con esperanza y alegría a la vez. Las coyunturas políticas siempre han sido, y son y serán complicadas, mientras esperamos que llegue el Reino de Dios. Pero es innegable que la Iglesia acompañó la vida latinoamericana, defendiendo al hombre autóctono, ayudando al indio a no considerarse vencido y participando en la Independencia de nuestros países.

La parroquia ha vivido esas realidades y ha conseguido mantener la fe en nuestro pueblo. Hoy, cambiadas las circunstancias, hace frente a nuevos problemas y desea establecer los nuevos criterios para la evangelización continental. La gran ciudad, por su parte, nos plantea urgentemente la institución de parroquias renovadas que sean centros de relaciones fraternales, reestructuradas para que

ciertos servicios que deben quedar asegurados en un territorio, –como el de los enfermos, los pobres, los emigrados, los niños y jóvenes, las familias–, puedan ser asumidos con el ánimo que proviene de la Palabra de Dios.

La parroquia latinoamericana de nuestras grandes urbes es el lugar de la Eucaristía como *fente* de nuevos intentos evangelizadores, de nutrición del pueblo cristiano, pues la Eucaristía es momento de unidad de la Iglesia y de apertura de la universalidad. Es el lugar que conserva los venerados signos de la religiosidad del pueblo latinoamericano, en primer lugar de las santas imágenes de la Virgen María, cuya intercesión milagrosa ha jalonado toda nuestra historia y todos sus espacios; es también el principio de una coordinación de fuerzas para que superados los mismos límites que se asignen, se anuncie el Evangelio “en el corazón de las masas” en actitud positiva y esperanzada.

En la ciudad, *la parroquia deberá estar no sólo esperando a que las gentes vengan hacia ella, sino dispuesta a ir hacia los demás*. La parroquia comprende la pesada carga episcopal en estas modernas megápolis y va hacia el mismo Obispo, requiriendo su presencia y prestándose a aceptar, promover, coordinar y sostener todas las iniciativas eclesiales que contribuyan a la difusión del llamado a la conversión.

Donde haya hombres y mujeres agrupados por las diferentes causas que han impulsado la formación de estos conglomerados urbanos, allí estará la Iglesia con casas parroquiales, casas pastorales, centros de cura de almas o como quiera que se llamen. Pero en todos ellos la parroquia intentará romper el círculo de la soledad y aislamiento que rodea a nuestros conciudadanos. Con la fraternidad vivida, la caridad operante, el testimonio de la alegría y el buen espíritu, la parroquia contribuye a integrar al hombre con su prójimo y reconstruir así el tejido de la sociedad misma.

Cada parroquia urbana está llamada entonces a abrirse a la aplicación de nuevos impulsos con el Espíritu Santo que guía y anima a la Iglesia, creando modalidades nuevas de acercamiento, oración, servicio, testimonio y compromiso de justicia y paz. Los presbíteros, unidos al Obispo, tratarán de dedicar muchas energías a conocer la realidad y evaluar las tareas evangelizadoras, después de haber renovado el propio ministerio en la humilde oración y el ejemplo amical de los santos.

2. Tipología de parroquias urbanas

Todas las ciudades del mundo son diferentes. Hay en cada una de ellas un carácter especial, un ambiente propio, un modo peculiar de organizarse, que derivan de su historia y su cultura. También las ciudades latinoamericanas difieren unas de otras. Esto naturalmente se refleja en la estructura parroquial.

Es posible, sin embargo, encontrar muchos rasgos comunes, tanto en las ciudades como en las parroquias urbanas de América Latina, y por esto vale la pena intentar, así sea muy superficialmente, una tipología de las parroquias que se encuentran en las ciudades, especialmente en las grandes.

Toda ciudad tiene un "centro" que corresponde al asentamiento primero, con frecuencia muy antiguo. En América Latina el centro de muchísimas ciudades se fundó en el siglo XVI o XVII. La vida de esos núcleos originales fue desarrollándose en la Colonia con un crecimiento lento y armonioso que paralelamente se tradujo en la fundación de algunas parroquias "urbanas". Todavía se puede visitar en las ciudades latinoamericanas las iglesias que fueron (o siguen siendo) parroquias de los "Franciscanos", de los "Dominicos", de los "Jesuitas", o la parroquia de la "Catedral". Por lo general están ubicadas en un "zona histórica" dominada todavía por la arquitectura colonial o al

menos por la del siglo XIX. Era todavía hace cuarenta años un sector residencial importante y, por lo tanto, las parroquias que allí funcionaban tenían mucha actividad pastoral. Con el fenómeno del crecimiento acelerado de las ciudades, el centro dejó rápidamente de ser residencial y se transformó en sector de oficinas administrativas, de bancos y servicios (restaurantes, cines, hoteles, etc.). De esta manera las parroquias del centro, que son las más "venerables" de toda la ciudad, se vieron en una situación contradictoria y hasta crítica.

Pero aquí es necesario hacer una diferenciación. Ocorre que el desplazamiento de las gentes que hace medio siglo residía en el centro se hizo en varias etapas. Por lo mismo, no es raro encontrar en las ciudades latinoamericanas un sector céntrico deshabitado pero que ha encontrado una nueva identidad en los servicios que presta, incluso ha sido "remodelado" cuidadosamente por su valor histórico y su interés turístico. Alrededor de este centro se encuentran algunas zonas aledañas, que son también construcciones antiguas (o por lo menos viejas), que han deteriorado progresivamente convirtiéndose en barrios de prostitución, en comercios "populares", en calles semi-abandonadas, en casas de inquilinato (o conventillos). Con esta distinción aparecen ya claramente dos tipos de parroquia diferentes, con problemas pastorales distintos y que merecen un tratamiento adecuado, el cual no siempre se estudia porque estas parroquias del centro frecuentemente se reservan para sacerdotes de cierta edad o enfermos.

Pero las ciudades latinoamericanas no son sólo el centro tradicional, sino (y principalmente) los desarrollos urbanísticos que se han sucedido en el último siglo. En las nuevas áreas la Iglesia ha ido multiplicando el número de parroquias. Estas van diferenciándose en función de los estratos socio-económicos que sirven. Hay las parroquias de sectores acomodados que se encuentran en barrios

exclusivos. Están las que se ubican en barrios clase media, que es una gama de situaciones socio-económicas. Existen las parroquias de suburbio, de barrios modestos en los que viven los obreros y demás ciudadanos de escasos ingresos; son parroquias más bien “periféricas”, cualquiera que sea el sentido que se dé a esta terminología. Y hay parroquias en los sectores más populares, en barrios de invasión o clandestinos, que (al menos inicialmente) carecen de servicios y en los que viven en tugurios.

Otros criterios podrían ayudarnos a completar esta tipología de las parroquias latinoamericanas. Por ejemplo, el número de los habitantes que se calcula en cada territorio parroquial. Hay parroquias de cinco mil habitantes y las hay de ciento sesenta mil (ejemplo la parroquia de Bosa en la Arquidiócesis de Bogotá). O el grado de aculturación urbana que hayan alcanzado los miembros de cada comunidad: hay parroquias de migrantes que conservan todavía su mentalidad y sus comportamientos campesinos; otras que sólo cuentan con gente nacida en la ciudad y educada en ella.

La parroquia de la ciudad latinoamericana es, pues, muy variada. No existe propiamente la parroquia urbana. Existen muchos tipos de parroquia y diferenciarlos ayuda a revitalizar una estructura que en la cultura agraria funcionaba bien lo mismo en el campo que en la ciudad de corte colonial.

3. Desafíos y tensiones

Los responsables de la pastoral en la Iglesia comienzan a comprender todos los desafíos de la moderna sociedad industrial y de los nuevos problemas humanos; se están adaptando a otras formas de pensamiento y de cultura. Los laicos vuelven a la parroquia buscando alimento, espiritualidad y renovación de sus anhelos apostólicos. Los Obispos por todas partes sostienen las parroquias y tratan de insuflarles nueva vida.

Consideramos que en la Iglesia Católica, la parroquia funciona como un "ideal", jamás alcanzado a la perfección por sus concreciones posibles. En efecto, han sido miles las realidades parroquiales en tantos siglos; jamás han podido vaciar el ideal de parroquia. Querer juzgar la parroquia desde el punto de vista de su concreción rural, por ejemplo, conduce a graves consecuencias.

Decir que la parroquia tiene esencialmente estructura campesina es negar el influjo cultural que la parroquia recibe, si vive, del medio en que actúa. La parroquia vive en la gran ciudad moderna, y ésta –aunque lo haya querido– no ha podido sumergirla o ahogarla. El moderno fenómeno urbano ha contribuido al cambio de actitud de la parroquia. Hay una interacción de la cultura y la vida de la fe.

La parroquia es una realidad de la Iglesia, no la única ni la primera, que vive como Iglesia las *tensiones* inevitables de cualquier ser viviente. La historia de lo que se ha llamado el "movimiento parroquial" europeo en los primeros sesenta años de este siglo, si bien puede tener paralelos en América Latina, ha seguido una trayectoria propia y diferente. Los latinoamericanos hemos tenido el correctivo constante de la religiosidad popular. Esa historia, muestra a las claras las distintas acentuaciones de una u otra de las tensiones nacidas en la vida eclesíásticas y que se manifiesta ante todo en la vida parroquial y en sus animadores. Sea cual fuere su situación geográfica, la parroquia estará siempre navegando entre las tensiones de lo litúrgico y lo misionero; de lo catequístico y lo social; de la pasividad de niños y ancianos y el activismo de jóvenes y grupos matrimoniales; de sus agrupamientos edilicios y del contexto sociológico que los circunda; de su apertura a lo diocesano y de su encerramiento en sí misma; de la predicación de la masa del pueblo y de la evangelización más personalizante.

El documento de Puebla no reduce la iglesia a parroquia. La ubica más bien en el ámbito de las *funciones* que

ejerce la iglesia entre las muchas concreciones que la Iglesia puede darse, reconoce a la parroquia una cierta capacidad de realizar íntegramente las funciones de la Iglesia (n. 644). Si la parroquia llega a ser una mera abstracción burocrática, eso no se debe a las potencialidades que lleva en sí, sino a las carencias de sus cabezas o al desentendimiento e ignorancia de sus miembros.

a. La territorialidad

La territorialidad parroquial parece ser el elemento más vulnerado por la gran ciudad. La diócesis está dividida desde hace siglos en "partes. La parroquia ha sido una "porción de la diócesis", una parte ha sido y es un elemento práctico de la presencia episcopal. Por eso hay que hablar más bien de la *estabilidad* del lugar parroquial. Importa mucho recalcar que sólo en un lugar se pueden echar raíces. La Iglesia vive de un conjunto múltiple de actividades, instituciones, grupos, movimientos e iniciativas. Pero, aún en las catacumbas, la Iglesia necesita disponer de un lugar más o menos estable para existir. Por eso esta comunidad de que hablamos se llama "parroquia", que significa "casa junto a las casas". Sólo en la casa se puede echar raíces. Es el espacio que nos hace humanos. La parroquia es también el lugar, la "casa" que permite realizar el encuentro humano de los que profesan la misma fe, buscan al mismo Dios, enseñan el mismo mensaje de Jesús, son impulsados solidariamente por el Espíritu Santo al servicio de los hermanos. La parroquia es la casa de la experiencia de Dios y de la experiencia de la Iglesia.

Lugar de la experiencia cristiana, la parroquia lo hace mediante el acompañamiento en el itinerario de la fe de sus miembros, la animación de toda clase de grupos, comunidades, movimientos, instituciones; la apertura a la comunión y participación a todo nivel; la presencia de la universalidad de la Iglesia en la celebración de los sacramentos; la promoción de la dignidad de la persona humana y la defensa de sus derechos; el acercamiento a los incrédulos y

alejados; los servicios prestados con la cordialidad personal de que carece la anónima sociedad actual. Lugar de experiencia y raíces cristianas, la parroquia vive por el clima eucarístico, evangelizador, apostólico, humano que se le sepa insuflar.

b. Los feligreses

Hay que salir al encuentro de un equívoco. Al párroco se le responsabilizaba de un "pueblo determinado". Ahora bien, algunos afirman que como la "vida" está en los que trabajan en "el centro", en los que deciden en los edificios públicos, en los bancos que son los modernos templos de la ciudad, la parroquia ha perdido ya su "pueblo". Con rapidez se moteja a los niños, las madres, los estudiantes y los ancianos, los enfermos, los maestros y los pequeños comerciantes de los barrios como los "marginados" de la vida. Según este esquema de pensamiento, que ciertamente hay que criticar a partir de la experiencia, las parroquias de la ciudad serían el refugio de todos los "inactivos", de los que tienen "tiempo que perder", pues el resto "trabaja". ¿Cómo se puede explicar que hayan parroquias de la gran ciudad que prácticamente son un pulular de hombres y mujeres, jóvenes o adultos que buscan los modos de "librarse" de la opresión de la ciudad? Pero no buscan un pequeño grupo que podría erosionarse con el tiempo y la rutina, sino un ámbito lo suficientemente amplio y variado que permitía pertenecer a él al mismo tiempo que se cumple con las otras precauciones ciudadanas. Además, hay que negar firmemente que se divida a la gente entre los que trabajan y los que no lo hacen. El trabajo productivo no es la única categoría capaz de dar cuenta de la existencia humana y de elaborar los sistemas de valores, al menos culturales y religiosos. También los que sufren postrados, los que están en la tercera edad o los niños y adolescentes son personas vivientes capaces de amar y decir algo válido al mundo. La parroquia realiza para ellos una obra espiritual, pero real. La parroquia no queda al margen de las decisiones que hacen historia, por-

que ella vive del amor con el cual se construye la verdadera historia.

c. La pertenencia

Otro de los desajustes de las parroquias de las grandes ciudades está dado por el tema de la "pertenencia" a determinada jurisdicción parroquial. Cuando se trata de matrimonios, se buscan los "límites" parroquiales y, a veces también en otras situaciones. Sin embargo, en la ciudad surge otra pertenencia parroquial que es por voluntad elección y no ya por adscripción.

• *Pertenencia afectiva*

A menudo los cristianos de ciudad se preguntan: ¿de qué parroquia es usted? O bien, ¿a dónde va a Misa? Las respuestas son llamativas: hay personas que "pertenecen" afectivamente a parroquias muy alejadas, en ellas desempeñan oficios o ministerios, conocen su contexto y aman sus alrededores. Se trata de una pertenencia afectiva que nos hace caer en la cuenta que la familia de Dios, mientras peregrina en la tierra, no tiene límites en el espacio; si se colocan es por motivos de orden práctico y humano.

Esta pertenencia depende de algo que puede ser transitorio, como son los sentimientos. Sin embargo, hay una serie de sentimientos que pertenecen al apego de las personas por los recuerdos importantes de su vida. Este apego, como lo prueban los estudios de atavismo, es muy fuerte. Muchos cristianos mantienen un apego sentimental a determinadas parroquias en las cuales fueron bautizados, hicieron la Primera Comunión, asistieron a su colegio, contrajeron matrimonio o más simplemente en las que durante mucho tiempo han participado de la Misa dominical.

• *Centro de relaciones*

Otro criterio de pertenencia es concebir la parroquia como el centro distribuidor de relaciones evangelizadoras

en el cual puede hacerse presente el Obispo diocesano en medio de la Iglesia visible, pueblo de Dios, pues sería humanamente imposible que en una gran ciudad el Obispo pudiese hacerse presente en todas las demás comunidades secundarias que forman el organismo diocesano. La presencia del Obispo, con todo, no es algo accesorio sino esencial a la vida de la Iglesia; debe quedar asegurada al menos en la comunidad primaria. Los sacerdotes que ejercen su ministerio en la parroquia, comenzando por el párroco, están vinculados por un lazo sacramental con el sucesor de los Apóstoles en su diócesis. La parroquia no vive su vida como si pudiera autoabastecerse en todo, como si fuese la totalidad de la Iglesia: respira y se fortalece por un principio de "intercambio" ineludible a partir de los principios mismos de la fe. Una nueva visión parroquial puede comenzar con un mayor itinerario del Obispo por estas comunidades abiertas de la ciudad contemporánea. Habría que restaurar aquel antiguo sistema papal de las "estaciones", es decir, la visita del Papa con sus colaboradores inmediatos a una determinada comunidad para convivir con ella, a partir de los ministerios sacramentales.

- **La referencia**

Un tercer criterio de pertenencia parroquial consistiría en la "referencia" del pueblo hacia el lugar donde celebra la Eucaristía dominical y en el cual ejercen sus funciones presidenciales, litúrgicas y catequéticas determinados sacerdotes. Esta referencia, además de provenir muchas veces del afecto como en el primer criterio, estaría dada por la posibilidad de reanimarse espiritualmente mediante el sacramento de la reconciliación, por el valor de su predicación, por el entusiasmo de su juventud, por la constancia de su ayuda fraterna. Esta referencia también la debe ejercer cada parroquia con respecto a las demás parroquias de su diócesis, de modo que en todo nivel se establezca un conjunto de relaciones vivas que dan vida al organismo de la Iglesia. Eso permite el surgimiento de una concepción más "orgánica" de la conducción episcopal.

En efecto, así como el Obispo no forma parte de una federación de Obispos, sino de un Colegio Episcopal, en el cual todos están unidos por un vínculo indestructible de fe y sacramento, del mismo modo también los presbíteros están unidos entre sí y con el Obispo diocesano en aquello que el Concilio Vaticano II trajo a la memoria viviente de la Iglesia: la colegialidad. La diócesis vive a través de esta colegialidad. Las parroquias no son islas o estaciones de servicio espiritual: ellas están unidas a todos los organismos vivos de la diócesis por el vínculo de esta colegialidad de sus pastores. La referencia a la parroquia o de ésta a las otras, con el Obispo o con la iglesia universal, es el principio del nuevo criterio fraternal que debe prevalecer sobre toda fórmula meramente burocrática.

Faltaría algo si no mencionáramos la pertenencia a un “templo particular”. Esa iglesia parroquial, también en su edificio y quizás sobre todo en él, es el único patrimonio que sienten como propio los miembros de la comunidad de referencia. Exigiría nuevas reflexiones, pero baste por ahora mencionar el valor que tiene, especialmente para nuestros pobres, “su” iglesia parroquial, sea está de mármol, ladrillo o chapas.

En este sentido, Juan Pablo II afirma que “la parroquia es un punto de referencia para el pueblo cristiano y también para los no participantes” (Cat. trad. n. 67).

4. Parroquia y Diócesis

Debemos tratar de encontrar *dentro de la diócesis* cuáles son las reglas de juego que vinculan a las parroquias entre sí, con la iglesia universal, así como también las comunidades menores o distintas. Estas reglas de juego provienen de una concepción que no aísla las parroquias como unidades autárticas de la administración eclesiástica, sino que las vincule según las funciones de la Iglesia y también según el análisis de las mismas experiencias parroquiales.

Comencemos por reconocer que no bastan las reglas de juego para emprender el camino evangelizador. Esa es la razón por la que tantos planes "pastorales" han fracasado. Se necesitan *personas* que sepan conducir al Pueblo de Dios, respetando aquellas nuevas reglas, pero con la capacidad de comprender las necesidades culturales de la actualidad, la necesidad de espontaneidad y libertad que siente el cristiano en el mundo de hoy. Habrá que inventar los caminos nuevos que permitan desarrollar el ministerio eclesial. El objetivo seguirá siendo ahora, como antes y siempre, lograr transmitir el Evangelio de la salvación de manera que se logre una auténtica comunicación cultural. Por esto se hace necesaria, como diremos más adelante, una formación permanente de los párrocos y de más servidores de la comunidad parroquial.

a. La vida en la gran ciudad

Repitamos que la gran ciudad ha traído nuevas modalidades de comportamiento y de vida. Lo experimentamos a todo nivel. Sabemos que hay un camino grande de relaciones. Necesitamos los "servicios" para poder mantener el tipo de existencia ciudadana. Dependemos no sólo de los parientes y amigos, sino de muchos más que se vuelven para nosotros indispensables, comenzando por el vendedor del periódico, el conductor de los medios de transporte y siguiendo por tantos otros. Desempeñamos nuevos papeles en la sociedad urbana. Ya no somos requeridos únicamente por la familia y el trabajo. Se han multiplicado las comunidades intermedias que solicitan nuestra participación o cooperación. Hay que vivir en medio de una cultura con nuevo espíritu crítico, para no dejarnos atrapar por la propaganda, el consumismo y otras ideologías. La escala de valores evangélicos hay que vivirla no de manera "reaccionaria", sino simplemente integrados a otros muchos hombres y mujeres que piensan de otro modo o viven diferentemente. Más aún vivirla con la alegría de saber que esos valores evangélicos tocan zonas vitales para toda la humanidad y a nosotros nos co-

responde, sencilla pero firmemente, defender al hombre y comprometernos por su dignidad. Nuestra imaginación pastoral se verá impulsada más que antes en buscar nuevos caminos para que el Evangelio sea predicado y se alcance la conversión, recordando que ahora ya no vivimos en un tipo de sociedad en la cual se daba un *control minucioso* de todos los comportamientos morales.

La cultura actual nos presenta un mundo de “especialistas” cada vez más grande. Nuestros fieles, sea cual fuere su estratificación, pueden ser técnicos en computación, en administración, en construcción y en tantas otras especialidades. En algunas ciudades, el oficio de plomero, por poner un ejemplo, es mucho más rentable que el de un médico, por esa nueva necesidad de no saber vivir sin los aparatos que nos brindan las comodidades de la ciudad.

Hay también el anonimato y la movilidad que ya hemos mencionado. Nos interesa señalar, con todo, que esta movilidad cambia nuestras prácticas pastorales. El Obispo debe tener en cuenta ahora que hay parroquias enclavadas en los lugares de la administración pública o la concentración de negocios, empresas y lugares de servicio, cuyas tareas son para la “semana laboral”. Las inmensas ciudades reciben durante los días de semana multitudes increíbles que vienen a “trabajar”, pero que también desean un servicio pastoral de la iglesia. Hay otras parroquias colocadas en zonas habitacionales o barrios comerciales periféricos cuya tarea se realiza durante los “fines de semana”. Aunque existen también las migraciones internas de “fin de semana” o cuando el fin de semana se amplía con un feriado anterior o posterior. Entonces son las otras diócesis las que reciben una enorme masa de visitantes que vienen a “descansar”, aunque para ello deban viajar en largas filas automovilísticas durante horas. La pastoral del turismo de todo tipo –fenómeno claro de la nueva cultura– está en sus comienzos y toca profundamente las costumbres pastorales de la diócesis, y en ellas de ciertas parroquias claves.

Estas tres características –especialización, anonimato y movilidad– han dado origen a un nuevo conjunto de valores, que definen al mundo en que vivimos. Ante todo, un nuevo sistema de pensamiento, marcado por el trabajo en equipo. El mundo clásico está jalonado por figuras extraordinarias que han hecho descubrimientos e inventos notables por sí solas. Hoy en día el hombre ha llegado a la luna como fruto del trabajo de muchos que han delimitado los problemas y los han hecho estudiar y resolver por partes.

Es evidente que el hombre de la gran ciudad debe adaptarse constantemente a estos cambios culturales que transforman su comportamiento. Esa necesidad de adaptación es una fuente generadora de conflictos, en la medida que cuesta integrarse a una sociedad en movimiento. La parroquia va a desempeñar aquí una especie de moderación de los conflictos. No hay que perder de vista. La diócesis, uniendo a todos los presbíteros de parroquias con otros sacerdotes, religiosas y laicos, deberá poner las bases para un uso inteligente de los medios de comunicación social que facilite la integración.

b. La acción evangelizadora

Lo que venimos diciendo nos hace comprender con facilidad que la acción pastoral en una gran ciudad va a asumir, en concreto, modalidades diferentes a las que estábamos acostumbrados. La acción pastoral diocesana consiste, en efecto, en la integración de los hombres de la ciudad en comunidades cristianas serviciales, acogedoras, fraternales que permitan la vida de la fe y sus implicaciones. La parroquia exalta en la gran ciudad por que tiene la tarea de formar el espíritu de la iglesia de Cristo, comenzando por la catequesis, celebrando la liturgia sacramental, dando el ejemplo del testimonio de esperanza, comprometiéndose en los esfuerzos de la caridad. Pero, además, la parroquia evangeliza ayudando a los hombres y a las mujeres de la ciudad a establecer una jerarquía de valores según la cual hay que vivir; más aún tratando de rescatar los valores de la cultura que vivimos según las pautas del Evangelio.

Todo esto configura una nueva pastoral de acción misionera para ayudar a vivir en un sistema de valores cristianos aún en medio de un mundo pluralista. Los que practican religiosamente ya no lo hacen siempre en su "propia" parroquia, lo que exige necesariamente una coordinación a nivel de diócesis entera. Surgen también especializaciones entre los laicos; los párrocos se asombran de verse privados de sus elementos más calificados, que van a integrarse a otros movimientos, instituciones y grupos especializados. Lentamente, porque las estructuras de la Iglesia son lentas como se ha dicho, los sacerdotes y los Obispos deben preocuparse por lo urbano en su totalidad.

Sin plantearse un problema teórico, las parroquias van dejando de valer localmente. La "residencia" del Obispo o del párroco ya no interesa tanto. Hoy importa más lo "itinerante". No es nuevo en la Iglesia, como lo prueba la antigua institución de los "corepiscopos". El Papa actual lo ha demostrado con sus largos y frecuentes viajes por toda la extensión del orbe. La preocupación por la totalidad no queda en un local o en una sede: sale al encuentro del mundo y lo halla en sus lugares, manteniendo ese mínimo de estabilidad requerida que antes mencionamos. El clero debe preocuparse por toda la diócesis urbana, porque las parroquias, junto a las demás posibilidades pastorales, son un medio privilegiado de integración social y cultural; además porque en ellas nuestros contemporáneos encuentran un lugar que les concede un papel comunitario distinto del que deben hacer en sus horas de trabajo especializado o de servicios "terciarios" (según la terminología sociológica).

c. Pastoral orgánica

Ya se divisa el papel de la parroquia como cuerpo integrado a un cuerpo mayor que es la urbe toda. Lo que desgasta y agota a los sacerdotes parroquiales, hombres públicos que en la concepción común deberían estar siempre a "disposición" para todo, puede ser solucionado. Y no es una utopía. Deben acabar el aislamiento y los hom-

bres-orquesta; el sentido de la fraternidad debe encontrar aquellos elementos en los que pueda florecer. Un ejemplo, entre muchos, podría ser la creación de registros diocesanos por computación en las sedes episcopales, de modo que los datos que ahora figuran en archivos parroquiales muy trabajosos para ser mantenidos correctamente puedan encontrarse con suma facilidad en aparatos que representan un ahorro para todos, creyentes y pastores.

En esta visión de las cosas, los presbíteros que trabajan en las parroquias deberían ser incluidos en las tareas de nivel conjunto. Entonces la función que desempeñan a favor de todos repercutirá en visión de la propia comunidad local. Así también muchos más laicos serán incorporados al trabajo evangelizador de la Iglesia, con todo su potencial.

Ya se va perfilando la nueva acción parroquial en la diócesis. Quitando su control sobre los feligreses, aunque involucrada en los acontecimientos más decisivos de los habitantes de su territorio que no tienen interés por pertenecer a otra comunidad, la parroquia queda implicada en una pastoral, si se quiere más "pasajera", pero no menos eficaz para la conversión del mundo. En esta pastoral señalamos como primordiales las tareas de acogida de quienes se acercan, creyentes o no creyentes; de una liturgia capaz de ser integradora de todos los participantes; de un laico que va asumiendo ministerios ordinarios o extraordinarios en la Iglesia.

5. Parroquia y estructuras intermedias

En los últimos quince años se ha ido abriendo camino la idea de reestructurar la Iglesia de acuerdo con la teología de la comunión, puesta de relieve por el Concilio Vaticano II. Los Obispos latinoamericanos se han esforzado por hacer realidad también en nuestro continente toda la riqueza eclesiológica que brota de aquella concepción orgánica y por ello han redescubierto estructuras antiguas o

han creado nuevas, que encarnen la necesaria vinculación o comunicación y participación de una Iglesia que es cada vez más consciente de ser Cuerpo de Cristo.

Particularmente las diócesis urbanas han sido subdivididas en Vicarías Episcopales; estas en Decanatos (o Arciprestazgos), formando así estructuras intermedias entre la parroquia y la diócesis, y promoviendo además la creación de grupos o equipos de sacerdote a distintos niveles. Es verdad que la sola formulación jurídica de estas reformas, ni siquiera su puesta en marcha, son suficientes para dar a la Iglesia la imagen y el dinamismo que hoy exige la ciudad; pero se percibe ya en algunas diócesis urbanas un espíritu más favorable para la colaboración y la comunicación. Poco a poco, en la medida en que una más profunda formación lo permita, se irá haciendo realidad el ideal propuesto por el Concilio, a lo cual contribuye en gran manera un estilo menos centralista de la acción episcopal.

Las estructuras intermedias "relativizan" la parroquia y le quitan aquella pretendida autarquía que la hacía aparecer como una mini-diócesis, pretensión explicable en los medios rurales en los que las comunicaciones eran muy difíciles. Ni teológicamente es aceptable ni pastoralmente es conveniente que la parroquia tenga autosuficiencia: pero en la ciudad tales pretensiones son además un anacronismo y una calamidad pastoral. La parroquia urbana necesita para poder subsistir insertarse vitalmente en una red de estructuras que cubran niveles urbanos mucho más amplios que el puramente parroquial.

El aislamiento de la parroquia rural estaba dictado por su geografía; la geografía urbana rompe los límites del barrio y de la parroquia. La respuesta a las necesidades de la pastoral urbana exige instituciones capaces de enfrentar los problemas de manera más global (en el sentido geográfico y en el funcional) y que no atomicen los recursos y los esfuerzos.

Precisamente para que la parroquia urbana pueda seguir teniendo vigencia, debe convertirse en un "lugar de encuentro" no sólo de personas sino también de estructuras. La parroquia urbana no es una monada sino una célula del organismo diocesano.

a. Parroquia y grupos funcionales

En la ciudad se multiplican los grupos de personas que se juntan por intereses, gustos o aficiones comunes, sin que para ello juegue papel la vecindad. Está es la base sociológica de los diversos grupos cristianos "especializados", sean de apostolado, de oración, de formación o reflexión. Son las expresiones muy dinámicas de la vida de la Iglesia y, sin embargo, casi siempre opera sin contar con la parroquia.

Con todo, tampoco son una "competencia" para la parroquia. Se equivocan aquellos que han soñado con una Iglesia "no territorial", solamente encarnada en grupos funcionales y liberada de la territorialidad. Es cierto que la legislación contempla, a más de la parroquia territorial, las parroquias personales, pero sería utópico intentar reducirlo todo en la diócesis a comunidades no territoriales.

Teológicamente es necesario que la comunidad manifieste la pluralidad de edades, profesiones, aficiones, intereses; es parte de la catolicidad. La exagerada especialización pone en peligro esta nota esencial de la Iglesia.

Pero el extremo opuesto también es nocivo si la parroquia no asume su carácter urbano y se refugia en una actitud aldeana, en la que solo es aceptable lo que se controle desde su propio seno, cae en un error y se perjudica así misma.

La parroquia necesita de todos los grupos especializados, aunque sus miembros no se reúnan dentro de su "jurisdicción" ni le presten servicios inmediatos a la comunidad.

Hay párrocos que consideran muy buenos aquellos movimientos que “ayudan” en la parroquia y muy malos los que no dan una colaboración directa en las tareas parroquiales. Esta mentalidad agraria tiene que cambiar. Una visión más urbana de las cosas facilitará la comunicación con aquellas instituciones supra-parroquiales que dirigen o encaminan los movimientos o grupos especializados.

Es aquí donde se ve más clara la necesidad de esas estructuras intermedias que ayudan a la corresponsabilidad de todo el presbiterio de una diócesis. En esta perspectiva se aprecia también mejor cómo el sacerdote de una ciudad necesita una mentalidad “cosmopolita” a la que no le sea ajena ninguna de las realidades de la “polis” que se escapa a los límites estrechos de la parroquia.

6. El Párroco

El Obispo ejerce la sucesión apostólica en la diócesis. El párroco es el pastor adecuado, subordinado y propio que se asigna a una determinada porción de la diócesis. Pero en la mentalidad independiente de la gran ciudad, muchos cristianos han pensado que podían elegir al párroco que más les gustase. Así festivamente alguien pudo decir que si antes los párrocos hablaban de “sus feligreses”, ahora el laico puede hablar de “sus curas”. A pesar de los muchos intentos, sobre todo de los jóvenes, de “pertenecer” a varias parroquias o grupos, se siente la atracción de una única pertenencia, en la medida en que ésta ofrezca el clima adecuado para volver a “encontrarse a sí mismo” y echar raíces. En ello, mucho tiene que ver el párroco.

Si visualizamos la parroquia como la menor institución administrativa de la Iglesia, a través de los deberes que canónicamente le incumben, tenemos que aceptar que en ella han quedado sedimentos de los momentos culturales que tuvo que atravesar a lo largo del tiempo. No han faltado quienes a toda costa quieren comprobar en ella los

elementos negativos que le dejó el imperio romano con su concepto estático de paz interna; el feudalismo con la acentuación de la territorialidad y el diezmo; el burgo, centro de intercambio que le legó la visión de beneficio; o la moderna sociedad industrial que le ha inyectado sus planeamientos tecnocráticos y de administración de empresas. Pero parece bastante simplista pensar que la parroquia ha heredado sólo cosas malas de su pasado. También, pese a sus lastres, la parroquia ha cumplido su tarea cultural, catequística, caritativa, testimonial. Ella ha desempeñado el papel de signo recordatorio de la presencia de la iglesia en medio de un mundo. Aún lo sigue haciendo. Las torres de nuestros templos, o simplemente sus cruces modernas en las fachadas, recuerdan al hombre de la ciudad una dimensión trascendente que las ideologías materialista constantemente le quitan. Incluso para los no creyentes, los templos son signos de una visión distinta del hombre, de otra esfera de valores a los que ciertas cosmovisiones ligadas a la empresa, la banca, la industria y la política tienden a vincularlo.

Uno de los lastres históricos consiste en atribuir a los párrocos la capacidad para hacerle frente a todos los problemas que plantea la evangelización. Esa pretensión ha conducido, quizás sin pretenderlo, a un aislamiento del párroco respecto a la vida diocesana. Al sacerdote de parroquia se le atribuyen todos los roles posibles que puedan surgir en la vida parroquial. Pero como la tarea pastoral debe ejercerse hoy en la ciudad inmensa, resulta a todas luces imposible que un hombre, aún ayudado, pueda desempeñar tantos papeles a la vez. Lo que sucedió con la Liturgia, luego del Concilio Vaticano II, debería comenzarse a realizar en la vida parroquial. La Liturgia anterior al Concilio, había "fijado" todos los elementos en la persona del sacerdote celebrante (lecturas, salmos, cantos, evangelio, etc.). Para hacerla viva y para que manifieste la Iglesia en todos sus ministerios, la Liturgia se ha diversificado. Lo mismo se quiere de la parroquia actual, a no ser que se le siga considerando como una "diócesis en pequeño".

El párroco de la gran ciudad, solicitado por tantas y tan variadas tareas, llamado a participar de numerosas reuniones, queda aislado de su obispo, al cual "visita" alguna que otra vez para dar cuenta de su actividad pastoral o para consultar algún problema delicado. El Obispo, por su parte, queda separado de su pueblo, atrapado por un sin número de tareas legítimas en sí, pero que crecen enormemente por la nueva modalidad en que se van poniendo en práctica en los principios del Concilio Vaticano II sobre la colegialidad episcopal.

Todo esto nos lleva a recordar aquí *dos principios* fundamentales que nos parecen dignos de ser considerados: la nueva fundación del Obispo, por un lado y la restauración del "presbiterio", por otro.

El Obispo no puede permanecer desligado del resto del Episcopado: el misterio de la comunión colegial del cuerpo de Obispos se lo impide. Es una comunión de orden sacramental, no jurídica. Por esta razón, actualmente el Obispo es solicitado por numerosas consultas de sus colegas, reuniones de todo tipo, estudios especializados. Al mismo tiempo hay que afirmar que el Obispo es el centro de la red pastoral que lo vincula a todos los presbíteros y a todo su pueblo diocesano; debe, pues, estar en contacto con todas las realidades de su Diócesis. Pero ello no podría ser posible sin el segundo principio.

En efecto, los presbíteros si bien ya no están tan categorizados en función de su título de "párroco", pertenecen a un cuerpo colegiado, en el cual ellos no pueden nada si no están unidos entre sí y con el Obispo. La realidad de la colegialidad presbiteral permite imaginar soluciones muy interesantes para los desafíos que plantea la moderna ciudad con todas sus franjas humanas. De este modo, si la unidad eclesial es ahora la diócesis, aún cuando sea inmensa, no presenta mayores dificultades a quienes se considera como *corresponsables* de la pastoral urbana bajo

la autoridad del Obispo. Cada párroco, cada presbítero, a través de formas establecidas o por establecer, deberá poder sentir las necesidades pastorales de toda la diócesis como suyas propias. Nos referimos, sobre todo, a un "afecto" colegial que permite cargar con alegría la tarea apostólica que se presenta en la aparentemente inabismable ciudad contemporánea.

Superados los sistemas del pasado y las figuras culturales antiguas acerca de los ministros, los párrocos están en mejores condiciones de funcionar como animadores, líderes y guías de comunidades. Todos junto al Obispo, ejerciendo en la medida de sus capacidades y compromisos las funciones que pertenecen a la iglesia; *todos* por medio del testimonio. La caridad, la oración, la celebración de los misterios y la participación en las angustias y proyectos de los demás, podrán dar un nuevo impulso de evangelización y formación cristiana a nuestro continente.

7. Formación permanente

Dado el viraje pastoral que se ha producido con el Concilio Vaticano II en toda la iglesia y particularmente en América Latina con las Conferencias de Medellín y Puebla, se hace necesaria una adaptación de los sacerdotes y demás agentes a las nuevas circunstancias del mundo y a la nueva actitud de la iglesia en él. Por otra parte, la misma formación recibida en los seminarios correspondía a una concepción eclesiológica y antropológica diferentes, lo cual tiene como efecto el que los sacerdotes en general se encuentren en serias dificultades ante las exigencias y tensiones de la pastoral en las ciudades que se han desarrollado vertiginosamente en los últimos treinta años. Entre estas exigencias y tensiones podemos señalar algunas:

a. Hay sacerdotes que siguen realizando su quehacer pastoral como si todavía subsistiera la situación de cristiandad, sin tomar en cuenta el pluralismo característico de

la ciudad. Es necesario ayudarles a cambiar de mentalidad para que salgan de los marcos parroquiales y se abran a una actitud misionera y al diálogo con el hombre urbano, que ya no se encuentra enmarcado en los estrechos límites geográficos y mentales de parroquia (Puebla 712).

b. Esta mentalidad pluralista de los habitantes de la ciudad se complementa con una fuerte exigencia de participación y de integración comunitaria. Por ello, los sacerdotes deben prepararse mental y efectivamente para aceptar, e incluso promover, comunidades más homogéneas, en las que el párroco esté al servicio del Pueblo de Dios con unos comportamientos menos autoritarios y más de animación y coordinación. El cambio necesario en los sacerdotes debe llevar a reestructurar parroquias que integren y coordinen el trabajo pastoral realizado en las diferentes comunidades, grupos y movimientos por medio de consejos, acciones en conjunto, liturgias comunes, respetando la especificidad propia de cada grupo y su capacidad de gestión.

c. La formación permanente de los sacerdotes ha de capacitarlos para animar parroquias que ejerzan una pastoral liberadora, integral, presente en el mundo, con preocupación de servicio a todos los hombres, en especial a los necesitados; una pastoral que trate de ir al encuentro del hombre integral.

d. Debido a que en la ciudad la territorialidad exige ser complementada por la funcionalidad que supera los límites de barrio y de parroquia, el sacerdote necesita ser formado para ejercer un tipo de pastoral orgánica y planificada que se sirve concretamente de estructuras intermedias (como la Vicaría o el Decanato) indispensables para afrontar problemas de un nivel zonal e incluso diocesano.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, y a título de mera insinuación, podrían sugerirse tres áreas de formación y,

dentro de cada una de ellas, algunos puntos concretos. En el "área de formación doctrinal", anotaríamos los puntos: Dios y el hombre contemporáneo, problemas de Cristología y Eclesiología, antropología y evangelización, evangelización de las culturas, la Doctrina Social de la iglesia.

En el "área de formación pastoral": Comunidades de base y ministerios; formas especializadas de catequesis: familiar, confirmación, prebautismal, novios, adultos, niños, adolescentes, etc.; pastoral orgánica, sentido del presbiterio y del equipo (con diáconos, religiosos, religiosas y laicos); nociones de organización y administración.

En el "área de formación espiritual y litúrgica": la oración personal, comunitaria y litúrgica; las celebraciones litúrgicas; la dirección espiritual; la práctica del sacramento de la reconciliación (personal y comunitaria).

8. Organismos colegiados parroquiales

El hombre de la ciudad es esencialmente activo, en contraposición a la actitud más pasiva del hombre del campo. Esta actividad lo lleva a desear "participar" en las organizaciones a las cuales adhiere, entre ellas la Iglesia y más concretamente la parroquia.

Puebla exhorta a que se haga de la parroquia una comunidad participativa a cuya cabeza se encuentra el párroco, representante del Obispo en ella.

El sentido y la realidad de la participación en la parroquia, normalmente cobran vida por medio de los organismos colegiados o consejos.

Diferentes consejos se atribuyen hoy día en nuestras parroquias como una forma de hacer realidad la corresponsabilidad entre el párroco y los laicos: Consejo Pastoral, Consejo Parroquial, Junta Parroquial, Consejo de comuni-

dades, Consejo juvenil, Comité económico, Junta catequética, etc.

Sin duda el organismo colegiado más importante en el contexto parroquial es el "Consejo parroquial", llamado también "Consejo pastoral", "Junta parroquial", etc. De allí emanan las grandes líneas, orientaciones y acciones generales de la parroquia.

Un primer elemento de diferenciación entre nuestras parroquias con respecto a este tópico se refiere a la existencia misma de un consejo parroquial y/o pastoral. En algunas parroquias no existe Consejo parroquial o pastoral en donde se piense, elabore o se decidan las cuestiones fundamentales de la marcha de la parroquia. El párroco decide por sí y ante sí todas las cuestiones fundamentales de la parroquia, sin someter nada de su marcha global al análisis entre los elementos más representativos de la parroquia. Por el contrario, hay parroquias, que poseen este tipo de consejos, estableciéndose en ellos un análisis, proyectos y planes para la marcha de la parroquia.

En general, diremos que hay parroquias en las que no existen tales consejos; en otras tiene el carácter consultivo; en un tercer grupo poseen también un poder resolutivo.

También el desempeño del párroco en los consejos varía. Generalmente el párroco preside el Consejo parroquial. En algunos consejos, el párroco tiene un voto igual que los demás; en otros, el párroco no vota pero se reserva el derecho al veto en caso que él considere que el acuerdo logrado no se ajusta a las normas eclesiales establecidas, y en otros, el párroco se limita a dirimir los posibles conflictos o desacuerdos surgidos en el seno del Consejo parroquial.

Otro elemento que podría ser analizado es la composición de los miembros de estos consejos; ello nos podría

indicar el carácter de la “comunidad y participación” eclesial manifestada en la parroquia. Pero ello saldría de los límites del presente trabajo.

Digamos para terminar este punto que hasta hace poco tiempo el área del manejo de las finanzas parroquiales era campo vetado para la participación laical. Hubo cambios también en este aspecto y son variadas las experiencias que se han venido realizando.

9. Parroquia y comunidad eclesial de base

El documento de Puebla (No. 644) dice que la parroquia debe ser “centro de coordinación y animación de comunidades...”, y que mediante esta funcionalidad el horizonte de comunión y participación se abre más. Además, afirma que “la parroquia realiza una función en cierto modo integral de Iglesia, ya que acompaña a las personas y familias a lo largo de su existencia, en la educación y crecimiento de su fe”, lo cual supone un acercamiento directo del personal apostólico a las familias y personas que conforman la parroquia.

Este ideal que nos pide Puebla no es nuevo. En efecto, uno de los objetivos de la creación de las parroquias en el siglo IV fue precisamente éste. Que las diferentes comunidades que fueron creándose bajo el giro constantiniano de la época fueran regidas por un presbítero para asegurar ese contacto personal y familiar con los fieles, puesto que el aumento de la cristiandad hizo difícil el contacto personal del Obispo con la globalidad de la feligresía de la época.

En América Latina el número de los católicos por una parte y la escasez de sacerdotes por la otra, ha dado por resultado la erección de parroquias muy extensas y con mucha población, lo que produce frecuentemente en el pueblo cristiano una pérdida del sentido de pertenencia a una parroquia, puesto que ésta, ante la heterogeneidad

socio-cultural de la población adscrita a su territorio jurisdiccional, no logra ni detectarla ni acogerla.

Por ello han surgido las Comunidades eclesiales de base como porción de Iglesia en un sector socialmente más homogéneo que la globalidad parroquial. Al mismo tiempo, la CEB está dirigida por un agente pastoral que normalmente no es el párroco; puede ser un diácono, un ministro, una religiosa o un laico.

La misión propia de estas comunidades debe ser la de enseñar a los cristianos a "ser solidarios en una misión común y lograr una participación activa, consciente y fructuosa en la vida litúrgica y en la convivencia comunitaria" (Medellín, 6.13).

El fuerte crecimiento que tuvieron en muchos lugares las comunidades de base a partir de la Conferencia Episcopal Latinoamericana realizada en Medellín, ha producido una serie de tensiones e interrogantes relativos a la relación que debe existir entre estas comunidades menores y la parroquia. En esta situación de conflicto, normal en un proceso de renovación estructural de la iglesia, Puebla ha querido darnos una palabra orientadora al respecto. Junto con el impulso renovado a la creación de las comunidades de base, los Obispos de América Latina reunidos en Puebla quisieron destacar el papel aglutinador y de comunión eclesial que debe tener la parroquia respecto a dichas comunidades:

"...la parroquia viene a ser para el cristiano el lugar de encuentro, de fraterna comunicación de personas y de bienes, superando las limitaciones propias de las pequeñas comunidades..." (Puebla 644).

La parroquia debe asegurar la catolicidad y universalidad de la iglesia sin mermar la peculiaridad, el desarrollo y el crecimiento propio de la iglesia particular constitui-

da en las pequeñas comunidades. La catolicidad de la Iglesia se asegura teóricamente por la presencia del párroco, representante del Obispo en la Parroquia; pero este ideal, a menudo, se ve imbuido de ciertos conflictos propios de la renovación de la estructura eclesial.

El "autoritarismo" de ciertos párrocos, que es necesario no confundir con el concepto de autoridad delegada por el Obispo, frena el crecimiento de las CEB en dichas parroquias, ante la incapacidad de estos párrocos para delegar responsabilidad en la conducción de porciones de su iglesia parroquial; por el contrario, otros párrocos estimulan la formación de dichas CEB delegando autoridad y transformándose para ellas en animadores y siervos de la Palabra y el Sacramento.

No es ocioso recordar aquí que Puebla quiso especificar el rol del párroco en su relación con las comunidades, diciendo que éste debe ser "animador de comunidades y estar atento a discernir los signos de los tiempos con su pueblo" (Puebla 653).

ALGUNAS LÍNEAS PARA UNA PASTORAL DE LA PARROQUIA URBANA

1. La Planeación de la Pastoral Urbana

Cobra importancia la planeación pastoral en la Iglesia latinoamericana, quizás dentro de cierta originalidad respecto a las iglesias de otros continentes. Medellín la destacó ampliamente en el documento 15 sobre Pastoral de Conjunto, señalando cómo dicha planeación es el instrumento eficaz para lograr una verdadera Pastoral de Conjunto que haga pasar las actividades pastorales aisladas a una "acción pastoral" con objetivo y continuidad. Puebla, en la quinta parte del documento, en el capítulo de las opciones pastorales, indica que "el camino práctico para

realizar concretamente esas opciones pastorales fundamentales de evangelización es el de una pastoral planificada" (Puebla 1306).

Cuando Puebla hace la anterior indicación se refiere a la totalidad de la acción pastoral de la iglesia, sin distinguir entre pastoral urbana y pastoral rural. No obstante, la evangelización en el futuro "dará importancia a la pastoral urbana con creación de nuevas estructuras eclesiales que, sin desconocer la validez de la parroquia renovada, permitan afrontar la problemática que presentan las enormes concentraciones humanas hoy" (Puebla 152); esto siempre dentro del marco de un plan orgánico de pastoral de conjunto en los diversos niveles: diocesano, nacional y continental (Puebla 151).

Cualquier respuesta adecuada a los desafíos actuales de la ciudad requiere una pastoral planificada. Aún más, en cierta manera el mundo de lo urbano es terreno abonado para el uso de la técnica así sea en el campo de la pastoral. Intentemos una breve aproximación a las exigencias propias de una planeación pastoral en lo urbano.

a. Orientación y Metodología

Planificar la Pastoral no es meramente una nueva manera de hacer las mismas cosas, sino supone nuevos hábitos, nuevas actitudes, nueva mentalidad. Ordinariamente el único "norte" en la orientación de nuestra acción ha sido la experiencia realizada, es decir el pasado. Esa actitud correspondía a la situación de una sociedad con mucha estabilidad, en la cual era posible mantener las cosas tal como se presentaban.

Nuestra época es radicalmente diversa. Una característica de la sociedad actual es el cambio, el dinamismo y la movilidad. Podemos decir que esta característica estará aún más acentuada en el futuro, por un cambio acelerado de la dimensión de los fenómenos y sus interdepen-

dencias. Para evitar grandes sorpresas, es decir, choques del futuro (Alvin Tofler), tenemos que cambiar radicalmente la actitud mencionada. La actitud retrospectiva debe ser complementada o reemplazada por una actitud prospectiva. Horst Wagenbuhr, uno de los futurólogos más conocidos, decía: cuando la velocidad aumenta se necesitan faros más fuertes; cuando el cambio aumenta se tiene necesidad de previsiones más claras.

En contraposición al pasado, el futuro no se nos presenta como un solo hecho, como una vía única, sino como una gama de hechos, vías y futuros posibles. Es decir, el futuro se nos presenta con alternativas de desarrollo.

En síntesis podríamos decir que la planificación pastoral en general, pero la urbana en particular, en primerísima línea exige una actitud muy clara: la capacidad de contemplar hechos y acontecimientos desde el punto de vista del futuro para actuar en el presente; una actitud y una orientación prospectivas.

Para evitar equívocos se debe tener en cuenta que el trabajo prospectivo de ninguna manera es esperar en la antesala del futuro. Esta empieza hoy. Por eso es menester actuar como cuando se dibuja en perspectiva: contemplar el presente desde un punto central que es el futuro.

Quizás haya que decir sin temor que una acción pastoral en la ciudad que esté basada en una actitud retrospectiva necesariamente está superada por la dinámica del mundo de hoy. Lamentablemente algunas de las metodologías de planeación que se propagan en el continente son de este corte.

b. Planeación estructural y participante

Puebla exige que la planeación pastoral que se adopte sea participativa "en todos los niveles de las comunidades y personas interesadas"(No. 1307), y en el caso con-

creto de los laicos "afirma que se requiere su participación no sólo en la fase de ejecución de la pastoral de conjunto, sino también en la planificación y en los mismos organismos de decisión" (No. 808).

Podríamos decir que este aspecto es definitivo en la metodología de la Planeación pastoral; cobra especial importancia en la pastoral urbana.

Existe en primer lugar la planeación funcional y discriminante, su orientación se hace exclusivamente por los llamados "tecnócratas". No hay consulta de la base y por eso los intereses del grupo se pasan por alto. La función realizada por los "tecnócratas" en el campo de la planeación más que discutir o pensar soluciones es planificar políticas. Es una planeación "desarraigada". Se hace desde escritorios, se práctica en confinamiento; no corresponde a los problemas reales del conjunto de la población. El lenguaje utilizado es inasequible para el pueblo en general. Ordinariamente son planes adoptados como decisiones inmodificables o inflexibles.

Existe también la planeación estructural y participante. Está basada en la autodeterminación que hace el grupo de los fines u objetivos y en la autogestión de los medios necesarios para realizar dichos objetivos. El planificador es sólo asesor que interpreta lo que bulle en el grupo, en el pueblo; lo recoge, lo sistematiza y lo pone en forma de programa. Valor fundamental es aquí la participación considerada como el ejercicio de la corresponsabilidad grupal y el acceso a las decisiones de la organización de la comunidad en la determinación y en el desarrollo de un programa.

Siendo la participación de un valor al cual es muy sensible el hombre actual, sin duda son muy diferentes las posibilidades de hacerlo realidad en el campo o en la ciudad. Un ejemplo muy significativo son las comunidades eclesiales de base, a las cuales nos acabamos de referir,

que constituyen estructura nueva que ha dado muchas posibilidades de participación efectiva pero no logra tener en la ciudad el alcance que ha tenido en el mundo rural.

La planeación pastoral cada vez más se manifiesta como mecanismo eficaz de participación al interior de la Iglesia. La pastoral urbana deberá encontrar en ella y a través de ella nuevos mecanismos de participación y habiendo tomado conciencia del derecho que les pertenece, no encuentran donde hacerlo realidad. Lo importante es que la planeación adoptada sea estructural y participante.

c. Dentro de una pastoral de conjunto

La pastoral orgánica o de conjunto, señalamos anteriormente, es un esfuerzo por hacer pasar las actividades pastorales aisladas a una acción pastoral con objetivo y continuidad; esto "tanto por la naturaleza misma de la iglesia, misterio de comunión de diversos miembros y ministerios, como por la eficacia de la acción pastoral con la participación coordinada de todos" (Puebla 807).

La planeación pastoral es un instrumento privilegiado que ha encontrado la Iglesia en su diálogo concreto con las ciencias para llevar a cabo esa pastoral de conjunto.

Es importante en este punto señalar cómo la planeación no es sino una de las cuatro funciones que tiene la administración. Así como ha resultado de gran beneficio su aplicación a la pastoral, ciertamente lo irán siendo, de la misma manera, especialmente para lograr una verdadera pastoral de conjunto, las otras funciones de la administración: la organización, la dirección y la evaluación o el control. Respecto a esta última, Puebla valora su importancia en la participación del laicado y la pastoral del conjunto (Cf. No. 818 a 826).

Vale la pena aclarar que la administración aplicada a la tarea pastoral adquiere unas características particulares, dado el objeto especial al cual se aplica: el anuncio

de la Buena Nueva a todos los hombres. La gracia, la fe, la presencia del Espíritu hacen de la administración pastoral un disciplina muy particular. Así, aún cuando no limita en ningún momento la acción del Espíritu santo, aporta elementos vitales porque obliga a precisar lo que se quiere alcanzar, a establecer los medios mas aptos para lograrlo a coordinar los esfuerzos, a revisar y mejorar lo hecho. Sobre todo nos ofrece un medio de disciplinar lo que muchas veces se deja solamente en manos de buena voluntad.

Muchos son los aspectos específicos que debe tener en cuenta la pastoral orgánica y en consecuencia la planeación pastoral a los actuales requerimientos de la sociedad. Acentuaremos los siguientes:

La pastoral territorial y pastoral ambiental son dos fórmulas clásicas de la acción urbana. Puebla habla de la necesidad de evaluar las dos fórmulas (819). El inmediato futuro sin duda exige todavía el mantenimiento de las mismas. La persistencia de las dos, da amplias posibilidades para la participación pero tiene grandes exigencias en la pastoral del conjunto. Puebla, a la vez que afirma la validez de la parroquia renovada en la ciudad, estimula la búsqueda de estructura nuevas que permitan afrontar de manera más eficaz la pastoral urbana (N. 151).

El pluralismo cultural que es connatural al área urbana plantea retos de difícil respuesta a la pastoral de conjunto. Sin embargo, debe darlos. Estamos lejos de la coordinación de una acción en medios unánimemente católicos. La planeación pastoral tendrá que prever canales concretos de diálogo así como acciones conjuntas en campos como el de la promoción de la justicia y de los derechos humanos "en constantes y progresivas convergencias que apresuren la llegada del Reino de Dios" (Puebla 1252). Coordinar en un medio uniforme es relativamente sencillo; no lo es en un medio plural como es la ciudad actual.

Los intereses específicos que convocan a los habitantes de la gran ciudad tienen que ser objeto de un análisis serio de la planeación urbana. Algunos de esos intereses son ya clásicos como el de los obreros, el de los estudiantes, no así el de "los nuevos pobres" (*Octogésima Adveniens* 15), el de los migrantes los aislados, los indocumentados de todo género, los refugiados, etc...creados, dice Puebla, por el desequilibrio socio-político a nivel nacional e internacional (No.1266).

Las opciones preferenciales tienen que ver directamente con una pastoral de conjunto. Es particularmente difícil planificarlas para que tengan cabida en la totalidad de los programas de un plan. La opción preferencial por los pobres y por los jóvenes adquieren matices propios en la pastoral urbana. La miseria de la ciudad es aplastante; podríamos decir que cambia constantemente de rostro y día a día se multiplica. Para los jóvenes de la ciudad la urgencia de gestar un mundo nuevo no admite dilaciones (*Octogésima Adveniens*, 13).

d. Un amplio y específico marco de realidad

Puebla habla sobre la necesidad de un "permanente conocimiento de la realidad" como exigencia imprescindible para el cabal cumplimiento de la misión evangelizadora de la Iglesia hoy en América Latina (No.85). por otra parte es consciente de que dicho conocimiento requiere "educación en la metodología de análisis de la realidad" (No.1307).

Sea cual fuere la tarea pastoral que tengamos entre manos, la planeación se inicia en el conocimiento de la realidad, de la vida concreta del pueblo, las situaciones y ambientes en que se mueve, sus valores y contravalores, sus carencias, sus preocupaciones, las estructuras dentro de las cuales se ha organizado su sociedad. Pero este conocimiento de la realidad trata de ir más hondo; no se contenta con detectar los efectos de los problemas que aquejan una

comunidad; expresamente requiere ir hasta las causas que se ocultan en la profundidad de esa realidad, "hasta las raíces más profundas de los fenómenos" (Puebla 63) ya que quiere "conocer...los mecanismos generadores de la pobreza" (No.1160). Este conocimiento de las causas (tanto en el nivel social: (Puebla No. 63 a 68); como en el nivel ético: (No. 69); como en el nivel evangélico: (No. 28, 70...)) será orientación definida para que la acción evangelizadora dé su aporte específico a la solución de los problemas de la comunidad y del continente (Puebla 1293).

Hacer caso omiso de un marco de realidad en una planeación pastoral es reducir ésta última exclusivamente a una técnica más y quitarle el carácter de marcha, de proceso, de mentalidad; es depojarla de toda riqueza.

El marco de la realidad del cual parte la planeación de la pastoral urbana es específico. Debe ser profundamente dinámico y por lo tanto estar alerta para descubrir los procesos que vive la ciudad más que los hechos pasajeros. Si América Latina vive el paso generalizado de sociedad agraria a urbano-industrial, esto afecta todo: "la ciudad se convierte en motor de la nueva civilización universal" (Puebla 429);

"las migraciones internas y externas llevan el sentido del desarraigo, las ciudades crecen desorganizadamente con el peligro de transformarse en megápolis incontrolables en las que cada día es más difícil ofrecer los servicios básicos de vivienda, hospitales, escuelas, etc., agrandándose así la marginación social, cultural y económica..." (No. 71);

"en su seno se transforman los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, la organización del trabajo. Se trastornan, por lo mismo, las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles y de la comunidad cristiana" (No. 431). Así el proceso de urbanización creciente que vive el continente va in-

timamente unido al proceso de secularización. Añadamos a los anteriores fenómenos otros de igual o quizás mayor importancia para la acción pastoral en la ciudad como es el fenómeno de la marginalización social, tan sobresaliente en América Latina; el fenómeno del secularismo que tantos y tan graves males causa a la fe de los cristianos en el continente; la despersonalización, el consumismo, etc.

La planeación de la pastoral urbana tiene que partir del análisis de los anteriores fenómenos y procesos. Cada ciudad los vive a su manera. Interesa sus modalidades. La gran mayoría de los habitantes de la ciudad resulta alienada por los procesos. Interesa que una planeación pastoral participante, que parte de un análisis compartido de la realidad, involucre en un proceso de concientización a los fieles cristianos de las grandes barriadas, a los obreros, a los estudiantes, a los profesionales jóvenes.

La planeación es un punto especialmente difícil pero absolutamente imprescindible para la pastoral urbana. Los análisis de Puebla, principalmente en el capítulo sobre la Evangelización de la cultura (Nos. 385 a 469), así como *Octogésima Adveniens* del 8 al 21, ayudarán eficazmente a concretar este marco.

e. Respuestas específicas y debidamente instrumentadas

Toda planeación pastoral parte de un análisis de la realidad que es sometido al discernimiento evangélico y de la doctrina de la iglesia (*Octogésima Adveniens* 4) pero tienen que llegar a programas de acción muy definidos y concretos. Es un proceso comunitario; no es la mera aplicación de una técnica. Constituye un proceso de gran creatividad. Las exigencias nuevas surgidas de una realidad diferente imponen nuevas respuestas que dentro de un proceso de planeación pastoral ni pueden ser improvisadas, ni pueden pensarse a espaldas de una pastoral en conjunto.

A continuación señalamos algunos puntos que especialmente deben ser tenidos en cuenta en la pastoral urbana.

Los programas de pastoral obrera, tanto en lo que respecta a promoción, asesoría y defensa de las organizaciones propias de los trabajadores como en lo que respecta a caminos de evangelización más fundamentados en el testimonio de vida.

Los programas de marginados urbanos que han de tener presente tanto la educación para la convivencia y para la justicia como la promoción de su organización (Puebla 477).

Sectores como los profesionales, los políticos, universitarios, empleados públicos, etc. son destinatarios obligados de la pastoral urbana hoy.

Así como la población flotante en la megápolis urge la imaginación pastoral, lo mismo ocurre con grupos tan importantes como los migrantes, los refugiados, los aislados, etc. que se han convertido en fenómenos permanentes a los cuales ha de dar respuesta la pastoral urbana.

La coordinación y adecuada promoción de las CEB en los medios populares y principalmente entre los jóvenes reviste características diferentes a las respuestas pastorales que se dan en el medio rural.

El evidente proceso de politización de diversos sectores de la población junto con el compromiso de orden político de los cristianos requieren programas concretos de educación, a la luz de la doctrina social de la Iglesia.

La religiosidad popular no escapa de ninguna forma al interés y al cuidado de la pastoral urbana.

Fenómenos como la delincuencia, la drogomanía, etc. tendrán un capítulo especial en la programación de la pastoral de la ciudad.

Teniendo en cuenta su significación en el proceso de urbanización, tanto positiva como negativamente, los medios masivos de comunicación social juegan un papel especial en la programación de la pastoral urbana. Por una parte estará la búsqueda de su efectiva utilización, por la otra, la educación requerida para protegerse de su masificación indiscriminada.

Sin duda esta sucinta enumeración se queda corta. Los retos de la pastoral urbana parecen a veces superar la imaginación. Las respuestas no pueden ser resultado de acciones inmediatas o de programas dispersos. De nuevo juega aquí un papel sobresaliente la planeación pastoral: dar respuestas adecuadamente concretada y orgánicamente ubicadas dentro de una pastoral de conjunto.

2. La Catequesis en la Pastoral de la Parroquia Urbana

Ya hemos dicho que la ciudad es un espacio geográfico y humano con características peculiares donde la Iglesia vive con una fisonomía propia que se expresa a través de múltiples mediaciones pastorales, instituciones, personas y servicios. La parroquia en la ciudad y la catequesis en la parroquia urbana constituyen una expresión particularizada del misterio de la Iglesia y en concreto de su ministerio pastoral. Esto significa que, donde quiera que ellas se encarnen histórica y culturalmente, revelarán las dimensiones del Pueblo de Dios en su conjunto. La ciudad, sin embargo, determinará un estilo de ser Iglesia y de expresarse como tal.

Reflexionaremos brevemente sobre el ministerio de la catequesis enmarcado en lo urbano y lo parroquial. Estos dos factores configuran las opciones catequéticas que se hagan, las acentuaciones del mensaje que se proclame y las pedagogías catequísticas con sus correspondientes alternativas metodológicas.

Presupuesto necesarios para abordar el tema

Estos elementos de entrada, además de ser marco de referencia indispensable, nos facilitan la ubicación correcta del tema, nos revelan sus alcances y nos sugieren algunas dificultades que pueden salirnos al paso.

a. Asumir los factores condicionantes de toda pastoral en la ciudad

Se trata de entrar en un proceso personal de discernimiento pastoral que lleve a una aceptación capaz de desbloquear a los pastores, de la gran ciudad liberándolos de cosmovisiones superadas y de hábitos pastorales ya inadecuados. No es posible enfrentar los desafíos pastorales de la ciudad sino a condición de adoptar posiciones claras frente a hechos de alguna manera inéditos.

Señalamos algunos de estos factores sobresalientes sin profundizarlos y recordando que ya de alguna manera nos hemos referido a ellos. Serían los siguientes:

- Las migraciones internas, el éxodo del campo, los núcleos de población flotante, ya sea porque la ciudad atrae o porque el campo expulsa.
- La ciudad concebida como el espacio de la mudanza continua, de la moda al día y de la movilidad incesante.
- Las múltiples dependencias experimentadas por el hombre de la ciudad, la interdependencia, la especialización de funciones, la socialización de la vida.
- La presencia irreversible del pluralismo social en todas sus formas.
- La convivencia regida por relaciones humanas secundarias (oficios, funciones) que conllevan al aislamiento, soledad, anonimato.

- El impacto y la presencia avasalladora de los medios de comunicación social, generadores de cohesión, gestadores de mentalidad, transmisores de cultura, portadores de valores o antivalores, alienantes, vehículos de acercamiento humano...

- El ritmo vertiginoso que la ciudad imprime a la vida, la esclavitud de los horarios y del reloj, a causa de una concepción no rural del tiempo.

- La ciudad como lugar donde se dan cita las formas de contraste social de un país: opulencia-miseria, cultura-analfabetismo, trabajo-desempleo...

- El ambiente secularizante que acelera el proceso de desmitificación y desmoronamiento de normas, pautas de comportamiento, tabúes, tradiciones.

- La ciudad comprendida como un cuerpo social indivisible, donde se forja urbanamente, es decir, desde un "habitat" que le da una forma de ser en el mundo.

- La permanente intercomunicación entre campo y ciudad que hace cada día las distancias culturales más cortas.

- La ciudad como centro de poder, de decisiones y de influencia cultural, política y económica sobre el resto de una región o de un país.

- La persistencia de la religiosidad popular en las grandes urbes latinoamericanas, no obstante el creciente proceso de urbanización.

La Iglesia misionera en la ciudad, no sólo se insertará para proclamar su Evangelio desde dentro, sino también se apropiará la vida urbana en toda su densidad, a fin de que su lenguaje salvífico lleve los acentos con los cuales pueda ser reconocido y acogido su mensaje.

b. Detectar las características antropológicas del hombre de la ciudad para buscar los cauces de su encuentro con el Evangelio

La pastoral urbana busca propiciar un encuentro del hombre con el Evangelio, desde su ambiente vital y su entorno cultural. Ello le va a implicar un paciente quehacer de aproximación antropológica que descubra los rasgos característicos que de hecho pueden favorecer o pueden entorpecer la marcha interior del hombre hacia Dios.

Se sabe que cada hombre tiene una forma original de ser y existir que le viene de su ubicación en el mundo y de las relaciones que establece con él. Emplea sus propios códigos de interpretación de la realidad que le hacen capaz de adquirir su cosmovisión particular. Reacciona peculiarmente a los estímulos que recibe. Todo hombre crea sus propias escalas de valores que se encuentran en la base de óptica ante la vida. El medio modela la existencia humana, dándole una fisonomía particular, pero el hombre también modela al medio, imprimiéndole su propia huella.

El hombre de la ciudad tiene su manera de ser y de existir; una manera urbana que lo identifica claramente y a la vez lo hace ser distinto. Posee, por tanto características antropológicas exclusivas que revelan su fisonomía "ciudadina".

Estas son algunas de las más sobresalientes:

De signo positivo

- Creativo
- Dinámico
- Con grados superiores de cultura
- Crítico e inconforme

- Exigente

De signo negativo

- Apresurado
- Ansioso y neurotizado
- Autosuficiente frente al hombre del campo
- Masificado y despersonalizado
- Con tendencia a conservar su anonimato

- Desinstalado
- Antitradicionalista
- Desmitificador
- Participativo
- De espíritu democrático
- De espíritu cosmopolita
- Multidependiente
- Con tendencia al individualismo
- Extrovertido
- Familiarmente desintegrado
- Dislocado psicológica, social y geográficamente

Estas y otras características que puedan encontrarse deben ser indicadores necesarios en una pastoral urbana que verdaderamente pretenda prestar al hombre un servicio pedagógico de acompañamiento en la realización de su proyecto como hombre que vive su fe en el corazón de la ciudad.

c. Aceptar los cuestionamientos que se plantean a la parroquia urbana en su quehacer de mediación pastoral

Como instancia y mediación pastoral la parroquia urbana necesariamente se ve conmovida por los factores que condicionan todo quehacer misionero de la Iglesia en la ciudad.

De estos factores condicionantes se desprenden, de hecho, muchos retos que van al mismo corazón de la parroquia urbana.

Estos son algunos sobresalientes:

■ “Quiérase o no, la parroquia sigue siendo una referencia importante para el pueblo cristiano, incluso para los no practicantes” (*Cat. Tradendae* No. 67). Las preguntas son ¿bajo qué condiciones? ¿qué calidad tiene esa referencia? ¿con qué frecuencia se hace? Debe decirse que a menudo apenas llega a ser microreferencia, pues hay en la ciudad otros polos que aglutinan porciones mucho mayores del tiempo, de la vida, y de las relaciones del hombre.

■ Cuando se ha producido el estallido territorial y poblacional que entorpece las relaciones interpersonales, elimina el control de la actividad humana y favorece el anonimato social, no es posible que la parroquia urbana continúe cerradamente estructurada a semejanza de la parroquia rural, con su territorio y su población correspondiente, sus relaciones primarias y su control de la totalidad de la actividad humana.

■ La ciudad se mueve por una filosofía de competencia como premisa de subsistencia. ¿Acepta la parroquia entrar en este juego nuevo de fuerzas sociales? ¿sabe y admite que su mensaje no es el único, que hay otros presentados con mejores medios? ¿admite que su lugar físico no es ni con mucho el mejor polo de atracción, de servicios, de encuentro, ni de relaciones?

Estos cuestionamientos ponen a la parroquia en la necesidad de profundizar el sentido más profundo de su presencia y de su ministerio pastoral, en la ciudad, por que no se trata únicamente de subsistir por inercia histórico jurídica, sino de ser fiel a la más pura esencia de la misión.

La catequesis y la pastoral de la ciudad

El horizonte de la pastoral urbana es construir el Reino de Dios en la ciudad desde la ciudad, con la ciudad, y para la ciudad. Este es el punto vital a donde convergen tanto las personas y las instituciones como los ministerios y los demás recursos con los cuales se edifica el Reino de Dios.

La ciudad como cuerpo vivo e indivisible, es convocada y está destinada al encuentro con el Dios que la salva, impulsando su idealismo interno para que realice su proyecto en la historia. Puesta al servicio de la ciudad, la Iglesia se pone en marcha con ella, le entrega toda la riqueza evangélica que posee en su interior y la acompaña pedagógicamente para el descubrimiento y el reconocimiento de la obra de Dios latente en las expectativas y en los horizontes de la

vida ciudadana. Por ello, la Iglesia pone en juego la gama de mediaciones pastorales a través de las cuales asume la vocación de la ciudad para hacerla participe del Reino.

El ministerio de la catequesis en la pastoral urbana se contempla como expresión y lenguaje profético del Pueblo de Dios, que se asocie profundamente al espacio y al tiempo de la urbe para impulsarla pedagógicamente hacia el Reino.

Como un quehacer específicamente profético ligado a la palabra, busca preferentemente diseñar un ideal de comunidad urbana que se ajuste a los postulados del Plan de Dios. La comunidad urbana es un cuerpo viviente que tiende a la madurez por la vía del crecimiento interno y de la respuesta a su propia vocación. Tiene un proyecto de vida que se articula en torno a expectativas, posibilidades y objetivos fundamentales.

La catequesis apoya ese proyecto de la ciudad, ofreciéndole la posibilidad de interiorizar y apropiarse los valores del Reino como base de su visión existencial. Le ofrece las propuestas de alternativas válidas para plasmar en la historia un proyecto humano que está profundamente emparentado con el ideal cristiano.

La tarea fundamental de la catequesis en la ciudad consistirá, por consiguiente, en la creación de condiciones que favorezcan la construcción de la comunidad urbana con un alma cristiana. La catequesis se constituye así en instancia de crecimiento que se une a las fuerzas diversas que edifican la urbe.

La catequesis desde la parroquia urbana en América Latina

La parroquia urbana de América Latina, en su desempeño por ser una alternativa válida para educar gradual y progresivamente la fe de los que a ella se refieren, se ve llamada a vivir unas *convicciones fundamentales* sin las

cuales su acción catequética podría ser intrascendente. Cada una de estas convicciones implicará consecuencias inevitables tanto en el orden de los valores pastorales que se asumen, como en el de las actitudes que se adoptan y, sobre todo, en el de la praxis que se lleva a cabo.

1a. Convicción

La parroquia urbana sólo podrá ser instancia válida y auténtica de educación de la fe, en la medida en que vea claramente su identidad y recupere su genuina vocación misionera. Ello ha de mover a los pastores a reflexionar teológicamente los rasgos de la imagen de parroquia en la ciudad y, además, las opciones pastorales coherentes con el nuevo ser parroquial que se descubra.

2a. Convicción

El signo más elocuente del empeño catequético de la parroquia urbana reside en la capacidad que tenga para ponerse al servicio de la acogida evangélica, del encuentro humano de la cordialidad; de las relaciones fraternas carentes de elitismos o clasismos; de la generosidad, de la justicia y del compromiso con los menos favorecidos. Será expresión evangélica en un mundo urbano que a menudo camina en dirección opuesta.

3a. Convicción

La catequesis será viable en la parroquia urbana cuando esta admita plenamente su nueva posición social y acepte entrar en el juego de un pluralismo irreversible, liberándose de actitudes y de hábitos pastorales provenientes de un contexto social monolítico, propio de las sociedades rurales. Las exigencias pastorales más evidentes que de aquí se desprenderán son: apertura crítica, discernimiento clarividente y el anuncio profético, a veces convertido en denuncia, todo ello inspirado en los valores esenciales del Evangelio, como pauta que da originalidad cristiana a nivel de individuos y de instituciones.

4a. Convicción

La catequesis será expresión profética y contemporánea de la vocación misionera de la Iglesia cuando la parroquia en la ciudad esté dispuesta a asociarse al ritmo de vida presente en el mundo urbano. De otro modo se verá siempre como desfasada.

La urgencia que se impone desde esta convicción es la de investigar en la nueva concepción del tiempo que tienen los habitantes de la urbe, a menudo diametralmente opuesta a los medios no urbanos. Ello pedirá frecuentemente cambiar la perspectiva de la organización parroquial y de los servicios que en ella prestan.

5a. Convicción

La parroquia urbana será educadora de la fe siempre que trate de moverse en una búsqueda permanente que le permita no absolutizar lo relativo, universalizar lo particular ni dogmatizar lo oponible. La actitud de búsqueda –no la búsqueda por sí misma– es resultante del dinamismo humano que hoy se vive y practica. La búsqueda lleva al re-chazo de una concepción estática de la vida y, sobre todo, a una incesante creatividad. Por ello en la parroquia urbana será imposible catequizar si sus estructuras y sus personas, sus servicios y demás recursos no se encausan por la vía de la creatividad. Porque en una sociedad marcada por el dinamismo creador y la mutación continua, la parroquia puede verse sin futuro misionero si se aferra a formas pastorales que se consideran inmutables.

6a. Convicción

Una parroquia que quiera catequizar y evangelizar “no de manera decorativa, como barniz superficial, sino de modo vital, en profundidad y hasta las mismas raíces”, (E N 20) necesitará estar atenta al entorno para aprender a leer los signos de la comunicación urbana, de la relación interpersonal y de la presencia o de la ausencia de Dios, a fin de revelar allí el sentido más hondo de la vida.

No se puede olvidar particularmente en las ciudades latinoamericanas la coexistencia de las expresiones de religiosidad popular con los signos emergentes de la cultura urbana secularizante, lo cual obliga a una delicada tarea de discernimiento para la incorporación de estas expresiones en el quehacer de la educación de la fe.

7a. Convicción

La evangelización y la catequesis en la parroquia urbana sólo obtendrán una irradiación amplia y profunda en la ciudad cuando exista el pleno reconocimiento del papel de los laicos en la Iglesia y se susciten ministerios laicales diversificados. Esto no sólo como táctica pastoral obligada por las circunstancias (exceso de trabajo, escasez de personal apostólico, democratización de las relaciones urbanas...) sino por convicción profundamente eclesial.

8a. Convicción

La parroquia urbana, más allá de sus límites territoriales y de sus imperativos jurídicos, se enclava en la ciudad como ente vivo que constituye un todo social. La catequesis que desde allí se irradie deberá lanzar a los cristianos a hacerse responsables de su ciudad, a realizar su proyecto de vida en la convivencia que implica el ejercicio de virtudes sociales fundamentales, como el respeto, la colaboración, la participación corresponsable, etc.

9a. Convicción

La catequesis en cada parroquia urbana aisladamente considerada, no podrá ser respuesta a muchas expectativas y necesidades si no abre su horizonte a otras comunidades parroquiales u organismos colegiados que buscan substancialmente los mismos objetivos. Esto exigirá trabajar con mentalidad de equipo, planear en conjunto, ejercitarse en el ministerio de la coordinación y optar por la organicidad pastoral. Todo ello puede y deberá desembocar de hecho en un compromiso supraparroquial que libere a la parroquia de su tendencia a la autarquía y a la autosuficiencia.

3. La liturgia en la pastoral urbana

La liturgia y sus objetivos

"La liturgia como acción de Cristo y de la Iglesia es el ejercicio del Sacerdocio de Jesucristo" (SC 7) y por eso mismo "cumbre y fuente de la vida de la Iglesia" (SC 10).

Puebla añade:

"La liturgia es también fuerza en el peregrinar, a fin de llevar a cabo, el compromiso transformador de la vida, la realización plena del Reino, según el plan de Dios" (DP 918).

Por la celebración de la Liturgia, en especial por la Eucaristía, las personas participan de la alianza del Señor (GS 92). La participación en el ministerio de la Liturgia "es prenda de esperanza y el viático en el caminar de cada día" (GS 38), "es la fuente de la vida de la Iglesia" (PC 15); así mismo, la Eucaristía, eje de toda la Liturgia es fuente "de la vida cristiana y de toda la evangelización" (PO 5).

La celebración de los misterios, pues, debe llevar al hombre de todos los tiempos a encontrar respuesta a su deseo íntimo de comunión y unidad conforme dispuso el mismo Señor; "ellos santifican y salvan a los hombres, no simplemente sin ninguna conexión de unos con otros, sino en comunión con todos" (L.G 9;GS 32; AG2,18).

Cristo realiza su obra salvífica para la *vida del mundo*. La celebración de ese misterio en la Liturgia es para que los cristianos obtengan la vida de Cristo y se pongan ellos mismos al servicio del hombre para que completen en sí la obra de Cristo, constituyendo un mundo nuevo. (Cf. JO 6,51; *Oct. Adv.* 36,43,45; Medellín 11,18,10; DP 316s; 320).

Todo el misterio de Cristo es para que la humanidad sea *liberada* de su condición de pecado y participe de la

vida de Dios (*Evang. Test.* 18; *Oct Adv.* 15, 47; 38; Medellín 9, 14; DP 470s; 491s). Cristo se entrega y vive su hora, para que “todos sean uno con el Padre”. La celebración de este misterio asume un compromiso de llevar a los hombres a vivir la unidad y a construir un mundo más fraterno (JO 15; *Evang. Test.* 18,19; *Oct. Adv.* 7; *Ench Myst.* 6,7,18; Medellín 9,12; DP 212 o 215).

Por lo tanto, toda celebración litúrgica, y en especial la Eucaristía, incluye un compromiso –ya sea de parte de los cristianos que participan, ya sea de parte de los que presiden la celebración- de crear condiciones para que se viva y se testimonie la consagración a Cristo y a la causa del Reino que debe realizarse entre los hombres (*Oct. Adv.* 46; *Nostrae Aet.* 5; Medellín 10,12; 8, 10; 9, 3.7).

Para que eso sea una realidad visible los cristianos deben ser movilizados a reunirse en comunidades vivas y convertirse en signo y fermento de la unidad que el mundo tanto necesita, sobre todo actualmente en nuestras ciudades donde hay dispersión, soledad, angustia y búsqueda de comunión (*Evang. Test.* 38,39; *Euch. Myst* 18; Medellín 6,9.13; 9, 3; 15,6; DP *passim*).

La liturgia en las condiciones urbanas

Las condiciones particulares de la ciudad exigen una reevaluación profunda del modo de celebrar la Liturgia para que se responda a su naturaleza propia y comunique al hombre, en tales situaciones, su fuerza y su gracia.

La primera observación que hacemos es que en el contexto urbano el ambiente no se identifica con la relativamente, segura estabilidad de valores mantenidos por las comunidades rurales. La misma forma de celebrar la Liturgia, en el aislamiento rural, única y sin modelos de comparación, sufre en la ciudad una confrontación.

Si frente a ciertos cambios en la forma de celebración la gente se admira, fácilmente se responde que hay cambios porque ya los vieron en experiencias anteriores; por ejemplo, el cambio del latín a la lengua vernácula o la comunión de pie. Lo grave es cuando la confrontación se da en términos de mensaje. Por eso, una primera exigencia de la Liturgia es tratar de no crear en la conciencia de los cristianos una suerte de relativismo. Es decir, si la escala de valores es puesta en cuestión por el contexto urbano y además la misma Iglesia no ofrece unidad en su mensaje, las personas entran en una relatividad absoluta, incluso en cuestiones de fe.

Eso significa que la posibilidad de oír el mensaje desde varias fuentes –lo que no era posible en el ambiente rural– pide que los ministros tengan mayor unidad de criterios.

Otro cambio significativo es que la comunidad humana, en el medio rural, preexiste al hecho de la asamblea litúrgica. Aunque la suposición de que haya coincidencia entre la comunidad humana y la cristiana pueda ser cuestionada, el párroco sabe que conoce su gente y este es el público que se reúne para celebrar la Eucaristía o viene a pedir los otros sacramentos. Para el párroco los feligreses de su parroquia son los fieles de su Misa y de su atención sacramental.

Las Comunidades Eclesiales de Base han puesto un desafío a esa uniformidad en la celebración de la Liturgia. Por la misma iniciación cristiana, los grupos de las CEB empezaron a exigir un tipo de celebración más adecuado a sus situaciones peculiares “la Liturgia debe expresar la vida de la comunidad”; “debemos celebrar la vida”; la celebración debe asumir los hechos de la vida”, se dice.

Eso dió origen a dos problemas o tensiones. Para unos, la Liturgia estereotipo no responde a la realidad de la vida, para otros la Liturgia debe obedecer al ritmo y a las circunstancias de la vivencia del grupo humano con el cual se celebra.

En la situación urbana ni el uno ni el otro tipo son posibles porque la diversidad de las categorías de cristianos que se reúnen para las celebraciones hace que cada uno tenga sus exigencias y tanto una liturgia "standard" como otra "variable" no satisfacen.

Todo esto nos lleva a recordar que la Liturgia ni es fría e invariable, ni se hace al gusto de cada grupo humano. La naturaleza eclesial de la Liturgia es tal que las comunidades pueden recibir alimento para sus vidas, por más diversificadas que sean.

La Liturgia se caracteriza menos por la comunidad humana preexistente y más por las características cristianas de las personas que se reúnen. Si en el contexto rural o en la CEB el aspecto prioritario podría ser el socio-cultural, la asamblea urbana está caracterizada por la especificidad de *una misma fe*. Saber que los feligreses, con experiencias humanas muy diferentes, se reúnen en la misma fe es el elemento comunitario y eclesial que está en la base de celebración. Pero eso no es suficiente; para responder mejor a las diversas experiencias humanas y a las exigencias de orientación adecuada para la vida cristiana, es posible pensar que la celebración en la ciudad debe ser diversificada y ofrecer posibilidades de elección.

Pastoralmente, las celebraciones especializadas (niños, jóvenes, obreros, profesionales, universitarios...) deben constituir un sector de la atención pastoral en la ciudad que no siempre la misma Parroquia podrá atender.

No se trata de hacer grupos simplemente por hacerlos; se han de tener en cuenta las características propias de cada grupo y ofrecerle la posibilidad de una participación de acuerdo con la edad o condición y con el progreso personal y grupal.

Por ejemplo, los niños merecen especial atención. El mismo Directorio para misas con los niños (n.9) dice explícitamente:

"los educadores han de tender a que los niños adquieran también una, experiencia, de acuerdo con su edad y con su progreso personal, de los valores humanos subyacentes en la celebración Eucarística, tales como la acción comunitaria, el saludo, la capacidad de escuchar y también de pedir y otorgar perdón, la expresión de agradecimiento, la experiencia de las acciones simbólicas, del banquete fraternal, de la celebración festiva".

Fácilmente se deduce que hay exigencias muy propias para esas celebraciones especializadas y que no todos los sacerdotes tienen cualidades polifacéticas. Lo cual requiere que se establezcan acuerdos entre las Parroquias vecinas para que puedan ofrecer servicios dignos y que respondan a esa variedad de situaciones. En la ciudad, esa colaboración para ofrecer un mejor servicio es exigida por los grupos urbanos diferentes y es posible por las condiciones que ofrece la ciudad.

En la Parroquia, la ciudad pide que se tenga en cuenta las características de cada asamblea. Así por ejemplo, la proporción entre los feligreses estables en cada asamblea y los transeúntes determinarán una serie de adaptaciones pedagógicas. Hay asambleas de barrios donde la mayor parte de los fieles es bastante estable en su asistencia al templo parroquial, pero no siempre constituyen una comunidad de personas conocidas (barrios nuevos, movilidad residencial...). La celebración litúrgica tendrá que esforzarse por crear elementos de comunidad en todas las dimensiones. La atención a los que llegan o parten y a los que vienen para quedarse es tarea primordial de la asamblea.

También puede acontecer que las asambleas tengan como fisonomía propia una proporción muy pequeña de feligreses asiduos y un número considerable de transeúntes (Iglesias con parqueadero, con muchos horarios de celebraciones, al lado de carreteras de salida y acceso a la ciudad...).

En este caso es necesario que el *ministerio de la acogida* tenga importancia con el fin de evitar el total anonimato de los participantes.

Particular responsabilidad compete al núcleo estable que, con el párroco constituyen "los dueños de la casa" para recibir y ayudar al visitante que es hermano y pide ser recibido a la mesa común.

Los cantos, las moniciones, la acogida, la motivación a participar, la invitación a ejercer algún ministerio, en fin, todas las intervenciones del equipo de celebración asumen importancia decisiva ya que pueden favorecer un clima de celebración, el deseo de volver a estabilizarse como miembro de esa asamblea, motivar a formar parte de una comunidad cristiana o, al contrario, pueden dar la impresión de que es lo mismo ser asiduos a una comunidad o integrarse anónima y ocasionalmente no importa donde. La Parroquia que ofrece el testimonio de un núcleo comunitario activo, consciente y acogedor está revelando la dimensión comunitaria de la Iglesia y de la Liturgia en especial.

En la medida que las personas integren y se sientan miembros de una determinada asamblea, especialmente si se les confía alguna tarea en la comunidad, se pueden presentar algunas cuestiones: la primera Comunión de los niños, el bautismo, el entierro, y el matrimonio...¿dónde lo celebrarán? ¿será oportuno seguir exigiendo la celebración de estos actos en la parroquia territorial, con la cual no tienen contacto, o en la comunidad de la cual hacen parte, donde se alimentan espiritualmente y se sienten que crece su vida eclesial? Parece que lo normal será vivir la vida eclesial y sacramental en su integridad en aquella comunidad que se constituye como parroquia por elección, pues allí están los hermanos con quien se suele compartir la vida eclesial.

Pero todo eso, en la ciudad, tiene que ser reglamentado por orientaciones diocesanas muy claras para que los

párrocos colaboren y no se sientan defraudados por los feligreses que adopten tales criterios.

Particular y grave problema en la pastoral urbana pueden constituir las iglesias ubicadas en el centro (o centros) de la ciudad. Al mismo tiempo que pueden ser un motor en la Pastoral Litúrgica, también pueden entorpecer la puesta en práctica de muchas normas parroquiales.

De hecho, muchos servicios culturales se buscan en esos templos por la comodidad que ofrecen los horarios y la posibilidad de participación por parte de las personas que pasan largo espacio de su tiempo en el centro.

La inobservancia de las normas pastorales con relación a matrimonios, misas, confesiones; la falta de acogida adecuada para la constitución de asambleas, la aparición de comercio-cultural, la multiplicidad de horarios de celebraciones para responder a las demandas, son factores entre otros que pueden desfigurar la dignidad de la Liturgia y prestar un mal servicio a la pastoral de conjunto en una ciudad.

Las celebraciones en estos lugares deberán ser ejemplares y modelos educativos para fieles provenientes de los demás lugares de la gran ciudad. En verdad, por los centros de la gran ciudad pasan fieles de todos sus ángulos.

Es también cierto que este es un problema de difícil solución para los Obispos.

El ofrecimiento de buenos servicios, sobre todo litúrgicos en los centros de las grandes urbes es un gran paso en la pastoral de las ciudades.

Otros aspectos de la pastoral litúrgica sacramental

El sacramento de la *penitencia* se enfrenta a dificultades especiales; claro que no solo en la ciudad.

Enumeramos, en general, el problema de la disponibilidad de los pastores, de los horarios y lugares preestablecidos para atender a éste sacramento; la necesaria preparación y actualización de los confesores para enfrentarse a situaciones nuevas y de no fácil solución; la necesidad de educación –y reeducación– de la conciencia cristiana frente a los desafíos y valores o contravalores de hoy.

Es indispensable proveer lugares de fácil acceso y con horarios adecuados para que, con frecuencia, los cristianos puedan recurrir a éste sacramento. Lugares especiales, distribuidos en los sectores de mayor paso de transeúntes y con confesores disponibles, inclusive en horarios nocturnos, parecen ser una solicitud importante de la pastoral urbana.

Debe darse atención especial a las celebraciones especiales, oportunamente preparadas para el contexto urbano. Bien celebradas pueden ser ocasión para que muchos vuelvan afectivamente a ese don que el Señor ha hecho a su Iglesia.

Las celebraciones presentarán la Palabra de Dios como criterio último y seguro para vivir la fe comprometida con las realidades de la vida, para enfrentarse sin prejuicios ni laxismos a toda especie de situaciones, muchas veces insólitas con las cuales cada uno se encuentra diariamente.

La asistencia Pastoral *a los enfermos* puede constituirse, en la ciudad, en un delicado problema. En el ambiente rural toda la Parroquia constituía una familia y el párroco fácilmente podría ser llamado. En la ciudad, la vida del párroco es programada y a veces con compromisos preestablecidos. Además, las personas no son conocidas. Todo eso dificulta una atención personal a los enfermos.

En primer lugar es necesario una conciencia muy clara del valor sacramental y pastoral del sacramento de los

enfermos; es primordial no restarle la importancia que en verdad tiene.

Por otro lado, es importante educar a los cristianos sobre la necesidad de prever. La celebración comunitaria del sacramento de los enfermos puede quitar mucho del sentido "dramático" que se ha dado a éste sacramento, de manera que los cristianos acostumbren a llamar a tiempo al sacerdote y éste pueda planear su visita durante el día.

No siempre las clínicas en que yacen los enfermos de la parroquia son accesibles en la ciudad. Los laicos pueden y deben prestar en este campo una muy valiosa colaboración.

La predicación homilética nos exige unas breves observaciones.

En primer lugar, los oyentes de la ciudad pueden hacer muchas comparaciones: el domingo anterior escuchaban la homilía en la parroquia vecina a ésta en que hoy se escucha; el próximo domingo podrán oírla en otra distinta. Es obvio que por los menos la unidad de criterios en la presentación de las homilías constituya un requisito indispensable en la ciudad.

En segundo lugar, cada sacerdote que celebra debe suponer que está alimentando la fe y su crecimiento en fieles de otras parroquias. La importancia de los textos bíblicos es, pues, de prioridad absoluta.

Finalmente, habiendo hoy diversos canales de transmisión de muchos mensajes, se exige del sacerdote urbano preparación y renovación que le pongan al día su manera de presentar la Palabra de Dios, en su contenido y en su lenguaje.

Ver "Celebrar la Eucaristía" Documentos CELAM 1

La invasión *de signos* que sufre el hombre urbano le hace incapaz de recibirlos concientemente. Más bien actúan en el subconciencia de cada uno como poder que domina sin que se tenga conciencia de ello. La percepción del hombre de la ciudad con relación a los signos ha cambiado y quizá la sensibilidad no es la misma.

La religiosidad popular, cultivada de modo tradicional y fiel en el contexto rural, sin dejar de ser importante para el hombre de la ciudad, recibe el impacto del cambio. Se puede afirmar que muchos signos de tal religiosidad son conservados en la ciudad; otros signos entran a formar parte del alma religiosa. Pareciera que la ciudad está creando su religiosidad popular, nuevos modelos de expresiones religiosas, con sus símbolos propios. Es necesario que los pastores estén atentos a esta transformaciones. De todos modos la pastoral urbana no puede eliminar las expresiones de la religiosidad popular, bajo ningún pretexto so pena de quitar a la gente una manifestación de pertenencia que le es muy querida. El intercambio, el diálogo, la observación, dictarán las maneras concretas de promover manifestaciones que integren al hombre de la ciudad en sus tradiciones religiosas.

La inmediata preparación para la recepción de los sacramentos puede y debe ser un momento privilegiado para sensibilizar a la gente frente a los símbolos de la vida cristiana. Este imperativo de la pastoral no obedece solamente al necesario crecimiento sino que también se relaciona con algo nuevo. El ambiente rural se encarga de mantener un profundo sentimiento de fe y de pertenencia a la Iglesia aún cuando la educación personal no llegará a constituirse como convicción personal, consciente; en la realidad urbana, la fe y la pertenencia son actos personales o corren el riesgo de deshacerse. Los "soportes sociales" de la fe en la ciudad fácilmente se quiebran.

En este campo de la preparación inmediata, la colaboración colegiada permitirá también diversificarla en ni-

veles específicos conforme a las categorías de personas que reciben dicha iniciación. No es lo mismo preparar para el matrimonio a un grupo de parejas universitarios o iniciar a personas que tienen una cultura muy popular, preparar el bautismo de niños cuyos padres conservan la fe y atender casos de adultos que recién descubren la Iglesia.

Aún manteniendo las propias funciones parroquiales, las parroquias vecinas entre sí tendrán que favorecer la cooperación con el fin de ofrecer servicios especializados y con métodos que correspondan a la sensibilidad de las personas de la ciudad.

Además, esta colaboración pastoral ayudará a superar las tensiones que pueden surgir entre las parroquias atendidas por varios religiosos y otras donde un único párroco debe hacer frente a tareas diversificadas. El intercambio de personas para atender al pueblo es una necesidad que debe llevar a la superación de muchos egoísmos y aislamientos.

Por cierto, eso encontrará una dificultad que necesita reglamentación especial para no bloquear la acción pastoral: el aspecto económico. El compartir evangélico tendrá que superar tensiones cuyas víctimas son las personas que piden y tienen derecho a un servicio desinteresado. La sola apariencia de la comercialización en lo litúrgico es sobremanera escandalosa.

La renovación conciliar y la misma dignidad de las acciones litúrgicas piden a los ministros sagrados un cambio de *actitud en celebraciones*. Es lamentable que se cambien los libros rituales y el misal sin renovarse en la manera de celebrar. Además de los motivos intrínsecos de la liturgia y a los tiempos que vivimos, en el contexto urbano pueden presentarse otras motivaciones que reclaman que los sacerdotes reciban una auténtica reeducación en su manera de presidir las celebraciones. Al considerar la

manera de celebrar, el párroco único de un pueblo es personaje integrado en la comunidad humana y, por tanto, es conocido por las personas que acuden al templo. Aunque tenga sus defectos en la celebración, es querido por otros motivos y eso lleva al pueblo a disculpar fallas humanas compensadas por otras cualidades.

Pero en la ciudad el sacerdote es para la mayoría, un ilustre desconocido que actúa como hombre público. El se presenta al público en el altar y desde ahí podrá establecer relaciones personales o no. La imagen que se da en el altar puede ser decisiva para la definición del concepto que se tiene de un sacerdote.

Difícilmente las personas disculpan a un desconocido. La respuesta normal será evitar tal templo, tal parroquia, tal horario de misa, porque determinado sacerdote no ofreció un servicio digno como lo esperaban, y buscar otro lugar con ministros que respondan a sus aspiraciones.

Los sistemas sofisticados (TV por ejemplo) por los cuales la gente ciudadana recibe la comunicación en la ciudad –o desde la ciudad– exigen mejorar la presentación de los signos litúrgicos y la actuación en las celebraciones.

La Diócesis urbana que no tomaran en consideración los *Medios de Comunicación Social* (MCS) cierta ente estaría ignorando la misma estructura de la ciudad y su influencia en la realidad moderna. Una celebración por televisión, por ejemplo, puede significar, en términos numéricos, el equivalente a toda la población que acude a los templos de la diócesis. Además, la manera como llega a los telespectadores corresponde a la sensibilidad del público y permite comentarios que normalmente no salen en las celebraciones culturales del templo. Lo mismo se puede decir de las emisiones radiales.

Infelizmente, no se ha creado un tipo de Liturgia de los MCS. Es decir, se reproducen las celebraciones del

templo, sin tomar en consideración el lenguaje propio de éstos medios. Sobre todo la radio muchas veces reproduce programas de mala calidad que afirman su carácter desde lo "religioso" y no desde el medio de comunicación que tiene exigencias específicas. Otras veces se cometen serios errores no solamente en términos de comunicación –celebrando misa *en* la radio y no *de* radio, con su lenguaje propio–, transmitiendo celebraciones que no observan los aspectos de la renovación litúrgica, donde el mismo sacerdote hace todas las lecturas, entona (o desentona) los cantos y ejerce las funciones de todos los ministros.

Además, la celebración por los medios de comunicación tiene que ser algo asumido por la diócesis, dentro de un plano orgánico porque de hecho llega a toda la población de las mas diferentes parroquias. El cuidado con las celebraciones por los MCS pueden ser un método pedagógico de gran fuerza educativa para los fieles de toda la ciudad⁴⁷.

Finalmente hace falta descubrir el *carácter festivo* de toda liturgia. El encuentro en la familia del Padre, reunida por el Espíritu en Jesucristo, no puede ser un clima de tensiones, anonimato, indiferencia... La alegría, el aliento de la esperanza, la profundización en la comunicación de bienes espirituales y materiales, la formación de la comunidad, son perspectivas de las celebraciones litúrgicas.

Crear un clima de alegría, de mutua acogida, de deseo de colaborar en la construcción de una ciudad más humana, del afianzamiento de la vida familiar tan dividida por la responsabilidades que la ciudad impone... son dimensiones que una liturgia celebrada rutinariamente no hace descubrir.

Las celebraciones deben constituir momentos en que el hombre de la ciudad pueda encontrarse consigo mis-

⁴⁷ (Véase al respecto Liturgia en radio y en televisión.

mo, con sus hermanos y con Dios de manera feliz y serena, alegre y tranquila, momentos en que todos puedan reanimarse en la esperanza de la realización del Reino en nuestras ciudades, que necesitan ser lugar de salvación y no de deshumanización y desesperanza.

APÉNDICE B

PASTORAL DE LA METRÓPOLI

**Encuentro de Obispos de las Grandes
Ciudades Latinoamericanas,
Lima, 6 a 12 septiembre 1982**

PRESENTACIÓN

Las concentraciones humanas de las grandes ciudades, con su variada gama de problemas, constituyen uno de los retos más serios para la pastoral de la Iglesia.

El CELAM quiso ofrecer a los Obispos latinoamericanos una colaboración sobre el tema. Eso pretendió ser el breve texto publicado en 1981, con el No. 51 de las ediciones del CELAM*. Al final de su introducción se decía que pretendía "prestar una ayuda para la preparación de un Encuentro que este Secretariado desea realizar en 1982 con los Pastores de las capitales nacionales y de la arquidiócesis o diócesis cuyas sedes episcopales cuentan con más de un millón de habitantes. Dicho encuentro versaría sobre aspectos pastorales de las grandes ciudades".

Pues bien, en Lima y coincidiendo con la celebración del Cuarto Centenario del importante Tercer Sínodo convocado por el admirable Santo Toribio de Mogrovejo, se realizó en septiembre de este año el encuentro con Obispos titulares de sedes cuya población sobrepasa el millón de habitantes.

* Apéndice 2: Pastoral y parroquia en la ciudad

Se quiso que los Pastores tuvieran amplio margen para el diálogo y la discusión; por eso, solamente fueron tres las exposiciones: la primera sobre la naturaleza y características de la ciudad, la segunda acerca de la pastoral urbana vista desde Puebla y finalmente la tercera versó sobre la planificación pastoral.

Considerando que lo que importaba ante todo era lo que los mismos Pastores fueron elaborando durante esos días, en este volumen van en primer lugar las "Consideraciones Pastorales" y luego las ponencias. Las primeras constituyen el verdadero fruto del encuentro.

La lectura del presente texto debiera ir acompañada con la del anterior, arriba citado, sobre "Pastoral y Parroquia en la ciudad".

Sólo nos resta desear que el Señor haga útiles estos aportes, para bien de nuestra amada Iglesia en América Latina.

+ Antonio Quarracino
Secretario General del CELAM 1982

CONSIDERACIONES PASTORALES

1. Introducción

1. La ciudad es uno de los fenómenos más importantes en nuestro mundo moderno y especialmente en América Latina. Prescindiendo de las causas de dicho fenómeno, es necesario admitir que se trata de una realidad humana muy compleja con una serie de aspectos positivos y negativos.

Entre los primeros podemos anotar que la ciudad posibilita una convivencia humana más rica y libre, desarrolla nuevos horizontes culturales y se convierte en motor de una nueva civilización (Puebla 429).

Entre los segundos recordamos el peligro de un proceso deshumanizante que puede derivarse de muchos factores y expresarse de diferentes maneras (Puebla 430).

2. Dado que la ciudad implica grandes concentraciones humanas, cambios en las formas culturales y en la mentalidad de un mundo urbano muy diversificado, a la Iglesia se le presenta en las grandes urbes modernas un serio desafío pastoral para su acción evangelizadora.

3. Por este motivo, pastores de grandes ciudades latinoamericanas, convocados por el CELAM, nos reunimos para reflexionar sobre el tema de la pastoral urbana en nuestro continente.

Queremos compartir fraternalmente las sencillas consideraciones pastorales que elaboramos durante el encuentro, con la esperanza de que el espíritu del Señor las haga útiles y fecundas.

2. Algunos problemas de la metrópolis de América Latina

4. Es evidente el gran crecimiento demográfico de nuestras ciudades; en ellas son elevados los porcentajes de

niñez y juventud, y amplios los sectores de barrios marginados que contrastan con el lujo de otros.

5. De los pobres de la ciudad, muchos son inmigrantes de zonas rurales y de otros ambientes que buscan en las urbes soluciones para su pobreza. Con frecuencia por el fenómeno de la desocupación y la carencia de vivienda, se establecen en zonas marginales. Esto origina una población desarraigada con múltiples problemas para su desarrollo integral.

6. En la gran ciudad se reflejan los aspectos positivos y negativos de un país o de una zona. A propósito, conviene recordar aquí las palabras de Puebla:

"Al analizar más a fondo tal situación descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas aunque haya también otras causas de la miseria. Estados internos de nuestros países que encuentra en muchos casos su origen y apoyo en mecanismo que, por encontrarse impregnados, no de un auténtico humanismo sino de materialismo, producen a nivel internacional, cada vez más ricos a costa de pobres" (Puebla 30).

7. En nuestras ciudades, aunque no se reducen, a su ámbito, advertimos, entre otros, dos fenómenos que preocupan a la Iglesia: las campañas antinatalistas y la invasión de las sectas, especialmente en las zonas marginales; lo último causa por lo menos, un gran desconcierto en la población católica. Este fenómeno suele hacerse más agudo en los lugares a los que no llega una presencia pastoral viva de la Iglesia.

8. Los factores negativos de la ciudad pueden dar origen a dos peligros que amenazan a la comunidad urbana: la pérdida sensible de la fe y la aparición de graves

enfrentamientos sociales que pueden evolucionar hacia formas violentas.

9. Siendo consciente de la unidad de la ciudad y de la interrelación de sus problemas, creemos que solamente una pastoral orgánica puede responder a los desafíos de la metrópoli. Pero una pastoral de tal naturaleza implica necesariamente la unidad de la Iglesia urbana.

3. Unidad de la Iglesia local urbana

10. La unidad es fundamental tanto para la autenticidad como para la eficacia de la acción evangelizadora de la Iglesia en la metrópoli. Urge promoverla, animarla y defenderla.

Para ello sugerimos:

11. Promover la unificación de criterios de acción pastoral de los sacerdotes, mediante la organización de la formación permanente, tanto en lo doctrinal como en lo pastoral y espiritual; crear comisiones de teología o comisiones doctrinales que preserven la ortodoxia de la fe en los fieles y orienten y animen la actualización del clero que trabaja en la ciudad; extender la formación permanente a los religiosos y las religiosas.

12. Animar con particular cuidado la preparación de los futuros sacerdotes, procurando que reciban una formación sistemática y global en los aspectos doctrinales. La especialización en Facultades debe ser posterior a la formación básica y global. Los formadores han de tener una preparación lo más completa y adecuada posible.

13. Promover la conveniente formación doctrinal y espiritual de los laicos en general y de los catequistas en particular.

14. Cuidar especialmente la celebración litúrgica en la metrópoli y propiciar la convergencia de las grandes líneas de la predicación dominical.

15. Dar relieve, en función de la unidad, a ciertas celebraciones litúrgicas durante el año y a otras manifestaciones masivas de fe en las que se exprese visiblemente y ante la ciudad, la comunión de la Iglesia local. (Piénsese en la festividad del *Corpus Christi*, la Misa Crismal, las fiestas patronales, etc.).

16. El servicio a los pobres debe ser motivo de unidad en la Iglesia local. Para esto, ayudará la creación de un secretariado diocesano de pastoral social, debidamente planificado, que detecte los problemas sociales de las ciudades; cree conciencia sobre dichos problemas sociales ante la autoridad y la opinión pública; se interese por la formación de los fieles en la doctrina social de la Iglesia y oriente acciones de promoción humana en los barrios pobres.

17. La unidad en este aspecto requiere una permanente toma de conciencia entre los Obispos, sacerdotes y laicos, sobre la realidad de la pobreza y sus causas en los distintos sectores de la ciudad.

4. La organización de la Iglesia local urbana

18. La organización de la pastoral en la metrópoli encuentra en la planeación pastoral un instrumento especial. Por medio de ella es posible responder con cierta prospectiva a los desafíos que la ciudad presenta a la evangelización, dar unidad a la acción pastoral, desencadenar procesos de participación en el interior de la Iglesia y aprovechar racionalmente los recursos humanos y materiales.

19. La naturaleza misma de la ciudad, con su unidad urbana y política, parece postular que para lograr la unidad y mayor eficacia pastoral constituya una sola dióce-

sis. De otra manera es muy posible que la pastoral quede debilitada en su acción sobre el conjunto de la ciudad y pueda crearse la confusión de los fieles ante la diversidad de criterios pastorales dentro de la misma urbe.

20. La unidad se fortalece con la integración de vicariatos pastorales, funcionales y/o zonales, según las necesidades propias de cada ciudad.

21. En orden a una mayor corresponsabilidad, se ve la necesidad de la promoción de los distintos consejos: pastoral, presbiteral, de laicos, de religiosos, etc. Los consejos centrales tendrán su correspondencia en los niveles inferiores (decanatos, parroquias, etc.) en que se encuentre organizada la ciudad. Reafirmamos la vigencia de la parroquia en la ciudad y creemos necesaria su renovación. Será menester buscar formas apropiadas para hacer llegar su acción a los distintos grupos que constituyen las metrópolis. Recordamos, entre otras cosas, la integración en la organización parroquial de diversos consejos; la coordinación de las actividades, la relación apostólica con otras parroquias; la creación de nuevas parroquias territoriales, teniendo en cuenta la expansión de las ciudades, y el establecimiento de parroquias personales cuando la necesidad lo exija.

23. Dada la validez apostólica de las comunidades eclesiales de base en la metrópoli, recordamos que ellas deben estar en íntima relación con la parroquia "centro de promoción y de servicios que las comunidades menores no pueden asegurar" (Puebla 650).

24. Los movimientos apostólicos están llamados a prestar un servicio particularmente importante en la evangelización de la ciudad. Creemos que deben ser promovidos vigorosamente los movimientos especializados de obreros, estudiantes, intelectuales, etc.

25. La coordinación de los diversos movimientos apostólicos en la ciudad y con cada una de las parroquias re-

quiere especial cuidado. Los decanatos pueden prestar un servicio eficaz en dicha coordinación.

5. Algunos agentes de la pastoral urbana

El sacerdote en la ciudad

26. Entre las características que deben distinguir al sacerdote de la ciudad señalamos las siguientes.

A imagen de Cristo-cabeza, debe ser centro de unidad que promueva las iniciativas en orden a la construcción de las comunidades cristianas que tienen como raíz y quicio la palabra y la Eucaristía.

27. Ha de unir íntimamente en su persona el ministerio sacerdotal con el servicio preferente a los más necesitados.

28. Será capaz de integrar a los laicos en la pastoral urbana tanto en el nivel de la acción misionera como en el de su compromiso en la construcción de la ciudad.

29. Sabrá integrar su ministerio a la pastoral diocesana y estará abierto a las actividades pastorales de carácter funcional.

Los religiosos en la pastoral urbana

30. Respecto a los religiosos en la pastoral urbana, expresamos nuestro deseo de que estén presentes en los distintos organismos pastorales. Se debe promover su carisma propio en la gran ciudad y, teniendo en cuenta en muchos casos su preparación específica será conveniente y útil que sirvan en las diversas áreas de la pastoral ambiental de la metrópoli.

31. Dejamos constancia de nuestra gratitud por el valioso aporte de los religiosos en la pastoral parroquial de la ciudad.

Integración de los laicos en la pastoral urbana

32. Acentuamos los siguientes aspectos: la importancia del laicado en la construcción de la Iglesia en la gran ciudad por medio de los movimientos apostólicos y por muchas otras formas que, en conexión con la parroquia suscita permanentemente el Espíritu; la vinculación a la acción eclesial, tanto por los Ministerios a ellos encomendados en el interior de la Iglesia como por la presencia comprometida en las realidades temporales, entre las cuales subrayamos la importancia de la actividad evangelizadora en los medios de comunicación social.

33. Para la eficaz integración de los laicos en la pastoral urbana se requiere un cuidado especial en su formación, si es posible en institutos especializados. Recordamos que la formación política de los cristianos tiene hoy una singular importancia; para ello, será necesario tener en cuenta la capacitación de asesores en la doctrina social de la Iglesia.

La pastoral vocacional

34. La pastoral vocacional en la gran ciudad deberá tener en cuenta los siguientes aspectos; la promoción de los movimientos de acción pastoral de laicos en las parroquias porque su formación y su acompañamiento son fuente rica de vocaciones; la creación de equipos de pastoral vocacional que actúen en parroquias, colegios y medios universitarios. Sacerdotes, religiosas y laicos integrarán esos equipos y la promoción vocacional será hecha tanto para el ministerio presbiteral como para la vida consagrada.

6. Algunos servicios para la formación y la unidad

35. Es de especial importancia en las grandes ciudades promover la vida espiritual y fraternal del clero mediante retiros, ejercicios espirituales, convivencias, etc.

36. Es necesario procurar una formación específica a los agentes de pastoral urbana. Por tal motivos en los

seminarios se formará a los alumnos en dicha pastoral. Para ello, se impartirán las materias necesarias (vgr. geografía urbana, sociología urbana, planificación pastoral, etc.) y se facilitarán experiencias específicas en los últimos cursos (vgr. Contactos con los distintos movimientos, contactos en diferentes ambientes, presencia en los departamentos de las curias, etc.)

37. El ejercicio frecuente del magisterio del Obispo, por los medios de comunicación social, pueden incrementar la unidad eclesial en la ciudad.

38. En este orden de cosas, solicitamos al CELAM la promoción de cursos sobre formación pastoral para los medios de comunicación social.

7. Algunos instrumentos para la pastoral urbana

Los medios de comunicación social

39. Reiteramos la enorme importancia de los medios de comunicación social para la evangelización de la metrópoli.

En ese campo, recordamos lo siguiente:

40. Según las circunstancias y posibilidades, la Iglesia tendrá medios propios o utilizará los que no le pertenecen.

41. Urge la especialización de sacerdotes en el campo de la comunicación social y el trabajo en él de los laicos capacitados.

42. En la tarea evangelizadora es muy útil hoy el empleo de los mini-media por parte de los agentes de pastoral.

Los santuarios

43. La pastoral de los santuarios tiene gran importancia en la evangelización del hombre urbano. Por eso,

recordamos la necesidad de una pastoral específica de santuarios. Ellos han de ser centros de evangelización popular y prestarán una atención sacramental permanente, especialmente para la reconciliación^{*}.

44. Se debe cuidar con especial esmero los servicios religiosos en la catedral y en los templos de los centros de las ciudades, pues son muchos los fieles que de distintos puntos pasan por ellos.

45. En la pastoral de la ciudad se procurará atender a la población flotante, por medio de centros de evangelización, de acogida, de servicios asistenciales, etc.

Los Centros de Educación

46. Ratificamos la importancia y vigencia de la educación católica, mediante las organizaciones propias de la Iglesia. Recuérdese todo cuanto se ha dicho y escrito sobre la necesidad de crear en ellas auténticas comunidades educativas. Además, es urgente una serie de catequisis en todos los centros educativos de nuestras ciudades, impartida por catequistas debidamente formados.

47. Hay que procurar que la universidad católica conserve siempre su identidad.

8. Pastoral de los sectores vitales de la ciudad

48. Siendo la ciudad un organismo vivo, formado por múltiples y variados sectores, y debiendo la Iglesia estar presente en ellos de manera evangelizadora, creemos necesaria la formación de organismos que coordinen y animen su tarea en el interior de dichos sectores.

49. De manera especial pensamos en los siguientes: la familia, la juventud, el obrero, el sector empresarial, el

^{*} Ver: Santuarios

sector de los creadores y promotores de la cultura, la educación y la formación; el grupo de aquellos en cuyas manos están las decisiones del gobierno de la ciudad.

50. Recordamos la necesidad de que los pastores estén cerca de su pueblo en los momentos difíciles y dolorosos de la vida ciudadana.

51. Finalmente, debe ser preocupación de la Iglesia atender el dolor de la ciudad que se hace visible en los enfermos y en los institutos de salud.

CRITERIOS TEOLÓGICO-PASTORALES PARA LA PASTORAL URBANA, A LA LUZ DE PUEBLA

Mons. Antonio Quarracino

El presente trabajo no pretende ser un estudio o ensayo sobre el tema. Su intención es mucho más modesta. Quiere realizar un esquema o una sinopsis con los mismos textos de Puebla, ordenados de manera que bien pudo ser otra. Podría decirse que se trata de una "guía" para una lectura y personal reflexión posterior sobre el tema, de tanta importancia y urgencia para la pastoral evangelizadora de la Iglesia de hoy.

Si se quiere hacer un esfuerzo para señalar los criterios teológico-pastorales para la pastoral urbana que están indicados en Puebla de alguna u otra manera en diversos puntos de su discurso pastoral, no deja de ser útil tener en cuenta una *actitud Orientadora* para determinarlos. A mí parecer puede ser hallada al final de sus consideraciones sobre "la evangelización de la cultura" cuando se refiere a "la necesidad de trazar criterios y caminos, *basados en la experiencia y en la imaginación*, para una pastoral de la ciudad, donde se gestan los nuevos modos de cultura" (441). Anótese de paso que sin interrumpir el razonamiento expresa, como para evitar cualquier reduccionismo, "a la vez

que el aumento del esfuerzo evangelizador y promotor de los grupos indígenas y afroamericanos”.

No me parece superfluo anotar que esa breve frase que sintetiza lo que hemos denominado “actitud orientadora”, expresa la urgencia de un esfuerzo previo a la tarea pastoral: “trazar criterios y caminos”, y su fundamentación: “basados en la experiencia y en la imaginación”. Es significativo ese llamado a la imaginación que, a mi juicio puede constituir en este caso sinónimo de creatividad. Finalmente, el último miembro de la frase sintetiza la razón de aquella dicha necesidad: porque la ciudad es el lugar “donde se gestan los nuevos modos de cultura”. Cuanto contienen estas palabras está explicitado en varias partes de la reflexión sobre la “evangelización de la cultura”.

Teniendo en cuenta esa “actitud orientadora”, adecuando para mayor claridad el tradicional método del “ver, juzgar y obrar”, señalando brevemente, primero, los criterios más directamente referidos a la *realidad*; constituiría el *ver*, conforme al pensamiento de Puebla:

1. La tarea pastoral de la Iglesia, tanto en América Latina como en cualquier parte del mundo, incide y se realiza en una realidad determinada y concreta, no en las zonas de las “abstracciones”; por eso la pastoral urbana como toda acción pastoral requiere un punto de partida “un esfuerzo permanente de conocimiento de la realidad” (85).

2. Los aspectos de ese conocimiento de la realidad son de distinta naturaleza. Es por eso necesario considerarlos en su especificidad y al mismo tiempo en su globalidad.

En diversos puntos del Documento poblano es posible descubrir los aspectos sobre los que los Obispos pusieron sus ojos especialmente a nivel de ciudad.

a) *El aspecto demográfico*, fácil de ser observado a simple vista en las grandes ciudades que crecen rápida o desorganizadamente, "con el peligro de transformarse en megápolis incontrolables" (71). Añádanse las migraciones internas y externas y el desarraigo de grupos inmensos de latinoamericanos (29, 71, 1266), la irrupción de los jóvenes (71, 127), la concentración en esas grandes ciudades en las que "cada día es más difícil ofrecer los servicios básicos de vivienda, hospitales, escuelas, etc., agrandándose así la marginación social, cultural y económica" (71, 127).

b) *El aspecto económico*. Al respecto Puebla señala la acentuación del desequilibrio entre la población y empleo (71), la creciente falta de empleo: "sub-empleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos" (37; cf 127). Habría que añadir lo que se dijo respecto a la agudización de la falta de servicios públicos (127), pero sobre todo la aparición de grandes grupos de marginados social, cultural y económicamente (37, 33, 71, 417, 1208). Sin duda es en la ciudad donde los contrastes entre los pobres y ricos son más evidentes y notorios, "fuente de frustraciones crecientes y de trágicas tensiones" (138).

c) *El aspecto político*. Está señalado por Puebla cuando enuncia las realidades esperanzadoras de los últimos años en América Latina. El hombre latinoamericano "ha tomado mayor conciencia de su dignidad, de su deseo de participación política y social, a pesar de que tales derechos en muchas partes están conculcados" (18). Un cuadro del aspecto político está delineado desde el No 42 al 49. En él se entrecruzan las referencias a los regímenes de fuerza con sus abusos de poder, a la violencia guerrillera y terrorista, a las dificultades que con frecuencia traban el derecho obrero a la sindicalización pero también a la politización exagerada, en algunos casos, de las cúpulas sindicales, a las difundidas ideologías marxistas y a las que configuran

la doctrina de la Seguridad Nacional. No está demás citar las líneas finales del No. 419 que señala algunos fenómenos y problemas particulares e importantes del proceso cultural en nuestros países. Dicho número presenta "la emergencia de un mundo obrero que será decisivo en la nueva configuración de nuestra cultura".

d) *El aspecto cultural.* Quizás sea el aspecto más determinante en una visión de la realidad urbana. Puebla habla de "la adveniente cultura universal" entendiendo "la cultura urbano-industrial, inspirada por la mentalidad científico-técnica", "la cual pretende ser universal". Pero hay que añadir que "los pueblos, las culturas particulares, los diversos grupos humanos, son invitados, más aún constreñidos a ingresar en ella" (421). Al respecto son muy importantes y, por eso, dignos de una lectura cuidadosa los números que van desde el 420 al 443, cuyos títulos generales son: "La acción evangelizadora: desafíos y problemas", "la adveniente cultura universal", "la ciudad", "el secularismo", "conversión y estructuras" y "otros problemas".

Si se tiene en cuenta la noción de cultura que Puebla expresa en el 386 y la explicitación que añade en el 387 en la cual alude a los valores que animan o desvalores que debilitan la totalidad de la vida de un pueblo que abarca la cultura, habrá que concluir que es importante llegar a determinar tanto el conjunto de valores como el conjunto de desvalores vigentes en una mentalidad urbana. En esta línea cabe señalar dos referencias que el documento hace respecto, primero, al "enorme influjo de los Medios de Comunicación Social como vehículos de nuevas pautas y modelos culturales" (419); la segunda, está contenida en el No. 418 cuando afirma que "el advenimiento de la civilización urbano-industrial acarrea también problemas en el plano ideológico y llega a amenazar las raíces mismas de nuestra cultura, ya que dicha civilización nos llega, de hecho, en su real proceso histórico, impregnada de racionalismo e inspirada en dos ideologías dominantes: el liberalismo y el colectivismo marxista".

e) *El aspecto religioso*. Este se encuentra íntimamente unido al cultural, de una manera especial si se tiene en cuenta toda la problemática engendrada por el proceso de secularización (83, 415 a 418, 1052) y mucho más el secularismo, cuyo avance caracteriza el ambiente social (622), un secularismo “que da las espaldas a Dios y le niega la presencia en la vida pública” (83), que nada tiene que ver con “una legítima y deseable secularización” (418); que amenaza la fe de nuestros pueblos (cf. 342). El aspecto religioso no puede dejar de tener en cuenta otra realidad importante y sumamente preocupante. Es la presencia de fenómenos religiosos nuevos en nuestro países, como la invasión de las sectas, especialmente en las grandes ciudades (cf. 419).

3. Para completar estos aspectos del conocimiento de la realidad urbana digamos que su naturaleza tiene que ser *pastoral*. Ya desde el comienzo Puebla nos advierte que el propósito de su “visión histórica” es examinar con “visión de pastores” el contexto socio-cultural en el que actúa la Iglesia y la “realidad pastoral que hoy se presenta a la Iglesia” (2). Si la misión de la Iglesia es la evangelización y esta es una tarea pastoral, no podía ser de otro modo. El mensaje a los pueblos de América Latina, lo afirma taxativamente: “Ante todo, queremos identificarnos: somos pastores de la Iglesia Católica y Apostólica, nacida del corazón de Jesucristo, el Hijo de Dios vivo” (1); “lo que nos interesa como Pastores es la proclamación integral de la verdad sobre la naturaleza y misión de la Iglesia, sobre la dignidad y destino del hombre” (3). Por eso la realidad del mundo urbano también debe ser contemplada y estudiada “a partir del evangelio” y “con visión de fe” (15). Este enfoque esencial está afirmado también en los Nos. 14, 16, 1255. “Ocupándonos –se lee en éste último– de la realidad del orden nacional e internacional lo hacemos en una actitud de servicio como pastores, y no desde el ángulo económico, político, o meramente sociológico”.

Además, el conocimiento de la realidad, siempre “desde una perspectiva pastoral” (63), debe esforzarse por ir hasta las “raíces” de los hechos estudiados, hasta sus mecanismos generadores. Puebla enumera sintéticamente esas raíces en los números que van desde el 64 al 70. Este último expresa

“Finalmente, como Pastores, sin entrar a determinar el carácter técnico de esas raíces, vemos que en lo más profundo de ellas existe un misterio de pecado, la persona humana, llamada a dominar el mundo, impregna los mecanismos de la sociedad de valores materialistas”.

Paso a señalar brevemente los criterios más directamente referidos al *pensamiento* o juicio (al juzgar) de la Iglesia.

En el No. 429 Puebla menciona la visión de la ciudad que tiene la Biblia. La mención está hecha en el marco de su consideración sobre la ciudad convertida “en motor de la nueva civilización universal”, dado “el tránsito de la cultura agraria a la urbano-industrial”.

“Este hecho –dice el documento– requiere un nuevo discernimiento por parte de la Iglesia. Globalmente, debe inspirarse en la visión de la Biblia, la cual a la vez que comprueba positivamente la tendencia de los hombres a la creación de ciudades donde convivir de un modo asociado y humano, es crítica de la dimensión inhumana y del pecado que se origina en ellas”.

Esta visión bíblica general, viene a decir Puebla, debe inspirar la pastoral del mundo urbano, la cual no puede aceptar todos los fenómenos de ese mundo ni tampoco anatematizarlos en su globalidad. Y Puebla no dice más al respecto.

En cierta manera la presentación de los aspectos de la realidad contiene un discernimiento o un juicio sobre ellos.

Así, en una consideración general, "la Iglesia no aliena el ideal de la creación de megápolis que se tornan irremediabilmente inhumanas"(430) y "reconoce que la vida urbana y el cambio industrial ponen al descubierto problemas hasta ahora no conocidos" que son consecuencias del cambio o trastorno de modos y estructuras (431). La consecuencia de ello no es el desaliento o la afirmación de que todo ello implica la muerte o "abolición de la religión" (432). Pero es realista advertir que "constituye un evidente desafío, al condicionar con nuevas formas y estructuras de vida, la conciencia religiosa y la vida cristiana" (432).

Estimo que cuanto explyra el documento de Puebla desde el No. 308 al 315 sobre las "visiones inadecuadas del hombre en América Latina" (sin afirmar que son exclusivas del mundo urbano, ciertamente en él tienen particular vigencia), puede considerarse un conjunto de criterios para emitir un juicio acerca de la realidad urbana. Por otra parte no es exagerado pensar que el contenido de los números 321 a 329, sobre "dignidad y libertad" constituye una especie de "buena noticia" para el hombre de la ciudad, masificado y aquejado de un sinnúmero de alienaciones.

Anotemos, por último, algunos criterios referidos más directamente al actuar (obrar) de la Iglesia.

1. *La adaptación* podría ser señalada en primer lugar. La Iglesia en América Latina, desde la Primera Conferencia General del Episcopado en la que tuvo origen el CELAM, y principalmente después del Vaticano II y Medellín, "ha ido adquiriendo una conciencia cada vez más clara y más profunda... de que no es posible su cumplimiento (el de la misión evangelizadora) sin un esfuerzo permanente de conocimiento de realidad y de adaptación dinámica, atractiva y convincente el mensaje a los hombres de hoy". Así se lee el No.85. Más adelante, al hablar precisamente de "la ciudad" y antes de referirse al secularismo afirma que

"la Iglesia se encuentra ante el desafío de renovar su evangelización, de modo que pueda ayudar a los fieles a vivir su vida cristiana en el cuadro de los muchos condicionamientos que la sociedad urbano-industrial crea para la vida de santidad; para la oración y la contemplación; para las relaciones entre los hombres... para una nueva vivencia del trabajo, de la producción y del consumo"(433).

2. *Creatividad e imaginación*; sin ellas no hay adaptación. Ya fue citado el No. 441 en el que se habla de la necesidad de trazar criterios y caminos "basados en la experiencia y la imaginación, para una Pastoral de la ciudad". Se encuentra señalada la palabra "creatividad" en el No. 476 donde, al hablar de la enseñanza social de la Iglesia se afirma que "ella exige de nosotros coherencia, creatividad, audacia y entrega total". Si la creatividad es exigida para una proposición eficaz y realista de la enseñanza social de la Iglesia, se la requiere también para una respuesta evangelizadora al desafío pastoral de la gran ciudad. Estimo que el mismo documento de Puebla, aunque no haya descendido a fórmulas pastorales concreta, ni echado mano de un "recetario pastoral" –cosa que no podía ni debía hacer–, constituye un buen ejemplo de creatividad e imaginación. Téngase en cuenta que los modelos de acción pastoral de las grandes ciudades apenas se están creando, y no en todas. Por otra parte, bueno es recordar que se trata de una realidad que, por los cambios y las transformaciones frecuentes, depara sorpresas y novedades.

3. *Pastoral orgánica*. Puebla utiliza esta denominación como la "pastoral de conjunto". El No. 1222 dice: "Asumimos la necesidad de una pastoral orgánica en la Iglesia como unidad dinamizadora para su eficacia permanente que comprenda entre otras cosas: principios orientadores, objetivos, opciones, estrategias, iniciativas prácticas, etc.". En cambio, el No. 650 expresa que "se debe insistir en una opción más decidida por la pastoral de conjunto, el

texto razona que ella es exigida "tanto por la naturaleza misma de la Iglesia, misterio de comunión de diversos miembros y ministerios, como por la eficacia de la acción pastoral con la participación coordinada de todos" (807).

4. *Planeación pastoral.* Muy unida a la organicidad de la pastoral, Puebla afirma que es "el camino práctico" para llevar a la práctica las opciones fundamentales de la evangelización (1306). Por si ello fuera poco, añade que "la acción pastoral planificada es la respuesta específica, consciente e intencional, a las necesidades de la evangelización (1307). Frente al mundo complejo de los conglomerados urbanos experimentase con mayor urgencia una planificación de las tareas pastorales que, aunque no deben dejarse atrapar por una especie de "burocracia de la planificación", tampoco podrán caer en una simplicidad que es sinónimo de pobreza e ineficacia. Las palabras del Documento no dejan lugar a dudas cuando especifica algo más la acción pastoral planificada diciendo que

"deberá realizarse en un proceso de participación en todos los niveles de las comunidades y personas interesadas, educándolas en la metodología de análisis de la realidad, para la reflexión sobre dicha realidad a partir del Evangelio; la opción por los objetivos y los medios más aptos y su uso más racional para la acción evangelizadora" (1307).

5. *Creación de nuevas estructuras eclesiales.* Este punto es como una derivación del anterior. Tres realidades urgen la creación de nuevas estructuras en la pastoral urbana. En primer lugar, como quedó dicho, los nuevos desafíos de la realidad, luego la introducción de una metodología participativa en la planeación pastoral, conforme acabamos de ver en el No. 1307, y finalmente el diálogo con las ciencias (sociología, psicología, técnicas administrativas...). Respecto a esto último quizás sea útil recordar que no se trata de confundir la pastoral con ellas, sino de utili-

zarlans tanto cuanto puedan prestar aceptable utilidad. Entre el "mito" del uso de las ciencias en la pastoral y su desprecio, existe un justo término medio.

Puebla no habla abiertamente de cuáles sean esas nuevas estructuras puesto que hay que hacerlas surgir. Al respecto dice el No. 152:

La Evangelización "dará importancia a la pastoral urbana con creación de nuevas estructuras eclesiales que, sin desconocer la validez de la parroquia renovada, permitan afrontar la problemática que presentan las enormes concentraciones humanas de hoy".

Adviértase de paso que el texto continúa diciendo que también deben acrecentarse los "esfuerzos para atender mejor la pastoral rural".

Me parece que como una clara derivación de este texto, y sobre todo de la compleja realidad del mundo urbano, surge la importancia que adquiere la pastoral ambiental. Acerca de ella ya encontramos un fuerte reclamo en Medellín cuando se refiere a los movimientos apostólicos "funcionales".

En esto de las nuevas estructuras jugarán un importante papel la adaptación e imaginación, de las cuales ya se hizo referencia. Y no creo descaminado pensar que también las nuevas estructuras deberán tener en cuenta de manera especial, entre varias más, dos observaciones del Documento, anotadas en los Nos. 442 y 808, respectivamente. La primera se refiere a "la instauración de una nueva presencia evangelizadora de la Iglesia en el mundo obrero, en las élites intelectuales y entre las artísticas". La segunda, la advertencia de que "se requiere la participación del laicado no sólo en la fase de ejecución de la pastoral del conjunto, sino también en la planificación y en los mismos organismos de decisión".

UNA IGLESIA MÁS EVANGELIZADORA EN LAS GRANDES CIUDADES DE AMÉRICA LATINA

Antonio González Dorado, S. J.

En la problemática pastoral planteada en el documento de Puebla aparece constantemente la preocupación de nuestros Obispos por la Evangelización de las grandes ciudades latinoamericanas, que se encuentran, al menos las mayor parte de ellas, en un proceso de crecimiento, que las sitúa entre la megápolis del mundo.

No es extraño que nuestra Iglesia se sienta desorientada y desajustada pastoralmente ante estos nuevos fenómenos del urbanismo moderno, como está sucediendo en otras partes del planeta. En efecto, la Iglesia había creado sus fórmulas pastorales para unas ciudades calificadas por su sedentarismo y emplazadas en áreas casi dominables peatonalmente, que permitían el conocimiento de la mayoría de los ciudadanos entre sí, de tal manera que, al interior de la ciudad, predominaban las relaciones de vecindad. Por ese motivo, a excepción de ciertos servicios especializados –seminarios, universidades, colegios, hospitales, etc.–, la catedral con sus parroquias en las que se centralizaban las organizaciones piadosas y asistenciales, los movimientos apostólicos, y la asistencia a los fieles, eran estructuras pastorales suficientes para la evangelización de las ciudades.

Pero, el fenómeno urbano ha cambiado cuantitativamente y cualitativamente: poblaciones millonarias en crecimiento y expansión constantes; nomadismo cotidiano de los ciudadanos, sometidos a las exigencias de una vida pluriespacial; complejidad de horarios, impuestos por las diferentes necesidades de la ciudad que originan una población diurna y nocturna; expansión acelerada de todo tipo de informaciones; atracciones múltiples para los denominados tiempos de ocio, etc.

A todas estas innovaciones de la ciudad moderna que exigen una renovación y adaptación de la pastoral de la Iglesia y de sus modelos operativos evangelizadores, hay que añadir los problemas específicos de las ciudades latinoamericanas, tales como la pluriculturalidad de la población, las fuertes concentraciones de juventud, “la creciente brecha entre ricos y pobres, (de tal manera que) el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas” (P 28). Y todo esto acontece dentro de un contexto en el que casi la totalidad de los habitantes están bautizados y se reconocen como cristianos especialmente con el típico lenguaje de la religiosidad popular, aunque simultáneamente “viven un catolicismo popular debilitado” (P 461).

Difícil es, sin duda, para la Iglesia enfrentar acertadamente estas amplias y complejas situaciones de nuestras grandes ciudades con una reconocida carencia de sacerdotes y agentes de pastoral (P. 78), y que tienen que afrontar constantemente “problemas hasta ahora no conocidos” en el seno de unas poblaciones donde se trastornan los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia (la familia, la vecindad, la organización del trabajo), y las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles y de la comunidad cristiana” (P 431).

Es lógico que, ante esta problemática grave y común en las grandes urbes de nuestro continente, los Obispos hayan marcado en Puebla “la necesidad de trazar criterios y caminos, basados en la experiencia y en la imaginación, para una pastoral de la ciudad” (P 431).

Más aún, es importante el advertir la trascendencia de una pastoral bien orientada y montada en las grandes ciudades. En Puebla se ha reconocido la transformación cultural que en estos años está sufriendo toda América Latina –la ciudad y la rural–, por la incorporación acelerada de la cultura urbano-industrial, con imprevisibles consecuencias para el continente, según las características con

las que ésta se enraíce y adopte (P 421-428). Pero es en las ciudades donde se están gestando los nuevos modos de cultura (P 441) y desde donde se transmiten al resto de la población, siendo también las nuevas ciudades industrializadas el motor de la nueva civilización (P 429). Desde este punto de vista, podemos afirmar que es principalmente en las grandes urbes donde se está jugando el futuro del continente latinoamericano: de una América Latina más libre, más humana y más cristiana, o de una América Latina desintegrada por la violencia y por la pérdida de su fe.

Frente a este desafiante futuro, en el que se arriesga la sangre y la liberación integral de los pueblos latinoamericanos, la Iglesia, desde su función y misión evangelizadoras recibidas de Cristo, tiene una responsabilidad excepcional, que le confieren el mandato de Jesús y la trascendencia de su historia plurisecular en el continente y que ha de asumirla con fe, con humildad, con valentía y con creatividad, en una palabra, con el fervor de los santos, según expresión consagrada por Pablo VI.

Desde esta óptica amplia, tres son las preguntas fundamentales que se abren a nuestra consideración: *¿qué es evangelizar en la ciudad y a la ciudad?*, pregunta de globalidad; *¿como evangelizar en la ciudad y a la ciudad?*, pregunta de operatividad; *¿qué caminos se deben seguir para la instauración de una nueva pastoral que responda a las necesidades de las actuales ciudades?*, pregunta de estrategia pastoral.

Responder a estas preguntas sólo me es posible ofreciendo algunas reflexiones y sugerencias al diálogo que hoy mantienen sobre el tema los interesados en la renovación y adaptación de la pastoral urbana en las ciudades de América Latina. Serán reflexiones y sugerencias que se mueven en el amplio contexto del Concilio Vaticano II, de Medellín, de Puebla y del Magisterio pontificio más importante tanto de Pablo VI como de Juan Pablo II, te-

niendo en cuenta los aportes del urbanismo y la bibliografía existente sobre el tema.

1. La misión evangelizadora de la Iglesia urbana

Al iniciar nuestras reflexiones es necesario establecer la concepción de la Iglesia urbana y de ciudad en las que nos movemos para poder determinar la relación fundamental y básica que ha de establecerse entre la Iglesia y la ciudad, punto de partida de las ulteriores sugerencias pastorales.

Partimos de una comprensión de Iglesia operativa y evangelizadora, considerándola en tres niveles diferentes: la Iglesia Universal; la Iglesia Local –entendida en su sentido teológico y jurídico como la comunidad cristiana presidida por un Obispo y ubicada en un espacio determinado–; y la Iglesia Local Urbana, es decir la comunidad católica que vive y se organiza en una ciudad concreta.

Misión de la Iglesia

La Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios que tiene la misma misión evangelizadora de Jesucristo: fiel al proyecto de Dios Padre, colaborar con la fuerza del Espíritu Santo en la salvación integral de la humanidad, mediante un método original y propio –el método del Reino de Dios proclamada en el Evangelio– que pretende alcanzar dicha salvación por la conversión interna de las personas, de las culturas y de los pueblos. Por consiguiente, la Iglesia ha de concebirse primariamente como un cuerpo de salvación, Cuerpo de Cristo, según la expresión pauliana.

La salvación a la que aspira la Iglesia es una *salvación integral* del hombre, es decir bajo todos sus aspectos. En síntesis, es una salvación que pretende simultáneamente la filiación divina del hombre en Cristo, su encuentro fraterno con los otros hombres y el señorío sobre la naturaleza.

Pero, precisamente porque la salvación pretendida por la Iglesia integral, el sujeto último al que la Iglesia evangeliza, buscando su conversión al Reino de Dios, es la *comunidad humana total*, los pueblos y las culturas, ya que sin la conversión del pueblo y de su cultura la salvación integral de las personas, mientras se camina por la tierra, se hace prácticamente imposible.

En orden a la conversión de los pueblos y de las culturas, la Iglesia, como Cristo, orienta su actividad inmediata a la conversión de personas que se incorporan a su cuerpo y al dinamismo de su misión, y a la formación de ambientes que comienzan a vivir en el interior de una determinada cultura conforme a las exigencias del Reino, mientras simultáneamente anuncia el Evangelio de Dios y denuncia el pecado esclavizador y deshumanizante del mundo. Pero, al mismo tiempo, descubre con alegría y esperanza aquellas personas, movimientos y ambientes que, sin ser cristianos, aparecen actuando con la dinámica del Reino hacia los mismos objetivos para colaborar con ellos en la instauración de un mundo nuevo (G.S. 19 y 22), porque Satanás no echa a Satanás (Mt. 12, 25-29).

La Iglesia, en su misión de salvación, actúa con un *método original y propio*, opuesto al método o a los métodos utilizados por los sistemas marcados por el pecado, ya que la transformación liberadora del mundo no pretende realizarla por caminos de fuerza e imposición, sino por la conversión interna y profunda que ha de originarse en el mismo corazón de los pueblos y de las culturas.

Siguiendo el pensamiento paulino, la sociedad pecadora está dominada por el pecado, la muerte y la ley. Cuando dicha situación se transforma en dinamismo conformador del mundo y de la sociedad, se articula operativamente con hombres endiosados, cuyo poder descansa en la fuerza temerosa de la muerte –que se transforma en homicidio–, y en la imposición de sus propios proyectos –el despotismo

de la ley y de los ideologismos–, que continúan restaurando y regenerando continuamente el mismo esquema de señores y esclavos.

El dinamismo de la Iglesia se apoya en la subordinación de la Soberanía de Dios (Reino de Dios), que establece como fuerzas de transformación de las culturas y comunidades el amor-sevicio a los hombres, el respeto a la vida y la promoción de la verdadera libertad. Por ese motivo, el instrumento del que dispone la Iglesia para realizar su misión se reduce originalmente a la fe de la propia Iglesia a la fuerza de la palabra de Dios –que anuncia siempre la Buena noticia y que denuncia los pecados históricos y concretos–, y a los signos que realiza con el testimonio de que ya es posible vivir conforme a las exigencias del Reino, incluso en el mundo en el que externamente prevalece el pecado.

Por último, la Iglesia tiene que realizar su misión constituyéndose con la fuerza del Espíritu y de la Eucaristía en *un cuerpo compacto, unido y orgánico*, con una clara conciencia de corresponsabilidad y misión comunes, que es lo que permite aparecer como el nuevo Pueblo de Dios en la tierra, como Cuerpo de Cristo para la salvación del mundo, como sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG 1).

La Iglesia Local

La Iglesia se realiza y expresa en las denominadas Iglesias Locales, comunidades cristianas que, bajo la dirección de un Obispo, viven en medio de un pueblo ubicado en una geografía concreta. Estas “Iglesias-en” –para utilizar la terminología del Nuevo Testamento–, sin perder la perspectiva universal de toda la Iglesia y manteniendo la comunión con las otras Iglesias locales esparcidas por toda la tierra, tienen como misión inmediata la evangelización del pueblo en el que viven, colaborando en su salvación integral y comunitaria.

Estas Iglesias para poder realizar la misión que el Señor les ha encomendado han de asimilar vitalmente el principio teológico-pastoral de que "la evangelización exige la encarnación".

Por dicho principio, la Iglesia Local ha de ser una Iglesia *inculturada* e integrada fundamentalmente por miembros del mismo pueblo en el que se realiza. Ha de ser también una Iglesia "inhistorizada", es decir, sumergida en la corriente histórica de dicho pueblo con el que comparte sus gozos y esperanzas, sus tristezas y sus angustias, sus riesgos y su caminar (G S 1), de tal manera que el pueblo pueda reconocerla como una realidad que le pertenece, manteniendo simultáneamente la fidelidad a Cristo y la fidelidad al pueblo, al que ha de *acompañar pedagógicamente* en el proceso de su conversión.

Pero la encarnación del Verbo se ha realizado históricamente en un lugar privilegiado, manteniendo el principio salvífico universal de Dios que "quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad" (1 Tim 2,4). Este lugar es la pobreza y consiguientemente los pobres, porque el "verbo se hizo carne" (Jn 1,14); y "a pesar de su condición divina tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos" (Fil 2,6-7), siendo incluso injustamente situado entre los malhechores (Jn 18,30). El mundo de los pobres ha sido perfectamente delimitado por Puebla (29-41) como el grupo de los que carecen injustamente de la participación en los poderes de este mundo, sufriendo todo tipo de consecuencias inhumanas, en las que definitivamente queda violada la dignidad de la persona humana. Siguiendo la dinámica desencadenada en los últimos años por Juan XXIII y por el mismo Concilio Vaticano II, ha sido especialmente la Iglesia latinoamericana la que ha proclamado "la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres" (P 1134), descubriendo que cuando con los ojos de fe se baja al mundo de los pobres la Iglesia se sitúa en una óptica

privilegiada para comprender lo que supone la salvación integral y comunitaria, concreta e histórica en un pueblo determinado. Bajar al mundo de los pobres, identificándose y solidarizándose con ellos con un mensaje evangelizador es por excelencia señal y prueba de que la Iglesia continúa la misma misión de Jesús (P 1142). Bajar al mundo de los pobres es descubrir un insospechado potencial evangelizador (P 1147).

A mi juicio, este tema de la opción preferencial por los pobres, en todas las dimensiones evangélicas radicales que implica, ampliamente desarrollado por la Iglesia latinoamericana, es una exigencia teológico-pastoral de las Iglesias Locales, y que denomino como principio de *impau-peración*, que mantiene la fidelidad al modo histórico de realizarse la encarnación del Verbo.

Iglesias Locales, donde sus miembros en fe y caridad viven estrechamente unidos entre sí bajo la dirección pastoral del Obispo, asimilación del realismo que ofrecen la inculturación, la inhistorización y la impauperación, son las que pueden afrontar con Jesucristo y la fuerza del Espíritu Santo la Evangelización concreta que exige un pueblo en circunstancias históricas para su salvación integral y comunitaria.

La Iglesia Local Urbana

Entendiendo aquí por Iglesia Local Urbana la comunidad católica, jerárquica carismáticamente dotada, enraizada en una ciudad y que tiene como misión la evangelización, conversión y salvación integral de la comunidad ciudadana, para que la ciudad terrena sea simultáneamente la ciudad de Dios, lo cual no coincide necesariamente, en una manifestación plural del Reino de Dios mientras la humanidad marcha en la historia, con la medieval ciudad cristiana.

Característica específica de la Iglesia Local Urbana es su *inculturación urbana* lo que implica su sintonía con el ethos urbano, la asimilación y adaptación al complejo

sistema de vida ciudadana y su ubicación precisa en la ciudad dentro del conjunto de funciones que se orientan a la promoción del bien de los ciudadanos y de la comunidad urbana.

Entendiendo por *ethos urbano* el conjunto de responsabilidades y exigencias morales que surgen en el seno de la comunidad específicamente ciudadana, en orden a que la ciudad sea lo que debe de ser desde una perspectiva eminentemente humana, de tal manera que el bien integral del hombre se constituya en la norma de todo el proceso ciudadano. Posteriormente desglosaremos los capítulos más importantes de este *ethos* ciudadano.

La segunda nota de inculturación urbana es *la adaptación de la Iglesia al complejo sistema de vida ciudadana*. En efecto, dada la misión evangelizadora de la Iglesia, en su organización y prestación de servicios debe de acomodarse, manteniendo la integridad del Evangelio, a las posibilidades y modos de ser del hombre ciudadano, a su ritmo de vida y a sus diversas organizaciones, lo que supone para la Iglesia un desarrollo de su capacidad creadora y una gran flexibilidad en sus estrategias misioneras pastorales y en la aplicación de sus propias leyes eclesíásticas.

Por último, la inculturación de la Iglesia en la ciudad, exige que ésta descubra con exactitud y viva *el lugar que le corresponde en la ciudad*, dentro del conjunto de las funciones ciudadanas, que han de mantener con respecto a la Iglesia la legítima independencia y autonomía que son propias de las realidades temporales (G S 36).

Para la determinación del lugar exacto que corresponde a la Iglesia en la ciudad coinciden la apreciación de la sociología urbana y el magisterio de la Iglesia emitido en la "Declaración sobre la libertad religiosa".

Conforme a la enseñanza del Concilio Vaticano II, "la misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de

orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso" (G S 42). Desde este punto de vista, la Iglesia, sepultando definitivamente el viejo sistema de cristiandad, se sitúa conscientemente tanto en la sociedad como en la ciudad, entre las estructuras y las organizaciones denominadas libres, correspondientes al derecho de libre asociación de los ciudadanos, proclamando y declarando los derechos de libertad que le competen como comunidad religiosa y creen ser reconocidos y respetados por las autoridades políticas de la ciudad.

De esta manera, la Iglesia, respetando las autoridades políticas de la ciudad se sumerge en el ámbito modesto de los ciudadanos, de la humanidad, que legítimamente postulan la libertad para asociarse en intereses comunes –en nuestro caso de tipo religioso– para colaborar, desde su originalidad e iniciativa, en el mejoramiento de la comunidad ciudadana.

Así la fuerza y el poder de la Iglesia en la ciudad aparecerán exclusivamente fundados en la Palabra de Dios revelada en Cristo y en las exigencias postuladas por la dignidad de la persona humana. Hecha y vivida su opción preferencial por los pobres de la ciudad, desde su vocación ética, religiosa y evangélica, su acción evangelizadora se orienta a promover el bien de la comunidad ciudadana conforme a las urgencias del Reino de Dios y del ethos urbano, renunciando conscientemente, lo mismo que Cristo, a la asunción de los poderes políticos que rigen la ciudad tanto explícita como implícitamente, como sería mediante pactos o compromisos que terminarían amenazando su legítima libertad de expresión y acción, que le ha sido dada por el Señor Jesús. Ahí es donde la Iglesia puede ser la voz de los que no tienen voz, pero corriendo los riesgos de los marginados de este mundo, los mismos que padeció en su propia carne Nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia Local Urbana, inculturada de esta evangélica y urbana manera en la ciudad, constituyendo un cuer-

po cristiano de salvación, surge como fermento y orienta su evangelización a la salvación integral y comunitaria de la urbe, es decir, de toda la comunidad ciudadana. Ese es el sujeto global al que se dirige: la ciudad misma concebida en toda su globalidad mientras siguen viniendo “los pájaros a anidar en sus ramas” (M t 13,32).

2. Un acercamiento a la comprensión de la ciudad

El sujeto último y global de evangelización de la Iglesia Local Urbana es la ciudad, cuya conversión integral y comunitaria desde el corazón de su interioridad y de su cultura es lo que se pretende. Pero, ¿qué es una ciudad? El evangelizador necesita conocer al sujeto de su evangelización.

De hecho es casi imposible dar una definición de ciudad. Detrás de dicha palabra se encuentran las imágenes y concreciones más diversas según las diferentes culturas y momentos históricos en los que aparecen, evolucionan y viven las ciudades.

Por eso pretendo, de una manera sencilla, ofrecer un acercamiento a la comprensión de la ciudad en general, de la ciudad actual y, más en concreto, de la ciudad latinoamericana, objetivo más específico de nuestra preocupación pastoral.

La ciudad en general

La ciudad fundamentalmente es una concentración humana en un determinado punto del espacio, que se reconoce y es reconocida con una determinada función: ser centro de ciertos servicios especializados (administrativos, financieros, comerciales, culturales, religiosos, recreativos, etc.). Para ciudades de segundo orden o poblados ubicados en una región más o menos amplia sobre la que la urbe ejerce su influencia. Desde este punto de vista, el sistema urbano siempre ha sido más amplio que la ciudad, ya que simultáneamente comprende la región centralizada y coordina-

da, y la urbe centralizadora lo que supone un sistema de relaciones abiertas entre el campo y la ciudad, utilizando una expresión simplificada pero sugerente.

La población urbanita –es decir, la que vive en la ciudad–, organiza y elabora su propio medio ecológico humano –la urbe–, que simultáneamente ejerce, al menos para la mayoría de sus ciudadanos, las funciones de “hábitat”, en su sentido más amplio, y de instrumento de trabajo.

La concentración urbana se constituye de esta manera en un tipo de comunidad humana muy específica en la que se pueden marcar entre otros los siguientes caracteres.

a) La ciudad tiene su *propia identidad* –por las que se diferencian unas ciudades de otras–, con una *conciencia colectiva*, por la que los habitantes afirman que pertenecen a tal ciudad, –es decir, a tal comunidad urbanita–, considerando sus logros y sus fracasos colectivos como propios.

Esta conciencia colectiva e identificativa implica que los ciudadanos reconocen la existencia de unas *responsabilidades comunes*, de una cierta *participación y comunión*, factores que posibilitan el desarrollo concreto de la ciudad.

b) La ciudad es una comunidad humana muy *sensible a los fenómenos que ocurren a su exterior*, de los que, en alguna manera, se siente dependiente y tributaria, pues de tales fenómenos depende en gran parte su caos o su porvenir. Por ese motivo suele ser especialmente *receptora de noticias e informaciones*.

c) En su interior la comunidad urbana se caracteriza por las *especializaciones complementarias* de sus habitantes (maestros, médicos, comerciantes, artesanos, basureros, etc., etc.), lo que exige un sistema regulado y co-

herente de relaciones que determina la organización de la ciudad.

La organización se manifiesta casi visualmente por la zonificación de sus espacios, por la distribución de sus servicios, por las facilidades de comunicación y por la sincronización o control del tiempo. Estos factores han de quedar garantizados por la responsabilidad de una autoridad urbana y por la disciplina de los propios ciudadanos.

d) Dada la importancia de las especializaciones complementarias con una acertada organización para la buena marcha de la urbe, la ciudad origina un tipo de comunidad en la que se valoran prioritariamente las relaciones objetivas sobre las relaciones subjetivas.

Las relaciones son funcionales o *profesionales*, establecen los contactos con el médico, el maestro, el mecánico, el almacenero, etc., y mediante ellas se constituye el engranaje de la fluidez y operatividad de la vida ciudadana. En este tipo de relaciones más que la simpatía o la amistad, se valora *la capacidad, la disponibilidad y la responsabilidad* de los especialistas y funcionarios. Así aparece el llamado *anonimato urbano*, que establece una disociación entre la vida pública y la vida privada de los ciudadanos, al mismo tiempo que surge en la conciencia ciudadana un nuevo modelo de comunidad-objetiva.

e) Frente a esta rígida organización objetiva que impone el sistema urbano, la ciudad en su interior crea otro sistema que favorece *la originalidad, la libertad y la intimidad* de los ciudadanos.

Así aparece en las *múltiples posibilidades* que la ciudad debe ofrecer de ocupación, diversión, información y servicios, a los que se debe tener acceso según las tendencias, aficiones, preocupaciones o necesidades de cada ciudadano.

La ciudad es un espacio donde tienden a multiplicarse las *asociaciones libres*, constituidas por personas que sintonizan entre sí unos mismos intereses o aficiones y en las que pueden establecerse relaciones incluso en el plano de la amistad.

f) El ciudadano dentro del área urbana de su ciudad nunca se siente ausente e, incluso, al menos teóricamente, debería sentirse seguro hasta en zonas desconocidas o poco frecuentadas por él. Pero dentro de este cierto sedentarismo urbano, es típico del urbanita su *pluriespacialidad*, casi con ritmos cotidianos, semanales, etc. Sobre todo en la ciudad moderna, suelen quedar muy distantes el hogar, el lugar de trabajo, el sitio de descanso o diversión, etc. Además dicha pluriespacialidad se multiplica en cada familia según el número y la condición de sus miembros.

La pluriespacialidad real de los ciudadanos absorbe un número de sus horas en cada uno de los espacios, teniendo que reservarse un remanente importante de tiempo a la mera movilidad.

Hasta aquí algunas características de la ciudad que adquieren especial relevancia en la ciudad moderna, como veremos posteriormente.

Ethos y humanismo urbano

Toda comunidad humana específica al congregarse queda marcada por *unas exigencias internas de humanización en su proceso y desarrollo*, que determina el humanismo propio de dicha comunidad. Al traducirse dicho humanismo en una responsabilidad que ha de ser asumida por la propia comunidad y por sus miembros, nos encontramos con el ethos comunitario. Es el fenómeno que encontramos también en la comunidad ciudadana, originándose un ethos y un humanismo específicamente urbano.

Se trata de un *tema de especial trascendencia para comprender las contradicciones, los conflictos* que se generan en el fondo de las comunidades urbanas. Solo intento ofrecer algunas pistas para posibles elaboraciones futuras que puedan realizarse con mayor profundidad. Se trata de un esquema montado sobre la descripción que he ofrecido sobre la ciudad.

1. La ciudad, de suyo, es un ente socializado porque la ciudad es de todos y para todos los ciudadanos; su construcción y remodelación constantes exigen la colaboración y la corresponsabilidad de toda la ciudadanía.

Esto muestra la exigencia de una democracia urbana, con los instrumentos necesarios de información, diálogo y participación en las decisiones que afectan a toda la ciudadanía.

2. Toda ciudad es una comunidad abierta al exterior, como entidad de servicio a la región que centraliza y como dependiente de otros centros superiores, conforme al modelo ofrecido por Christaller.

Consiguientemente, la ciudad no puede ensimismarse. Con relación a la zona que centraliza, la urbe se realiza en la medida en que, deponiendo posturas nominadoras o parasitarias, promueve el desarrollo total de dicha zona.

Pero simultáneamente, la comunidad urbana ha de defender los límites de su legítima autonomía y autodeterminación de los otros entes exteriores de los que ella necesariamente depende.

3. La ciudad es el instrumento de trabajo para la ciudadanía. Esto exige la promoción de los puestos de trabajo necesarios y económicamente rentables para que todos los ciudadanos puedan llevar una vida humana, con el excedente económico necesario para atender a los servicios comunes que han de llegar equitativamente a todos y para

la atención de aquellos ciudadanos que por diferentes motivos se encuentran incapacitados de enfrentar la vida por sí solos.

4. La ciudad tiene que ser un hábitat humano para todos y cada uno de sus habitantes, lo que exige la atención al medio ecológico general y la promoción de un sistema que permita a todos los ciudadanos un tipo adecuado de vivienda, transporte y otras clases de servicios que sea verdaderamente humano para los individuos, las familias y las subcomunidades.

5. El sistema organizado de la ciudad exige la incorporación responsable de las personas a la organización, conscientes de la necesidad de su colaboración para la marcha de la ciudad y para que está pueda cumplir con su misión de servicio a la zona que centraliza.

Pero, al mismo tiempo, la organización global postula que los ciudadanos puedan organizarse en otras organizaciones intermedias y libres, en las que se encuentren especialmente realizados como personas totales –subjetividad y objetividad–; desde las que, de diferentes maneras puedan influir en el mejoramiento de la organización global; desde las que puedan defender sus legítimos derechos y/o compaginar los derechos encontrados en los diferentes grupos o funciones ciudadanas.

6. La densidad demográfica de las grandes ciudades exige un profundo respeto a la pluralidad de las opciones personales y una gran tolerancia, en la medida en que no quede afectado el orden público, dado que sólo en el respeto a la libertad personal y grupal se hace posible la vivencia urbana.

7. Por último, la ciudad ha de estar estructurada y organizada de tal manera que cada ciudadano se sienta personalmente atendido en sus necesidades fundamentales y en el desarrollo de su propia personalidad.

Sin duda que estos puntos pueden ser ampliados o impostados de otra manera, pero al final encontraríamos que el ente-ciudad ha de tener como normativa el bien del hombre, siguiendo el planteamiento hecho por Juan Pablo II en temas similares, con una insistencia en la promoción de la responsabilidad protagónica –no meramente pasiva–, de la libertad, de la justicia social y distributiva –tanto en las cargas como en los beneficios–, y en el servicio.

La fidelidad al ethos y al humanismo urbanos garantiza la humanización progresiva de la ciudad en la dinámica del Reino de Dios.

Factores coadyuvantes y distorsionantes

Por el desarrollo temático que he realizado hasta este momento sobre la ciudad, podemos tener la impresión de que la realidad y la cultura urbanas surgen automáticamente y con sus propias leyes por sí mismas. Pero el fenómeno es mucho más complejo en la realidad.

Los sistemas urbanos han surgido siempre en el ámbito de una cultura determinada o incluso en un espacio de convivencia multicultural. Dicha realidad cultural o pluricultural condiciona y se integra dentro del sistema urbano, originando una nueva síntesis que permite distinguir, por ejemplo, entre culturas urbanas orientales y occidentales. Más aún, incluso dentro de un mismo sistema urbano, normalmente se originan dos subculturas: la urbanita y la rural. Así la comunidad urbanita ha sido considerada como más progresista, mientras que la cultura rural –siendo también urbana– suele ser interpretada como más tradicionalista y conservadora.

De hecho un correcto sistema urbano ha de saber mantener los auténticos valores de la cultura original en la que se ha enraizado y en la que se ha desarrollado, y provocar la comunión entre las diferentes culturas cuando se en-

cuentran conviviendo dentro de la misma ciudad o del mismo sistema urbano. Los Obispos en Puebla se sienten alarmados ante los posibles etnocidios al afirmar que “la cultura urbano-industrial, inspirada por la mentalidad científico-técnica, impulsada por las grandes potencias y marcada por las ideologías mencionadas, pretende ser universal. Los pueblos, las culturas particulares, los diversos grupos humanos, son invitados, más aún, constreñidos a integrarse en ella” (P 420).

Teóricamente la ciudad, desde sus ethos y humanismo urbanos, debería ser una invitación a la progresiva humanización y adaptación de las culturas a la nueva situación ciudadana, promoviendo de esta manera una mayor identificación de cada una de las ciudades y un incremento de potencial creador para las diversas fórmulas de solución que exige la problemática de una ciudad.

Pero, el mayor peligro actual para el desarrollo del ethos urbano no está en la cultura autóctona y original sobre la que está montada la ciudad, sino en la incorporación de sistemas políticos, sociales y económicos en los que se abren las ideologías imperantes con pretensiones de validez universal que terminan dominando la ciudad, organizándola y hasta estructurándola urbanísticamente conforme a sus propios modelos, no siempre coincidentes con el ethos urbano y con la cultura autóctona de la urbe.

Este hecho ha originado y origina en muchos casos la convivencia simultánea de dos sistemas –uno dominante y otro dominado–: el ideológico foráneo y el autóctono “cultural-urbano”, creando las más profundas contradicciones internas de la ciudad, abocándola al caos o a la violencia.

La ciudad de la “modernidad”

Dentro del marco general de las ciudades, en nuestra época han coincidido simultáneamente un conjunto de

fenómenos que han dado origen a la nueva modalidad de las urbes de la modernidad.

Intentando una síntesis apretada y simplificada, los nuevos factores son los siguientes: la aparición de la industria –como superación de la tradicional artesanía– y su integración al paisaje urbano; los nuevos sistemas de comunicación, tanto en el transporte como en la información; el desarrollo del mundo de las finanzas, como expresión de las exigencias de concentración y acumulación de capital; todos estos factores dinamizados dentro de modelos “economicistas”.

Estos factores han incidido poderosamente en las ciudades, convirtiéndolas en poderosos centros industriales, de tal manera que durante mucho tiempo las ciudades han quedado simbolizadas por las chimeneas de sus fábricas, desarrollando su comercio y multiplicando los centros financieros, generalmente edificados en el sector más noble de la ciudad que curiosamente recibe el nombre de “city”.

Simultáneamente, por efecto de estos mismos factores y por la rápida asimilación de los nuevos medios de comunicación, la ciudad se ha convertido en un gran centro de circulación y comunicación humana, receptor y transmisor de toda clase de información y de todas las corrientes del pensamiento con sus problemas, planteamiento y soluciones, creando una nueva conciencia de la peculiar importancia de la ciudad, favoreciendo el pluralismo de los ciudadanos aunque, generalmente, dentro del rigor del modelo economicista imperante y del que se hace propaganda constante por los medios más diferentes.

Este nuevo modelo de ciudad, de hecho –y prescindiendo en este momento de sus causas– ha provocado fuertes inmigraciones hacia las urbes que unidas a los avances sanitarios, han originado su gigantismo especial y demográfico multiplicando los fenómenos de las megápolis, de las conurbaciones y de las denominadas áreas metropolitanas.

Dos modelos de las ciudades de la “modernidad”

Este tipo de ciudad se ha generalizado de tal manera que lo podemos encontrar en cualquier parte del mundo. Pero, claramente aparecen dos modelos según que dichas ciudades se encuentren ubicadas en países fuertemente desarrollados o en países subdesarrollados o en vías de desarrollo.

En los países muy desarrollados, superadas las primeras etapas de su industrialización, el imperio de su economicismo con extraordinarios recursos económicos ha entendido a equilibrarse con un mejoramiento del medio ecológico en el que se desenvuelve el sistema urbano y con un incremento de las posibilidades económicas y de trabajo de su población. Generalmente, también en estas ciudades, con grandes recursos económicos han promovido la socialización y mejoramiento de todo tipo de servicios para los ciudadanos, originándose una cierta situación de bienestar aunque con frecuencia desequilibrada por la incitación constante del consumismo.

Las ciudades en zonas de subdesarrollo o en vías de desarrollo presenta una imagen bien diferente. Su industria, su sistema de comunicación y de información –desde aspectos muy variados– su economía y su sistema financiero están condicionados por *una fuerte dependencia* con centros poderosos del exterior (los que Puebla ha denominado como grandes potencias), limitando las capacidades de autodeterminación y de autogestión de la propia comunidad urbana.

Este hecho, por diferentes caminos, genera un conjunto de fenómenos enlazados entre sí que entran en abierta contradicción con el ethos urbano. En primer lugar surge *el parasitismo de la ciudad* sobre la región que centraliza, imponiéndole simultáneamente los modelos economicistas,

lo que provoca una huida del campo, cada vez más inhumano y con menos posibilidades, y una inmigración masiva y descontrolada a las ciudades. Las ciudades, a su vez se sienten invadidas y, bien por su propia limitación, bien por las rígidas normas del economicismo por las que se rigen, se origina una *desproporción entre población y trabajo*, surgiendo una inmensa masa desocupada generalmente encubierta por el comercio-hormiga, los pequeños servicios de sobrevivencia e incluso por el incremento de una burocracia inútil, con las secuelas del desarrollo de la prostitución, la criminalidad, la mendicidad, etc. Urbanísticamente se originan los enormes cinturones de los denominados *barrios marginados*, con frecuencia establecidos a manera de ocupación de sus habitantes y caracterizados por la inhumanidad de la vivienda, por la ausencia o precariedad de los servicios e, incluso, por su inseguridad interna. Frente a ellos suele surgir una llamada "city", en la que se encuentran los grandes bancos, los lujosos comercios y centro de diversión y en estratégicos lugares los "barrios residenciales" que, en parte por las exigencias de los nuevos sistemas ciudadanos, en parte buscando su aislamiento y seguridad, comienzan a estructurarse en los denominados conjuntos cerrados.

Todos estos fenómenos conducen a la población urbana a un *punto crítico de contradicciones y caos*, que se traduce en conflictos sociales –profundos conflictos urbanos–, cuya dinámica se procura aminorar con *soluciones precarias y coyunturales*, del todo insuficientes desde el punto de vista de ethos urbano, con campañas antinatalistas –que ojalá no generen con el tiempo su complemento de campañas eutanasistas– o con la represión.

Lógicamente, todos estos nuevos factores y consecuencias unidas, dan origen a una novísima cultura urbana, extraordinariamente compleja, cargada de valores, pero en la que sobresalen los antivalores, que inciden en todos los sectores de la vida –político, social, familiar, estético,

pedagógico y religioso—, con un cúmulo inédito de problemas interrelacionados que vuelven a abrir en un nuevo contexto urbano las tres preguntas fundamentales: qué es el mundo, quién es el hombre, quién es Dios.

La ciudad del futuro

En el horizonte histórico ya comienzan a aparecer nuevos fenómenos que pueden tener una especial trascendencia para la vida de las ciudades: la utilización de la energía nuclear e incluso solar, la automatización y la informática, con la aparición de las denominadas ecumenópolis.

Aún no sabemos la trascendencia que puede suponer este horizonte para las futuras ciudades. Pero ya desde ahora, la Iglesia tiene que estar atenta a las nuevas corrientes para que puedan ser evangelizadas en su mismo nacimiento, acompañándolas en su posterior proceso.

3. La Ciudad Latinoamericana

Una vez que hemos intentado presentar una visión comprensiva y global de la ciudad, tiene especial importancia el comprender la ciudad latinoamericana, objeto de evangelización por parte de nuestra Iglesia.

Si, como indicaba al comienzo de la parte anterior, es prácticamente imposible elaborar una imagen común de ciudad, lo mismo sucede cuando se quiere presentar la ciudad latinoamericana. No obstante sus marcadas diferencias —lo que exigiría al menos la presentación de una tipología fundamental desde distintas perspectivas— hay una serie de características comunes por las que se define de alguna manera la ciudad latinoamericana. Este es el intento que pretendo presentar.

La comprensión de la ciudad actual en América Latina necesita una profundidad histórica, lo que nos hace recordar las tres fases fundamentales del urbanismo lati-

noamericano, apoyados fundamentalmente en los estudios de Hardoy.

La ciudad colonial

Entre 1520 y finales del siglo XVI, españoles y portugueses fundaron la gran mayoría de las ciudades y asentamientos de América Latina construidos durante el período colonial, entre ellos casi todos los que actualmente tienen importancia internacional, nacional y hasta regional.

El sistema urbano conseguido, incluso el modelo de sus ciudades, fue el resultado de una *consciente política urbanizada* promovida con espíritu de conquista –de “Conquista Espiritual” hablaría incluso el P. Ruiz de Montoya para caracterizar el emprendimiento de las reducciones guaraníes en el Paraguay– con asentamiento *colonial* y bajo régimen de *cristiandad*.

Bajo este signo, tres tipos de centros urbanos alcanzaron especial importancia: los portuarios, los políticos administrativos y los mineros. Así se construyeron, por ejemplo, dentro del área española, México y Lima, Buenos Aires y Bogotá, Santiago, Quito y Guatemala, centros intermedios entre la política imperial de España y el sistema productivo –minero y/o agrícola ganadero– de las denominadas Indias Occidentales.

La importancia de las ciudades portuarias marcan decididamente el movimiento centrifugo del sistema urbano instalado y orientado hacia la metrópolis, mientras que dentro del propio territorio la estructura espacial comenzó a funcionar de manera centrípeta respecto a los polos regionales de la colonia y de los grandes centros políticos administrativos.

Desde un principio el sistema urbano colonial se montó sobre la *pluriculturalidad*, aceptación de culturas aborí-

genes y culturas africanas, que favorecían el mestizaje, pero con sometimiento a la cultura metropolitana mediante los sistemas establecidos de encomienda para los amerindios y de esclavitud para los negros traídos de África. *La expansión rápida del cristianismo*, desde un punto de vista estrictamente sociológico favoreció ciertos niveles de integración continental dentro de la pluriculturalidad fácil de advertir actualmente en América Latina, pero sin lograr conseguir una situación de cierta paridad, dando validez para el pasado la afirmación hecha en nuestros días por Puebla: " en pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia", de tal manera que esta comprobación aparece como "un índice acusador de que la fe no ha tenido fuerza para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos" (P 437).

El dominio de los colonizadores con el espíritu barroco y religioso de la época, quedó plasmado en las grandes urbes coloniales.

Desde la independencia hasta 1914

Finalizado el período colonial el sistema urbano permaneció prácticamente el mismo, aunque incrementó el volumen y la diversificación de las materias primas y de unos productos alimenticios exportados por América Latina hacia los nuevos mercados europeos, principalmente hacia Inglaterra, que mediante créditos abrió el consumo de sus productos manufacturados a los mercados latinoamericanos.

Son los años de la industrialización europea. Los intereses locales, en general, mostraron su preferencia por la importación de transporte, servicios públicos urbanos, comunicaciones, desarrollo de las finanzas y la transformación de los bienes primarios para el consumo local, nacional y eventualmente internacional.

Entre 1870 y 1914 aparece un rápido crecimiento urbano principalmente en Cuba, litoral Argentina, Uruguay y Sur del Brasil, con fuertes corrientes inmigratorias, especialmente europeas, que se prolongan hasta 1930.

Las modernas megápolis

Con ocasión de la primera Guerra Mundial, debido a la dificultad de las importaciones, se inició un primer momento de industrialización en las ciudades latinoamericanas con industrias generalmente livianas, destinadas a servir a un sector minoritario de sus poblaciones nacionales.

Pero principalmente a partir de la segunda Guerra Mundial muchas ciudades dieron la imagen de una rápida industrialización, con la incorporación acelerada de los nuevos sistemas de comunicación móvil e informativa. Es el momento en que comienzan a desarrollarse las grandes industrias y entidades multinacionales.

Estos hechos, unidos a una crónica crisis rural, aceleran un rápido crecimiento urbano, pero no con nuevas fundaciones en territorios vírgenes o desocupados, como en los períodos anteriores, sino incidiendo en determinadas ciudades, cuyo desarrollo demográfico y físico ha sido tan extraordinario que la imagen nueva que presentan en la actualidad tales ciudades tiene poco que ver con las que ofrecían hace dos generaciones.

Estas ciudades latinoamericanas muestran *tres características* que las suelen identificar: *convivencia pluricultural* con predominancia lingüística del español o portugués; altos porcentajes de *juventud* y pertenencia ampliamente mayoritaria al *catolicismo* con fuertes expresiones de religiosidad popular. Junto a estas características aparece perfectamente definida la imagen de la ciudad de la modernidad típica de los países subdesarrollados o en proceso de desarrollo, anteriormente descrita.

Los propios Obispos, con intuición pastoral, han presentado el cuadro de estas ciudades latinoamericanas en su documento de Puebla. Afirman que "crecen desorganizadamente con peligro de transformarse en megápolis incontrolables en las que cada día es más difícil ofrecer los servicios básicos de vivienda, hospitales, escuelas, etc., agrandándose así la marginación social, cultural y económica" (P 71 y 121). Subrayan, en su contemplación "la creciente brecha entre ricos y pobres", de tal manera que "el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas" (P 28). Insisten en repetidas ocasiones que la "situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos... no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de miseria" (P 29-30); las valoran éticamente como "estructuras generadoras de injusticia" (P 437), lo que hace que "desde el seno de los diversos países está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos"(P 87). Estos fenómenos dinamizados con las corrientes ideológicas de marcada raíz materialista y economicista que imperan o se propagan por nuestras ciudades (P 542.550), *amenazan con una violencia globalizada y fratricida* (P 531) con consecuencias inimaginables.

Desde el punto de vista religioso, las ciudades aparecen llenas de cristianos y de juventud cristiana, surgiendo "la necesidad de evangelizar y catequizar adecuadamente a las grandes mayorías que han sido bautizadas y que viven un catolicismo popular debilitado" (P 461), pero comprobando simultáneamente que "el crecimiento demográfico ha desbordado las posibilidades actuales de la Iglesia para llevar a todos la Buena Nueva..., por la falta de sacerdotes, por la escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas, por las deserciones producidas, por no haber conta-

do con laicos comprometidos más directamente en funciones eclesiales, por la crisis de los movimientos apostólicos tradicionales" (P 78).

Simultáneamente los Obispos han indicado la zona del escándalo: "En pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia", surgiendo como "un índice acusador de que la fe no ha tenido fuerza para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos" (P 437), mientras se propaga de diferentes maneras "La ideología que llamamos secularismo" (P 434).

Estos son los *dos desafíos* que la ciudad latinoamericana lanza a nuestras Iglesias Locales Urbanas: la amenaza –ya en muchos sitios realidad– de las luchas fratricidas y la crisis de la fe; desafíos, que expresados en sentido esperanzador y positivo, abogan por la instauración de la paz, fundada en la caridad y en la justicia, y por la maduración de la fe en nuestras ciudades latinoamericanas.

La pregunta que surge es esta: ¿Cuál es el papel de la Iglesia frente a estas ciudades concretas y cuál puede ser el sistema pastoral para realizarlo?

4. La Iglesia urbana como modelo evangelizador de la ciudad latinoamericana

Hasta este momento hemos establecido dos presupuestos fundamentales. El primero considera a la Iglesia como un cuerpo orgánico, cuerpo de salvación, Cuerpo de Cristo, con una misión evangelizadora que, aunque tomando siempre como punto de partida las personas, tiene como objetivo último la conversión de las culturas y de las comunidades. El segundo presupuesto es la comprensión de la ciudad como una comunidad humana y como una cultura específica, marcada con sus propias exigencias y responsabilidades, y con sus propios problemas.

Al establecer la relación entre la Iglesia local urbana y la ciudad, nos encontramos, consiguientemente con el relacionamiento de dos comunidades inadecuadamente distintas, de las cuales la primera, es decir, la Iglesia tiene como misión la evangelización de la segunda, es decir, de la ciudad.

El problema se plantea cuando se trata de establecer la relación operativa válida –operatividad evangelizadora– cuando la propia Iglesia se siente desbordada en sus posibilidades reales (P 78), con estructuras y organismos pastorales inadecuados para la nueva situación, frente a ciudades gigantescas y con una compleja y difícil problemática, como sucede en nuestras grandes ciudades latinoamericanas. Son situaciones en las que el peligro es o caer en la desesperanza, manteniendo lo que tradicionalmente se ha venido haciendo siempre, o la dispersión en constantes aventuras nuevas que al cabo de poco tiempo van agotando a los hombres. Por ese motivo, creo que es necesario saber focalizar la acción en un proyecto que, supuesta una sólida fundamentación, sea viable con las posibilidades reales que se tienen y puedan preverse en él eficacia evangelizadora.

Hay dos números en Puebla que nos permiten estructurar un proyecto con tales características para nuestras Iglesias locales urbanas. El texto es el siguiente:

“La Iglesia evangeliza, en primer lugar, mediante el testimonio global de su vida. Así, en fidelidad a su condición de Sacramento, trata de ser más y más un signo transparente o modelo vivo de la comunión de amor en Cristo que anuncia y se esfuerza por realizar. La pedagogía de La Encarnación nos enseña que los hombres necesitan modelos preclaros que los guíen. América Latina también necesita tales modelos.

Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el continente un ejemplo de modo de conviven-

cia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir caminos hacia un tipo más humano de sociedad. Y, sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre" (P 272 y 273).

Estas orientaciones nos permitirían volcar todo nuestro interés y nuestros esfuerzos en la construcción reevangelizadora de una Iglesia urbana que de tal manera realice en sí misma la ciudad de Dios que pueda ser modelo vivo y dinámico de la ciudad terrestre en la que vive y de la que forma parte.

Modelo dinámico

Entendiendo por modelo dinámico la realización de un proyecto a escala reducida pero con posibilidades y con fuerza expansiva para poder ser reproducido en escala mayor y con las diferencias oportunas exigidas por la nueva materia en la que se realiza.

El proyecto evangelizador del modelo dinámico nunca ha sido ajeno a la Pastoral de la Iglesia. San Pablo se expresaba diciendo: "Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo" (1Cor. 4, 16), y alaba a los Tesalonicenses afirmando que "de hecho vosotros, hermanos, resultasteis imitadores de la Iglesias cristianas de Judea" (1 Tes. 2, 14). En los Hechos de los Apóstoles se presentan el modelo de la comunidad eclesial, cobrando especial densidad en el conocido pasaje del capítulo 2, versículos 42 al 47.

En el fondo de la Teología y de la Pastoral del Testimonio, hoy de tanta importancia en las reflexiones cristia-

nas, subyace el proyecto del "modelo dinámico" como camino acertado para la evangelización.

La fuerza del modelo esta en establecer ya como posible, aún en pequeña escala, lo que los otros juzgan como imposible, mostrando simultáneamente el proceso de viabilidad.

¿No deberían nuestras Iglesias urbanas locales interiorizar y vivir en si mismas el proyecto de la Ciudad de Dios de tal manera que sirvan de fermento, estímulo y modelo a las ciudades latinoamericanas para un proyecto similar en sus dimensiones y categorías correspondientes? Esta es la sugerencia, a mi juicio, más focal en el plano operativo que ha sido propuesta por Puebla.

La Ciudad de Dios en la Iglesia

No se trata, evidentemente, de que la Iglesia intente crear una ciudad paralela dentro de la ciudad, conforme al desencarnado proyecto de Tertuliano de fundar una "ciudad cristiana" en la Tracia. Miembros de la ciudad humana han de ser los cristianos urbanitas, solidarizados con ella, que viven los problemas de todos los ciudadanos y arriesgándose con todos en la búsqueda de las soluciones que su ciudad necesita.

Pero, son también miembros de una comunidad específica en el interior de la ciudad, la Iglesia. El peligro de esta comunidad eclesial es, mientras intenta cumplir con ciertas misiones y servicios al interior y al exterior de la propia comunidad, asimilar acríticamente las deficiencias los pecados radicales de la sociedad en la que vive, lo que le haría perder su autoridad evangelizadora y su fuerza misionera y la conducirá desde su pecado interno a una fácil tolerancia e irenismo con el "status quo" o el apoyo indiscriminado de soluciones por caminos inhumanos de

violencia. En el documento de Puebla se han señalado estas dos deficiencias entre nuestros cristianos:

“ante los desafíos históricos que enfrentan nuestros pueblos encontramos entre los cristianos dos tipos de reacciones extremas. Los pasivistas: que creen no poder o no deber intervenir, esperando que Dios solo actúe y libere. Los activistas que en una perspectiva secularizada, consideran a Dios lejano, como si hubiera entregado la completa responsabilidad de la historia a los hombres, quienes por lo mismo, intentan angustiada y frenéticamente empujarla hacia adelante.

La actitud de Jesús fue otra. En Él culminó la sabiduría enseñada por Dios e Israel. Israel había encontrado a Dios en medio de su historia. Dios lo invitó a forjarla juntos, en alianza. Él señalaba el camino y la meta, y exigía la colaboración libre y creyente de su pueblo” (P 275 – 276).

La asimilación interna, aunque sea acrítica, de los pecados urbanos en la comunidad de la Iglesia es la que le impide “ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el reino” (P 274).

La dificultad, teórica y práctica, se plantea a pregunta como hacer de la Iglesia, ciudad de Dios en nuestras inhumanas ciudades, para realizar su misión evangelizadora en la ciudad.

En nuestro caso, juzgo para ello como indispensable una conversión eclesial en la que la comunidad asimile simultáneamente y con profundidad radical el espíritu del Evangelio, el ser y el ethos urbanos, y el ser y el ethos de la cultura latinoamericana en la que simultáneamente conviven diferentes culturas que en el seno de la Iglesia deberían de sentirse aceptadas fraternalmente y en dinámica de mutua colaboración.

Imagen de la Iglesia Urbana como Ciudad de Dios

Esta asimilación interna por parte de la comunidad cristiana, nos permite trazar una imagen aproximada de la Iglesia como Ciudad de Dios en la conflictiva y amenazante comunidad humana.

La primera nota sería la perfecta *identificación* con su *propio ser y misión* en el interior de la ciudad, para que a partir de esta identificación procure ser lo que debe ser.

Su identificación ha de venir dada, en primer lugar, por su conciencia de ser una comunidad congregada por la fe en el nombre del Señor, de tal manera que advierta que en el fervor, la obediencia y la fidelidad de su fe a Jesucristo, es donde encuentra el fundamento de su fuerza y de su esperanza. Cristianos son, teológica y sociológicamente, los discípulos del Señor que, de tiempo en tiempo, se congregan alrededor de la Eucaristía para vivir sus vidas conforme a las exigencias del Evangelio, conscientes de que sólo en el nombre del Señor está la salvación.

Ha de encontrar su identificación también en su libertad para *recibir a todos los hombres* que invitados por el Señor Jesús solicitan su incorporación a la Iglesia, sean considerados como justos o como pecadores por la sociedad envolvente y predominante, con tal de que quieran vivir conforme a las exigencias del Evangelio e integrarse en la caridad fraterna. En la comunidad del Señor, superando sus diferencias seculares, supieron encontrarse simultáneamente el colaboracionista Mateo y Judas el Zelote. El riesgo de la Iglesia es dejarse dominar en su interioridad por las exigencias exclusivistas de los radicalismos excluyentes de la sociedad. La Iglesia es un lugar privilegiado por la fuerza de la fe, donde se tiene que iniciar la reconciliación de los hombres.

La identificación de la Iglesia implica que ésta acepte su *modesto puesto sociológico* en la ciudad, pero al mismo tiempo *lo defienda con absoluta libertad cristiana*, no sólo para sí misma sino también para otras entidades similares y honestas. Su puesto, desde el punto de vista sociológico –urbano, es el de una asociación libre de carácter religioso, con todas las características que la palabra religioso implica en el n. 4 de la Declaración de libertad religiosa.

Como asociación libre ha de reconocer y aceptar con alegría que se encuentra ella también en la base de la comunidad humana ciudadana ante las autoridades legítimas de la sociedad, sin pretender situaciones privilegiadas que no correspondan al ámbito de las exigencias de su propio ser. Pero simultáneamente ha de defender el derecho a ser reconocida como tal asociación y respetada en la autonomía característica de toda asociación libre que en este caso viene definida y dada por el mismo Jesucristo. En caso de conflicto, la Iglesia nunca puede olvidar el principio apostólico de que antes hay que obedecer a Dios que a los hombres (Act 4,20), incluso con el riesgo de la persecución y del martirio.

La auténtica libertad exige que la Iglesia resuelva internamente el problema de su *autofinanciación*, en todas aquellas dimensiones en las que una asociación libre no tiene justificación para pedir ayudas materiales a la economía pública de la ciudad. Incluso, para una ejemplaridad urbana debe limitar al máximo su legítimo derecho de pedir limosna a unas comunidades eclesiales del exterior con mayores posibilidades. En cualquier hipótesis, la opción decidida por la pobreza evangélica será motivo para originar una dinámica denuncia frente a los modelos económicos imperantes en la ciudad, evitando los gastos inútiles y las apariencias antievangélicas; en momentos de angustia podría decir San Pedro: “Plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy; en nombre de Jesucristo Nazareno, echa a andar” (Act 3,6).

La identidad supone la conciencia clara de su misión: la Evangelización, con todas las dimensiones que han sido trazadas en el Concilio Vaticano II y con las puntualizaciones ofrecidas por Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*.

La *segunda nota* de su Iglesia urbanizada es el desarrollo de su *funcionalidad externa* y del ejercicio de dicha *funcionalidad* como servicio, similar a la funcionalidad que ha de caracterizar a la comunidad urbana.

La base de esta nota es profundamente evangélica: "Yo no he venido para ser servido sino para servir" (Mt. 20.28).

Así la Iglesia saldrá de todo ensimismamiento egoísta, evitando la preocupación por sus propios intereses materiales y superando las ambiciones internas que suelen surgir en nuestras comunidades y que ya fueron fustigadas por el mismo Jesús en la comunidad apostólica en la Última Cena.

Pero el servicio de una Iglesia urbana y su funcionalidad tiene diversas dimensiones que han de ser simultáneamente atendidas. En primer lugar, *la Iglesia local urbana* ha de procurar *ciertos servicios* tanto de la dimensión humana como eclesial a la zona que está centralizada por la ciudad. Esta actitud abierta le permitirá concientizarse mejor de los problemas reales de dicha región, los que ha de asumir en el mensaje evangelizador que ha de transmitir a la ciudad en la que está emplazada. La ceguera de la ciudad frente a los problemas inhumanos de la región que centraliza termina destruyendo a la misma ciudad. Además, para la Iglesia, este contacto servicial con la Iglesia regional le permitirá establecer un sistema de comunión en orden a una evangelización orgánica no sólo de la ciudad sino de todo el sistema urbano.

De cara a la *comunidad urbanita*, la Iglesia ha de vivir para la evangelización de ella, preocupada de todos los

problemas que le acosan, denunciándole con lucidez evangélica los problemas que la destrozan, sugiriendo caminos de solución, aunando a los hombres de buena voluntad y solidarizándose con ellos en la medida en que buscan las auténticas soluciones y, sobre todo, promoviendo la transformación por caminos de conversión y reconciliación auténtica de toda ciudadanía. Ella misma también ofrecerá los servicios que le sean posibles especialmente a los sectores más necesitados.

La *tercera nota* de una Iglesia urbanizada es el de saberse situar en el lugar exacto sociológico donde los problemas internos de la ciudad aparecen con toda su crudeza hasta sus últimas consecuencias: *en el lugar de los pobres*, lo que apoya decididamente Puebla con su opción preferencial. Como acaban de afirmar los Obispos del Brasil "resulta útil situarse en el lugar social que permita contemplar mejor la condición estructural de la injusticia: el lugar de las poblaciones que más las padezcan".

Es interesante recordar que la primitiva Iglesia de Jerusalén, alentada por la fuerza del Espíritu Santo, comienza proclamando la inocencia salvadora de un hombre, Jesús de Nazareth, que injustamente "ajusticiado" fue colocado entre el número de los malhechores. En el reconocimiento de la inocencia de Jesús estaba la salvación. La no aceptación de renovar su injusta sentencia fue la destrucción de todo el pueblo de Israel. Desde esta perspectiva, la solidaridad evangélica con los problemas de los pobres es signo de autenticidad de la Iglesia en la ciudad y, desde nuestra perspectiva, es el comienzo de la salvación de toda la comunidad urbana, sin que sea excluído ninguno de los ciudadanos, sea cual sea el sector en el que se encuentre. Lo que se exige de todos en el nombre del Señor, es el reconocimiento de sus pecados y la eficaz conversión que ha de traducirse, desde las exigencias sociales de la fe, en la formación activa de los derechos de la dignidad humana conculcados en los hermanos.

La cuarta nota es la construcción de una Iglesia orgánica y corresponsablemente estructurada tanto en la misión común con relación a la ciudad, como en la identificación de la misma Iglesia. Es una respuesta frente a una ciudad atomizada y en la que muchos son marginados de la participación en la manifestación de los problemas que padecen y en las decisiones que tienen consecuencias para todos los ciudadanos.

Esta manera de edificar la Iglesia, orgánica y corresponsablemente, abre en ella la posibilidad de la *macro-comunidad* ciudadana exigidas por su ethos urbano. En las grandes Eucaristías muchos sólo serán conocidos por su función específica, por sus carismas o sencillamente como hermanos, pero con la conciencia de que todos son miembros del mismo Cuerpo de Cristo, empeñados con la fuerza del Espíritu Santo en una misión común.

El ejercicio de la corresponsabilidad ordenada exige que todos los hermanos sean *informados* oportunamente y que todos tengan la oportunidad de expresarse con libertad evangélica ante la comunidad con la confianza de que su palabra será escuchada. De este modo la Iglesia, regida por sus Pastores, promoverá un *magisterio orgánico* para la ciudad y para toda la comunidad eclesial, adquiriendo las mismas características la función de santificación y servicio.

Por otra parte, en esta organicidad dinámica y misionera podrá conseguirse que todas las instituciones, iniciativas y proyectos de los cristianos queden *informados por el mismo espíritu y orientados por las exigencias de la misma misión*, evitando las contradicciones internas que con frecuencia se advierten en la Iglesia lo mismo que en la ciudad.

La quinta nota sería la aceptación y promoción de lo que, desde un punto de vista sociológico, llamaríamos *asociaciones o estructuras intermedias*, y con un lenguaje teo-

lógico podrían denominarse *comunidades carismáticas*, en el sentido Paulino más rico y profundo. Esto origina una Iglesia viva, con capacidad de renovarse constantemente, con el ejercicio activo de la libertad ganada por Cristo. Dichas comunidades carismáticas, con la ayuda de los Pastores, han de integrarse en la unidad de la Iglesia y aceptar con alegría el discernimiento que en cada momento la comunidad global ha de hacerse de ellas.

El desarrollo de este factor dentro de la Iglesia sería una importante aportación a la evangelización de la comunidad ciudadana latinoamericana.

La *sexta nota*, muy unida con la anterior, es la promoción de las *pequeñas comunidades*, comunidades eclesiales de base las llamamos actualmente, en las que el cristiano pueda realizar su vida cristiana en comunidad y al mismo tiempo en relaciones de amistad e intimidad. Esto podría originar en nuestras ciudades una auténtica *red de iglesias domésticas similares* a las que se tenían en los primeros años del cristianismo en las diferentes ciudades del Imperio.

La *séptima nota es la atención personal* a cada uno de los cristianos en la dinámica global de los sacramentos de la confirmación, la reconciliación y la santa unción, de tal manera que se realice y muestre el amor que se tienen entre sí los discípulos del Señor, conforme a su mandato: "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros. En esto conocerán que sois discípulos míos, en que os améis mutuamente" (Jn 13, 34 –35).

Pienso que estas siete notas unidas y entrelazadas entre sí estructuran un modelo concreto operativo y evangelizador de Iglesia frente a nuestras ciudades. Ciertamente una Iglesia estructurada de esta manera y cumpliendo fielmente con su responsabilidad profética y con su acción

evangelizadora sobre la ciudad, podrá ser numéricamente pequeña, pero será fermento, cobrará fuerza para acoger cada vez más nuevos miembros, y ofreciendo una coherente evangelización a su ciudad. Su instancia de conversión podrá ser tan grande que quizá termine siendo perseguida por los poderes de este mundo. Pero sabrá que podrá ser mártir, pero nunca homicida, y que la sangre de los mártires es semilla de cristianos.

PASTORAL PLANIFICADA: POSIBILIDADES Y EXIGENCIAS EN LAS GRANDES CIUDADES

Jorge Jiménez Carvajal, eudista

“En la acción pastoral no se puede hoy proceder ciegamente: el apóstol no es uno que corre a la aventura o que tira golpes al aire (1 Cor. 9,16); evita hoy la comodidad y el peligro del empirismo”; tal es la sabia orientación que el Papa Pablo VI daba a los pastores de América Latina en el momento en que culminaba el Concilio Vaticano II y se abría esta rica etapa de renovación, de cambio, de valiosas transformaciones que todavía mueve a la Iglesia universal y que en América latina ha sido reforzada por las conferencias de Medellín y Puebla.

Si esta orientación es válida para todas las situaciones, lo es particularmente para la acción pastoral en las grandes ciudades.

La población que hace 50 años ocupaba el territorio de un país, hoy posiblemente se encuentra concentrada en una ciudad. El proceso de urbanización ha sido acelerado y se vislumbra que continuará de manera apreciable. Hoy nos vemos abocados al desafío de atender las necesidades de estos miles de hombres, mujeres, ancianos y niños y no hay sino una manera de hacerlo efectivamente: planificando las respuestas de acuerdo con las necesidades y los recursos disponibles.

Si los planificadores urbanos tienen en cuenta los hábitos y las necesidades de las gentes, para elaborar sus planes, con mayor razón los agentes de pastoral que no sólo se preocupan por las necesidades inmediatas del hombre sino que le anuncian una Buena Nueva que pretende “alcanzar la raíz de la cultura, la zona de sus valores fundamentales, suscitado una conversión que pueda ser base y garantía de la transformación de las estructuras y del ambiente social” (Puebla 388).

Al hablar de grandes ciudades, de metrópolis, nos movemos en el campo de lo complejo, de la rapidez, de la dramaticidad de las transformaciones, de los cambios, del pluralismo, de la movilidad, de la manifestación, de la expansión desordenada, de lo confuso. ¿Cómo trabajar en ellas?

Estas realidades nos llevan a buscar un método que nos permita ir dando respuestas adecuadas a las necesidades de la evangelización, de tal manera que paralelamente vayamos descubriendo y aprendiendo las nuevas formas de acción pastoral para las ciudades modernas, para las metrópolis. El proceso de planeación pastoral pasa por ser hoy el mejor medio para lograr el propósito. Exige unas condiciones básicas, el desarrollo del proceso con ciertas adaptaciones y sobre todo un seguimiento disciplinado porque es allí donde se realizará principalmente el proceso de descubrimiento y aprendizaje de los nuevos métodos, a partir de la experiencia planeada.

El análisis de la planificación pastoral como “el camino práctico para realizar concretamente las opciones pastorales fundamentales de la evangelización” (Puebla 1306), será el tema de la siguiente reflexión.

1. La ciudad: un todo que funciona como unidad orgánica

Frente al análisis sociológico de la ciudad, existe un peligro para la acción pastoral: de entre la multiplicidad

enorme de fenómenos que en ella se generan, dejarse obnubilar por uno, el aspecto cuantitativo.

No hay duda de que este aspecto es fundamental. El desafío de la pastoral urbana es la rapidez con que crecen nuestras grandes ciudades. Es una verdadera pesadilla pensar que en el año 2000 la ciudad de México contará con 31 millones de habitantes; Sao Paulo llegará a los 25 millones y Río de Janeiro a los 19 millones.

Pero existe un peligro: frente a tamaño problema de tipo cuantitativo responder de manera meramente cuantitativa: multiplicación de parroquias, multiplicación de agentes, etc., olvidando la globalidad de la ciudad.

Para una respuesta adecuada a la problemática pastoral engendrada por las grandes ciudades urge valorar, entre otros aspectos: la unidad de la ciudad, su complejidad, la multiplicidad de las relaciones funcionales, su especialización; sin olvidar la trascendencia que tiene el grave crecimiento demográfico, la nueva cultura técnico industrial, la especulación inmobiliaria, la concentración en grandes megápolis.

La ciudad es un todo. Así sea un todo muy complejo. Todos los aspectos y todas las partes de la ciudad están estructuralmente relacionados entre sí.

"Cada ciudad tiene su historia, su vida y funciones propias. Río de Janeiro no es Buenos Aires y Santafé de Bogotá no es Lima. Los que viven en esas ciudades constituyen con ella una cierta simbiosis, hunden sus raíces en ellas y son influenciados por ellas: Si "la gente de casa" critica su ciudad eso es aceptable, pero no sucede lo mismo si la crítica viene de afuera"

* (Alfonso Gregory, La Parroquia y la realidad de las grandes ciudades).

En sí misma, la ciudad semeja un ente vivo. Basta que una parte de la ciudad no funcione bien para afectar el todo.

Esto como efecto de una conciencia colectiva, por la cual sus habitantes afirman que pertenecen a tal ciudad, considerando sus logros y sus fracasos colectivos como propios.

La complejidad es otro elemento imprescindible en el tratamiento pastoral de la ciudad. La ciudad no es un todo uniforme. Por el contrario, es el lugar de la diversidad, del pluralismo, de la contradicción, del conflicto. Allí encontramos pluralismos ideológicos, áreas distintas, clases sociales distintas, mentalidades opuestas, multiplicidad de relaciones funcionales, movilidad enorme. Las respuestas pueden ser uniformes. Es imposible tener una solución con carácter de panacea.

La vida del hombre urbano es profundamente diferente a la del hombre rural, así el paso de la una a la otra no tengan necesariamente cambios bruscos y radicales. El hombre urbano, de acuerdo con la diversificación de sus actividades, pasa a comunicarse con los otros, por medio de múltiples relaciones. Difícilmente el hombre urbano puede mantener aquella relación de buena vecindad que se nota en el mundo rural, donde él trabaja, se divierte, convive con un pequeño grupo, siempre el mismo. En la ciudad cada actividad está marcada por un tipo de relación propia, diferente y, generalmente, típicamente funcional.

La falta de relaciones primarias en las actividades económicas, sociales, y culturales lleva al individuo a un progresivo encerramiento sobre sí mismo. Se torna un anónimo siempre que así lo desee y esto propiciado por la misma arquitectura.

Por otra parte, el hombre urbano no está fijo en un determinado territorio, dentro del espacio de su ciudad. Por la facilidad del transporte, por la acción de los medios de co-

municación social, se torna ciudadano de toda ciudad y su periferia. Vive en un territorio, estudia en otro, trabaja en un tercero y con frecuencia busca trabajar en otro más. Escoge sus amigos en todos sus ambientes. Vive en un mundo donde impera la especialización: en la vida profesional, en el comercio, en la medicina, en casi todos los campos.

Finalmente, podemos hablar de un fenómeno que aun cuando no es exclusivo de las ciudades latinoamericanas sin embargo tiene una especificidad en nuestro subcontinente. Se trata de la apropiación antisocial de las áreas urbanas y la consecuente especulación inmobiliaria. Su trascendencia pastoral fue estudiada concienzudamente por la última asamblea de los Obispos del Brasil que produjo el documento conocido como "Áreas urbanas y acción pastoral".

"La ocupación de las áreas urbanas para fines de residencia es precaria y tiende a empeorar a causa del ritmo de crecimiento de la población urbana"

"La influencia de las migraciones hacia los centros urbanos coincide con un proceso que exaspera la situación: la rápida revalorización del suelo urbano, objeto de intensa especulación inmobiliaria. La adquisición en bloque de terrenos para fines especulativos alcanza hoy grandes proporciones (No. 15).

2. La ciudad unidad de la acción: gran reto de la ciudad a la pastoral

A la gran ciudad considerada como un todo, debe responder una unidad de acción. A la globalidad de la ciudad, debe responder la globalización de la acción.

Actividades pastorales son iniciativas sueltas, sin articulación entre sí, sin continuidad. Las actividades pasan a ser acción cuando se articulan entre sí por un objetivo y cuando tienen continuidad.

La actividad pastoral en las grandes ciudades requiere una acción pastoral, no basta meras actividades pastorales so pena de caer en la ineficacia y en la rutina.

Es bastante común encontrar en las diócesis, algunas parroquias en las que se siente un gran dinamismo. Todo funciona bien. Hay gente para todo. Un entusiasmo que contagia. Sin embargo, viéndolo bien, se percibe que es un conjunto sin cohesión. Cada sector, cada movimiento, cada comunidad, etc., en su especificidad, crece en la dirección que le es propia pero no en dirección al conjunto. ¿Es suficiente esto en la acción pastoral? Ciertamente no. Le falta algo fundamental: la capacidad de hacer que todos, sin perder la especificidad de su campo de acción, crezcan en relación al conjunto. Precisamente en este crecimiento, pero a gran escala, el *"mysterium unitatis"* va surgiendo. Una parroquia o una diócesis donde sólo se realizan actividades dispersas, está lejos de la comunión, de la unidad.

La unidad de la Iglesia tiene un instrumento importante en la unidad de acción. Una acción pastoral sin coherencia interna encierra un gran peligro en relación a la unidad de la Iglesia.

La pastoral de las grandes ciudades tiene en la unidad de la acción, posibilidades inmensas. Mira en conjunto toda la realidad y trata de responderle sin perder en ningún momento la perspectiva del conjunto.

El rigor de un objetivo único y claro tiene un poder dinamizador de la unidad de acción. Sin un objetivo único y claro no hay punto de referencia. Caminar juntos supone que haya una misma dirección para todos. Es de nuevo Pablo VI quien insiste en su discurso en Roma con motivo de los 10 años del CELAM:

"puesto que los problemas son hoy generales, requieren soluciones generales de conjunto. Nadie puede resol-

verlos por sí mismo: de aquí el carácter unitario que deberá revestir la acción pastoral de hoy... (Discurso del 24 de noviembre de 1965, No. 26).

3. El Plan Pastoral: una acción que se organiza alrededor de un objetivo de cara al futuro

“La acción pastoral planificada es la respuesta específica consciente e intencional a las necesidades de la evangelización” (Puebla 1307). Lo decimos, en esta ocasión, de la evangelización de las grandes ciudades de América Latina.

El plan pastoral es un instrumento técnico que asume el reto de cohesionar toda la acción pastoral de la ciudad alrededor de un único objetivo.

La planeación, en sí misma, es un medio, no un fin. Como toda técnica tiene una cierta ambivalencia; en sí misma no es buena ni mala, pero al ser un instrumento puede ser utilizado con diferentes intencionalidades y en diferentes circunstancias. Se la ha empleado –y se la puede emplear- tanto para el mantenimiento del “*statu quo*”, como para impulsar reformas o cambios estructurales.

Pero todo plan se mueve alrededor de un único objetivo. Esta es su fuerza. Si bien planificar es una forma de tomar decisiones y formular políticas, “su carácter específico es el de tratar con un conjunto de decisiones, es decir, con una matriz de series sucesivas interdependientes de decisiones sistemáticamente relacionadas”.*

Un plan pastoral tiene muchas posibilidades en el medio urbano. Quizás más que en el rural. Pero planificar la pastoral no es meramente una nueva manera de hacer

* (Ander-Egg Ezequiel, Introducción a la planificación, Colatina-1981, pag. 14).

las mismas cosas, sino que supone nuevos hábitos, nuevas actitudes, nueva mentalidad y, sobre todo, la decisión de caminar en una misma dirección.

Esta dirección en un plan pastoral es clara. Ordinariamente el único "norte" en la orientación de nuestra acción ha sido la experiencia realizada, es decir el pasado. Esta actitud correspondía a la situación de una sociedad con mucha estabilidad, en la cual era posible mantener las cosas tal como se presentaban. Nuestra época es radicalmente diversa. Una de las características más acentuadas de la sociedad actuales es el cambio, el dinamismo y la movilidad. Podemos decir que esta característica estará aún más acentuadas en el futuro, por un cambio acelerado en la dimensión de los fenómenos y sus interdependencias. Para evitar grandes sorpresas, es decir, "choques del futuro" (Alvin Tofler), tenemos que cambiar radicalmente la actitud mencionada o reemplazada por una actitud prospectiva. Horst Wagenbuhr, uno de los futurólogos más conocidos, decía: cuando la velocidad aumenta se necesita faros más fuertes; cuando el cambio aumenta se siente necesidad de previsiones más claras.

En contraposición al pasado, el futuro no se nos presenta como un solo hecho, como una vía única, sino como una gama de hechos, vías y futuros posibles. Es decir, el futuro se nos presenta con alternativas de desarrollo.

En síntesis podríamos decir que la planificación pastoral en general, pero la urbana en particular, exige una actitud muy clara: la capacidad de contemplar hechos y acontecimientos desde el punto de vista del futuro para actuar en el presente: una actitud y una orientación prospectivas.

Para evitar equívocos se debe tener en cuenta que el trabajo prospectivo de ninguna manera es esperar en la antesala del futuro. Este empieza hoy. Por eso es menester actuar como cuando se dibuja en perspectiva: contemplar el presente desde un punto central que es el futuro.

Quizás haya que decir sin temor que una acción pastoral en la metrópoli que esté basada en una actitud retrospectiva, necesariamente está superada por la dinámica del mundo de hoy. Planificar la pastoral es prever el futuro. Pero, el futuro deseado, la Iglesia que queremos construir, no es algo a lo que se llega en un momento determinado simplemente porque se decidió llegar: es un estar llegando. Planificar la acción pastoral es desencadenar un proceso.

Para Pablo VI la planeación pastoral es un instrumento que urge utilizar en la acción pastoral de la Iglesia latinoamericana:

"La planificación impone decisiones e implica renunciaciones incluso a lo mejor; es un cultivo intensivo y extensivo reducido a lo esencial, que obliga a renunciar a cultivos bellos tal vez, pero limitados o superfluos. El plan de pastoral debe además establecer claramente las metas que se persiguen, fijar los criterios de selección y prioridad entre las múltiples necesidades apostólicas y tener en la debida cuenta los elementos personales también y los medios de los cuales se puede disponer" (Discurso del 24 de noviembre de 1965, No. 28).

Resta añadir que el plan es un instrumento privilegiado que ha encontrado la Iglesia, en su diálogo concreto con las ciencias, para llevar a cabo la pastoral de conjunto, entendida ésta como el esfuerzo por hacer pasar las actividades pastorales aisladas a ser una acción pastoral con objetivo y continuidad; esto "tanto por la naturaleza misma de la Iglesia, misterio de comunión de diversos miembros y ministerios, como por la eficacia de la acción pastoral con la participación coordinada de todos" (Puebla 807).

4. Los pobres... la periferia...: una perspectiva que dá unidad a la acción

No se trata de consagrar una clase social, ya que el término "pobres" supera esta clasificación y se inscribe

dentro de la opción por los débiles, los perseguidos, los marginados. Se trata de una perspectiva pastoral: mirar la acción pastoral en las metrópolis desde la perspectiva de los pobres, por ser la más universal y la menos excluyente.

En el tema que nos ocupa, esta opción se hace más urgente por la realidad de extrema pobreza que existe principalmente, aun cuando no exclusivamente, en la periferia de nuestras grandes ciudades latinoamericanas. La falta de saneamiento básico, las condiciones precarias de salud, la falta de vivienda debido principalmente a la especulación inmobiliaria, la escasez de trabajo, el hambre, la desnudez, la elevada mortalidad infantil, la inseguridad, la criminalidad, etc... junto a otros muchos males de las periferias urbanas exigen no sólo una conversión personal sino, igualmente, un compromiso concreto de "conocer y denunciar los mecanismos generadores de la pobreza" (Puebla 1160).

Pero es más, planificar la acción pastoral de las ciudades "desde la periferia",

"Desde los pobres" exige "descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto interpelan a la Iglesia constantemente, llamándoles a la conversión y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios" (Puebla 1147).

Esto requiere una investigación detallada de cuáles son esos valores en cada ciudad, valorizarlos, promoverlos y desde allí, y teniendo muy en cuenta estos valores, evangelizar la ciudad y evangelizar a los pobres.

Esta perspectiva para la planificación pastoral de las metrópolis es particularmente iluminadora en ciertos aspectos de difícil manejo en la acción pastoral: la existencia de parroquias ricas y parroquias pobres, la inequitativa

distribución de agentes de pastoral y de comunidades religiosas entre el centro y la periferia de la ciudad, los términos de comparación entre los servicios religiosos del centro y de la periferia: para bien o para mal, para edificación o para escándalo, el centro es en este momento modelo para la periferia. Urge, como perspectiva unificadora y globalizante, que sean precisamente los pobres, con toda la riqueza de reflexión que nos dejaron Puebla y Medellín, el elemento integrador. La planeación pastoral juega para ello un papel imprescindible en estos momentos.

El pueblo sencillo de nuestras barriadas es factor muy importante para la evangelización de las metrópolis. En él se intuyen grandes líneas de solución al problema de descristianización, que deben ser integradas a nuestros planes pastorales.

5. El equipo: una condición básica

El espíritu efectivo de trabajo en equipo es una exigencia radical del medio urbano. Sin un verdadero trabajo de equipo que supere las concepciones agrarias que cifran su fuerza en el territorio y favorecen el individualismo y la autosuficiencia, la planeación pastoral de las grandes ciudades no podrá llegar al corazón de cada hombre de la metrópolis ni a lo profundo de la cultura urbana.

Esto nos exige revisar la capacidad de trabajo en equipo de los agentes de pastoral en general, pero particularmente de los sacerdotes, por ser ellos los principales animadores de la tarea evangelizadora. Esto requiere capacitación y formación permanente. No todo agente de pastoral está capacitado para afrontar los retos de la ciudad. No tener en cuenta este aspecto, significará, sin duda, pérdida de esfuerzos, retrocesos innecesarios y desmotivación en quienes comparten el trabajo.

El espíritu de trabajo en equipo debe ser verdadero tanto entre el obispo y sus sacerdotes, como entre ellos y los

religiosos, religiosas y laicos comprometidos. Señalamos algunos signos de la vivencia de este espíritu de equipo.

- El mutuo respeto dentro de unas relaciones de igualdad que valoren los diversos aportes y favorezcan el descubrimiento y aprendizaje.

- La disposición a unificar criterios a partir de la experiencia que se está viviendo y no de la que se vivió en el pasado, que muchas veces es simplemente la repetición rutinaria de actos y actitudes que correspondían a otros contextos. La experiencia será válida en la medida en que sea reflexionada, revisada y ubicada en el contexto correspondiente.

- La aplicación disciplinada de las decisiones y acuerdos tomados en grupo, luego del análisis de las diversas opiniones. Asumir como propias esas decisiones y responder por ellas.

- La disponibilidad para efectuar los cambios que se vean necesarios, tanto en las actividades como en la organización, los horarios, el manejo de recursos, el estilo de vida.

- La aceptación de que se está en un proceso de re-entrenamiento, de aprendizaje de nuevas formas de trabajo pastoral; por tanto, debemos aplicarnos a él con toda atención y cuidado.

6. La participación: una metodología imprescindible

Puebla exige que la planeación pastoral que se adopta sea participativa “en todos los niveles de las comunidades y personas interesadas” (Puebla 1307); en el caso concreto de los laicos afirma que “se requiere su participación no sólo en la fase de ejecución de la pastoral de conjunto,

sino también en la planificación y en los mismos organismos de decisión (Puebla 808).

Podríamos decir que este aspecto que es definitivo en la metodología de la planeación pastoral; cobra especial importancia en la pastoral urbana.

Existe en primer lugar la planeación funcional y discriminante. Su orientación se hace exclusivamente por los llamados "tecnócratas". No hay consulta de la base y por eso los intereses del grupo se pasan por alto. La función realizada por los tecnócratas en el campo de la planeación más que discutir o pensar soluciones, consiste en planificar políticas. Es una planeación desarraigada. Se hace desde escritorios, se practica en confinamiento; no corresponde a los problemas reales del conjunto de la población. El lenguaje utilizado es inasequible para el pueblo en general. Ordinariamente son planes adoptados como decisiones inmodificables o inflexibles.

Existe también la planeación estructural y participante. Está basada en la autodeterminación que hace el grupo de los fines u objetivos y en la autogestión de los medios necesarios para realizar dichos objetivos. El planificador es sólo un asesor que interpreta lo que bulle en el grupo, en el pueblo: lo recoge, lo sistematiza y lo pone en forma de programa. Valor fundamental es aquí la participación considerada como el ejercicio de la corresponsabilidad grupal y el acceso a las decisiones de la organización de la comunidad en la determinación y en el desarrollo de un programa.

Siendo la participación un valor al cual es muy sensible el hombre actual, sin duda son muy diferentes las posibilidades de hacerlo realidad en el campo y en la ciudad. Un ejemplo muy significativo son las comunidades eclesiales de base que constituyen una estructura nueva, que vienen dando muchas posibilidades de participación efectiva, pero no logran tener en la ciudad el alcance que han tenido en el mundo rural.

La planeación pastoral cada vez más se manifiesta como mecanismo eficaz de participación al interior de la Iglesia. La pastoral urbana encontrará en ella muchas posibilidades con la condición de que la planeación adoptada sea la estructural y participante.

7. Proceso de Planeación Pastoral Urbana

Con mucha frecuencia, la idea que se tiene de planificación tiende a ser concebida como algo cristalizado en "planes", "programas" y "proyectos". Este es un modo de "congelar" la planificación. Esta no se agota en un plan; es un proceso continuo que suele o puede expresarse en diferentes planes. Aún más, la planeación pastoral participante es un proceso educativo comunitario. Por tanto es progresivo su perfeccionamiento. Responde a necesidades cambiantes y a condiciones concretas de un determinado ambiente. Esto implica mantener un espíritu de apertura y de flexibilidad, mucho más en las metrópolis que tan fuertemente están sometidas a la movilidad, a los cambios, a la rapidez de las transformaciones.

Sin perder de vista esta última observación, señalamos a continuación algunos pasos fundamentales del proceso de planeación de pastoral urbana.

8. Una zonificación adecuada

Todas las ciudades del mundo son diferentes. Hay en cada una de ellas un carácter especial, un ambiente propio, un modo peculiar de organizarse, que derivan de su historia y su cultura. También las ciudades latinoamericanas difieren unas de otras.

Un paso preliminar de este proceso, teniendo en cuenta la peculiaridad de cada ciudad, está en la zonificación. Se trata de establecer zonas de ciertas características comunes, por ejemplo: centro-periferia de la ciudad; residencial-comercial-industrial; popular-clase media-clase alta;

vivienda-unifamiliar vivienda-multifamiliar; estas variables determinan necesidades comunes, medios de comunicación y de transporte, disponibilidad de tiempo, posibilidades de organización, expectativas, etc.

Seleccionando algunas variables y combinándolas podemos obtener unos tipos de zonas por medio de las cuales se pueda organizar la acción pastoral. No es raro encontrar que en una misma zona coexisten varias realidades, con necesidades diferentes que exige tratamientos particulares.

9. Un diagnóstico pastoral

Una vez zonificada la ciudad debemos establecer un diagnóstico pastoral de la misma. Su importancia proviene de ser punto de partida de toda acción de renovación, de transformación, de cambio en la pastoral.

Es una lectura de la realidad desde la perspectiva pastoral, para establecer las urgencias que la realidad presenta a la acción pastoral. Es un proceso de discernimiento cristiano y en cierta forma ya es una toma de decisiones, pues debe llegar a señalar las prioridades pastorales de la ciudad, teniendo en cuenta como criterios, entre otros, la posibilidad de combinar recursos para atender actividades o problemas comunes y la capacidad de desarrollar nuevas habilidades y actitudes frente a problemas nuevos.

Para elaborar este diagnóstico se impone un estudio de la realidad aplicando métodos que posibiliten la participación. Puede hacerse por zonas o tomar el conjunto de la ciudad. Este estudio busca la definición de los hechos significativos que influyen en la acción pastoral y debe ser objetivo, esto es: atenerse a los hechos, ojalá cuantificados por datos estadísticos; global, debe tomar en cuenta toda la realidad, en sus hechos más relevantes; proyectivo, que permita ver la influencia de los hechos actuales en el futuro inmediato. El estudio de las causas es definitivo para

poder influir sobre ellas y especialmente para no ser ingenuos en la acción que se proyecta.

El discernimiento comunitario, con todas las exigencias señaladas por Pablo VI en *Octogésima Adveniens*, principalmente en el número 4, es absolutamente imprescindible en este trabajo.

10. Una Utopía que cree mística

“La evangelización de la ciudad exige que la Iglesia local urbana, desde la Palabra de Dios y desde el “humanismo urbano latinoamericano”, elabore la utopía de la ciudad, que en último termino ha de coincidir con el proyecto de Dios sobre la ciudad que quiere ser regida por el dinamismo del Reino. Sólo la elaboración de dicha utopía permite orientar la labor evangelizadora de una Iglesia local urbana, descubrir los verdaderos pecados y las contradicciones de la comunidad urbana que la alejan y le impiden vivir en la utopía.

Intentando unas líneas generales podríamos decir que la ciudad Latinoamericana debería estar constituida por una comunidad humana y orgánicamente integrada, donde un fuerte contingente de sus miembros viven su cristianismo cargado de tradición pero con fuerza para colaborar en el mejoramiento evangelizador de la comunidad, capaz de desarrollar y desplegar armónicamente todo su potencial natural y humano; defensora y promotora de los derechos de todos sus hombres y de todas sus instituciones; servidora y no dominadora de la zona que centraliza funcionalmente”.

11. Un objetivo que corresponda eficazmente a los retos pastorales

Una vez decididas las prioridades y de acuerdo con la utopía señalada, el proceso de planeación exige una nueva decisión: establecer los objetivos del plan global de acción.

*(Consejo Episcopal Latinoamericano-CELAM, “Pastoral y Parroquia en la ciudad”, 1982, pag. 121).

Un objetivo es la expresión de lo que se quiere alcanzar y de la razón por la que se quiere lograr un determinado resultado, un cambio concreto en la realidad de la ciudad. Es la manera positiva, creadora, transformadora de encerrar los desafíos de la metrópoli. Contribuye el objetivo para que las personas, los agentes de pastoral sepan qué se espera de ellas, a qué se comprometen, además de señalar los resultados que deben alcanzarse.

El objetivo general (llamado por algunos utopía creadora) es el ideal de ciudad, de hombre urbano, de Iglesia urbana, hacia el cual se dirige absolutamente toda la acción pastoral. Sin objetivo claro para todos, válido para todos y para todo, no hay posibilidad de unidad de acción. Sin objetivo claro para todos no hay punto de referencia.

Entre más miembros de la Iglesia local participen en su formulación, según la orientación de Puebla en el No. 1307, el objetivo será más aceptado por todos, punto fundamental para unificar la acción pastoral en la ciudad.

12. Unas políticas generales

A la luz de los puntos anteriores, se requiere formular unas políticas generales de trabajo. Estas ayudarán a unificar los criterios por medio de los cuales deberán moverse los agentes de pastoral y al mismo tiempo señalarán la especificidad que requiere cada una de las actividades que se emprendan en la metrópoli, ciertamente de orden diferente a las requeridas en la pastoral de las pequeñas ciudades y del campo.

13. Unas acciones específicas

Llegados a este punto del proceso de planeación, la originalidad de cada una de muestras urbes latinoamericanas cuenta de una manera muy definitiva para las acciones que deben emprenderse. Sin embargo, quizás convenga señalar algunas que se van encontrando y que te-

niendo en cuenta la gran dificultad para hallarlas, deben ser tenidas en cuenta en otras ciudades. La siguiente enumeración debe tomarse como una mera sugerencia; algunas se mueven en un campo de generalización.

a. Pastoral ambiental

La pastoral ambiental se ha revelado como un medio eficaz para realizar la evangelización en la ciudad. En un mundo donde impera la especialización, la acción pastoral tiene que especializarse. Allí hay que llegar a los obreros, a los universitarios, a las familias, a los marginados, a los jóvenes, a los ancianos, a los minusválidos, a los drogadictos, etc.; allí hay que organizar la pastoral de los medios de comunicación social, de la salud, etc. Pero hay algo muy importante de tener en cuenta, la especialización ambiental no la puede realizar una sola parroquia. Se requiere un trabajo en común de parroquias, o de toda una zona, a fin de tener agentes de pastoral especializados que trabajen fuera del nivel meramente territorial.

El plan pastoral tiene en la organización de esta pastoral ambiental la tarea delicada de buscar su relación con las parroquias, de crear centros de servicios especializados en sitios estratégicos de la ciudad. Esto es imposible de lograr sin una adecuada zonificación de la ciudad. Definitivamente, en la ciudad la parroquia tiene que dejar de ser una mini-diócesis. La formación de agentes especializados, ciertos cursillos de preparación presacramental, etc., deben ser realizados a nivel supra-parroquial, so pena de ser ineficaces, de despilfarrar recursos y de no llegar al hombre urbano que se mueve en un espacio y un tiempo totalmente diferente al del mundo rural y aún al de la pequeña ciudad.

b. Los movimientos de Iglesia

Estos movimientos, con fuerte representación de los laicos en su dirección y ejecución tienen generalmente una

estructura supra-parroquial, a veces diocesana y a veces nacional. En términos de estructura, los movimientos responden mejor a la realidad de la gran ciudad que a la realidad de la parroquia. Pero, como la estructura pastoral normal es territorial y no ambiental, hay tensiones inevitables entre movimientos y parroquias.

Donde la Iglesia local ha logrado crear una coordinación de pastoral ambiental que incluye no sólo los movimientos más estructurados, sino todos los grupos que trabajan en el mismo ambiente (pastoral obrera, pastoral juvenil, pastoral familiar, etc.) se consigue superar en gran parte el paralelismo de los movimientos.

c. Las Comunidades Eclesiales de Base y los pequeños grupos

Parece ser este un hallazgo, de los más importantes que se han hecho, en la pastoral de las grandes urbes. El único medio para garantizar el crecimiento de la fe, es poder llegar a los fieles por medio del pequeño grupo en general o de las Comunidades Eclesiales de Base, en particular. Allí, como en una pequeña célula, nace la Iglesia urbana.

Una palabra sobre las Comunidades Eclesiales de Base en la metrópoli.

“Como la parroquia urbana durante mucho tiempo, y en parte todavía hoy, fue tributaria de connotaciones rurales, parece que actualmente está sucediendo lo mismo con las Comunidades Eclesiales de Base. En la mayoría de las veces, subyacente a las Comunidades Eclesiales de Base, hay un concepto territorial de la comunidad. Esta también puede constituirse a partir de intereses comunes, en un sentimiento común, sin que para ello el territorio tenga tanta importancia. Esta segunda manera de concebir la comunidad corresponde más a la realidad urbana y puede constituir un desblo-

*queo en lo que se refiere a las Comunidades Eclesiales de Base. Aquí también tiene mayor importancia la parte subjetiva de las personas. No es el caso de formar parte de una comunidad sólo porque se nació en un lugar determinado, sino que se hace parte de ésta o de aquella comunidad porque se requiere”.*⁷

d. Gestos proféticos

La Iglesia de las grandes ciudades, dentro de un normal concepto de secularización, tiene el peligro de ser reducida a lo meramente íntimo, a una función solamente espiritual, sin resonancia alguna dentro de la vida social de la ciudad. Consciente de su misión profética, la Iglesia está urgida a tomar una actitud evangélica frente a los diversos problemas que angustian nuestras ciudades, sabiendo que es la suerte del hombre, especialmente la de los más débiles y pobres, la que ordinariamente se encuentra amenazada. Para muchos, especialmente para la juventud, la misma credibilidad de la Iglesia se encuentra en juego en estos casos.

Se requiere gran creatividad: vigiliias de oración, declaraciones, pronunciamientos, celebraciones públicas, peregrinaciones, gestos periódicos como la campaña de fraternidad en el Brasil y en otros países, etc. Por medio de estos gestos se puede llegar con el mensaje del Evangelio a la gran masa de indiferentes que existen en nuestras ciudades y a muchos hombres de buena voluntad. La utilización de los medios de comunicación en estos gestos ayuda a la resonancia buscada.

e. Desencadenar procesos

Teniendo en cuenta la orientación de Puebla en el No. 441 sobre la necesidad de la imaginación en el trabajo de

⁷(Alfonso Gregory, “La Parroquia y la realidad de las grandes ciudades”).

la ciudad, son de gran ayuda para la evangelización todas aquellas acciones, que debidamente planeadas, buscan desencadenar procesos en los diversos grupos que forman la gran ciudad. Lógicamente son de difícil seguimiento, pero quizás es una estrategia para poder funcionar en un medio que no se nos revela fácil para la acción pastoral.

Desencadenar procesos de personalización del hombre urbano, dar vida a procesos de participación de los anónimos, de los que no son tenidos en cuenta en nuestras grandes urbes, pueden ser instrumentos apropiados a la evangelización del hombre de la metrópoli.

f. Crear centros de diálogo

En el mundo del anonimato y de la masificación, el diálogo urge y es absolutamente necesario para alcanzar los fines de la evangelización. El diálogo tiende puentes, crea una atmósfera de humanización, pone en relación a las familias y a las personas que viven en el mismo edificio pero se desconocen y se ignoran. Crea solidaridad. Crear centros de diálogo: he allí un medio de evangelización que puede resultar muy fecundo.

14. Agentes adecuadamente formados: una exigencia fundamental

Tanto la pastoral de las metrópolis como la planeación pastoral, su instrumento privilegiado, requiere agentes adecuadamente formados. La mentalidad y la capacitación son dos aspectos a los cuales habrá de prestarse particular cuidado.

Una mentalidad nueva. Abierta, suficientemente preparada para enfrentar los problemas de la civilización urbana e industrial que generan las grandes ciudades. Pero, igualmente, una mentalidad con profundo sentido de Iglesia, con capacidad de adaptación a las nuevas situaciones, flexible, con sentido de equipo.

La capacitación requerida tiene que ver con la metodología de la planificación, pero igualmente, con las diversas especializaciones que imponen la Pastoral ambiental.

Medellín añadía que este trabajo impone una "Renovación Pastoral que implica un proceso de continua mentalización y *"aggiornamento"*, desde un doble punto de vista: teológico-pastoral y pedagógico" e insistía en que "esta renovación personal debe alcanzar a todas las esferas del reino de Dios, creando en Obispos, sacerdotes, religiosos, y laicos, movimientos y asociaciones, una sola conciencia eclesial" (Medellín, Pastoral de conjunto, 35).

La Pastoral urbana, señala la Conferencia Nacional de Obispo de Brasil en "pistas para una Pastoral urbana", exige también un desempeño eficaz del papel del Obispo, como animador del proceso de planeamiento pastoral y expresión de la unidad de acción de la Iglesia; el desempeño de ese papel en la complejidad de la gran ciudad, supone evidentemente que el Obispo trabaje con una asesoría amplia y calificada, en contacto con las bases, buscando expresar en toda su riqueza, la vida y la acción de la Iglesia local.

Finalmente, la Pastoral urbana urge la creación de nuevos ministerios, según las necesidades y las especializaciones de la pastoral ambiental de cada ciudad y de cada zona de la ciudad. La participación y la corresponsabilidad del laico se enriquecen grandemente con el florecimiento de los ministerios laicales.

15. Cambio y adecuación de estructuras: necesidad de una organización eficaz

Cuando Puebla habla de la evangelización en el futuro prevé que se

"dará importancia a la pastoral urbana con creación de nuevas estructuras eclesiales que, sin desconocer la

validez de la parroquia renovada, permita afrontar la problemática que presentan las enormes concentraciones humanas de hoy" (Puebla 152).

Una planeación participante de la pastoral necesariamente urge una adecuación de la organización. Y esto y mucho más cuando se trata de planear el mundo de la especialización. Igual cosa sucede con la dirección o coordinación.

Urge una organización eficaz de la pastoral de las metrópolis, donde se agrupen las actividades diferentes y necesarias que comportan la realización de la evangelización. Consecuentemente, para organizarse es necesario precisar las funciones de cada persona, definir las líneas de mando y asesoría, establecer unidades cooperativas (agrupar actividades), describir cargos, distribuir recursos, etc.

Para la organización de este trabajo pastoral la ciencia de la administración ofrece cuatro instrumentos principales: el organigrama, el manual de organización, los niveles de autoridad y el manual de procedimientos.

En el mundo de la especialización y de la complejidad, hacer caso omiso de la renovación de la organización con los cambios de estructura que eso implique, es arriesgarse a un fracaso seguro en el plan acometido.

Sobra decir que la creación de nuevas estructuras o la renovación de las ya existentes, es indispensable para que se articule aquella red de comunicaciones y de servicios que pueda establecer la comunidad entre los grupos, los movimientos, las comunidades de base, las parroquias, las diversas zonas de la ciudad y los diversos organismos de nivel urbano, diocesano y nacional.

La organización es una etapa posterior a la planeación pastoral. Es esta la que indica la organización requerida.

16. Los indiferentes: destinatarios privilegiados de una Iglesia misionera en la ciudad

Muchos aspectos se pueden estudiar respecto de los destinatarios de la pastoral de las grandes ciudades. Uno, especialmente preocupante, es la mínima parte de la población que se llega a atender. Las estadísticas más generosas son angustiantes. Sin negar la existencia de otras causas, una de ellas, es la pérdida de enfoque misionero por parte de la pastoral. Pareciera que toda nuestra pastoral gira en torno "a los que vienen, a los que están".

En las grandes ciudades, el plan pastoral, como instrumento del servicio de la fe, no puede organizarse solo en función de los que vienen a nuestras parroquias y centros de culto. Se requiere que también se oriente, y a través de acciones muy concretas y planeadas, en función de los que nunca o casi nunca vienen hacia nosotros. Este enfoque misionero es básico para la renovación pastoral; llevará a descubrir situaciones humanas, personales y estructurales, siempre nuevas dentro y fuera de la Iglesia. Podríamos decir que los indiferentes llegan a convertirse en los destinatarios privilegiados de una Iglesia misionera en la metrópolis.

Conclusión

A manera de conclusión podemos decir que las reflexiones hasta aquí anotadas nos colocan ante un desafío: la capacidad de realizar un sistema de trabajo que es medio e instrumento para atender mejor las necesidades pastorales de nuestras ciudades; pero que en sí mismo no nos da una respuesta a los problemas que enfrentamos hoy, sino que permite introducirnos en un proceso de aprendizaje de manera dirigida, razonada, reflexiva. Un medio que nos exige disciplina, trabajo en equipo, diálogo permanente, estudio y reflexión centrados en descubrir nuevas formas de trabajo pastoral, adecuadas a las metrópolis. Seguramente nuestra vida personal se verá afec-

tada por este proceso como también se verá afectada la vida de los destinatarios de nuestra acción pastoral. Pero no puede ser de otra manera; en un mundo de constante cambio, pretender no cambiar revela ceguera personal o comunitaria que solo puede causar mal a la tarea evangelizadora.



ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	5
I. LA PASTORAL URBANA COMO DESAFÍO	
EVANGELIZADOR	7
ESTADO DE LA CUESTIÓN	10
UNA PROGRESIVA TOMA DE CONCIENCIA A NIVEL UNIVERSAL	12
UNA PROGRESIVA TOMA DE CONCIENCIA A NIVEL LOCAL	13
AVANCES EN LA REFLEXIÓN. EL PROTAGONISMO DEL CELAM	17
LA CULTURA URBANA Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN	24
PERSPECTIVA TEOLÓGICA	29
PROSPECTIVA	36
ANEXO: TEXTOS DE LOS PASTORES	38
II. OPORTUNIDADES DE LA GRAN CIUDAD EN LA ERA	
INFORMÁTICA	53
PRESENTACIÓN	55
TRES PARADOJAS DEL MUNDO EN QUE VIVIMOS	56
EL ANÁLISIS DE LAS PARADOJAS	57
1. Procesos de Urbanización	57
2. Las Regiones Metropolitanas	59
LAS OPORTUNIDADES DE LA GRAN CIUDAD	64
1. La migración a la ciudad	64

2.La concentración en la ciudad	66
3.La innovación tecnológica	68
PROBLEMAS DE LA GRAN CIUDAD	71
1.Problemas de suelo y de vivienda	71
2.Educación y salud	73
3.Agua, alcantarillado	74
4.Los sistemas de transporte	74
5.El empleo precario	75
6.La Familia	76
7.La delincuencia y la violencia	77
PROBLEMAS RELATIVAMENTE NUEVOS	77
1.La dificultad de acción de los Gobiernos nacionales	77
2.Segregación espacial de la población	79
3.La comunicación electrónica	79
RECONSTITUCIÓN DE LA GESTIÓN URBANA	81

LA EVANGELIZACIÓN EN LA GRAN CIUDAD 89

INTRODUCCIÓN	91
LA GRAN CIUDAD MODERNA	92
LA GRAN CIUDAD, NUEVO HORIZONTE MENTAL	96
LA GRAN CIUDAD MODERNA, COMO SIGNO DE LOS TIEMPOS	97
UNA EVANGELIZACIÓN INCULTURADA EN LA GRAN CIUDAD	99
EVANGELIZACIÓN INCULTURADA Y MEDIACIÓN HUMANA	100
EVANGELIZACIÓN EN LA GRAN CIUDAD Y PROMOCIÓN DE LA PERSONA HUMANA	102
EVANGELIZACIÓN EN LA GRAN CIUDAD Y PRIMER ANUNCIO	103
EVANGELIZACIÓN Y ESPIRITUALIDAD URBANA	104
EVANGELIZACIÓN, GRAN CIUDAD Y TEMPLO	105

APÉNDICE A. PASTORAL Y PARROQUIA EN LA CIUDAD 109

INTRODUCCIÓN	111
UNA IGLESIA EVANGELIZADORA DE LA NUEVA CIUDAD LATINOAMERICANA	113
1. La misión evangelizadora de la Iglesia	114
2. Un acercamiento a la comprensión de la ciudad	116
3. La Ciudad Latinoamericana	120
4. La Iglesia local urbana y la ciudad latinoamericana	124
5. Nueva Evangelización de la Iglesia Local Urbana	125
6. La Evangelización de la ciudad latinoamericana	127
LA PARROQUIA EN LA CIUDAD	131

1. La Parroquia Latinoamericana	131
2. Tipología de parroquias urbanas	136
3. Desafíos y tensiones	138
4. Parroquia y Diócesis	144
5. Parroquia y estructuras intermedias	149
6. El Párroco	152
7. Formación permanente	155
8. Organismos colegiados parroquiales	157
9. Parroquia y comunidad eclesial de base	159
ALGUNAS LÍNEAS PARA UNA PASTORAL DE	
LA PARROQUIA URBANA	161
1. La Planeación de la Pastoral Urbana	161
2. La Catequesis en la Pastoral de la	
Parroquia Urbana	171
Presupuestos necesarios para	
abordar el tema	172
La catequesis y la pastoral de la ciudad	176
La Catequesis desde la parroquia Urbana	
en América Latina	177
3. La liturgia en la pastoral urbana	181
La liturgia y sus objetivos	181
La liturgia en las condiciones urbanas	182
Otros aspectos de la pastoral litúrgica	
sacramental	187

APÉNDICE B. PASTORAL DE LA METRÓPOLI 195

PRESENTACIÓN	197
CONSIDERACIONES PASTORALES	199
1. Introducción	199
2. Algunos problemas de la metrópolis de	
América Latina	199
3. Unidad de la Iglesia local urbana	201
4. La organización de la Iglesia local urbana	202
5. Algunos agentes de la pastoral urbana	204
6. Algunos servicios para la formación y la unidad	205
7. Algunos instrumentos para la pastoral urbana	206
8. Pastoral de los sectores vitales de la ciudad	207
CRITERIOS TEOLÓGICO-PASTORALES PARA	
LA PASTORAL URBANA, A LA LUZ DE PUEBLA	208
UNA IGLESIA MÁS EVANGELIZADORA EN LAS	
GRANDES CIUDADES DE AMÉRICA LATINA	218
1. La misión evangelizadora de la Iglesia urbana	221
Misión de la Iglesia	221

La Iglesia Local	223
La Iglesia Local Urbana	225
2. Un acercamiento a la comprensión de la ciudad	228
La ciudad en general	228
Ethos y humanismo urbano	231
Factores coadyuvantes y distorsionantes	234
La ciudad de la "modernidad"	235
Dos modelos de las ciudades de la "modernidad"	237
La ciudad del futuro	239
3. La Ciudad Latinoamericana	239
La ciudad colonial	240
Desde la independencia hasta 1914	241
Las modernas megápolis	242
4. La Iglesia urbana como modelo evangelizador de la ciudad latinoamericana	244
Modelo dinámico	246
La Ciudad de Dios en la Iglesia	247
Imagen de la Iglesia Urbana como Ciudad de Dios	249
PASTORAL PLANIFICADA: POSIBILIDADES Y EXIGENCIAS EN LAS GRANDES CIUDADES	255
1. La ciudad: un todo que funciona como unidad orgánica	256
2. La ciudad unidad de la acción: Gran reto de la ciudad a la pastoral	259
3. El Plan Pastoral: una acción que se organiza alrededor de un objetivo de cara al futuro	261
4. Los pobres... la periferia...: una perspectiva que dá unidad a la acción	263
5. El equipo: una condición básica	265
6. La participación: una metodología imprescindible	266
7. Proceso de Planeación Pastoral Urbana	268
8. Una zonificación adecuada	268
9. Un diagnóstico pastoral	269
10. Una Utopía que cree mística	270
11. Un objetivo que corresponda eficazmente a los retos pastorales	270
12. Unas políticas generales	271
13. Unas acciones específicas	271
14. Agentes adecuadamente formados: una exigencia fundamental	275

15. Cambio y adecuación de estructuras:	
necesidad de una organización eficaz	276
16. Los indiferentes: destinatarios privilegiados	
de una Iglesia misionera en la ciudad	278
Conclusión	278